

Carson McCullers

Iluminación y fulgor nocturno

Prólogo de Elena Poniatowska



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

CITAS

PRÓLOGO

PREFACIO

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

ILUMINACIÓN Y FULGOR NOCTURNO

Página mecanografiada de Iluminación y fulgor nocturno

Lula Carson a la edad de dos años

La familia de C. Graham Johnson

Lula Caroline Carson Waters, abuela materna de Carson

Carson al piano

Carson con sus padres

Carson y Reeves McCullers en la época en que se casaron

Annemarie Clarac-Schwarzenbach

Grupo de artistas en Yaddo, 1941

Carson y Tennessee Williams en La Habana, 1955

Margarita Gachet Smith

Carson en Nyack

Carson y Reeves en Venecia

Carson en L'Ancienne Presbytere

Arnold Saint Subber

Lamar Smith (hijo)
Carson con Marilyn Monroe, Arthur Miller e Isak Dinesen
Carson, Reeves, Edwin Peacock y John Zeigler
Carson y John Huston
Marielle Bancou
Doctora Mary Mercer
Carson McCullers, 1967

CORRESPONDENCIA DE CARSON Y REEVES MCCULLERS
DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
CRONOLOGÍA
BIBLIOGRAFÍA
NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



SINOPSIS

La memoria de un tiempo convertido en ficción. Escrita al dictado meses antes de morir con tan sólo cincuenta años de edad. Saltándose todas las pautas cronológicas de una autobiografía al uso, McCullers sigue el curso espontáneo de las asociaciones de ideas de un soliloquio confidencial. Por deseo expreso de la autora, se incluye el epistolario que durante la Segunda Guerra Mundial mantuvo con su marido, Reeves McCullers. Con prólogo de Elena Poniatowska.

Una reseña de la vida no es un recuento metódico desde la concepción hasta la muerte. Más bien son fragmentos de aquí y allá.

WILLIAM S. BURROUGHS

El silencio de la habitación era profundo como la propia noche. Biff estaba paralizado, sumido en sus meditaciones. Entonces, de repente, sintió como un intenso estímulo en su interior. El corazón le dio un vuelco, y apoyó la espalda contra el mostrador para sostenerse. Porque en un fugaz resplandor captó una vislumbre del esfuerzo y del valor humanos. Del interminable y fluido paso de la humanidad a través del tiempo infinito. De aquellos que trabajan y de aquellos que —tan sólo una palabra— aman. Su alma se expandió. Pero sólo por un momento. Porque en su interior sintió una advertencia, un rayo de terror. Se hallaba suspendido entre los dos mundos. Vio que estaba mirando su propia cara reflejada en el cristal del mostrador. El sudor le perlaba las sienes y tenía la cara torcida. Tenía un ojo más abierto que el otro. El izquierdo, entrecerrado, escrutaba el pasado en tanto que la mirada más amplia del derecho se dirigía, asustada, a un futuro de negrura, error y ruina. Y él se encontraba suspendido entre el resplandor y la oscuridad. Entre la amarga ironía y la fe. Se dio la vuelta bruscamente.

CARSON MCCOLLERS,
El corazón es un cazador solitario

PRÓLOGO

Carson McCullers registra y anota en su libreta cosas en las que nadie se fija, cosas de gente pobre, cosas de gente común y corriente. Es la escritora de las cosas. Esa palabra «cosa» que no sabemos bien qué es y sin embargo repetimos con enorme frecuencia es el fundamento de su obra. «¡Qué cosa!», «Te traje unas cosas», «Olvidé mis cosas», «No sé en qué cosa estaba yo pensando», «Me robaron todas mis cosas», «Yo no soy una cosa». Las de Carson McCullers son las cosas del alma y las de personajes que son poca cosa, hombres, mujeres, viejitos, negritos que se quedaron a medio camino o mejor dicho nunca supieron cuál es el camino. Todos avanzan sobre la cuerda floja, son frágiles, pacientes, simples, carecen de todo. Ni buenos ni malos, viven a la intemperie, cada día más frágiles. La autora nunca los salva porque ¿qué salvaría? Son sólo unas pobres cosas a merced de su pluma y sobre todo a merced de la guerra de Secesión que partió en dos lo que antes se llamaba América.

Curiosamente, Estados Unidos es el país de las cosas y nosotros, los del resto del mundo, también hemos ido detrás de cosas tan diversas e improbables como los *gadgets*, los dientes postizos, las servilletas de papel, los Kleenex, los Tampax, los cubiertos y las uñas de plástico, la bomba atómica, el napalm, los elevadores, las ametralladoras, los cohetes de guerra, las lavadoras eléctricas que convierten a las gringas en las reinas del hogar, los tractores. Estados Unidos cosificó a Marilyn Monroe y chupó el café de Cuba, el de los cítricos de toda América Latina, el petróleo de

México, el cobre de Chile y el cerebro de Jorge Luis Borges que Woody Allen puso en su película en boca de Diane Keaton, habitante de Manhattan, la Gran Manzana.

Así como Reeves, su marido soldado y estafador, se vuelve «su cosa» y adquiere «su deshonestidad honestamente» puesto que es a ella a quien roba, Carson se apropia de su nombre y cambia el Smith por el McCullers. Así también John Houston y Tennessee Williams son sus cosas: los maneja a su antojo. No sólo son admiradores o mecenas generosos, también pueden convertirse en episodios tormentosos. Son creadores, pertenecen por su talento a la *beautiful people*, a la *crème de la crème*, a la élite de Nueva York. El *Harper's Bazaar*, *Saturday Evening Post*, *Esquire*, el *New York Times*, *Mademoiselle*, *Redbook*, *Vogue*, el *Philadelphia Inquire*, *Theatre Arts* la publican porque Carson McCullers también es *beautiful*, atrevida, altísima, delgada, poética, original y da pequeños cócteles en los que sólo se sirve caviar beluga con limón, cebolla y huevo. John Houston la invita a Europa a pesar de que tiene que guardar cama durante casi toda su estancia por su pierna lisiada ya que su vida llegará a ser un verdadero calvario de hospital en hospital que aguanta con estoicismo así como su amiga Isak Dinesen (*Out of Africa*) aguantó su sífilis.

Lula Carson Smith nació el 19 de febrero de 1917 en Columbus, Georgia, y a los diecisiete años abandonó Georgia para viajar a Nueva York con la esperanza de entrar en la Juilliard, aunque ya tenía la inquietud de escribir «sus cosas». Una infección respiratoria, añadida a una fiebre reumática contraída en la niñez, la obligó a volver a Georgia y entonces escribió «Wunderkind», un relato autobiográfico que publicó en la revista *Story* en diciembre de 1936, dos años después de cumplir los diecinueve años, que son muy pocos para una gran escritora y una mujer que siempre fue demasiado alta.

Yo anhelaba una sola cosa: irme de Columbus y dejar huella en el mundo. Al principio quise ser concertista de piano. La señora Tucker me animaba a ello. Luego me di cuenta de que papá no podía enviarme a estudiar a Juilliard ni a ninguna otra gran escuela de música. Sé que a papá esto le preocupaba, y, como yo le quería, no dije nada al respecto, pero dejé de pensar en una carrera musical y le comuniqué que había cambiado de «profesión», que sería escritora. Era algo que podía hacer en casa, y me puse a escribir todas las mañanas.

Mi primer libro se tituló *A Reed of Pan*. Se trataba, por supuesto, de un músico que sí estudiaba y lograba hacer cosas. Pero como no estaba satisfecha con el libro, no lo envié a Nueva York, pese a que me habían hablado agentes y todas esas cosas. Tenía dieciséis años y seguí escribiendo. El siguiente libro se llamó *Brown River*. Apenas lo recuerdo, salvo que tenía una marcada influencia de *Hijos y amantes*.

Con su propia obra, Carson hizo lo que quiso desde el primer momento, lo cual no le ha sucedido a ninguna autora de América del Norte o de América Latina. Su vida refleja una libertad sin más límites que los de su pésima salud. Ninguna inseguridad en sus memorias recogidas en *Iluminación y fulgor nocturno*. Ninguna queja, ningún lamento a pesar de que sus ataques debieron de haberle causado mucho tormento.

Carson tenía una personalidad muy libre, muy segura de su talento, quizá porque conoció el éxito muy tempranamente y exigió un trato excepcional de sus editores y de los empresarios que convertían sus letras en obras de teatro. Así como se apropió del triunfo inmediato, Carson McCullers se apropió del apellido de su marido. Sus obras la honraron casi sin que ella moviera un dedo.

El autobiográfico «Wunderkind» giró sobre las fallas físicas de su corazón y le granjeó la amistad de las celebridades de la época: John Houston, Tennessee Williams y más tarde Arthur Miller, Marilyn Monroe, Isak Dinesen, Edward Albee, Faulkner, Lillian Hellman, Elizabeth Bowen, Edith Sitwell, a quien visitaba en Inglaterra, siguieron su obra con devoción.

También vivió con George Davis y W. H. Auden emulando al *Jules et Jim* de François Truffaut que se filmaría años más tarde. Annemarie Clarac-Schwarzenbach se enamoró de ella y Gypsy

Rose Lee, la del *showaddywaddy* y las canciones picantes, inspiró uno de sus cuentos.

De Nyack (a sesenta kilómetros de Nueva York) a París hay un largo trecho pero Carson McCullers tomó un avión como quien levita, sube al cielo y ve el mundo a través de luces que se abren paso entre las nubes porque ella vivió de iluminaciones.

Vivió dos guerras, la *Segunda Guerra Mundial*, en la que su marido fue soldado, y las consecuencias de la guerra de Secesión, que tanto en el Sur como en el Norte de Estados Unidos hizo que los estadounidenses bebieran muchísimo.

La mala salud de McCullers le abrió la puerta a la escritura. Quizá la única enfermedad que verdaderamente la molestó fue el alcoholismo que compartía con Reeves McCullers. Ni siquiera el reumatismo cardíaco de su infancia impidió su escritura y, salvo la de sus memorias —ésas sí, dictadas—, toda su vida fue de escritura y de amor al destino de los que viven en los estados del Sur.

Después de la prohibición y los gánsteres de Chicago tipo Al Capone, Estados Unidos convirtió el *hard liquor*, el whisky y el gin en bebidas comunes y corrientes que se ingerían en cantidades industriales. Incluso las familias más distinguidas acostumbraban los *cocktails before lunch* y entre las seis y las siete de la tarde los *cocktails before dinner* y todavía después de cenar subían a su recámara con su *nightcap* en la mano. Al día siguiente volvían a lo mismo. Claro que a los pocos años ya eran alcohólicos y flotaban a sus quehaceres de una copa a la otra. En su oficina, el magnate ofrecía un *drink*, el ama de casa también se lo brindaba a su plomero. *Have a drink*. Es sorprendente ver en las películas de esa época que todos —hombres y mujeres— traen una copa en la mano. Escasean las escenas en las que no figure en el lugar de honor una botella de whisky. El alcoholismo también campeó en Rusia pero los tragos de vodka tenían una explicación: la nieve

durante el largo invierno, el frío diurno y nocturno, la ausencia de luz sólo pueden paliarse con un trago.

Otra escritora sureña con la que Carson tiene mucho en común —a pesar de que ambas se detestaban— es Flannery O'Connor, quien nació ocho años más tarde, también en Georgia. ¡Quién sabe qué tendrá el estado de Georgia que produjo a dos escritoras de esa talla! Al igual que McCullers, O'Connor muy pronto se convirtió en una extraordinaria escritora que centraba sus relatos en un pavo, una casa decrepita, un muchacho al que es fácil partirle el corazón, un retrasado mental o una negra que dice verdades como la Berenice de McCullers en una cocina sureña.

Ambas escritoras compartieron la misma fragilidad y el mismo éxito temprano. A la rubia Flannery O'Connor la buscaron hombres célebres como Arthur Koestler, quien la cobijó a lo largo de su vida, Robie Macauley, Tennessee Williams, Truman Capote y John Houston (quien filmó *Wise blood*, publicada en 1952), entre otros. Ambas, McCullers y O'Connor, aquejada de lupus, enfrentaron con gran entereza una muy mala salud y por esa razón supieron captar el dolor ajeno, la violencia, la desadaptación y el brutal rechazo a los negros. Imposible no recordar también a Eudora Welty, autora del cuento «Death of a travelling salesman» escrito en 1936. Al igual que las demás extraordinarias cuentistas sureñas, Carson hizo del Misisipi y lo sureño el pivote de su obra y al igual que ellas llamó poderosamente la atención de otra escritora, Katherine Ann Porter, quien prefirió México a Estados Unidos. La aceptación de la *colored people* hizo que Eudora Welty ganara el Pulitzer por *La hija del optimista* en 1973, cosa impensable en tiempos anteriores: cuando Margaret Mitchell publicó *Lo que el viento se llevó* en 1936, aun y vender un millón de ejemplares, la criticaron por defender a los negros en Tara, la espléndida casa sureña de porche y columnas blancas de Scarlett O'Hara.

El Sur fue protestante y recuerdo con asombro y deleite la película basada en esa inmensa novela, que hizo famosa la

respuesta de Clark Gable/Rhett Butler a una Vivien Leigh/Scarlett O'Hara desesperada quien pregunta qué va a ser de ella: «Francamente, querida, eso no me importa» es quizá la respuesta más célebre de la literatura emocional de nuestra tierra.

Matar a un ruiseñor, de Harper Lee, fue una de las obras más impactantes y esclarecedoras de la persecución de los negros en el Sur. La terrible guerra de Secesión norteamericana se cobró muchas vidas, pero también permitió que afloraran escritores de la talla de Richard Wright (amigo de Carson), William Faulkner (su conocido) y de sus hermanas de letras Flannery O'Connor y Eudora Welty.

En su *Iluminación y fulgor nocturno*, Carson McCullers recuerda a Marielle Bancou, quien vivía a dos manzanas de mi tía Elena Amor de Celani en la rue Casimir Périer, en París. Marielle Bancou es casi tan inolvidable como McCullers porque su capacidad de entrega estaba muy por encima de la de los demás. Experta en arte, diseñadora de telas y vestidos, la tía Bichette quiso y admiró a Marielle, quien la acompañaba a tomar el autobús en París al igual que lo hizo con Carson cuando iba a Nueva York y escribía acerca de la espantosa tiranía de la compasión.

Nueva York queda a unos sesenta kilómetros de Nyack y el único medio de transporte es el autobús. Fue en el autobús donde conocí a Marielle —escribe Carson—. Es una de mis amigas más encantadoras y pacientes. Es francesa, hija de padres rumanos que, después de casarse, se fueron a vivir a Francia. En ella se mezclan la loca extravagancia de los rumanos con el buen sentido y el buen paladar de los franceses. Pero fue muy tímida como para abordarme. Se sentó en la parte trasera del autobús y, justo cuando me disponía a bajar, viendo mi renquera, se ofreció a ayudarme. Nos preguntamos mutuamente adónde nos dirigíamos. Era la época de *Square Roots of Wonderful* [1957] y yo iba a Saint Subbers. Ella iba más lejos, al corazón del barrio de los modistos y las *boutiques*. Me dijo que éramos vecinas y la invité a que viniera a tomar algo, o lo que fuera, al día siguiente por la tarde. Por intuición, deduje que bebía solamente vino y afortunadamente había una botella de vino rosado en el frigorífico. Nuestra amistad fue creciendo y, prácticamente, no pasaba día sin que nos visitáramos.

Como las dos pasiones de Carson eran la escritura y el Sur, también se apasionó por «un negro americano extraordinariamente dotado para el lenguaje», Richard Wright, a quien llama Dick. Los miembros del partido comunista «no entendieron la dedicación completa de Dick al arte, ni su independencia, y cuando el partido empezó a dictarle lo que debía escribir, como si fueran tareas escolares, se puso furioso y dejó el partido. [...] Yo nunca sentí deseos de afiliarme. Por un solo motivo: no soy de naturaleza gregaria. El único club al que pertenezco es la Academia Americana de Artes y Letras. La mayor parte de sus miembros son mayores que yo, pero todos son personas sumamente prestigiosas. No hay demasiada formalidad y me agrada acudir a sus reuniones cada vez que puedo. Al principio estaba totalmente de acuerdo con Marx y Engels, y cuando pienso en los disturbios de hoy, me da la impresión de que son pura aplicación del marxismo. Los comunistas han aprendido muy bien a explotar, exponer y debilitar socialmente ciertos sectores para sus propios fines».

Su vocación fue la de la escritura aunque también la obsesionó la música (soñó con ser concertista), el arte, la literatura. Gran lectora, amó a Proust y a Isadora Duncan, a Hemingway y a Tennessee Williams.

Me decepcionó enterarme de que el fascinante y exacto título de *El corazón es un cazador solitario* no es suyo sino de su editor. Escribió: «Nadie es indispensable» pero se equivocó porque ella lo es.

ELENA PONIATOWSKA

PREFACIO

En cumplimiento de las instrucciones de Carson McCullers, la siguiente edición comprende el texto autobiográfico Iluminación y fulgor nocturno, y las cartas que intercambiaron Carson y su esposo, Reeves McCullers, durante la Segunda Guerra Mundial.

Asimismo, el lector dispondrá de una introducción biográfica, una cronología de la vida de McCullers, y una bibliografía de y sobre los libros de McCullers.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la doctora Mary Mercer, al señor Robert Lantz y a la señorita Floria Lasky la confianza que me han brindado. Agradezco a la doctora Virginia Spencer Carr su libro, indispensable, The Lonely Hunter: A Biography of Carson McCullers y le doy las gracias por su constante apoyo, sus palabras de aliento y sus consejos. Gracias también a David Diamond y a Jordan Masee por compartir conmigo sus recuerdos de Carson y de Reeves.

Doy las gracias a Cathy Henderson, David Coleman y a todo el personal muy profesional del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, en Austin.

Por el constante apoyo que me prestaron y sus palabras de aliento, agradezco al doctor Gregory Lanier, Jefe del Departamento de Inglés y Lenguas Extranjeras, y al doctor Richard Doelker, Decano del College of Arts and Social Sciences de la Universidad de West Florida por la beca otorgada en apoyo de este proyecto. Doy las gracias a Linda Uebelsteadt y a Deborah Burlison por su respaldo y su paciencia.

Y, por el apoyo que sólo amigos y amantes pueden prestar, agradezco a Bret Pearson, Carolyn Leste Law, Sandy Whitehead y William Lamar Polk.

C. L. D.

INTRODUCCIÓN

El corazón de Carson, a menudo solitario, fue, para todos aquellos a quienes ella lo ofrecía, un cazador incansable, pero fue también un corazón embellecido con la luz que eclipsaba sus sombras.

TENNESSEE WILLIAMS

Carson McCullers, novelista, cuentista y dramaturga nacida en Georgia, celebró su quincuagésimo y último cumpleaños el 19 de febrero de 1967, en el Hotel Plaza de Nueva York. Durante la semana que duró su estancia en ese hotel, recibió felicitaciones, disfrutó de las comidas preparadas por la cocina del establecimiento y concedió entrevistas. En la otorgada a Rex Reed, McCullers reveló sus razones para escribir una autobiografía:

Pienso que es importante que las futuras generaciones de estudiantes sepan por qué escribí ciertas cosas; pero a mí también me importa saberlo. Me convertí en una figura literaria de la noche a la mañana. Era demasiado joven para comprender lo que me sucedía, o la responsabilidad que conllevaba. Y, además, era un demonio. Esto, combinado con todas mis enfermedades, en cierta medida me destruyó. Si analizo los efectos que el éxito tuvo en mí, preservando el resultado de mi análisis para otras generaciones, acaso permita a los artistas futuros prepararse para aceptarlo mejor.^[1]

La vida que Carson McCullers deseaba «analizar y preservar para otras generaciones» comenzó en Columbus, Georgia, en 1917, donde nació con el nombre de Lula Carson Smith, hija de Vera Marguerite Waters y de Lamar Smith, propietario de una joyería.

Lula Carson, como se llamó hasta la edad de catorce años, tuvo un hermano, Lamar (hijo), que nació en 1919, y una hermana, Margarita [*Rita*], nacida en 1922. Carson estudió en Columbus, en escuelas públicas, y, a los dieciséis años, se graduó en la Escuela Secundaria de Columbus. Estudiante poco destacada, Carson prefería el solitario estudio del piano. Alentada por su madre, quien estaba convencida de que su hija estaba destinada a ser famosa, Carson comenzó a estudiar piano a los nueve años de edad, pero tuvo que abandonar su sueño de llegar a ser concertista tras una enfermedad infantil, mal diagnosticada de entrada, pero que, años después, se supo que se trató de reuma cardíaco, dolencia que la dejó sin la energía física necesaria para soportar los rigores de los estudios de piano y una carrera de concertista. Mientras se restablecía de su enfermedad, Carson leyó vorazmente y empezó a considerar la posibilidad de escribir como una vocación alternativa. Pero, por temor de decepcionar a su profesora de piano y a su madre, no reveló inmediatamente su nueva inclinación artística.

En 1934, a los diecisiete años, Carson se embarcó en Savannah con rumbo a la ciudad de Nueva York, con el propósito manifiesto de estudiar piano en la Escuela de música Juilliard; pero, en realidad, su intención era proseguir con su secreta ambición de escribir. Carson hizo todo tipo de trabajos para mantenerse mientras estudiaba dibujo en la Universidad de Columbia y en el Washington Square College de la Universidad de Nueva York. De regreso en Columbus, en el otoño de 1936, para recuperarse de una infección respiratoria que la mantuvo postrada la mayor parte del invierno, Carson empezó a escribir su primera novela, «The Mute» —más tarde publicada con el título de *The Heart Is a Lonely Hunter* [*El corazón es un cazador solitario*]. Su primer cuento, «Wunderkind», fue publicado en el número de diciembre de 1936 de la revista *Story*, dirigida por Whit Burnett, exprofesor de Carson en Columbia.

En septiembre de 1937, Carson se casó con James Reeves McCullers (hijo), nativo de Wetumpka, Alabama. Un amigo común,

Edwin Peacock, los había presentado cuando Reeves estaba en el ejército, en Fort Benning. El matrimonio fue, simultáneamente, la relación más solidaria y destructiva en la vida de Carson. Estuvo, desde el primer día, marcada por las dificultades derivadas de problemáticas que ambos compartían: el alcoholismo, la ambivalencia sexual y la tensión causada por la envidia que Reeves tenía de los éxitos literarios de Carson.

En abril de 1938, Carson envió a Houghton Mifflin una sinopsis y seis capítulos de «The Mute» con la finalidad de participar en un concurso de primeras novelas. Lo que presentó poseía tal fuerza que le ofrecieron un contrato y quinientos dólares como anticipo. El libro, con su nuevo título, *El corazón es un cazador solitario*, fue publicado en junio de 1940. Es la historia de un sordomudo, a quien la gente sola y aislada de un pueblecito sureño acude en busca de consuelo. La novela fue la primera articulación de los temas recurrentes en la mayor parte de la obra de McCullers: la soledad y el aislamiento. *El corazón es un cazador solitario* obtuvo un éxito inmediato y grandes elogios por parte de la crítica. Lanzó a McCullers a la fama y la convirtió a la edad de veintitrés años en el blanco de las miradas de Nueva York.

Reflections in a Golden Eye [Reflejos en un ojo dorado], la segunda novela de McCullers, apareció por vez primera en *Harper's Bazaar*, en agosto de 1940, y fue publicada por Houghton Mifflin en 1941. Los lectores, que esperaban un libro similar a la primera novela de la autora, quedaron anonadados con esa turbadora historia de *voyeurismo*, obsesiones, homosexualidad reprimida e infidelidad, ambientada en una base militar en tiempos de paz. *Reflejos en un ojo dorado* tuvo una acogida dubitativa por parte de los críticos, y la autora tuvo que enfrentarse a las burlas y a los enconos de la gente de su pueblo, quienes vieron en los personajes de la novela el lado negativo de sus propios reflejos.

Carson y Reeves se trasladaron a Nueva York en 1940, cuando se publicó *El corazón es un cazador solitario*. Más tarde, ese mismo

año, después de separarse por primera vez de Reeves, Carson alquiló una casa en Brooklyn Heights, Nueva York, con George Davis (director literario de *Harper's Bazaar*) y el poeta británico W. H. Auden. Situada en el número 7 de Middagh Street, dicha casa se convirtió en el centro de una constelación de artistas y escritores bohemios, entre los que se encontraban Gypsy Rose Lee, Benjamin Britten, Peter Pears, Salvador Dalí, Virgil Thomson, Aaron Copland, Leonard Bernstein, Kurt Weill, Paul y Jane Bowles, Richard Wright y Oliver Smith. Carson y Reeves se divorciaron en 1941. Carson conservó toda la vida muchas de las amistades de la época de Brooklyn.

En agosto de 1944, tras la repentina muerte de su padre, Carson se mudó a Nyack, Nueva York, con su madre y su hermana, a una casa que compraron en el número 131 de South Broadway. McCullers vivió el resto de su vida en esta casa con vista sobre el río Hudson.

A pesar de su difícil relación con Reeves, y la angustia inherente a la Segunda Guerra Mundial (Reeves y su hermano Tom, Edwin Peacock, amigo de Carson, y su hermano Lamar, habían sido movilizados y combatían en Europa), entre 1943 y 1950, McCullers publicó sus mejores obras. En agosto de 1943, *Harper's Bazaar* publicó *The Ballad of the Sad Café [La balada del café triste]*, un relato cargado de lirismo sobre los celos y las obsesiones en una relación amorosa triangular entre una amañona borracha, un enano jorobado y un expresidario, en un pequeño pueblo del Sur. Más tarde, en 1951, la obra fue publicada por Houghton Mifflin en un volumen de recopilación de sus obras titulado *The Ballad of the Sad Café: The Novels and Stories of Carson McCullers*. En marzo de 1946 salió a la venta el cuarto de los principales libros de McCullers: *The Member of the Wedding [Frankie y la boda]*, que narra la historia de Frankie Addams, una adolescente solitaria que desea mitigar su aislamiento y ansias de encontrar su «nosotros en mí», escapándose con su hermano mayor y su flamante esposa en el

viaje de luna de miel. La adaptación teatral que McCullers hizo de la novela, sugerida por Tennessee Williams, se estrenó en Broadway en 1950. Fue recibida con una aclamación casi unánime y alcanzó 501 representaciones. Comercialmente hablando, fue su obra más exitosa, y obtuvo el premio del Círculo de críticos teatrales de Nueva York y el premio Donaldson a la mejor obra de teatro de 1950.

Carson y Reeves se cartearon constantemente durante la Segunda Guerra Mundial, mientras Reeves estaba en Europa, y, cuando regresó de la guerra, en 1945, se reconciliaron y volvieron a casarse. En abril de 1952, la pareja compró una casa cerca de París. Ambos vivían allí, y a finales del verano de 1953, Reeves, que estaba deprimido y bebía mucho, trató de convencer a Carson de que se suicidara con él. Temiendo por su vida, Carson huyó a Estados Unidos. Reeves se suicidó en un cuarto de hotel, en París, en noviembre de 1953.

Los últimos quince años de la vida de McCullers estuvieron marcados por su salud declinante y por una actividad creadora más bien escasa. Postrada y paralizada a raíz de una serie de ataques, McCullers, muy desanimada, resintió el fracaso comercial de su segunda obra teatral, *The Square Root of Wonderful*, retirada de cartel tras sólo cuarenta y cinco representaciones, en Broadway, en 1957, y la muy negativa acogida de su última novela, *Clock Without Hands [Reloj sin manecillas]*, publicada en 1961. El hecho más alentador de sus últimos años fue el éxito de la adaptación teatral de *La balada del café triste*, realizada por Edward Albee, en 1963, y que alcanzó 103 representaciones en Broadway. Lo último que publicó en vida fue un libro de versos para niños, *Sweet as a Pickle and Clean as a Pig*, en 1964.

El viaje que hizo McCullers en 1967, al Hotel Plaza, a fin de celebrar sus cincuenta años, fue también una prueba para saber si podría soportar las fatigas de un viaje, esperanzada como estaba de ir a Irlanda, a visitar a su amigo John Huston. Superada la prueba, McCullers, en compañía de Ida Reeder, su ama de llaves, partió

rumbo a Irlanda el 1 de abril de 1967. A su regreso, a mediados de abril, McCullers se aplicó seriamente a escribir la autobiografía que había mencionado en su entrevista con Rex Reed. La tituló *Illumination and Night Glare [Iluminación y fulgor nocturno]*, en un intento por resumir en dicho título esa mezcla de dicha y tragedia que fue su vida. En su casa de Nyack, McCullers dictó desde su cama el borrador de su autobiografía a un contingente de amigos, parientes y estudiantes de un colegio cercano, entre el 18 de abril y el 15 de agosto, día en que sufrió el último ataque. Es imposible determinar la identidad de todos aquellos que la ayudaron a trabajar en el borrador de *Iluminación y fulgor nocturno*, salvo las de quienes pasaron un tiempo considerable con McCullers durante el último año de su vida: su primo Jordan Masee; la doctora Mary Mercer, su médica y amiga; su hermana Margarita Smith; Ida Reeder, su ama de llaves; Kenneth French, a la sazón huésped en la casa; Peter O'Brien, sacerdote jesuita; el artista Stuart Sherman, quien ayudó voluntariamente, y varias secretarias, voluntarias y a sueldo.

Según lo dicho por McCullers a Rex Reed, la autobiografía que deseaba escribir no sólo sería una ayuda para que las futuras generaciones supieran cómo hacer frente a un éxito llegado demasiado pronto, sino que también le daría a ella la oportunidad de volver a analizar su reacción ante su propio éxito, alcanzado siendo tan joven, y cómo esta reacción había afectado su vida y su carrera. Sería una autobiografía mucho más sincera que la a menudo implícita en sus obras de ficción. En McCullers, quizá más que en ningún otro escritor norteamericano del siglo XX, fueron las experiencias las que forjaron su universo narrativo; la frontera entre ficción y realidad fue casi siempre borrosa. En una ocasión dijo: «Todo lo que sucede en mis relatos, me ha sucedido, o me sucederá.»^[2] Además de quitar el velo protector de la ficción y volver a contar su vida con sus propias palabras, esta autobiografía debía estructurarse en torno a los momentos de inspiración, como una crónica de las ideas significativas que se le habían ocurrido

repentinamente y que darían lugar a sus relatos —lo que McCullers llamaba sus «iluminaciones»— y una enumeración de esos horrores o «fulgores nocturnos» que fueron sus ataques, sus relaciones frustradas y las muertes de su abuela, su madre, su padre y su esposo.

Se han publicado dos relatos que dan cuenta del estado de salud de McCullers y de sus constantes intentos de escribir a los que hace alusión, y que se refieren específicamente a los últimos meses de su vida. Earl Shorris relató, en *Harper's Bazaar*, su visita a McCullers, en Nyack:

Cuán penosamente hablaba, juntando fragmentos de palabras en su garganta, elevando esos sonidos chirriantes a canto de soprano, esforzándose por pulir los sonidos con su boca. Fue después del ataque; tenía la mano agarrotada, no podía caminar, no podía escribir ni leer, a menos que el texto estuviera mecanografiado a cuádruple espacio. No había aprendido a servirse del magnetófono que le habían traído; era como un aparato nacido roto. Pero ella estaba escribiendo, dictaba a una secretaria, en cierto modo lo ponía ella misma por escrito, y demostraba que la indomabilidad del espíritu humano, que es el poder que determina su trabajo, no es un artificio...[3]

Stuart Sherman también rememoró pormenores sobre Carson como escritora en los últimos meses de su vida:

Escribía cada día, pero no a mano. Construía frases en presencia de una secretaria, quien las copiaba en un papel. Había días en que las frases no surgían fácilmente y conseguía articular muy pocas tras varias horas de esfuerzo. Pero siempre hacía el esfuerzo y siempre conseguía producir algunas.

Aquel año —el último de su vida— trabajaba en dos libros: sus memorias y un estudio de la gente que había «triunfado contra la adversidad».

Las memorias se titulaban provisionalmente *Iluminación y fulgor nocturno*, y el estudio, «A pesar de» (¡en la lista proyectada figuraban Hellen Keller y Arthur Rimbaud!).

Cuando pienso en Carson como escritora, cuando pienso en Carson en el acto de escribir, o (como al final se vio obligada a hacer debido a su enfermedad y a su incapacidad física) de dictar para que otros lo transcribieran, me siento hoy, como entonces, perplejo al tratar de dar siquiera un simple informe del proceso tal como yo lo observé.[4]

En *Iluminación y fulgor nocturno*, McCullers combinó los dos proyectos mencionados por Sherman. Sin embargo, en vez de examinar los casos de Hellen Keller y de Arthur Rimbaud, en la sección «A pesar de» de la autobiografía cita los padecimientos de Sarah Bernhardt y de Cole Porter, entre otros. Al parecer, McCullers trató de incluir, en lo que sabía sería su último libro, todos los proyectos que no había realizado antes.

Detalles sobre su viaje a Irlanda, sobre el rodaje de *El corazón es un cazador solitario*, la crónica del estreno de la adaptación cinematográfica de *Reflejos en un ojo dorado*, y una mención de la amputación de su pierna izquierda, demuestran con claridad que el grueso del libro fue dictado entre abril y agosto de 1967. Impresiona particularmente el hecho de que la mayor parte de la autobiografía haya sido escrita muy cerca del final de su vida, dado que, siete años antes, su biógrafa Virginia Spencer Carr escribe: «muchas gente creyó que Carson no viviría para terminar *Reloj sin manecillas*, ni que pudiera volver a crear otra obra importante».[5]

Salvo el breve relato de Sherman sobre cómo escribía y los recuerdos de Shorris sobre su dificultad para comunicarse, se ha escrito muy poco sobre el trabajo de McCullers durante el último año de su vida. Casi todo se centra en sus continuas enfermedades y omiten estos años porque no fueron productivos. Las personas que rodeaban a McCullers al final de su vida apenas la recuerdan escribiendo por esa época, aunque sí recuerdan sus problemas de salud.

En la entrevista de 1967, con Rex Reed, ella misma dio a entender que su vida estaba destrozada debido a una serie de ataques cerebrales causados por un reuma cardíaco sufrido cuando era una niña, y que entonces no fue diagnosticado como correspondía, y a su hábito de fumar y a su dependencia del alcohol. El primer ataque, en febrero de 1941, le dañó temporalmente la vista y le provocó jaquecas agotadoras. Los

ataques siguientes, el segundo y el tercero, ocurrieron en París, en el otoño de 1947. Afectaron temporalmente la visión lateral de su ojo derecho y le produjeron una parálisis permanente de su costado izquierdo. En coma durante cuarenta y cinco días tras el último ataque cerebral, ocurrido el 15 de agosto de 1967, McCullers murió a las 9.30 de la mañana del 29 de septiembre en el Hospital de Nyack. Fue sepultada junto a su madre en el cementerio Oak Hill de Nyack, frente al río Hudson. La autobiografía de McCullers, que es un testamento acerca de su voluntad de escribir y de vivir, quedó para siempre en estado de primer borrador.

En la necrológica de McCullers aparecida en el *New York Times* el 30 de septiembre de 1967, Eliot Fremont-Smith, haciendo una apreciación de su vida y su obra, se refirió al impacto que produjo su primera novela y señaló lo que podría ser su influencia perdurable:

El corazón es un cazador solitario no sólo allanó el camino a lo que después sería el género gótico sudista americano, sino que inmediatamente lo englobó y lo superó... Es, tal vez, su título, conciso y misterioso, con esa terrible yuxtaposición de amor y soledad que fue tema constante en la obra de McCullers, lo que mejor expresa el núcleo de este libro sobresaliente y que no ha perdido nada de su fuerza... La señora McCullers no fue prolífica ni variada en sus temas... Esto no es un defecto ni una tragedia: hay artistas a quienes la «visión» les alcanza una sola vez. Y un corolario: solamente un artista puede someter a otros a la fuerza de su propia visión. La señora McCullers era una artista. Además, ella misma fue ejemplo de inspiración para los artistas que evolucionaron cerca de ella. Sus libros, y particularmente *El corazón*, seguirán viviendo; a ella la echaremos de menos.

En 1971, después de la publicación de *The Mortaged Heart* [*El corazón hipotecado*], una compilación póstuma editada por su hermana Margarita G. Smith, el conjunto de cartas, manuscritos y miscelánea, fueron vendidos al Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, en Austin. Entre estos papeles, hay dos copias mecanografiadas, de 128 páginas cada una, de *Iluminación y fulgor nocturno*. Este texto, tenido en cuenta al editar *El corazón hipotecado*, no había sido publicado hasta hoy.

McCullers tenía la intención de incluir la sinopsis de «The Mute» (*El corazón es un cazador solitario*) y su correspondencia con Reeves durante la Segunda Guerra Mundial, como apéndices de las partes de *Iluminación y fulgor nocturno* que dictó en el curso del año 1967.

La sinopsis de «The Mute», escrita en 1938 y publicada en la biografía de Oliver Evans, *The Ballad of Carson McCullers* (1966), y en *El corazón hipotecado*, es la más extensa que escribiera para cualquiera de sus novelas y le valió el contrato para la publicación de su primer libro a los veintitrés años de edad. Fue escrita durante los primeros días de su vida de casada con Reeves, cuando la pareja vivía en Fayetteville, Carolina del Norte. La copia mecanografiada del texto forma parte del Archivo McCullers de la Universidad de Texas.

Con las palabras «Insértense las cartas de la guerra», anotadas en el texto de *Iluminación y fulgor nocturno*, McCullers indicó su deseo de incluir las cartas que ella y Reeves se escribieron durante la Segunda Guerra Mundial. Si bien existen indicios de que McCullers prefería incluir sólo extractos de estas cartas, es imposible inferir cuáles tenía en mente cuando escribió esa nota, y dado que la lista de cartas que reunió Carson, con ayuda de Kenneth French, no resulta totalmente inteligible, se incluye en la presente edición *toda la correspondencia existente*. La inclusión de las cartas de Reeves y Carson durante la guerra constituye la primera correspondencia de Carson McCullers que se publica hasta la fecha.

Se incluye, además, una cronología pormenorizada de la vida y la bibliografía de McCullers.

Iluminación y fulgor nocturno es una obra inacabada y un trabajo hecho en colaboración con otras personas. Como tal, coloca al

editor frente a una serie de decisiones difíciles de tomar: cómo tratar la narración, con su estilo de libre asociación; cómo discernir las intenciones de Carson en lo que respecta al contenido de los apéndices que ella sugiere; y el tratamiento de una tendencia a la exageración muy propia de McCullers.

Pese al desarrollo no cronológico de *Iluminación y fulgor nocturno*, la cadena de asociaciones que sirven de apoyo a su estructura narrativa resulta, a todas luces, evidente. Las secciones principales, o cuestiones importantes para McCullers cuando componía esta autobiografía, son: su relación con Reeves McCullers; su experiencia en materia de inspiración creadora (lo que ella llamó sus «iluminaciones»); su abuela materna, Mommy, y su influencia en la vida de Carson y en la felicidad de su infancia; la influencia de sus estudios de música con Mary Tucker, su segunda profesora de piano; y la importancia de los demás en su vida: Ida Reeder, su ama de llaves; sus médicos y amigos, William Mayer y Mary Mercer; su vecina y amiga Marielle Bancou; y sus amigos más «famosos», como Gypsy Rose Lee, George Davis, W. H. Auden, Richard Wright o Tennessee Williams y Edith Sitwell. En la última parte, una suerte de remanente del contenido del libro citado a menudo como «A pesar de», Carson rememora brevemente a algunos artistas que sufrieron por sus problemas de salud o padecieron amputaciones de miembros, como Cole Porter y Sarah Bernhardt.

El aspecto formal de *Iluminación y fulgor nocturno* responde a la influencia del placer de Carson por todo lo que fuera exagerar y contar historias. Virginia Johnson Storey, su prima, la describió así: «Carson amaba atrapar la verdad con los dientes y escapar corriendo, una costumbre que jamás abandonó.»^[6] Debido, tal vez, a esta tendencia suya a fabular, *Iluminación y fulgor nocturno* es un texto sorprendentemente honesto y, a la vez, muy poco fiable. McCullers, con un sentido muy desarrollado de lo que era importante, y que no debía exagerarse, y lo que era menos

importante y, por tanto, susceptible de un tratamiento más imaginativo, incorpora al texto muchas distorsiones, exageraciones y errores que resultan obvios, insistiendo a veces en su veracidad. No obstante, proporciona detalles que contradicen versiones aceptadas de algunos hechos publicados en biografías previas, y que son un incentivo para los estudiosos que se ocupan de investigar la historia de su vida.

En un breve pasaje de esta autobiografía, cuando se refiere a la noche del estreno de *The Square Root of Wonderful*, McCullers dictó: «Yo llevaba puesto mi hermoso traje chino, de dos mil años de antigüedad, es la pura verdad, y al pasar delante del teatro, no tuve ni el coraje de rezar.» La frase revela, como a menudo observó su prima, que Carson, a veces, se preocupaba menos por la exactitud del relato que por el hecho de que resultara interesante. Este traje, de dos mil años de antigüedad («es la pura verdad»), fue un regalo de su primo Jordan Masee. Un traje de mandarín, de hombre, y que a Carson le quedaba muy largo y rozaba el suelo; era de color azul eléctrico con bordados blancos y no debía tener más de ciento cincuenta años en esa época. Según Masee, Carson se lo ponía para todos los «eventos oficiales», y le gustaba exagerar su antigüedad y su importancia como traje de ceremonia.

De acuerdo con las biografías anteriores, lo generalmente admitido es que el talento juvenil de Carson para el piano se reveló repentinamente cuando ella, a muy tierna edad, tocaba melodías «de oído». Al respecto, Virginia Spencer Carr refiere:

Cuando era pequeña, McCullers suponía que no era una niña común y corriente; su madre le había contado —eso dicen, al menos— que ciertas «señales prenatales» le presagiaron que su primer hijo sería un genio, un retoño que Marguerite Smith aguardaba con gran expectativa. A los seis años, McCullers confirmó la profecía (al menos, a los ojos de su madre) cuando se sentó al piano y, con ambas manos, tocó una canción que había oído por primera vez aquella tarde en el cine.^[7]

En *Iluminación y fulgor nocturno*, Carson cuenta una versión muy diferente de la historia de la revelación de su profetizado talento cuando admite haber tocado su primera canción en el piano de su tía Martha Johnson. Esto, que contradice la creencia admitida durante mucho tiempo de que Carson demostró un talento innato para el piano, interpretado por su madre como la revelación de su destino de gloria, puede dar pie a una reconsideración del grado de conciencia que podía tener Carson, en su juventud, de la importancia de las expectativas que su madre había puesto en ella.

Dado el espacio que Carson presta a su relación con Reeves y a las razones de su divorcio, la omisión más significativa de esta autobiografía es, tal vez, la de la relación que ella y Reeves mantuvieron con David Diamond, el compositor norteamericano. Si bien no fue una relación física, la relación íntima entre Carson, Reeves y Diamond fue uno de los vínculos más fuertes en la vida de Carson. El hecho de que no mencione esta relación en *Iluminación y fulgor nocturno* es particularmente significativo porque, además de Mary Tucker, su profesora de piano, Reeves McCullers, Annemarie Clarac-Schwarzenbach y la doctora Mary Mercer, la amistad de Carson con David Diamond fue decisiva para el desarrollo de su filosofía de la soledad y del amor, que es el tema capital de su narrativa.

Después de conocerse en Nueva York, en 1941, Carson, Reeves y Diamond parecían destinados a una relación triangular, como las que más tarde aparecerían claramente descritas por Carson en sus novelas *Frankie y la boda* y *La balada del café triste*. Diamond, atraído en un principio por Carson, entabló en seguida una relación con Reeves. Carson y Reeves compartían esta poderosa atracción por Diamond. Mientras aguardaba su divorcio de Carson, Reeves vivió cuatro meses con Diamond en Rochester, Nueva York, en 1941. Carson, que presintió una excelente relación entre Diamond y su muy pronto exmarido, se sintió traicionada y temió ser excluida. Pese a la intensidad de su relación con él, Carson no nombra a

Diamond en su autobiografía, y sólo figura mencionado por su nombre de pila una vez en las cartas del período de la guerra. Recordando las razones por las que se divorció de Reeves, Carson omite mencionar que se sintió traicionada cuando Reeves y Diamond se trasladaron a Rochester y la dejaron fuera de esa relación triangular que ella deseaba. La omisión es particularmente significativa si se piensa en la importancia de las relaciones triangulares insostenibles en muchas obras de McCullers y lo mucho que, desde el punto de vista temático, estos libros deben a su experiencia con Reeves y Diamond. La reticencia de McCullers para escribir sobre su vida sexual —y darlo a la imprenta—, el hecho de que su relación con Diamond fuera perdiendo importancia a lo largo de veintisiete años, o, simplemente, su reticencia a evocar recuerdos dolorosos en relación con esta experiencia, podrían ser algunos de los motivos que la llevaron a omitir a Diamond en su autobiografía.

Si Carson McCullers es o no veraz cuando describe las «iluminaciones» y los «fulgores nocturnos» acaecidos en su vida, no tiene, en última instancia, mayor importancia. Más importante que la veracidad de sus recuerdos es su forma de contarlos, cómo los rememora, y la influencia que en ella tuvieron. Esta autobiografía es una compleja mezcla de memoria, de recuento existencial al final de sus días, de desmitificación y remitificación, como un intento de la autora por memorializarse a sí misma en una forma que sólo es verdadera para la percepción que ella tiene de sí misma, aunque no siempre concuerde con lo estrictamente biográfico.

Además de ser una recapitulación, a su manera, de los acontecimientos significativos de su vida, *Iluminación y fulgor nocturno* permite conocer, por primera vez, detalles acerca de las ideas de McCullers sobre la sexualidad. Pese a la aparente sofisticación en relación con la sexualidad y las relaciones humanas, especialmente en *El corazón es un cazador solitario*, y a que Carson haya podido atribuir mundanidad al espíritu libertino de su madre,

McCullers se lamenta en *Iluminación y fulgor nocturno* de su falta de conocimientos en materia sexual: «Cuando le pregunté a mi madre acerca del sexo, me pidió que la acompañara detrás del acebo y, con simplicidad sublime, me dijo: “El sexo, querida mía, tiene lugar en donde te sientas.” Por consiguiente, me vi obligada a leer libros de texto sobre sexo que hicieron que todo aquel asunto me pareciera aburridísimo e increíble a la vez.»

Carson no habla directamente de su bisexualidad, o lesbianismo, pero menciona detalles, algo velados, es cierto, de su atracción por la heredera suiza Annemarie Clarac-Schwarzenbach y su relación con ella. Describe su primer encuentro con Annemarie: «Tenía un rostro que, lo supe en seguida, me perseguiría hasta el final de mi vida: bella, rubia, el pelo corto y lacio.» Como un testimonio de la importancia de la relación entre ambas, Carson incluye extractos de las tiernas cartas que recibió de Annemarie.

Con un lenguaje más directo que el empleado para referirse a su relación con Annemarie Clarac-Schwarzenbach, Carson describe sus ingenuas expectativas y su decepción respecto a su relación con Reeves en lo concerniente al terreno sexual:

Les dije a mis padres que no deseaba casarme sin haber tenido antes una experiencia sexual con él; pues, ¿cómo podía saber si me gustaría o no estar casada? Creí que debía confesárselo a mis padres. Les dije que el matrimonio era una promesa, una promesa como otras, y yo no quería prometerle nada a Reeves hasta no estar absolutamente segura de que me gustaba el sexo con él. Leer a Isadora Duncan y *El amante de lady Chatterley* era una cosa, y la experiencia personal otra. Además, en todos los libros, al llegar a lo que uno realmente quería saber, aparecían asteriscos.

Un vez más, recordando las razones que dio Carson a Rex Reed para escribir *Iluminación y fulgor nocturno*, la autobiografía se puede entender fácilmente como una tentativa de Carson por explicar su vida, tanto sus éxitos como sus fracasos, a las generaciones futuras. Escribirla fue, en un plano personal y emocional, una oportunidad de autoexplicarse a sí misma. Pero, más allá de los motivos personales

de Carson para escribir la autobiografía, los detalles de los «fulgores nocturnos» de su experiencia registran la vida de una mujer y artista sureña de la primera mitad del siglo XX, y su lucha con la angustia inherente a un período de agitación mundial, social y político.

En esta biografía, lo realmente importante es, más que su contenido específico, la personalidad de Carson, perceptible bajo la superficie de la narración. Esas raras y preciadas «iluminaciones» de McCullers la ayudaron a sobrevivir a los «fulgores nocturnos», más frecuentes y duraderos, porque le proporcionaron, como a Mick Kelly, su personaje en *El corazón es un cazador solitario*, un espacio en su interior adonde retirarse para recuperarse, protegerse a sí misma y continuar su creatividad. Este libro es un diario de viaje a ese espacio privado de su interior que proporciona al lector, no solamente la descripción de los «fulgores nocturnos» que la forzaban a retraerse, sino, y lo que es tal vez más importante, una crónica de las «iluminaciones» inspiradoras que le restañaban el alma. *Iluminación y fulgor nocturno* es una invitación para ir con Carson a visitar su «cuarto interior».

Treinta años después de que ella se dispusiera a rastrear y a preservar la historia de su vida, la autobiografía de Carson McCullers se presenta como un relato aleccionador que ha de inspirar a las generaciones futuras. Así lo quiso ella.

CARLOS L. DEWS

ILUMINACIÓN Y FULGOR NOCTURNO

BIOGRAPHY

by

CARSON McCULLERS

First Draft

ILLUMINATION AND NIGHT GLARE.

My life has been almost completely filled with work and love, thank goodness. Work has not always been easy. ^{Not had love, may I add} ^{working life} My adolescence was almost blighted ^{at} ~~from~~ the time I was seventeen and for a number of years, by a ^{novel} ~~work~~ I simply could not understand. I had at least five or six characters who were very clear in my mind. Each of these characters were always talking to the central character. I understood them, but the main character was ^{unfocused} ~~blurred~~ ~~in my mind~~, although I knew that he was central to the book. Time and again I thought I would just ~~write~~ ~~and~~ these characters as short stories, but always I was restrained, because I knew that this mysterious ^{creation} ~~work~~ was going to be a novel.

Then suddenly, as I was walking up and down

the rug in my living room, skipping every other square in the design, and worn out with the problem I had set for myself, the solution all at once came to me. The central character, the silent one, had always been called Harry Minowitz, but as I was thinking and pacing, I realized that he was a deaf mute, and that was why the others were always talking to him, and why, of course,

Facsímil de una página mecanografiada de *Iluminación y fulgor nocturno*.
(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)

ILUMINACIÓN Y FULGOR NOCTURNO

AUTOBIOGRAFÍA INACABADA DE CARSON MCCULLERS

[Iluminación y fulgor nocturno]

El trabajo y el amor han llenado casi por completo mi vida, a Dios gracias.[*] El trabajo no siempre ha sido fácil; cabe añadir que el amor tampoco. Por lo que respecta al trabajo, cuando tenía diecisiete años, y durante varios más, mi vida quedó prácticamente colapsada por una novela que sencillamente no veía clara. Tenía cinco o seis personajes, como mínimo, clarísimos en mi mente. Cada uno de estos personajes estaba siempre hablando con el protagonista. Yo los comprendía, pero el protagonista, aunque yo sabía que era el centro del libro, quedaba fuera de foco.

Una y otra vez pensé que utilizaría dichos personajes para escribir cuentos, pero algo siempre me retenía a hacerlo porque sabía que esta misteriosa creación acabaría siendo una novela.

Entonces, mientras caminaba de un extremo al otro de la alfombra de mi sala de estar, saltándome los cuadrados del dibujo, y agotada por un problema que yo misma me había planteado, se me ocurrió de golpe la solución. El protagonista, el silencioso, siempre se había llamado Harry Minowitz; pero, mientras yo pensaba y caminaba, me di cuenta de que era sordomudo, y por eso los demás siempre le hablaban a él, y él, claro, nunca les contestaba.

Fue una verdadera iluminación, que dio luz a cada uno de los personajes y enfocó todo el libro. De entrada, cambié el nombre de

Harry Minowitz por el de Singer, más expresivo según la nueva concepción del libro, que, con esa nueva idea, arrancaba perfectamente. A modo de prefacio, escribí el siguiente texto:

El tema principal de este libro se enuncia en las primeras doce páginas. Es el tema de la rebelión del hombre contra su propio aislamiento interior y su necesidad de expresarse tan plenamente como le sea posible. En torno a esta idea general hay varios temas contrapuestos, algunos de los cuales se pueden enunciar someramente como sigue: 1) En el hombre existe una profunda necesidad de expresarse a sí mismo mediante la creación de un principio unificador o Dios. Un Dios personal creado por un hombre es un reflejo de sí mismo y, en esencia, este Dios es, muy a menudo, inferior a su creador. 2) Es probable que, en una sociedad mal organizada, estos dioses individuales, o principios, sean quiméricos y fantásticos. 3) Cada hombre debe expresarse a sí mismo a su manera; pero, con frecuencia, se lo impide una sociedad restrictiva y miope. 4) Los seres humanos son gregarios de nacimiento, pero una tradición social cruel les obliga a adoptar actitudes que no concuerdan con su naturaleza más profunda. 5) Algunos hombres son héroes por naturaleza: lo darán todo de sí mismos sin tener en cuenta el esfuerzo o el beneficio personal.

Por supuesto, estos temas nunca están abiertamente expresados en el libro. Se perciben, matizados, a través de los personajes y de las situaciones. En gran parte, dependerá de la percepción del lector y de la atención con que se lea el libro. En algunos pasajes, las ideas subyacentes quedarán ocultas muy por debajo de la superficie de una escena y, otras veces, estas ideas se mostrarán con cierto énfasis. Los diversos motivos recurrentes a lo largo del libro, coinciden en las últimas páginas de modo que, al final, da una sensación de cohesión irrevocable y programada.

El esquema general de este libro se puede expresar muy simplemente. Es la historia de cinco individuos aislados, personas solas en busca de una expresión e integración espiritual en algo superior a ellas. Uno de estos cinco individuos es John Singer, un sordomudo, y todo el libro gira en torno a él. Debido a su soledad, las otras cuatro personas ven en el mudo cierta superioridad mística y, en cierto sentido, lo convierten en su ideal. La deficiencia de Singer hace que su carácter aparente sea vago e ilimitado. Sus amigos son capaces de atribuirle todas las cualidades que desean que tenga. Cada uno de estos cuatro sujetos crea su concepción del mudo a partir de sus propios deseos. Singer puede leer los labios y entender lo que le dicen. Hay algo irresistible en su eterno silencio. Cada una de estas personas hace del mudo el depositario de sus ideas y sentimientos más personales.

La situación entre los cuatro personajes y el mudo tiene su paralelo casi exacto en la relación entre Singer y Antonapoulos, su amigo sordomudo. Singer es la única persona que puede atribuir a Antonapoulos dignidad y cierta sabiduría. El amor de Singer por Antonapoulos se insinúa en todo el libro desde la primera hasta la última página. En Singer no hay nada que este amor no

altere. Cuando están separados, su vida carece de sentido; lo único que hace es contar el tiempo que falta para estar otra vez con su amigo. Sin embargo, las cuatro personas que se dicen amigos de Singer no saben nada de Antonapoulos, nada hasta casi el final del libro. La ironía de esta situación se va haciendo, lenta y progresivamente, más evidente a medida que progresa la historia.

Cuando Antonapoulos, finalmente, muere de la enfermedad de Bright, Singer, abrumado por la soledad y el desconsuelo, enciende el gas y se mata.[*] Sólo entonces los otros cuatro personajes empiezan a comprender al verdadero Singer.

Alrededor de esta idea central hay mucho de las características y el tono de una leyenda. Todos los pasajes directamente relacionados con Singer están escritos en el estilo sencillo propio de una parábola.

Antes que se pueda tener plena conciencia de los motivos desencadenantes de esta situación, es necesario conocer detalladamente cada uno de los personajes principales. Pero los personajes no se pueden describir de la manera adecuada si no se tienen en cuenta los acontecimientos que viven. De hecho, todo lo que ocurre en el libro emana directamente de los personajes. En este libro, cada uno de los personajes aparece estrechamente relacionado con sus actitudes más acusadas y que mejor los caracterizan.

Por supuesto, hay que tener en cuenta que estas características personales no están expresadas tan obviamente como se hace aquí. Están implícitas en la secuencia de las escenas y únicamente al final, cuando se considera la suma de estos sobreentendidos, se comprenden los personajes en sus aspectos más profundos.

Y al día siguiente empecé a escribir el libro: «En la ciudad había dos mudos, y siempre estaban juntos.» Durante casi un año trabajé sin cesar, y cuando mi profesora, Sylvia Chatfield Bates, quien me había dado clases de creación literaria durante un semestre en la Universidad de Nueva York, me escribió diciéndome que Houghton [Mifflin] estaba organizando un concurso de primeras novelas, escribí una sinopsis [de «The Mute»] y la presenté junto con las casi cien páginas que tenía escritas. Este proyecto fue para mí un respaldo moral, pese a que nunca, ni antes ni después, trabajé siguiendo tan de cerca lo planeado con anterioridad. No obtuve el premio, pero [Houghton Mifflin] me ofreció un contrato. Fue como si me hubieran premiado, y seguí escribiendo.

Entre tanto, en 1937, a los diecinueve años, me había enamorado de Reeves McCullers y me había casado con él. Les dije a mis

padres que no deseaba casarme sin haber tenido antes una experiencia sexual con él; pues, ¿cómo podía saber si me gustaría o no estar casada? Creí que debía confesárselo a mis padres. Les dije que el matrimonio era una promesa, una promesa como otras, y yo no quería prometerle nada a Reeves hasta no estar absolutamente segura de que me gustaba el sexo con él. Leer a Isadora Duncan y *El amante de lady Chatterley* era una cosa, y la experiencia personal otra. Además, en todos los libros, al llegar a lo que uno realmente quería saber, aparecían asteriscos. Cuando le pregunté a mi madre acerca del sexo, me pidió que la acompañara detrás del acebo y, con simplicidad sublime, me dijo: «El sexo, querida mía, tiene lugar en donde te sientas.» Por consiguiente, me vi obligada a leer libros de texto sobre sexo que hicieron que todo aquel asunto me pareciera aburridísimo e increíble a la vez.

Les dije a mis padres que mi plan era reunirme con Reeves que partía a Goldens Bridge para pasar el invierno. Me respetaron por mi franqueza y, no sin cierta reticencia, me dejaron ir.

La experiencia sexual no fue como en D. H. Lawrence. No hubo grandes excesos ni luces de colores, pero me permitió conocer mejor a Reeves y aprender a amarlo realmente. Bebíamos champán rosado y comíamos tomates fuera de estación. Le conté a Reeves «The Mute», el título provisional de *The Heart Is a Lonely Hunter* [*El corazón es un cazador solitario*], y se ilusionó tanto como yo. El nuestro sería un matrimonio de amor y escritura. A raíz de asistir a la clase de Sylvia Bates, en 1936 yo había publicado mi primer cuento en *Story Magazine*. El cuento se titulaba «Wunderkind».[1] (Es difícil darse cuenta de la importancia y el prestigio que tenía *Story Magazine* en aquella época entre los autores jóvenes.) Entusiasmado también por esto, Reeves pensó que a él mismo le gustaría ser escritor. El 20 de septiembre de 1937 nos casamos, y yo seguí escribiendo «The Mute».

Después de cursar brevemente filosofía, psicología, etcétera, en Nueva York, Reeves encontró un empleo en Carolina del Norte y nos

trasladamos a Charlotte.

Mi vida seguía la pauta que siempre he seguido. Trabajo y amor.

«The Mute», mi primer título (luego mi editor lo cambió por *El corazón es un cazador solitario*, un título que me gustó), me llevó dos años de escritura, y fueron años muy felices.[2] Trabajé mucho y amé mucho. Inmediatamente después de haber terminado *El corazón* en 1939, empecé otro libro: *Reflections in a Golden Eye* [*Reflejos en un ojo dorado*].

El modelo amoroso apareció cuando yo era niña. Adoré a una anciana dama que olía siempre a verbena y limón. Yo dormía con ella y nos acurrucábamos y secreteábamos en la oscuridad. A menudo me decía, «Acerca la silla, tesoro, y sube al cajón de arriba del escritorio», y allí encontraba yo algo rico. Una magdalena o, para mi deleite, una vez, naranjitas chinas. Mi primer gran amor fue mi abuela, a quien yo llamaba Mommy.[3]

No tuvo una vida feliz, pero jamás se quejó. Su marido[4] había muerto de alcoholismo después de pasar años al cuidado de un criado, un hombre muy fuerte que podía controlar sus puñetazos intempestivos. No obstante, Mommy jamás tuvo aversión al alcohol ni nada parecido. Una vez, al final de su enfermedad, fueron a visitarla las damas de la WCTU [Unión de Mujeres Cristianas Contra el Alcoholismo]. Llegaron con expresiones tan serias que parecían una delegación.

«Sé a qué vienen —dijo Mommy—. Ustedes vienen para que me deje imponer esa insignia oro y púrpura; pero, y lo digo sin rodeos, no la quiero. Pertenezco a una gran familia de bebedores. Mi padre bebía, mi yerno [Lamar],[5] que es un santo, también bebe. Qué triste me pone oír ese ¡PUM!, señal de que toda su cerveza casera ha explotado. Y yo también bebo.»

«¿Usted? ¡No es posible, señora Waters!», exclamaron las damas, escandalizadas.

«Todas las noches Lamar me prepara un ponche, y yo lo encuentro buenísimo.»

«¡Señora Waters, por favor!», dijeron espantadas las de la delegación.

Cuando entró papá, Mommy, muy pícara, le dijo:

«¿Es la hora de mi ponche, Lamar? Sería delicioso tomarlo ahora mismo.»

«¿Desea alguna de las señoras acompañarnos?», preguntó papá. Pero las damas ya huían despavoridas.

«Si he de decirte la verdad, Lamar, estas damas de la WCTU son tremendamente cortas de entendimiento, aunque supongo que está mal que lo diga.»

«Muy mal», le contestó mi padre mientras le servía su ponche.

La mantenían su suegro y sus hermanos. Sus hermanos iban diariamente a su casa para comer al mediodía, pero todo el rato tenía que insistirles para que fueran a comprarle las entradas del circo para los chicos. Era una época y un lugar en que los hombres no creían que las mujeres tuvieran sentido común. De manera que ellos mismos encargaban los toneles de harina, tocino y otros ingredientes, y los hacían enviar a su casa. Encargaban también la ropa de sus niños, que a ella no le gustaba nada, y que, muchas veces, tampoco servía. Así y todo, su bienestar estaba asegurado, acaso demasiado para su gusto.

Durante la enfermedad terminal de mi abuela, a mi hermano,[6] a mi hermana[7] y a mí nos enviaron a casa de tía Tieh,[8] con nuestros cinco primos. Era maravilloso dormir en la enorme galería dormitorio. Mi prima mayor[9] nos contaba los cuentos de hadas de la montaña de cristal, las fábulas de Esopo, y nosotros, felices, nos quedábamos dormidos. Tía Tieh tenía una hermosa viña y muchos árboles frutales. En la mesa del desayuno siempre había miel Tupelo y, muchas veces, higos maduros y pelados que nosotros comíamos echándoles mucha crema por encima. Los domingos siempre nos daban helado y a mí me dejaban batirlo y, por supuesto, lamer la espátula. Cuando el

jardinero me dijo que mi abuela había muerto, apenas comprendí qué quería decir. Tía Tieh nos llevó de regreso a casa en su viejo Dodge.



«El modelo amoroso apareció cuando yo era niña.» Lula Carson a la edad de dos años. *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*

Al llegar, cuando vi la corona de flores colgada en la puerta, comprendí que algo raro e inquietante había ocurrido. Me desplomé en el suelo del vestíbulo e, instantes después, tuve una convulsión. Cuando me calmé, aquella tarde, mi madre quiso que yo besara a mi abuela, pero con firmeza le dije: «Está muerta, ¿no? La gente no besa a las personas muertas. Los besos son para los vivos.» Mi abuela murió, pero su espíritu aún vive en mí, y siempre he tenido su foto colgada en la pared de mi casa: una viuda joven, hermosa, con cinco niños.

A mi madre[10] y a papá también les quería; pero, para mí, Mommy siempre fue alguien muy especial. Ella era la propietaria de la casa en que vivíamos. Era una casa pequeña en la calle 13, en Columbus, Georgia. Los suelos crujían como suele suceder en las casas viejas. Era dueña de la casa y de las dos propiedades que había detrás. En esta casa nací y viví durante mi primera infancia. Mis padres y mi abuela no me permitían jugar con los hijos de los vecinos, salvo con Helen Harvey, la chica que vivía en la acera de enfrente.

[texto perdido...][11] de Health & Beauty, que hacía rugir a mis padres, pensando en todas las convulsiones que había tenido. El colegio estaba bien, yo aprendía con facilidad y desde allí, por la tarde, iba directamente a las clases de piano. En casa, prácticamente no hacía deberes. Aprobé todos los cursos, pero eso fue todo. Me gustaba trepar a un árbol que había en la parte de atrás y sentarme en la casa que mi hermano y yo nos habíamos construido allí. Teníamos un elaborado sistema de señales para la cocinera, que era muy buena con nosotros y ataba una cuerda a una canasta y nos subía golosinas. Años más tarde, cuando tuve problemas, seguí refugiándome en la misma casa del árbol.

Yo había oído contar cosas horribles del colegio secundario. Había oído, por ejemplo, que cuando la señorita Cheeves se muriera

su cerebro sería enviado al Museo del Instituto Smithsonian porque era muy inteligente. Mi madre me vistió con un traje de lana rosa y partí rumbo a esa escuela aterradora. No era tan mala como yo creía. Mis padres no me obligaban a ir todos los días, ya que yo quería ser concertista de piano. Iba las horas imprescindibles para no perder el ritmo de las clases. Hoy, años después, mis profesores de secundaria están asombradísimos de que alguien tan negligente como era yo pueda ser una escritora de éxito. La verdad es que yo no creo en la escuela, en cambio creo firmemente en una educación musical concienzuda. Mis padres estaban de acuerdo conmigo. Por ser tan solitaria, seguro que me perdí ciertas ventajas de orden social; pero eso no me preocupaba.

La primera semana de clase, encontrándome yo en el sótano, fui literalmente capturada por una chica. Me tiró al suelo y me dijo:

«Di joder tres veces.»

«¿Qué significa?», pregunté.

«No importa, tú, azucena pura e inocente, dilo y basta.»

Me machacaba la cara sin parar contra el suelo de cemento.

«Bueno, joder», dije.

«Dilo tres veces.»

«Joder, joder, joder», dije a toda velocidad, y me soltó.

Aún puedo sentir su mal aliento en mi cara, y sus manos sudorosas. Cuando me liberó, corrí a casa, pero no se lo conté a mis padres porque sabía que era algo feo y malo.

«¿Qué te ha ocurrido en la cara?», preguntó mi madre.

«Cosas que pasan en el colegio», dije. Si bien nada tan dramático volvió a sucederme, el aburrimiento de la escuela fue una experiencia horrible. Cuando me gradué, a los diecisiete años, no asistí a todas las ceremonias, pero le pedí al director que guardase mi diploma, que mi hermano pasaría a recogerlo al día siguiente.



«Durante la enfermedad terminal de mi abuela, a mi hermano, a mi hermana y a mí nos enviaron a casa de tía Tieh, con nuestros cinco primos.» La familia de C. Graham Johnson. *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*



«Mi primer gran amor fue mi abuela, a quien yo llamaba Mommy.» Lula Caroline Carson Waters (1858-1923), abuela materna de Carson. (*Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.*)

Sin embargo, no tuve una infancia solitaria, porque cuando cumplí cinco años de edad, en 1922, papá compró un piano. Mi tía Tieh tenía un piano y yo lo había tocado con sumo cuidado y hasta había arreglado algunas cuerdas. Entonces, cuando llegó mi piano, inmediatamente me senté y empecé a tocar. A mis padres les pareció un milagro.

Me preguntaron qué tocaba.

«Una melodía que compuse», les dije. Y toqué al ritmo de *Yes, We Have No Bananas*.

Decidieron que yo debía tener una profesora de música y le pidieron a la señora Kierce[12] que me diera clases dos veces por semana.

Las clases no me gustaban mucho, prefería componer mis propias melodías. La señora Kierce estaba impresionada y transcribía la música escrupulosamente. Estudié con ella hasta que, unos diez años más tarde, escuché un recital de la señora Tucker,[13] y mi sueño fue que ella se convirtiera en mi profesora. Lo hablé con la señora Kierce, que estuvo de acuerdo conmigo.

La pieza que toqué para mi nueva profesora fue la segunda Rapsodia Húngara. Al terminar, dijo que era la Rapsodia Húngara más rápida y más tumultuosa que había escuchado nunca, y me aceptó como alumna. Pero no sólo como alumna: pasaba todos los sábados en su casa y ella me inició en Bach, a quien nunca había escuchado antes.

La señora Tucker era para mí la encarnación de Bach, de Mozart y de toda la hermosa música que a la edad de trece años envolvía toda mi alma. En un concierto de Rachmaninov conocí a mi primer amigo adulto.

Tenía veintitrés años y yo diecisiete, y, cuando estábamos juntos, hablábamos de todo. No sólo de música, también me inició en la lectura de Karl Marx y de Engels, que fue una de las cosas que forjó mi pensamiento sobre la justicia. A menudo, durante la Depresión, viendo a los negros revolver los cubos de basura de casa y acercarse

a pedir limosna, me había dado cuenta de que algo terrible y equivocado pasaba en el mundo, pero jamás había pensado intelectualmente en ello.

Edwin Peacock, mi nuevo amigo, venía todos los sábados por la tarde, y sus visitas me alegraban. No estaba «enamorada»; era una verdadera amistad, que a decir verdad se ha mantenido a lo largo de toda mi vida.

Era una dicha para mí ir de compras a la ciudad con mi madre y mi abuela. Una vez, cuando me llevaron a comprar telas (mi madre siempre me confeccionaba los vestidos y mi abuela la ropa interior), mi Mommy se sentó en un banquito de la tienda y dijo que no se sentía muy bien. Mi madre llamó un taxi y me pidió que la llevara a casa y que le dijera a Cleo, la criada, que la desvistiera y la acostara.

«No es nada —dijo mi abuela—, sólo un pequeño mareo.»

Sintiéndome muy importante, ayudé a Mommy a subir al taxi y la llevé a casa. Cleo y yo la desvestimos. Pero, a pesar de sus protestas, no se trataba de un mareo. Era anemia perniciosa, y se murió al año siguiente.

Yo anhelaba una sola cosa: irme de Columbus y dejar huella en el mundo. Al principio quise ser concertista de piano. La señora Tucker me animaba a ello. Luego me di cuenta de que papá no podía enviarme a estudiar a Juilliard ni a ninguna otra gran escuela de música. Sé que a papá esto le preocupaba, y, como yo le quería, no dije nada al respecto, pero dejé de pensar en una carrera musical y le comuniqué que había cambiado de «profesión», que sería escritora. Era algo que podía hacer en casa, y me puse a escribir todas las mañanas.

Mi primer libro se tituló *A Reed of Pan*. Se trataba, por supuesto, de un músico que sí estudiaba y lograba hacer cosas. Pero como no

estaba satisfecha con el libro, no lo envié a Nueva York, pese a que me habían hablado de agentes y todas esas cosas. Tenía dieciséis años y seguí escribiendo. El siguiente libro se llamó *Brown River*. Apenas lo recuerdo, salvo que tenía una marcada influencia de *Hijos y amantes*.

En su testamento mi abuela dejó «a su nieta de ojos grises» el único objeto de valor que poseía: un hermoso anillo de brillantes y esmeraldas. Me lo puse una sola vez, ya que sabía que debía venderlo. Mi padre, que era joyero en la ciudad, lo vendió para que yo pudiera ir a Nueva York a estudiar creación literaria y filosofía.



«Al principio quise ser concertista de piano. La señora Tucker me animaba a ello.»
(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)

Así, pues, por fin me iba de casa para estudiar. Una muchacha que yo no conocía estaba estudiando en Columbia y me invitó a compartir con ella su habitación. Papá la vio una sola vez y manifestó sus dudas al respecto porque la chica llevaba el pelo teñido, en una época en que solamente las chicas «ligeras» se teñían el pelo. Pero me permitió ir.

Viajé en barco desde Savannah a Nueva York; era la primera vez que veía el mar, y, luego, oh, maravilla, vi la nieve.

Mi nueva amiga vivía en el piso de arriba de una lencería. Noté en seguida que casi nunca estaba en casa: en realidad, tenía un novio con quien pasaba las noches. Un hombre me siguió por la escalera y trató de abrazarme, pero yo lo empujé con tal violencia que rebotó contra la pared. Entonces, me encontré allí clavada, en la soledad de aquel cuarto, con una sensación de peligro y temor a los hombres extraños. De día me iba a Macy's y me sentaba en una cabina telefónica; sabía que allí, al menos, estaba segura. Y luego, vuelta al horror de una noche sin dormir.

Finalmente me decidí a ir a ver a la decana de mujeres de Columbia y pedirle consejo.

«¿Cuántos años tiene?», me preguntó.

«Diecisiete», contesté con orgullo.

«Usted es demasiado joven para vivir sola en la ciudad», y me propuso un club de chicas estudiantes.

Recogí mis pertenencias y me mudé al Club Parnassus. Y por primera vez en más de una semana pude dormir. Dormí veinticuatro horas seguidas.

Una muchacha del club estaba practicando una fuga de Bach y me sentí como en mi casa. Por suerte, hice amistades con mucha facilidad. Cuando mi primera amiga íntima me contó que se mudaba al Three Art's Club (Club de las Tres Artes), decidí seguirla.

Como mis medios económicos eran escasos, conseguí un empleo en una revista que se llamaba *More Fun and New Comics*. Yo, una escritora trágica, trabajando para revistas cómicas. El trabajo consistía en hacer de «testaferro», pues, como pronto descubrí, las revistas tenían querellas judiciales pendientes. Cuando al cabo de dos meses me echaron, me sentí sinceramente agradecida.

Seguí a la deriva hasta que papá me envió un módico cheque. Luego tuve que enfrentarme nuevamente a la realidad y encontré un trabajo con la señora Louise B. Field, quien insistía en denominarme «representante» de bienes raíces. Yo daba a los clientes la lista de apartamentos en venta en Nueva York. Lo principal de mi trabajo consistía, lo recuerdo, en ir a comprar nata para la señora Field, que se la comía con una cucharada de té frío. Pero, un día, estaba yo leyendo a Proust detrás del libro mayor, concentrada en una larga oración proustiana, y la señora Field me pescó. Alzó el libro mayor y me dio con él en la cabeza. Su dardo venenoso, como despedida, fue «no llegarás a nada en este mundo», y me golpeó otra vez con el libro. Así, dadas las circunstancias, fui despedida una vez más.

Entre tanto, mi amigo Edwin, que estaba en Columbus, me había escrito diciéndome que en la biblioteca había conocido a un muchacho y que lo había invitado a tomar una copa en su casa. Me contaba que era encantador y que me agradaría mucho, a mi regreso me lo presentaría. En junio de 1935 volví a casa y conocí a Reeves McCullers^[14] en el apartamento de Edwin Peacock. La primera vez que lo vi sufrí una conmoción, la conmoción de la belleza pura; era el hombre más apuesto que yo había visto en mi vida. También hablaba de Marx y Engels, y supe que era un liberal, lo cual, a mi juicio, tenía importancia en aquella retrógrada comunidad sureña. Edwin, Reeves y yo pasamos juntos días enteros, y una noche en la que Reeves y yo íbamos caminando solos, mirando las estrellas, no me di cuenta del tiempo transcurrido, y cuando Reeves me llevó a casa, mis padres estaban angustiados, pues eran las dos de la mañana. No obstante, a mi madre también le encantó Reeves, él solía llevarle bonitos discos.

Por aquella época trabajaba en el ejército, en Fort Bening, Georgia. A ambos nos gustaba el deporte y Reeves le pedía prestada a Edwin su bicicleta y nos íbamos al campamento de chicas *scouts*, a unos cincuenta kilómetros de distancia. Mamá nos preparaba un paquete con el almuerzo y nos íbamos pedaleando uno junto al otro, deteniéndonos de vez en cuando para beber algo frío. Su pasatiempo preferido era el ajedrez, y, después de nadar en el agua fría y marrón, jugábamos una partida (me ganaba siempre). Luego volvíamos a nadar y después emprendíamos el largo regreso a casa en bicicleta. Yo tenía dieciocho años y era mi primer amor. Se marcharía a Nueva York a estudiar, y yo sabía que su partida me entristecería.

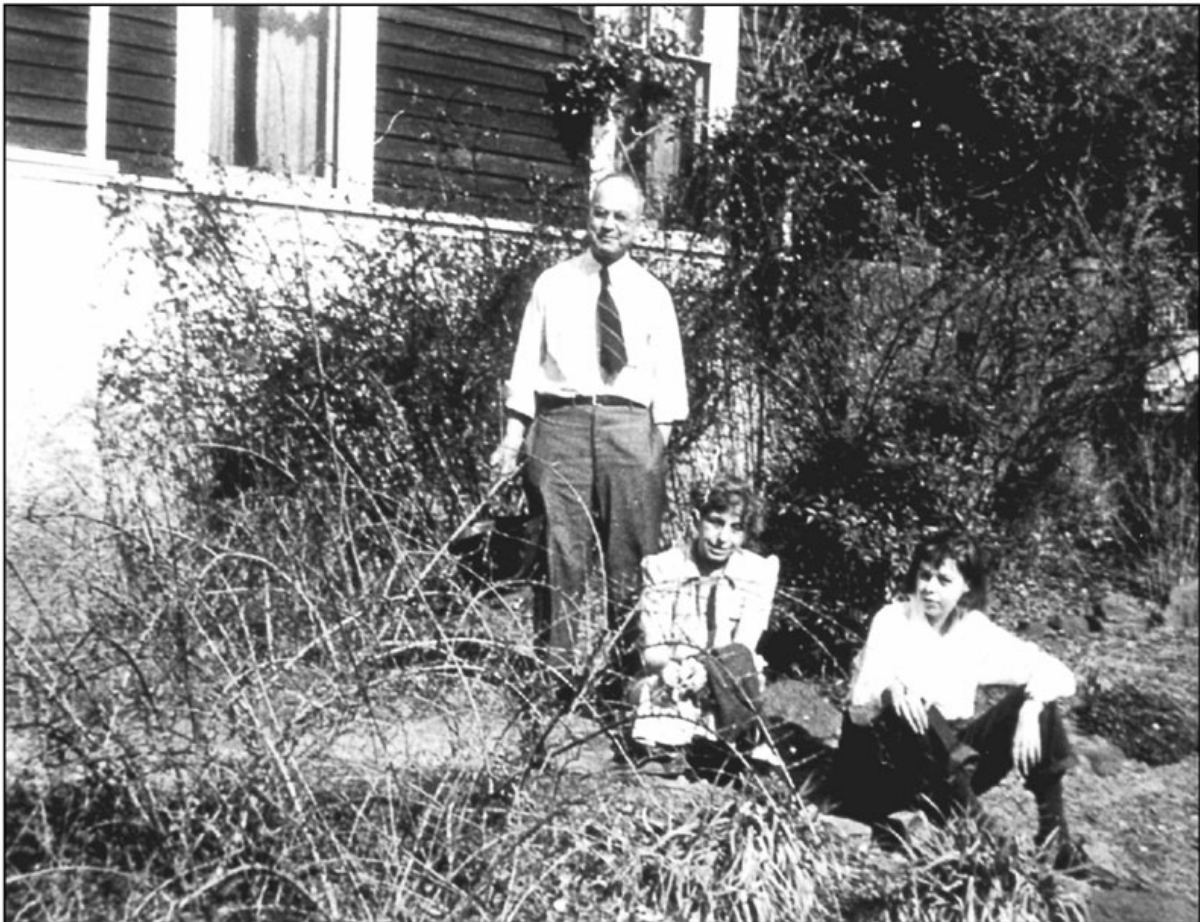
Hacía un par de años que yo escribía y Reeves decía que él también iba a ser escritor. Al final del verano tuve febrícula, el médico pensó que podía ser tuberculosis, de manera que me obligaron a quedarme en casa. Resultó ser un ataque de fiebre reumática infantil, pero nunca me dieron un diagnóstico correcto.

Reeves partió al comienzo del año escolar, a principios de septiembre, después de comprarle su libertad al ejército. Aquellos días su tía le había dejado algo de dinero, que él muy generosamente quiso compartir conmigo, pero yo no acepté diciéndole que él lo necesitaría para estudiar. No advertí la cualidad perdida de Reeves hasta que él se perdió de verdad.

Entre tanto, me quedaba Edwin como único amigo; Reeves se había ido y yo vivía pensando en su regreso en Navidad. Llena de miedo y enferma, me entretenía escribiendo, ilusionada y esperando a Reeves. Volvió en Navidad, y, por primera vez, bebimos jerez en lugar de la cerveza que habíamos bebido siempre. De vez en cuando, él bebía whisky. No, yo nunca reconocí la cualidad perdida de Reeves McCullers hasta que fue demasiado tarde para salvarlo y salvarme yo. Tenía una constitución física espléndida y por aquellos días yo no hubiera sido capaz de reconocer el alcoholismo. Nunca habíamos hecho el amor porque yo le dije que no deseaba tener esa experiencia hasta no estar segura de que lo amaría para siempre.

Después de las vacaciones de Navidad, Reeves me convenció para que me reuniera con él en Nueva York. Yo estaba mucho mejor, si bien aún tenía febrícula. Comunicué a mis padres que me iba con él, y entonces fuimos a su apartamento de Westchester.

En cuanto llegué, Reeves abandonó la escuela y pasamos dos meses juntos. Le dije que creía que él debía tener trabajo antes de casarnos. Entonces volvimos al Sur. Partió a Charlotte, en Carolina del Norte, mientras yo me quedaba en Columbus. Finalmente, me envió un telegrama diciéndome que tenía empleo y que venía a buscarme. Cuando pienso en la paciencia y comprensión de mis padres no puedo sino maravillarme.



Carson con su madre, Vera Marguerite Waters Smith (Bebe), y su padre, Lamar Smith, junto a su casa de 1519 Starke Avenue, Columbus, Georgia. *(Reproducción*

autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)

«Es la criatura más sincera que he conocido», decía siempre mi padre, pero ahora que soy adulta, me maravilla su paciencia y comprensión.

De manera que Reeves y yo nos casamos en 1937, en el salón de mi casa, y nos fuimos a Charlotte a comenzar nuestra vida matrimonial.

Mi primo insiste en que yo me casé vestida con un traje de terciopelo verde y zapatos con cordones tipo Oxford. ¿Es posible? No me acuerdo. A la boda asistieron sólo Edwin y mi familia. Durante la ceremonia, Edwin tocó muy suavemente el doble concierto de Bach para violines, mamá lloraba como se supone que hacen las madres y papá se sonaba la nariz. Después, comimos la ensalada de pollo habitual y bebimos champán.

Los primeros días de mi vida de casada fueron felices, pese a que cometí los errores usuales de la recién casada. Cociné un hermoso pollo, después de quitarle con esmero todas las plumas, y lo puse en el horno, pero no me di cuenta de que además había que limpiarlo. Cuando Reeves llegó, dijo: «¿Qué es este olor espantoso que hay en toda la casa?»

Concentrada en *El corazón es un cazador solitario*, no me había dado cuenta de nada. Reeves abrió las ventanas, conectó el ventilador eléctrico y me dijo: «Cariño, ¿qué es?» Le conté que estaba cocinando un pollo y que debía de estar podrido. Nos llevó un rato percatarnos de mi error; me había olvidado de limpiar el interior del pollo. Reeves se rió y dijo: «Mejor que esta noche vayamos a S & W.» Pese a esta experiencia, la vida matrimonial era estimulante y a la vez una comodidad. Cada día, cuando terminaba mi trabajo, se lo leía a Reeves en voz alta. En un momento dado le pregunté:

«¿Crees que es bueno?»

«¡No! No creo que sea bueno, sé que es extraordinario.»

El esquema al que más o menos me ceñía era mi respaldo moral. A este respecto, debo decir que jamás escribí un esquema tan detallado, y lo hice debido únicamente al concurso de Houghton Mifflin.

Esperaba la llegada del sábado, porque ese día, en vez de escribir, yo limpiaba el apartamento. Reeves aportaba su apoyo moral y escurría la ropa mojada, que era demasiado pesada para mí.

No teníamos amigos y estábamos contentos de estar solos. Los sábados por la noche, con la casa reluciente y mis lápices con punta y ordenados, íbamos a la bodega y comprábamos tres litros de jerez; a veces Reeves me llevaba a S & W, que era un restaurante barato. Yo no advertía en Reeves nada de esa infelicidad o insatisfacción que más tarde lo condujo a la ruina y la muerte.

Por aquellos días, nuestro objetivo en la vida era ir a Nueva York. A menudo mirábamos los coches aparcados con matrícula de Nueva York y soñábamos con el día en que también nosotros iríamos a la ciudad mágica.



«La primera vez que lo vi sufrí una conmoción, la conmoción de la belleza pura; era el hombre más apuesto que yo había visto en mi vida.» Carson y Reeves en la época en que se casaron. *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*

Una madrugada, a las cuatro, después de casi dos años de casados, y con mi absoluto consentimiento, Reeves partió a la ciudad mientras yo me quedé en casa esperándolo. Sin él, la casa no era un sitio agradable. Cuando se fue, yo tomé mayor conciencia de la miseria que nos rodeaba.

Era una casa para una familia, dividida en pequeñas conejeras con tabiques de madera contrachapada y un solo baño para diez o más personas. En una habitación vecina a mi puerta había una niña

enferma, una idiota, que gritaba el día entero. El padre llegaba y le pegaba, y la madre lloraba.

«Si pudiera irme de esta casa», me repetía a mí misma, pero las palabras perdían sentido ante los gritos de la niña enferma y los esfuerzos inútiles que esa pobre madre hacía por calmarla. No me gustaba nada tener que ir al retrete, pues el hedor allí era insoportable. Sé que si mis padres hubieran visto la miseria en que vivía, me hubieran ayudado, pero yo era demasiado orgullosa.

Reeves regresó después de pasar el día buscando trabajo. No había encontrado nada, pero dijo que tenía algunas pistas.

Recibí algo de dinero de Houghton Mifflin, que al final publicó *El corazón*, y un mes más tarde nos fuimos a Nueva York. Justo en ese momento, Reeves aceptó una invitación para conducir un barco a Nantucket (era buen marino) con un amigo llamado Jack,[\[15\]](#) a quien había conocido hacía pocos meses. Después de la pobreza que habíamos padecido, dudé en tomar el tren, de manera que viajé sola en autobús y fui a vivir temporalmente con la señorita Mills, a quien había conocido en una de mis clases de escritura. Ella me encontró una pensión barata en la zona oeste; allí, aislada y sola, pasé el día de la publicación de mi primer libro.[\[16\]](#)

En el ínterin recibí un misterioso telegrama de Robert Linscott (recordé vagamente que era uno de mis editores), citándome para el día siguiente en el Hotel Bedford. Fue un alivio para mi soledad. Era en junio de 1940, y no sabía qué vestido ponerme. Por mi trabajo, me había alejado mucho del mundo de la moda y comprobé que mi ropa vieja ya no servía. Fui a Klein's y, en medio del calor y el griterío de la tienda, me compré un traje de verano. Al día siguiente estaba lista para ver al señor Linscott.

Mientras tanto, yo había empezado una tercera novela; supongo que, cuando empezaba, era incapaz de dejar de escribir. Sería un libro sobre un judío de Alemania. Necesitaba desesperadamente un consejo, de manera que le había escrito a Erika Mann[\[17\]](#) pidiéndole ayuda. Fue muy amable y concertó una cita conmigo. Resultó que

ella y el señor Linscott se alojaban en el Hotel Bedford, de manera que aquel día todos pudimos encontrarnos por vez primera en la habitación de Erika Mann.

Hablamos de la publicación de *El corazón* y le conté al señor Linscott que tenía una segunda novela terminada.

«Cada cosa a su tiempo, querida», me dijo.

Me invitó a ir a Boston y a hospedarme con él y su familia. Acepté en el acto. Era el mejor director literario de Houghton Mifflin y me dio buenos consejos. En esta misma reunión hablé de los planes para mi nuevo libro, y también aprecié los consejos de la señorita Mann.

Hablábamos de todas estas cosas, cuando una persona desconocida entró en el cuarto de Erika. Tenía un rostro que, lo supe en seguida, me perseguiría hasta el final de mi vida: bella, rubia, el pelo corto y lacio. Tenía una indefinible expresión de sufrimiento en la cara. Era físicamente espléndida y, sin poder evitarlo, pensé en el encuentro de Mishkin con Nastasia Filípovna en *El idiota*, cuando él experimenta «terror, piedad y amor». Erika la presentó como madame Clarac.^[18] Llevaba un vestido de verano que era el no va más de la sencillez, incluso yo fui capaz de reconocer la creación de uno de los grandes *couturiers* de París. Yo no sabía que una amiga íntima suya escogía para ella la ropa, porque a Annemarie esas cosas ni le importaban ni las tenía en cuenta.

De entrada, me pidió que la llamara Annemarie y nos hicimos amigas inmediatamente. Me invitó, y fui a verla al día siguiente. Me dijo: «No sabes lo que significa estar curada de esta adicción terrible.»

«¿Qué adicción terrible?», pregunté.

«¿Nadie te ha hablado de mí?»

«No —dije—. ¿Qué tenían que decirme?»

«He estado tomando morfina desde los dieciocho años.»

Como yo no sabía nada de la morfina ni de los efectos de ese hábito, no me impresionó tanto.

Abruptamente, pasó a hablar de sus andanzas por Afganistán, Egipto, Siria y el Lejano Oriente. Fascinada como estaba, me quedé perpleja.

«Te quiero lo suficiente como para pedirte que me prometas que nunca tomarás drogas.»

«¿Drogas?», dije, pues era lo último que se me hubiera ocurrido.

Cambió de conversación y me habló de su madre, que, cuando ella tenía diecisiete años, le había dicho que era drogadicta, comunista y lesbiana.

Le pregunté cuándo le había ocurrido todo eso y ella me contó que fue en Alemania, en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial. Se había ido de su casa porque su madre le pegaba constantemente. Se hubiera escapado, pero su madre la hubiera encontrado y llevado de vuelta consigo. En su país, vivía en un castillo, con su madre y un hermano idiota, que apenas podía hablar. Ése fue su entorno. Su padre quiso ayudarla, pero estaba demasiado dominado por su madre, quien, dicho sea de paso, dicen que es la mujer más rica de Suiza. Finalmente, se fue para siempre y trabó amistad con una distinguida familia alemana.

Le pregunté cuánto tiempo hacía que había dejado la morfina, y me contestó:

«La he dejado hoy.»

Nos quedamos hasta tan tarde aquella noche, que Reeves estaba preocupado y furioso cuando volví.

«¡Por Dios! —dijo—. ¿Qué estuviste haciendo toda la noche?»

«Hablando.»

«¿Estás enamorada de mademoiselle Schwarzenbach?»

«No lo sé», dije.



«Tenía un rostro que, lo supe en seguida, me perseguiría hasta el final de mi vida.»
Annemarie Clarac-Schwarzenbach. *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*

Ágil y fuerte como una pantera, Reeves me dio una bofetada, y mientras yo trataba de defenderme, me abofeteó de nuevo. Fue la primera vez en mi vida que recibía una bofetada, estaba demasiado sorprendida como para hablar. Más tarde, le pedí encarecidamente a Reeves que tratara de encontrar un empleo, así no andaría todo el día dando vueltas por el apartamento sin hacer nada. Por cierto, el apartamento estaba situado en la calle 11 Oeste, cerca de los muelles.

Dijo que su intención era conseguir trabajo. Sin formación y, en plena Depresión, yo sabía que le sería muy difícil; pero también sabía

que debía intentarlo. Se iba a beber a los bares y después volvía a casa y se ponía a leer. La inutilidad total de su vida me deprimía y esa depresión moral perduró hasta su muerte. Yo escribía todo el tiempo, lo cual debía de ponerlo aún más nervioso. Realmente no sé cómo pude soportar aquellos meses.

Entonces *Harper's Bazaar* compró *Reflejos en un ojo dorado* por quinientos dólares, y todas las mañanas yo iba a la oficina a trabajar con el editor. George Davis era talentoso, encantador y corrupto. Un día me dijo: «Teniendo en cuenta que no te entiendes con Reeves y vives en un apartamento tan miserable, ¿por qué no vienes a vivir conmigo?»

Me salió la ñoñería y le dije: «Como hermano y hermana, claro», y George se rió a carcajadas. Al día siguiente me contó que había soñado que vivíamos en la misma casa; en su sueño, era una casa antigua, de piedra rojiza, y estaba en Brooklyn Heights. Me preguntó si iría con él a buscar una casa como aquella. Y nos fuimos a Brooklyn, hablamos con una agencia inmobiliaria y encontramos una casa antigua, sencilla, simpática, de piedra rojiza, en la calle Middagh. Firmamos juntos el contrato de arrendamiento. Y una vez que hube instalado a Reeves en un apartamento mejor, me sentí libre para mudarme con George.



«Entonces, un día, alguien me sugirió que fuera a Yaddo, una colonia de artistas de Saratoga, Springs, Nueva York. (...) Para mí, fue como vivir en un remanso durante varios años.» Fotografía hecha en Yaddo, 1941. De pie: Newton Arvin, Nichola Marcicano, Nathan Asch, Philip Rahv, Michel Seide, Karol Rathaus, Carson McCullers, Malcolm Cowley, desconocido, Langston Hughes, Kenneth Fearing, desconocido, Leonard Ehrlich, Jean Liberte; fila de abajo, sentados: señora Asch, Francis Mingorance, Merle Marcicano, Katherine Anne Porter, Helen Kuo, Juan Mingorance, Nathalie Rahv, Elizabeth Ames. *(Reproducida por cortesía de la Corporación de Yaddo.)*

George tenía un amigo íntimo, el gran poeta W. H. Auden, que también buscaba alojamiento. Muy contentos, lo invitamos a mudarse con nosotros; tenía dos amigos: el distinguido músico Benjamin Britten y su amigo Peter Pears. A su vez, éstos tenían buenos amigos: Louis MacNeice, Christopher Isherwood, Richard Wright, Aaron Copland, y Jane y Paul Bowles. Por suerte, la casa era espaciosa. Todo el mundo disponía de un cuarto propio, y había un

amplio salón y un gran comedor, y una amiga mía y de George, Gypsy Rose Lee, nos encontró una cocinera. Todos se esforzaron en regalarnos algo, como si fuéramos una especie de matrimonio múltiple. Nuestros muchos amigos estaban tan felices por nosotros que nos amueblaron la casa, tuvimos incluso un piano, regalado por Diana Vreeland. Al fin, después de tantos años de apartamentos miserables, yo vivía en una casa confortable, e incluso lujosa. Mi habitación era de color verde imperio, muy sencilla y con un pequeño vestidor contiguo. Como todos pagábamos nuestra parte de los gastos, la casa no nos resultaba demasiado cara.

Wystan Auden tenía alma de maestro, hablaba conmigo acerca de Kierkegaard y, por primera vez, escuché el *Dichterliebe*. Algo extenuada por todas aquellas ideas nuevas, me iba a casa de Gypsy a refugiarme. Allí lo más complicado que uno se podía encontrar, si salía al huerto y descubría las preciosas manzanas verdes, era un «Haré un *strudel* para esta noche».

Cuando mi madre vino a visitarme a Nueva York conoció a Gypsy y le cobró afecto, pero Annemarie no le interesó.



Carson y Tennessee Williams en La Habana, Cuba, 1955. (*Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.*)

A pesar del estímulo que Brooklyn Heights significaba para mí, o justamente por ese motivo, yo vivía añorando mi hogar. Entonces, un día, alguien me sugirió que fuera a Yaddo, una colonia de artistas cerca de Saratoga Springs, Nueva York. Era tranquilo; a mediodía, a los huéspedes les enviaban una caja con el almuerzo, y sólo se reunían a la hora de cenar. Para mí, fue como vivir en un remanso durante varios años. La antigua ciudad de Saratoga era un bálsamo para mi morriña, con su viejo Hotel United States y el Bar New Worden, adonde yo iba cada tarde, en la camioneta de Yaddo, y bebía cócteles. Allí conocí a muchas personas importantes: Katherine Anne Porter, Eddy Newhouse, John Cheever, Colin McPhee, la máxima autoridad en música balinesa, y varias más. Aquel verano

conocí a William Mayer, que sería mi amigo y médico hasta su muerte.

Transcurrió el verano, y en otoño salíamos todos juntos a dar largas caminatas. Aquellos días de otoño, ligeramente fríos y con una luna de septiembre muy hermosa, Eddy Newhouse, que era cuentista del *New Yorker*, me pidió insistentemente que escribiera algo para dicha publicación. Entonces, un día escribí un cuento titulado «The Jockey». Recuerdo que lo escribí en dos días, y Eddy estaba encantado; también el *New Yorker*. Podría mencionar los montones de rechazos del *New Yorker* recibidos posteriormente, ya que el *New Yorker* tiene cierto estilo que, debo decirlo, no es el mío. Pero pagaban por palabra y mejor que nadie, de manera que cuando me ofrecieron un contrato de exclusividad con ellos, lo acepté.

En aquella época, mi situación en lo referente a agentes literarios fue, como dicen en los informativos, muy fluida. Primero tuve un agente, Maxim Lieber, que súbitamente se afilió al partido comunista y se fue a México, dejando mis carpetas muy desordenadas. Luego, al principio del verano siguiente, recibí una carta de un dramaturgo de quien había oído hablar pero que no conocía personalmente. Era Tennessee Williams. Me decía que, como estaba delicado de salud, temía morir pronto y deseaba conocerme antes que eso sucediera. Contesté la carta y fui a verlo a Nantucket inmediatamente.

Aquel verano de 1946 fue magnífico. Un verano de sol y amistad. Todas las mañanas trabajábamos sentados a la misma mesa, él en un extremo, yo en el otro. Tennessee trabajaba en *Summer and Smoke*, y yo empezaba a escribir la versión teatral de *A Member of the Wedding [Frankie y la boda]*, que se había publicado en forma de novela en 1946. Le hablé a Tennessee de mis relaciones con Reeves. Por casualidad, en Skonset se encontraba Margot von Opel, esposa del industrial Opel y amiga de Annemarie, la que siempre le escogía su ropa. Tennessee y yo comíamos «Patatas Carson» casi todos los días; era una receta mía, consistente en patatas al horno con mantequilla, cebolla y queso. Después de nadar largo rato, era un

plato muy nutritivo. Luego, para romper la monotonía del menú, Margot nos invitaba a cenar, y, como era una cocinera maravillosa, siempre disfrutábamos de *haute-cuisine*. Margot criaba sus propios lechones, y Tennessee, poseído por no sé qué demonio, los alimentaba con whisky, bebida que los volvía locos. Así pues, teníamos lechones y cerdos enloquecidos; pero, una vez restablecida la paz, comíamos una cena deliciosa.

Yo era buena nadadora, pero Tennessee era excelente; se iba a nado tan lejos que a veces temía que pudiera ahogarse. Los atardeceres al arrullo del mar, yo tocaba el piano o Tennessee leía poesía; Hart Crane era su poeta preferido. Fue Tennessee quien me presentó a Audrey Wood, su agente, que me pareció insoportable, pero aguanté hasta que pude escoger a otro. Entonces mi abogada, Floria Lasky, que fue mi mejor amiga y consejera jurídica durante veinte años, descubrió por fin al agente apropiado. No encuentro palabras de elogio lo suficientemente adecuadas para Floria Lasky. Ella me defendió cuando un loco de remate[19] me demandó por cincuenta mil dólares. Se celebró un juicio en el cual Tennessee y yo nos presentamos y juramos que yo había escrito *Frankie y la boda* en su casa de Nantucket. Gané el juicio, naturalmente. Nunca más tuvimos que litigar por ningún otro asunto; pero nuestro encuentro cimentó una amistad perdurable con ella y con su familia.

El encuentro con Margot me recordó a Annemarie y los años de la guerra. En 1941, Reeves se incorporó al 2.º Batallón de Rangers, una unidad cuyos métodos se inspiraban en los Comandos.

Antes de zarpar, en 1943, me escribió una carta rogándome que fuera a verlo al muelle de embarque para conciliar nuestros problemas emocionales. Arrastrada por la marea de la guerra, fui y pasé con él algunos días en Fort Dix. Luego lo enviaron a Inglaterra y estuvo en Normandía tres veces en misiones especiales. Me preocupé incesantemente por él y le escribí cada día. También él me escribía, siempre que podía hacerlo. (INCLUIR CARTAS DE LA GUERRA.)

[20]

En medio de estos años de furia y desastre, mi padre falleció de repente de una trombosis coronaria. Murió en 1944, en su joyería. Tenía en sus manos un ejemplar del *New Yorker* y se disponía a llevarlo a casa, a mostrárselo a mamá pues contenía uno de mis cuentos. Mi madre me llamó por teléfono, y yo me encontré con mi hermana, que estaba en Nueva York, y regresamos juntas a casa.

En el funeral de mi padre sucedió algo grotesco y horrible; muy misterioso, como en un cuento de Flannery O'Connor. El error seguramente se debió a que el predicador de la Primera Iglesia Bautista estaba de vacaciones. El pastor preguntó a mi madre qué tipo de oficio deseaba, y ella se empeñó en el Salmo segundo, confundiéndolo con el Salmo 103. Pero mi madre, perturbada como estaba, no escuchaba al pastor, sino que insistía en lo que ella creía que era «El Señor es mi pastor». Estaba completamente equivocada, y como el pastor suplente no conocía las circunstancias familiares y había protestado todo lo que había podido, procedió a leer en cambio el terrible «Salmo de los pecadores». La familia de mi padre había venido para asistir al funeral y se decidió que mamá viviría con Rita y conmigo en una casa en los suburbios de Nueva York.

Yo conocía esa clase de lugares, pues había visitado a Henry Varnum Poor y Bessie Breuer en New City, Nueva York. A ellos les pedí entonces que nos buscaran una casa conveniente. Encontraron una en Nyack, Nueva York.

Mamá vendió las joyas de la familia y pagó al contado la casa de Nyack. Nos mudamos, primero, a un apartamento en Nyack, al lado de la casa en donde vivo ahora y viviré probablemente el resto de mi vida. Esta casa que compró mi madre es una hermosa casa antigua de tres plantas, de estilo victoriano, con jardín.

Una vez instalada en la casa, pude concentrarme nuevamente en las noticias de la guerra, que eran malas. Acababa de enterarme de que Reeves estaba herido. No pude menos de alegrarme porque

significaba que lo retirarían del frente. Pero desconocía la gravedad de sus heridas hasta que su hermano, Tom, de regreso de Inglaterra, me comunicó que lo habían herido en un brazo y que volvería pronto a casa.

En cuanto llegó a Nyack, empezó a asediarme para conseguir que me casara con él otra vez.

«Los segundos matrimonios son muy vulgares», le contesté.

Como es natural, yo me sentía feliz de verlo, pero le dije: «Estamos mejor como amigos, sin casarnos.» No obstante, su móvil era el matrimonio.

Hablé con Henry Varnum Poor, el gran artista, y le pedí consejo, pero dijo que no podía dármelo. También hablé con el doctor William Mayer, mi médico y psiquiatra, y sólo atinó a decirme: «En lo esencial, los hombres no cambian por una guerra.»



«... se decidió que mamá viviría con Rita y conmigo en una casa de los suburbios de Nueva York.» Margarita Gachet Smith *[Rita]*. *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*



Carson en Nyack. *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*

Yo había esperado que se produjera en Reeves una suerte de cambio milagroso debido a las experiencias que había tenido. Iba cubierto de medallas y, cuando caminábamos por la calle, todos lo miraban. Yo, claro, estaba impresionadísima. Era tan endiabladamente dulce que me olvidé de las razones por las que me divorcié de él por primera vez.

Me fui a vivir a casa de Caroline H.,^[21] una amiga mía del Three Arts Club. Estando allí quise visitar a Nancy,^[22] otra amiga del Three Arts Club, pero Reeves, misteriosamente, se mostró reacio a dejarme ir, hasta que un día en que viajábamos en autobús por la Quinta Avenida, comiendo guindas, me dijo que él y Nancy habían sido amantes, pero que ella poco o nada le importaba. No pude conciliar las dos declaraciones.

La razón por la cual me divorcié de Reeves fue que un día mi padre, que sabía lo cuidadosa que era yo con el dinero, me llamó a Yaddo para decirme que mi cuenta bancaria estaba al descubierto. Era un misterio, pues sólo había hecho unos pocos cheques y por cantidades pequeñas; pero le dije a papá que regresaría para aclarar el malentendido. Cuando llegué, el cajero del banco me dijo que «era una falsificación muy inteligente y si conocía yo a alguien capaz de falsificar mi firma».

Reeves era la única persona que tenía acceso a mis cheques, y cuando dos amigos me informaron de que sus cheques no habían sido pagados, se me hizo evidente que Reeves era un hombre muy enfermo y que necesitaba más ayuda de la que yo podía darle. Fui a ver a un abogado y le conté lo ocurrido. Nos divorciamos en el Ayuntamiento, casi en seguida. Fue entonces cuando George me ofreció un hogar en Brooklyn. Era el año 1940.

La guerra había comenzado y Reeves se alistó en los Rangers. Yo volví a casa, a Georgia, agotada por la tensión emocional. Qué hermosa la casa antigua, y el acebo, el más bello de la ciudad. Había traído discos y libros conmigo. *Reflejos en un ojo dorado* acababa de ser publicado, y esto, más la publicidad en torno al libro, causó

mucho revuelo en el pueblo, especialmente en Fort Benning, el vecino puesto militar. Todos me acusaron de escribir sobre todos. Debo aclarar que yo ignoraba que las costumbres del regimiento fueran tan corruptas. Deseo decir ahora que todos los personajes eran totalmente imaginarios, como lo fueron también los de *El corazón es un cazador solitario*.

Incluso los del Ku Klux Klan me llamaron por teléfono para decirme: «Somos el Klan y no nos gustan los amantes negros ni los maricas. Ésta será tu noche.»

Naturalmente, llamé a mi padre, quien dejó su trabajo y volvió a casa con un policía para montar guardia. Al mismo tiempo, se me declaró una neumonía muy violenta en ambos pulmones y [erisipela]. Estuve inconsciente durante días y, después, le pregunté: «Papá, ¿anduvisteis tú y dos policías entre los matorrales alrededor de la casa mientras estuve enferma?»

Me explicó lo sucedido; yo había olvidado completamente la amenaza del Klan.

En esa época me sucedió otra cosa, extraña y horrible. Yo tenía la costumbre de levantarme, como mi padre, a las seis de la mañana, acarrear un poco de carbón para las estufas y desayunar copos de avena con él. Una mañana, papá me dijo: «Querida, ¿puedes ir a ver qué hora es?» Miré el reloj; pero, aunque mi vista era perfecta, no podía entender los números. Volví a la mesa y me senté.

«Papá, creo que estoy enferma», dije.

Vacilaba algo al hablar, pero pude decir: «Supongo que sólo se trata de una repentina depresión nerviosa. Creo que lo mejor es que llames al doctor Mayer.» El doctor Mayer era un amigo mío, a quien quería mucho, que ejercía en Nueva York y a quien había conocido varios años antes.

Papá lo llamó a su consultorio y William me recetó reposo y más reposo. Nada de medicamentos, ni alcohol, nada tóxico; sólo descanso. Me quedé en cama unos días, y, con el permiso del médico, salía al jardín. Cuando quise leer, me di cuenta de que las

páginas no me decían nada. Mamá responsabilizó de todo a *Crimen y castigo*, que yo había estado leyendo, y me lo quitó, pero ningún libro tenía sentido para mí. Pronto fui capaz de llamar al médico y preguntarle si sería algo crónico. Me aseguró que no. Hice reposo durante todos aquellos meses espantosos, rezando para recobrar mis facultades.

Entonces ocurrió algo maravilloso: concebí «A Tree. A Rock. A Cloud» [«Un árbol. Una roca. Una nube»], y al cabo de un rato fui hasta la máquina de escribir y me puse a escribir. El horror desapareció casi tan rápido como vino. Recuerdo que, cuando terminé «Un árbol. Una roca. Una nube» rompí a llorar de pura emoción y gratitud. Pero la siniestra enfermedad que me persiguió toda la vida, desde mi juventud hasta los veintinueve años, había logrado imponerse. Viví en un temor constante a esos ataques.

Una vez recuperada —y la recuperación fue completa—, regresé a Brooklyn y escribí un par de artículos para pagar mis gastos médicos; uno de ellos fue «Brooklyn Is My Neighborhood», publicado en *Vogue* en marzo de 1941.

La calle Sand de Brooklyn siempre me trajo dulces recuerdos, impregnada como estaba del recuerdo de Walt Whitman y Hart Crane, y fue en un bar de la calle Sand, en compañía de W. H. Auden y de George Davis, donde vi a una pareja extraordinaria, que me fascinó. Entre los parroquianos había una mujer alta y fuerte como una gigante y, pegado a sus talones, un jorobadito. Los observé una sola vez, pero fue al cabo de unas semanas cuando tuve la iluminación de *The Ballad of the Sad Café* [*La balada del café triste*].

¿Cuál es el origen de una iluminación? En mi caso, llegan después de horas de búsqueda y de preparación anímica. Pero llegan como un relámpago, como un fenómeno religioso. *El corazón es un cazador solitario* fue producto de una de estas iluminaciones, dando comienzo a mi larga búsqueda de la verdad del relato y proyectando su ráfaga de luz sobre los dos largos años por venir.

Estaba viviendo de nuevo en Brooklyn Heights, y era el día de Acción de Gracias. La jornada había empezado muy mal. Nunca he estado muy dotada para las medidas de peso y la aritmética: compré un pavo pequeño, pero la lista de invitados era de unas veinte personas. George me lanzó una mirada asesina y, acto seguido, agarró el pavo, se lo llevó y lo cambió por un ave enorme, más apropiada para la ocasión. Recuerdo que nuestros invitados eran, además de los que habitualmente vivíamos en la casa, Aaron Copland, Gypsy Rose Lee, y el cuerpo completo del Ballet ruso. Estábamos tomando el café y el coñac cuando de repente se oyeron las sirenas de los coches de bomberos. Gypsy y yo salimos disparadas en busca del incendio, que parecía haberse declarado muy cerca. No lo encontramos; pero el aire fresco, tras la elaborada comida, me despejó la cabeza y súbitamente, con la voz entrecortada, le dije a Gypsy: «Frankie está enamorada de la novia de su hermano y quiere sumarse a la boda.»

«¿Qué?», gritó Gypsy, pues hasta ese momento yo nunca había mencionado a Frankie ni mi pugna por resolver *Frankie y la boda*. Hasta entonces, Frankie no era más que una muchacha enamorada de su profesora de música, un tema de lo más común; pero, súbitamente, un resplandor alumbró mi alma y ahora el libro era de una claridad radiante.

«¿Qué? —gritó Gypsy otra vez—. ¿Qué dijiste?»

Pero, incapaz de explicárselo, le contesté: «Oh, nada.»

Gypsy era una gran compañía y yo me quedaba a menudo a dormir en su casa. Era ingeniosa, generosa, muy sensible y totalmente honesta consigo misma. A veces la acompañaba al teatro; pero, en general, como yo era madrugadora, me acostaba temprano. En varias ocasiones, casi al alba, alguien llamaba suavemente a su puerta y ella lo hacía entrar. El hombre tenía un aspecto bastante lastimoso, y detrás de él siempre venían dos forzudos con aspecto de guardaespaldas. Me fue presentado como el señor Wexler.

«¿Quién es ella?», preguntó nervioso.

«Una amiga mía.»

Volví a la cama y me puse a mirar la luz de plata despuntando en el amanecer de la ciudad. Luego miré abajo y vi un auto alargado como un coche fúnebre, y a otros dos forzudos en la entrada. Quedé muy intrigada.

Finalmente, un día le pregunté a Gypsy: «¿Quién es el señor Wexler?»

«Es un hombre muy solo —me contestó—. Habló demasiado y fue a parar a Sing Sing. ¿Puedes entenderlo? Acaba de salir.»

«¿Cómo lo conociste?»

«Fue muy bueno conmigo cuando yo era joven; hizo que mi madre me arreglara los dientes y cosas así.»

«Pero ¿quién es?», insistí.

«Para que lo sepas, es Waxy Gordon, el gángster.»

Nunca había oído hablar de él, pero no hice más preguntas. Al cabo de unas semanas, lo mataron de un tiro en las cercanías del barrio de Gypsy.

La bendita luz de *La balada del café triste* hizo que me pusiera de nuevo a escribir. Volví a casa, a Georgia, a fin de evitar las distracciones. A mi madre le resultaba muy difícil entender esa añoranza mía.

«Tienes los amigos más prestigiosos que conozco y tú sólo deseas estar aquí, pegada a tu padre y a mí.»

Yo amaba mi casa, el jardín, los viejos muebles de la familia. En Columbus tenía pocos amigos, Helen Harvey y Kathleen Woodruff, y varios más; pero casi siempre me levantaba a las seis y trabajaba toda la mañana. En mi dormitorio tenía un piano y pasaba parte de la tarde tocando o leyendo. A veces un amigo pasaba a buscarme y salíamos juntos; pero, en general, Columbus me proporcionaba la tranquilidad y la calma tan necesarias para mi trabajo.

Yo esperaba, por supuesto, como todo el mundo. Esperaba noticias de la guerra. De vez en cuando, venía un militar de Fort Benning a visitarme. Una vez, uno de estos oficiales me dijo: «¿Le

gustaría volar al golfo de México y regresar luego para la hora de cenar?» El horror de su propuesta debe de haberse reflejado en mi cara, me aterran las alturas; haciéndome la tonta, desvié la conversación al té helado y a los sándwiches que estábamos comiendo.

Edwin Peacock se encontraba en Alaska; Reeves, en lugar desconocido. Yo esperaba un telegrama y todos los telegramas me hacían temblar.

Erika Mann había convencido a Annemarie de que fuera a un hospital de Westchester, donde esperaba que los médicos supieran tratar su adicción. Hacía uno o dos días que yo estaba en casa cuando llegó un telegrama. No era el que temía sobre Reeves, sino otro igualmente perturbador. «Me escapé de Blithe View. Estoy en casa de Freddy[23] (Freddy era un viejo amigo común). ¿Qué debo hacer ahora?»

Hice las maletas que aún no había terminado de deshacer y tomé el tren a Nueva York, al apartamento de Freddy. Como Freddy no tenía espacio suficiente para tan imprevista visita, había colocado una sábana entre su estudio, donde recibía a sus clientes, y el cubículo de Annemarie. Cuando llegué, Annemarie estaba tocando Mozart, el mismo Mozart una y otra vez. Me pidió que llamara a varias personas, a Margot von Opel y, tal era su estado irracional, a Gypsy Rose Lee.

Traté de calmarla, pero no estaba en condiciones de escuchar. Fui a sentarme y a discutir la situación con Freddy. Conversábamos tranquilamente cuando Annemarie se precipitó al baño de Freddy y cerró la puerta de un portazo. Freddy y yo nos quedamos ahí sentados, inquietos y helados, cuando de pronto vimos un hilo de sangre que salía por debajo de la puerta del baño. Freddy se lanzó hacia el baño y me dijo: «Busca a un médico.»

Corrí escaleras abajo en busca de un médico y, en mi confusión, choqué con un repartidor que exclamó: «¿Por qué tanta prisa?»

Contesté: «Dígame si conoce a un médico cerca de aquí; una amiga mía ha intentado suicidarse.»

Salió disparado, dejándome que buscara sola al médico. Llamé a varias puertas hasta que finalmente encontré a uno; pero, cuando llegué a su consultorio, ya se había marchado. Regresé a casa de Freddy para averiguar qué teníamos que hacer. Cuando entré, había unos diez policías. Annemarie me miró y me dijo: «¿Por qué llamaste a la policía?»

«Yo no la llamé», contesté; pero estaba demasiado alterada para seguir dándole más explicaciones. Querían llevarla a Bellevue, pero ella se resistía. Empecé a hablarles, guiada por la pura desesperación.

«Ustedes, oficiales, ¿nunca han visto a alguien herido o accidentado? Esta chica es extranjera, está lejos de su hogar, en plena guerra, sin posibilidades de regresar a su casa y angustiada. ¿Nunca han tenido, alguna vez en su vida, un amigo o un conocido que, en algún momento de muchísima angustia, haya deseado quitarse la vida?»

Mientras yo hablaba, el médico de Annemarie, a quien habían llamado, le cosía la herida de la muñeca. Ella me tenía agarrada, con su mano sana.

«Si tienen algo de compasión, y estoy segura de que la tienen, dejen a esta muchacha libre en manos de su propio médico, quien se ocupará de ella mejor que nadie. Es alemán y habla su lengua, y la tratará con dulzura y comprensión.»

He de decir que el médico me miró extrañado y con cara de pocos amigos, pues no tenía la menor idea de lo que había ocurrido ni de quién era yo.

«Vete a casa, cariño», me dijo Freddy.

Cuando ya me iba, Annemarie me siguió.

«Gracias, cariño», me dijo, y me besó. Fue la primera y la última vez que nos besábamos en la vida.

Más tarde, Freddy me contó que los policías tuvieron que arrastrarla por la escalera y que ella se aferraba desesperadamente a los barrotes. Yo no hubiera podido soportarlo.

En Bellevue fue la paciente más amable y más cooperativa. Atendía a las necesidades de los demás pacientes y los confortaba, pero me escribió diciéndome que no podía llevar una vida de hospital, de manera que había decidido irse de América y partir a Lisboa. Aún no sabía qué haría después. Finalmente, se unió a los Franceses Libres y trabajó con las fuerzas de De Gaulle en el Congo, donde un nativo le hizo una estatua. John La Touche,^[24] que fue amigo de las dos, me habló de la estatua y me dijo que le hubiera gustado traérmela, pero que los nativos la adoraban como a una especie de deidad perteneciente a la tribu.

Sentí un gran alivio cuando me escribió anunciándome que regresaría a Suiza vía Lisboa. Esperaba trabajar y vivir en una casita de campesinos que su padre le había comprado y que ella siempre consideró su hogar. Intercambiamos muchas cartas en las que siempre me hablaba de nuevos viajes, comprometida como estaba con la guerra, y yo siempre rogaba a Dios para que no se moviera de casa y trabajara. Todas las cartas de los últimos años fueron claras, completamente racionales y no denotaban síntomas de morfina. No creo que la hubiera podido conseguir, aunque lo hubiera deseado. A pesar de las experiencias horribles que tuvo, y que me contó, como cuando desde el Congo me escribió: «He visto a una vieja horrible que mató a su esposo y se lo comió», debió de haberse curado completamente de su adicción. Sus cartas eran enérgicas, poéticas.

Cuando fui de Leopoldville al Congo, siete días en una embarcación fluvial, me dio mucho miedo ver la jungla día y noche; es como un océano de follaje, muros de verde a ambos lados del río, verde por todas partes, y ningún espacio abierto, ningún horizonte. Me quedé doce días en un puesto fluvial, donde entre los cuarenta blancos había muy pocos que no estuvieran completamente bebidos: ya ni reaccionaban. Luego tuve que andar unos trescientos cincuenta kilómetros a través de la jungla hasta llegar a Molanda, y allí descubrí una vasta región despejada, cultivada, habitada sólo por dos blancos. Conseguí una casa grande con techo de paja para mí sola, y en seguida aprendí a reaccionar contra

esta depresión monótona, aburrida, a pesar del clima, a pesar de la soledad, a pesar de todo. Es como un torrente de orgullo, y como aprender las primerísimas y simples reglas de la vida.

Desde Suiza me escribió la última de las muchas cartas, todas hermosas, que me envió.

Gracias eternamente. Si vuelvo, traduciré, con tu permiso, *Reflejos en un ojo dorado*. Carson, recuerda cómo nos entendíamos y lo mucho que te quise. No te olvides de la magnífica obligación de trabajar, nunca te dejes tentar, escribe, y, querida, cuídate, yo también me cuidaré. (En Sils, escribí muy pocas páginas, te gustarán.) Nunca olvides, por favor, lo que a nosotras nos ha conmovido tan profundamente.

Con mi cariño lleno de ternura, tu *Annemarie*.

Creo que en su interior existía una dicotomía; una parte de sí misma quería servir en la guerra como corresponsal y la otra deseaba seguir con su poesía y vivir en su casa de Sils Maria.

Fue por esta época cuando recibí un telegrama de Klaus Mann diciéndome que la bicicleta de Annemarie se había despeñado por un barranco y que ella se había quedado inconsciente debido al golpe recibido. Murió en el hospital de Zurich sin recobrar el conocimiento.

Yo estaba viviendo en Yaddo, completamente sola en un pequeño *cottage*, y pude llorarla y recordarla cuanto quise. He hablado mucho de su adicción a la morfina, que durante algunos años fue terriblemente importante para ella, pero deseo añadir que, pese a este impedimento tan paralizante, llegó a doctorarse en Filosofía por la Universidad de Zurich, y en los momentos críticos estuvo siempre lista y dispuesta a hacer más de lo que le correspondía. No he tenido otra amiga a quien yo haya amado más, y cuya súbita muerte me haya afligido tanto.

Estaba aún escribiendo *Frankie y la boda* cuando, de golpe, me acordé del jorobado y de la giganta. Sentí un fuerte impulso de escribir la historia. Suspendí *Frankie y la boda* y regresé a Georgia para escribir *La balada del café triste*. Fue un verano tórrido, y recuerdo el sudor que goteaba por mi cara mientras escribía a

máquina, preocupada porque había roto mi compromiso con *Frankie y la boda* para escribir esta novela corta. Cuando la terminé, arranqué la última página de la máquina de escribir, y di la novela a mis padres. Caminé varios kilómetros mientras ellos leían y cuando volví a casa pude ver en sus caras que les había gustado. Fue siempre la obra favorita de mi padre.

El otoño llegó por fin después de aquel calor agobiante, yo caminaba hasta una colina cerca de mi casa y recogía nueces y las guardaba en mi chaqueta de cuero. La familia ansiaba la llegada de los días de hornear tartas de fruta; eran todo un acontecimiento familiar, pues mi madre preparaba una docena de tartas enormes y las enviaba a los parientes.

Debió de ser por entonces cuando un incendio destruyó nuestra casa por completo. Yo estaba en la cama leyendo a Dostoievski cuando oí unos crujidos, pensé que era mi hermano jugando con sus amigos y le dije: «Baja el tono de voz, no puedo leer.»

Entonces, del cielo raso de mi habitación empezó a salir humo y cayeron cenizas. Me levanté de un salto y corrí a la casa del vecino para dar la alarma. Nadie supo nunca cómo comenzó, excepto Lucille, nuestra criada, que debió de echar un poco de basura en la lumbre antes de marcharse a su casa.

Ya no teníamos casa y fuimos a vivir a un apartamento en la ciudad, donde estuvimos tres o cuatro meses. Luego edificaron de nuevo la antigua casa; entonces ya estábamos hartos de apartamentos y contentos de volver a casa.

A pesar de las interrupciones ocasionadas por el incendio, pude enviar el manuscrito de *La balada del café triste* al editor, y Martha Foley lo incluyó en *The Best Short Stories of 1944* [Los mejores cuentos de 1944].

He empleado la palabra «iluminación» varias veces. Esto podría prestarse a malentendidos, pues fueron muchos los momentos

espantosos en que no tuve absolutamente ninguna iluminación y tuve miedo de no poder escribir nunca más. Este miedo es uno de los horrores de la vida de un escritor. ¿De dónde proviene la obra? ¿Qué azar, qué ínfimo episodio dará comienzo a la cadena de la creación?

Una vez escribí un cuento sobre un escritor que no podía escribir más y mi amigo Tennessee Williams dijo: «¿Cómo te atreviste a escribir algo así?, es lo más aterrador que he leído en mi vida.»[25]

Yo estaba muy desalentada mientras lo escribía y me alegré muchísimo cuando lo terminé. Si mis lectores tienen paciencia, me permitiré referir las iluminaciones que he tenido, tal como me sucedieron. Cuando estaba escribiendo *El corazón es un cazador solitario*, después de años de frustración, me puse a caminar de un lado al otro de la alfombra cuando, súbitamente, me di cuenta de que Singer era sordomudo. En *Frankie y la boda*, salí corriendo a la calle a causa de una alarma de incendio que hubo aquella tarde de Acción de Gracias y, en cierto modo, el aire ventoso después de una cena pesada, no sé cómo, iluminó mi espíritu. *Clock Without Hands [Reloj sin manecillas]* fue más metódico, incluso escribí un plan de varias páginas para que me sirviera de guía, de manera que hubo mil iluminaciones en lugar de una sola. *Reflejos en un ojo dorado* sobrevino como por casualidad, cuando mi marido dijo que en la base había un mirón. Yo estaba cuidando a Reeves, que se había infectado un pie. Cuando fui al mercado tenía tanto sueño que me quedé dormida sobre el mostrador. El vendedor me llevó a casa. «Un árbol. Una roca. Una nube» llegó tras un largo período de enfermedad durante el que, realmente, levanté una piedra, contemplé un árbol y, de repente, llegó la iluminación mágica. No escribiré más sobre iluminaciones porque son muy misteriosas y porque yo no las entiendo más de lo que puedan entenderlas mis lectores. Me fascinan, eso es todo. No puedo explicarlas, sólo puedo decir que, en mi caso, sobrevienen después de meses o años de luchar con un libro y luego transcurren muchos más meses y años hasta que el trabajo está terminado.

Me han preguntado si me doy cuenta de la calidad de mi trabajo mientras lo estoy haciendo. Diría que estoy tan ocupada escribiendo que no puedo juzgarlo hasta que está terminado. Entonces tengo una idea bastante positiva; pero, por supuesto, puede que los críticos piensen todo lo contrario. Nunca leo las reseñas que me conciernen. Si son buenas, podría volverme presumida, y, si son desfavorables, podría deprimirme. Entonces, ¿para qué? Por los amigos, claro, se filtra la información que me permite tener una idea de lo que ocurre.

También me han preguntado cómo sé cuándo he llegado al final de un libro. Por lo general, escribo el final mucho antes de terminar el libro, de manera que los últimos capítulos ya están prácticamente hechos. No me ocasiona problemas. En *Reloj sin manecillas* escribí primero el último párrafo, pero en *El corazón es un cazador solitario* seguí más o menos un orden cronológico.

Respecto a la «falta de iluminaciones», diré que, cuando se da, el alma está decaída, y uno no se atreve siquiera a esperar nada. En momentos así he intentado rezar, pero ni las plegarias me ayudan. Recuerdo las épocas de sequía de otros autores y trato de consolarme.

Quiero ser capaz de escribir, ya sea estando enferma o sana, pues la verdad es que mi salud depende casi por completo de mi escritura.

Esta época ha sido una época de espera. Todos los médicos han decidido que hay que amputar mi pierna lisiada. No pueden hacerlo inmediatamente porque los hospitales están muy llenos y debo esperar a mi propio equipo de médicos del pabellón Harkness. Entonces, en las noches fulgurantes, maldigo a los médicos que me hacen esperar, y maldigo a mi pierna que me duele tanto. Leí a Sarah Bernhardt,^[26] y su coraje y bravura, en verdad soberbios, me han reconfortado. Me van a amputar la pierna para que pueda tener más movilidad y pasar más fácilmente de la cama a la silla de ruedas. Ya

programé varios viajes. Primero, a la casa de mi médico, la doctora Mary Mercer, con mi fiel Ida Reeder, que siempre me acompaña. Como lo pasé tan estupendamente en la finca del señor John Huston, en Irlanda, la primavera de 1967, y como me ha invitado a que vaya cuando lo desee, pienso volver a visitarlo tan pronto como se cicatrice mi pierna. Mentalmente planeo viajes, y cada una de las personas a quienes les he mencionado que iré a verles se ha mostrado muy dispuesta a recibirme. De manera que después de tres años en cama, podré viajar otra vez.

Durante la Segunda Guerra Mundial las cartas de Reeves insistían constantemente en el matrimonio. Yo era aún reticente a volverme a casar, aunque el tema estaba siempre presente en nuestras cartas. Pienso que si yo hubiera tenido una relación de amistad con Reeves y no una relación posesiva, su vida no hubiera terminado en semejante desastre. Pero él estaba decidido a poseerme. Por ejemplo, yo me disponía a hacer un viaje a Inglaterra porque mi médico dijo que necesitaba vacaciones, de manera que me embarqué y el primer día a bordo vi, por el rabillo del ojo, a alguien parecido a Reeves. Convencida de que estaba sola en el barco, no hice caso y pensé que Reeves esta vez me había enloquecido realmente y que una vez en Londres vería a un psicoanalista. La misma aparición ocurrió al segundo día, y al tercero recibí una carta diciéndome que estaba en el barco y que iba a saltar por la borda si yo no me reconciliaba con él. Esta clase de amenazas y chantajes emocionales se convirtieron en cosa de todos los días. Si yo no volvía con él, se mataría; siempre la misma cantilena. Yo dudaba en darle una respuesta tajante, sincera. Tenía siempre mucho miedo de que fuera a cumplir con sus amenazas. Y al final las cumplió. Debía tratarlo como a un mocoso malcriado, concedérselo todo, y la dignidad de nuestro matrimonio no tardó en quedar destruida.

Pensé muchísimo en Reeves; en primer lugar, fue un producto de un hogar deshecho, pero él jugaba con eso para que yo lo compadeciera. Otra cosa: en la familia McCullers no había nadie honrado. Cuando le presté a su madre mi casa de Nyack, mientras nosotros nos encontrábamos en el extranjero, se llevó todas mis azucenas. Un cantero de más de cien años. Se llevó además todos mis bulbos para dárselos a su hija. Supongo que Reeves adquirió su deshonestidad honestamente.

Amo los barcos, pero la presencia de Reeves arruinó todos mis placeres a bordo. Cuando llegué a Londres conseguí convencerlo de que volviera a casa y dejara de seguirme. Lo hizo y se instaló con mi madre.

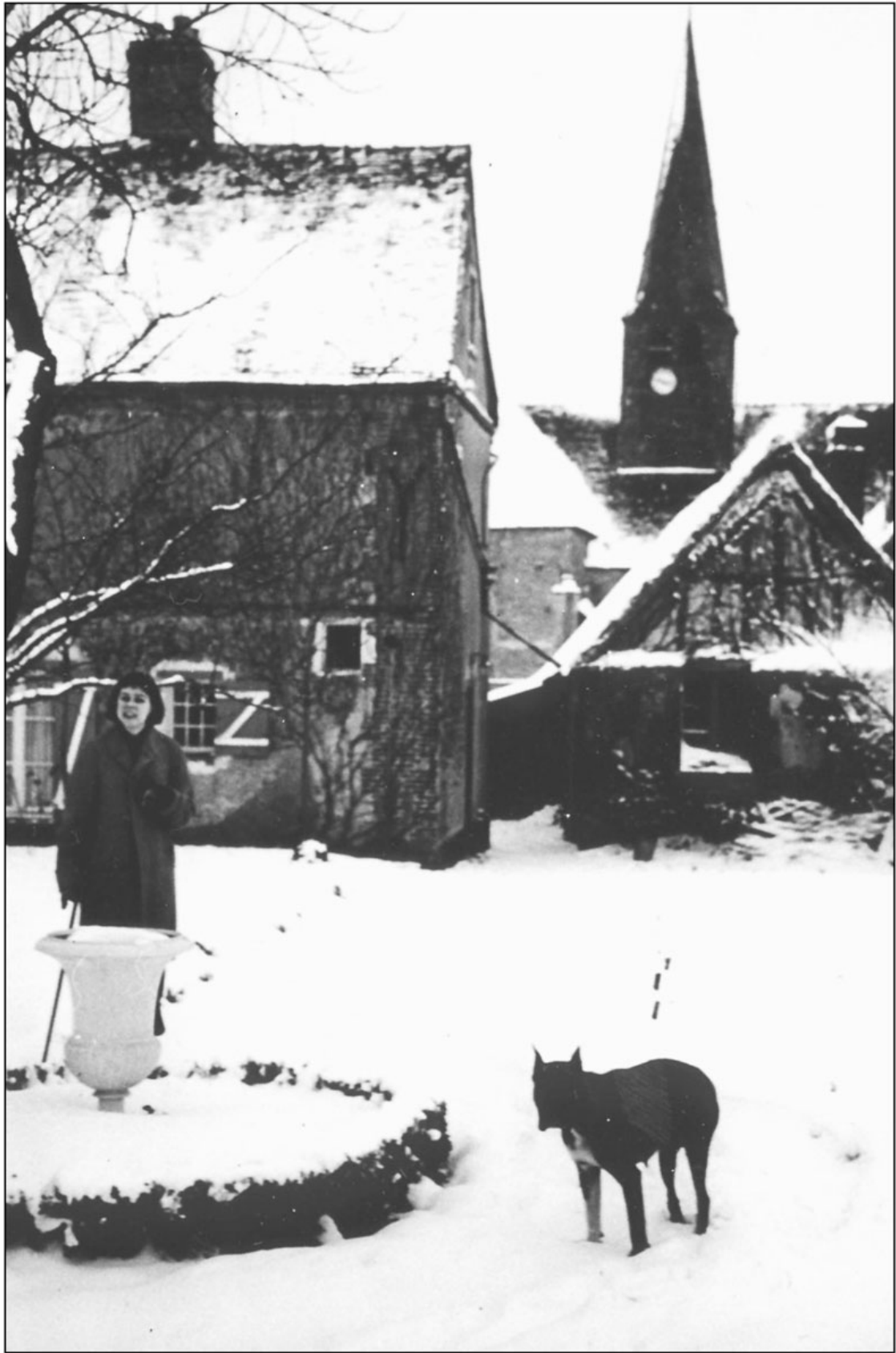
En Londres conocí a la esposa de mi editor, que era psicoanalista y me propuso curarme en seis meses.[27] Yo hubiera hecho caso a cualquiera que me hubiera propuesto algo similar, de manera que me encontré en el Hospital Saint George hipnotizada por razones no del todo claras para mí. Tennessee me vino a ver a Londres y opinó que toda esa idea de la hipnosis era muy poco ortodoxa, pero yo estaba dispuesta a probar lo que fuera. Desafortunadamente, mi médico era una maniaco-depresiva que después se suicidó. Mi salud no mejoró ni se resintió por esta experiencia.

Mientras permanecí en Londres escribí un poema largo, «The Dual Angel», y conocí a mi querido amigo David Garnett y a su familia. También me hice amiga de Dame Edith Sitwell, amistad que perduró hasta su muerte. Almorzaba con ella todos los días en el Sesame Club, al que ella pertenecía. También allí conocí a personas sobresalientes, como David Gascoyne[28] y, por supuesto, sir Osbert Sitwell.[29]

Al poco tiempo eché muchísimo de menos a mi madre, y Tennessee me puso en un avión. De aquel vuelo recuerdo especialmente las estrellas y mi desorientación pensando en qué hacer con Reeves.



Carson y Reeves en Venecia, Italia. *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*



«La propiedad era el terreno más hermoso que había visto en mi vida. Se llamaba L'Ancienne Presbytere, y había sido la vivienda del cura. Una casa antigua, de piedra, frente a la pequeña catedral. En la huerta había ciruelas, peras, duraznos, higos, y unos pequeños nogales que silbaban con el viento.» *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*

Apenas hube llegado a casa, Reeves volvió a empezar con la cuestión del matrimonio. No sé por qué yo sentía que le debía tanta devoción. Acaso simplemente porque era el único hombre que yo había besado en mi vida, y debido a la espantosa tiranía de la compasión. Yo sabía que no me era fiel sexualmente, pero no me importaba, tampoco soy una mujer particularmente maternal. Como decía antes, hubiéramos sido muchísimo más felices como amigos. Pero no fue eso lo que fuimos. Por algún motivo, ciertamente contrario a mi voluntad, otra vez volvimos a estar profundamente implicados el uno con el otro y, antes de que yo supiera lo que había pasado, nos habíamos vuelto a casar.

Inquieto como siempre, Reeves quiso regresar a Europa. Le dije que, en mi opinión, le convenía tener un empleo aquí; pero eso hizo que deseara más que nunca irse. De manera que en 1946 nos fuimos a París.

Al principio nos hospedamos en casa de Edita e Ira Morris, en el espléndido *chateau* que tenían cerca de París. Traté de escribir, pero no me sentía muy bien y nada de lo que escribía me gustaba. Entonces, un día noté una alteración de mi visión lateral. Inmediatamente supe qué era: el segundo de esos aterradores ataques. Fui al hospital de París y el médico lo confirmó. Dijeron que se trataba de un caso muy peculiar, porque no tenían noticias de nadie que hubiera sufrido ataques a mi edad. La visión nunca se recuperó. Tras una breve estancia en el hospital, decidí que quería tener mi propia casa en Francia.

La propiedad era el terreno más hermoso que había visto en mi vida. Se llamaba L'Ancienne Presbytere, y había sido la vivienda del cura. Una casa antigua, de piedra, frente a la pequeña catedral. En la huerta había ciruelas, peras, duraznos, higos, y unos pequeños nogales que silbaban con el viento. Un norteamericano había vivido en esa casa y la había restaurado, y también había calefacción central. Disponíamos de una pareja de franceses excelentes que se ocupaban de la limpieza, y de un jardinero. Había una chimenea en

cada habitación, y nuestros perros —teníamos cinco bóxers—, adoraban dormitar junto al fuego, turnándose en sus salidas para investigar los olores que venían de la cocina de madame Joffer. Según una costumbre muy francesa, los Joffer nos alimentaban abundantemente. Primero sopa, luego un suflé, después carne y ensalada, y, de postre, una fruta. Busqué por todas partes la receta de la sopa de verduras de madame Joffer, pero no la conseguí. La casa era pequeña, pero Reeves y yo teníamos cada uno un cuarto y había otro para invitados.

En este período, Reeves decía que estaba escribiendo un libro, lo cual me encantó; entonces, le preparé un estudio en una de las dependencias. Todos los días, aplicadamente, iba «a trabajar» a su estudio. Observé que a la hora del almuerzo estaba siempre tenso, pero no indagué demasiado hasta que me di cuenta de que su estudio estaba justo encima de la bodega de vinos y licores, de manera que no tenía más que bajar un tramo de escaleras y subir una jarra cuando quería. Hubo otra decepción. Debo decir que, pese a que hablaba mucho de su deseo de ser escritor, jamás vi una sola línea escrita por él, salvo sus cartas. El carácter de Reeves se volvió más violento y, una noche, sentí sus manos en mi cuello y supe que me iba a estrangular. Le mordí el pulgar con tal violencia que le sangró y me soltó. La decepción y la atrocidad de aquellos días muy bien pudieron haber sido la causa del último y definitivo ataque que sufrí.

Abandoné L’Ancienne Presbytere por unos días a fin de recobrar mi equilibrio y visitar a mis viejos amigos Richard y Ellen Wright, en París, y, mientras me encontraba allí, sola en la casa, sufrí un ataque definitivo. Me disponía a ir al baño cuando me caí al suelo. Al principio, me pareció que el costado izquierdo de mi cuerpo estaba muerto. Podía sentir mi piel sudorosa y fría con mi mano derecha. Grité, pero nadie respondió: no había nadie. Me quedé tirada en el suelo, impotente, desde casi las ocho de la noche hasta el amanecer, cuando por fin alguien oyó mis gritos. Me trasladaron al Hospital

americano, donde mi buen amigo Bob Myers se ocupó de mí. Tras una breve estancia, me enviaron en avión a casa, y fui al Instituto Neurológico del Hospital Presbiteriano de Columbia. Era el año 1947 y nunca superé las consecuencias de aquel ataque.

Mi madre, bendita sea, creyó que un bistec me curaría, de manera que tuve bistec para almorzar, bistec para cenar y, a veces, bistec para desayunar. El médico terminó por explicarle que la dieta nada tenía que ver con mis ataques.

«Es todo tan raro —decía mamá—. Tan raro. Antes de irse a París, Carson subía corriendo por las escaleras, trabajaba en el ático y yo podía oír sus pasos arriba y bajar corriendo para almorzar, y estoy segura de que tanta actividad —además, salía a dar largas caminatas— fue en parte la causa de su enfermedad; pero ¿quién sabe? Y, además, París quizá haya contribuido también: supe que tomaban vino tres veces al día. Pero, en fin, no sé.»

Mamá no sabía, y tampoco sabían los médicos del Instituto Neurológico.

Finalmente, descubrieron que, de niña, había tenido reuma cardíaco y, claro, el hecho de tanto ir de un lado para otro sometió el corazón a esfuerzos y eso causó las embolias. En la cama, completamente paralizada de mi costado izquierdo, incapaz de caminar o de usar mi mano izquierda, empecé a pensar y pensar, y a verlo todo negro, y hubo muchos momentos en que tuve destellos propios de una pesadilla.

Entonces, de repente, volví a pensar en la versión teatral de *Frankie y la boda*, de la que había hecho un primer borrador, y me puse a trabajar en ella con ahínco. Efectué algunos cambios de poca importancia, como los que se hacen al transformar una novela en una obra de teatro; pero, en conjunto, era absolutamente fiel a la novela.

Mi buen amigo William Mayer encontró a una enfermera psiquiátrica que me ayudó con el manuscrito, y, cuando ya estuve en condiciones de volver a casa, conseguí una secretaria para mecanografiar la obra.

La obra era muy divertida; el único problema era que la secretaria no tenía sentido del humor y, en las escenas graciosas, yo me reía sola, lo cual, reconozco, resultaba un tanto estafalario.

«¿Le parece divertido?», le preguntaba a veces.

«No», me contestaba.

Y yo seguía riéndome sola.

Finalmente, mi agente encontró dos productores, Robert Whitehead[30] y Stanley Martineau,[31] que apreciaron la belleza del manuscrito y aceptaron hacerse cargo de la producción. Un día Bessie Breuer, una amiga mía, vino a verme con una muchacha. Se parecía a Frankie; nunca se había cortado el pelo, pero yo podía verla perfectamente en ese papel.

«¿Cuál ha sido su experiencia como actriz?», le pregunté.

«El conejo en *Alice in Wonderland* y un papel en *Sundown Beach*.»

Seguimos conversando, hablamos del jardín, pero yo no mencioné *Frankie y la boda*. Ella tampoco.

Fue mi primera entrevista con Julie Harris, y, en cuanto se fue, llamé por teléfono a la señorita Audrey Wood. Julie también la había llamado para preguntarle si había alguna posibilidad de que ella pudiera interpretar el papel de Frankie. De manera que los productores contactaron a Julie y la contrataron oficialmente.

Bob Whitehead fue a Chicago, en persona, a buscar a Ethel Waters. Estaba de rodillas en su cuarto del hotel cuando Bob entró.

«Estoy rezando a Dios para que me mande un buen contrato», explicó. Había leído la obra y la había desechado. De Bob dependía convencerla de que *Frankie* sería taquillera.

«Para decirle la verdad, yo nunca trabajaría para uno de esos hombrecitos extravagantes.»

«La señora McCullers no es un hombrecito extravagante. Es una escritora muy distinguida», contestó Bob.

«Pero esa chica, Frankie, dice palabrotas, es muy mal hablada.»

El director Harold Clurman[32] fue quien interpretó la parte de Frankie para miss Waters. Gracias a las risas del público, Ethel se dio cuenta de que ciertos pasajes eran muy cómicos y, gracias a Harold, hizo un trabajo excelente en el papel de Berenice.

Brandon de Wilde es otra historia. Nuestra directora de reparto cenaba con algunos actores amigos cuando vio a un chico de siete u ocho años jugando en el suelo.

«¿Has deseado alguna vez ser un actor como tu madre y tu padre?», le preguntó.

Brandon nunca había pensado en ello; pero, con el permiso de sus padres, hizo la prueba. De todos los actores, fue el primero que aprendió su papel, y el más vital y alegre: jugaba a los fantasmas con Julie en los vestuarios. Jamás había pisado un escenario y el día del estreno, como no estaba preparado para lo que iba a suceder, la orquesta lo asustó y se puso a llorar. Pero, al cabo de unos minutos, ya era dueño de su papel, y la obra, que era una fuga en tres partes, fue un canto en las manos de este joven genio.

Antes del estreno, los productores querían conocer la opinión de varias personas, entre ellas, la del hombre que había firmado el contrato con el teatro Empire. Le preguntaron qué pensaba de la obra. Miró a Bob y a Stan con expresión compasiva y les dijo: «Será el peor desastre que habrá conocido este teatro, o cualquier otro, en toda su existencia. Dios nos ayude.»

A mí me sucedió algo curioso, tuve una sensación de náusea permanente durante todo el período de ensayos preliminares en Filadelfia. Naturalmente, lo achaqué a los nervios y seguí yendo a los ensayos todas las mañanas y escuchando atentísimamente los informes de Reeves sobre las conferencias nocturnas a las que yo, con lo mal que me sentía, no podía asistir. En la prensa de Filadelfia las críticas fueron buenas, pero nadie se extasió. Procedí a un corte importante de veinte minutos, que probablemente salvó la obra.

Pero, cuando por fin la pieza se estrenó en el Empire, el 5 de enero de 1950, fue un éxito inmediato y sensacional.

Como tenía mucho miedo, la noche del estreno fui a Newburg a comer langosta con Florence Martineau.[33] Después de cenar, aguardamos en su apartamento. Esperamos y esperamos. La obra debía de haber terminado ya, pensamos. Más tarde supimos que el público se puso de pie, arrojó al aire los programas y gritó y silbó con entusiasmo. Julie tuvo que salir trece veces, y sabe Dios cuántas más lo hicieron Brandon y Ethel. Me hubiera encantado estar presente aquella primera noche, pero me lo tenía merecido por haber sido tan cobarde. La última representación de *Frankie* fue la del 17 de marzo de 1951, después de quinientas representaciones y varios premios, incluido el Critic's Circle Award.

Al día siguiente del estreno, regresé inmediatamente a Nyack con mi madre, quien sí había asistido. Me dijo que yo tenía un aspecto estupendo.

«Me siento como el demonio», le dije.

«No hables así, querida.»

«Pero si es cierto», contesté.

Entonces llamó al médico. Me examinó y después de hacerme unos análisis en el hospital, le comunicó a mi madre que yo estaba embarazada.

«No puede ser», contestó mi madre.

Yo estaba sorprendida, pero contenta. No obstante, concentré mi atención en la escena que se desarrollaba entre el médico y mi madre.

«Éste es el camino que elige Dios para compensarla, porque tiene una salud pésima», le explicaba el médico.

El desdén de mi madre saltaba a la vista.

«Usted no sabe lo que es tener un hijo —dijo—, esto matará a mi hija.»

«¿No le gustaría ser abuela?»

«¿Abuela a cambio de mi hija muerta? ¡No! Por otra parte, ya tengo un nieto espléndido en Florida. No permitiré que Carson tenga un bebé.»

«¿Qué hará para impedirlo?», le preguntó el médico.

«Algo haré —gritó mi madre—, yo sé lo que es tener hijos, y usted no.»

El médico, que había traído al mundo a unos quinientos niños, lo pasó por alto.

«Haré algo —repitió ella—, y ahora, ¡está despedido!»

Mi madre llamó inmediatamente al doctor Mayer, mi psiquiatra, quien se quedó tan horrorizado como ella.

«Prepárela para ir hoy mismo al hospital. Yo me encargo de todo.»

Eso fue un viernes y tuvimos que esperar hasta el lunes para que nos dieran una habitación. La discusión entre mi madre y el médico me había deprimido tanto que aborté allí mismo. No fue fácil. Como mi madre tenía miedo y se había obstinado con la descabellada idea de que podrían volver a ponerme el bebé dentro o hacer algo que al final me mataría, no quiso llamar a otro médico. De manera que yo me quedé sufriendo hasta el lunes, día en que un taxi me llevó a Nueva York. Todo el coche estaba manchado de sangre cuando llegamos, y el doctor Van Etten, ginecólogo jefe del Instituto Neurológico, le dijo a Reeves: «¿Por qué esperó tanto? Su esposa se está muriendo.»

Me hicieron transfusiones. Luego me trasladaron urgentemente al Flower Hospital, y William Mayer, que no se movía de mi lado, iba conmigo sosteniéndome la mano.

«Así que había un miembro de la boda con quien yo no contaba», dije.

Cuando hubo pasado lo peor, William me envió a un hospital maravilloso donde, gracias a la comida y a los cuidados, que eran excelentes, recuperé mis fuerzas.

Ahora me estremezco de emoción al saber que Mary Rodgers,[\[34\]](#) la compositora, y Marshall [\[Barer\]](#),[\[35\]](#) el letrista, harán conmigo, como

autora del libreto musical, la opereta u ópera de *Frankie y la boda*.

Mary me dijo por teléfono: «Sé que ópera es una mala palabra, pero me temo que este trabajo se está convirtiendo en una ópera.»

«No la hagas muy sucia», le contesté.

Mary es una de las pocas personas que conozco con quien realmente puedo conversar por teléfono. Quiero decir que nunca tiene prisas.

Ya tiene listas cinco o seis canciones y está escribiendo con rapidez. Marshall y yo hemos terminado nuestro trabajo y pensamos estrenar el día primero de año. Aún no empezamos a seleccionar a los actores, pero yo tengo esperanzas de que un día de éstos veré nuevamente a alguien en el porche y, arrebatada por el entusiasmo, llamaré a mi agente. Dicho sea de paso, mi agente es Robbie Lantz. [36] Tras años de insatisfacciones, encontré en él a un agente y a un amigo maravillosos. Ha vendido todos mis libros para el cine y, durante años, se ha ocupado estupendamente de mí.

Pese a haber pasado estos últimos tres años postrada en cama, mi vida no está exenta de emociones. En junio de 1967 empezará la filmación de *El corazón es un cazador solitario*. La dirigirá Joseph Strick, que tan brillantemente dirigió *Ulises*. Estoy deseosa por ver la primera proyección de *Reflejos en un ojo dorado* en septiembre de este año. Mientras, estoy ansiosa por escuchar lo que han hecho Mary y Marshall con *Frankie y la boda*.

Cuando John Huston me invitó a que fuera a Irlanda este año, acepté feliz, y en su casa pasé uno de los momentos más felices de mi vida. John fue la primera persona a quien le hablé acerca de la operación de mi pierna y fue el primero en aconsejarme que siguiera las recomendaciones de los médicos con respecto a la amputación.

«Podrás ir y venir fácilmente —me dijo—, y será una bendición librarte de esos dolores inútiles.»

Trabajo mucho todas las mañanas y leo por las tardes, cuando tengo tiempo, pues siempre llegan amigos a verme. Suelo ir al Plaza una o dos veces al año a encontrarme con mis amigos de la profesión y a dar entrevistas. Me encanta el menú que sirven, y a Ida, que, por supuesto, siempre me acompaña también.

Doy pequeños cócteles en los que se sirve caviar beluga con cebolla, limón y huevo. Los amigos me envían dulces todo el tiempo. Navidad es una época sensacional en mi vida, siempre doy una gran fiesta. El año pasado di una muy hermosa con la proyección de *Painting in Movement*, de André Girard, para maravilla y deleite de mis invitados. André ha perfeccionado una forma nueva de presentar sus dibujos en movimiento. Es un gran artista y sus cuadros son soberbios, cobran vida en la pantalla. Tiene una nueva serie de cuadros, que ha prometido mostrarme muy pronto. No tiene inconveniente en que yo invite a amigos para que los vean conmigo.

En 1954, empecé a escribir algo desastroso, no intencionalmente, sabe Dios que no, sino que día a día, segundo a segundo, iba sumiéndome en el caos. Es fácil echarle la culpa a Saint Subber,^[37] pero no lo haré. Él fue quien insistió para que yo escribiera *Square Root of Wonderful*. Pero ¿cómo podía saber, si Saint es ciertamente uno de los mejores productores de comedias musicales? ¿Cómo podía yo saber que una comedia ligera no era algo para él? Pero fue el hombre más insistente y perseverante que he conocido en toda mi vida profesional. Venía cada día al 131 de South Broadway, en Nyack. Lo imaginaba con el látigo en mano, dispuesto a hacerme trabajar. La obra trataba sobre un escritor que se había casado con una extravagante. La salud de mi madre flaqueaba y yo quería rendir homenaje a su encantadora insensatez, característica que está bien en la vida real, pero resulta mortal sobre un escenario. Traté de mostrar su inocencia, pero la inocencia resultó ser idiotez, y el escritor frustrado fue una prolongación de mis propios temores a la

esterilidad y al fracaso. Fui especialmente dura con él, como lo soy a veces conmigo misma. Reunía en sí todas mis características más desagradables. Mi egoísmo, mi tendencia a la melancolía y al suicidio. En realidad, era un pésimo actor. ¿Por qué escribí esta basura? Es difícil darse cuenta; por supuesto, yo no tenía idea de que fuera tan mala. No la tuve hasta aquella noche horrible del ensayo general en Filadelfia. Entonces, como una gallina furiosa que defiende a sus pollitos, recurriendo a toda clase de artimañas, traté de hacer algo. Saint Subber también lo intentó, de manera que cambiamos seis veces de director, uno peor que el otro.[\[38\]](#) A nadie se le ocurrió que lo que fallaba era la obra, y seguimos sumidos en un frenesí de contratos y sucesivos despidos. Hasta el estreno en Nueva York.



«Es fácil echarle la culpa a Saint Subber, pero no lo haré. Él fue quien insistió para que yo escribiera *Square Root of Wonderful*.» Arnold Saint Subber. (*Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.*)

No asisto a los estrenos, y aquella vez no hice una excepción. Di vueltas por los alrededores del teatro esperando noticias nerviosa y con miedo. Yo llevaba puesto mi hermoso traje chino, de dos mil años de antigüedad, es la pura verdad, y al pasar delante del teatro, no tuve ni el coraje de rezar.

Una pareja que había salido antes de que terminara la función, comentó: «Me pregunto si aquella no será parte de la obra.»

Fuimos a la fiesta que daba el coproductor, y fue en verdad penoso: yo había olvidado su nombre, Saint Iloraba, el coproductor Iloraba y, cuando leyeron las reseñas del *New York Times*, todos lloraron el doble.

Yo me quedé allí sentada, de piedra y llorando por dentro, pero no solté ni un sollozo ni una lágrima. A riesgo de parecer que defiendo este completo fracaso, debo decir que la obra era mejor leída que interpretada. Finalmente, después de cuarenta y cinco representaciones, acabó el 7 de diciembre de 1957.

Para colmo de males, mi querido amigo John La Touche murió inesperadamente de un ataque al corazón en su residencia de verano, en Vermont. Después de enterarme de lo sucedido, recibí una carta suya fechada dos días antes. Recuerdo el valor de John cuando escribió una obra titulada *The Vamp* y que terminó en circunstancias similares. Su ecuanimidad fue algo soberbio. En aquella época, me hospedaba en su casa, con él y con su madre, y me maravilló su elegancia frente a la desgracia.

Después de la muerte de John y de la muerte de *Square Root of Wonderful*, pensé que Dios me había dado la espalda.

Dormí con mi madre en camas gemelas durante todos los años que ella estuvo delicada, pero un día mis amigos Hilda y Robert Marks me invitaron a pasar la noche con ellos. Mamá insistió en que no llamara a Ida y me dijo que se sentía perfectamente bien. Accedí, no sin reparos; Ida, por supuesto, estaría allí a primera hora de la mañana.

«Has estado confinada en casa mucho tiempo —me dijo—. Ve y diviértete.»

Preocupada, la llamé por teléfono por la noche y me dijo que estaba bien. Al día siguiente, temprano, vino mi primo.[39] Me besó con ternura y me dijo: «Tengo malas noticias para ti, querida.»

Como mi hermana había estado internada en el hospital por una operación de apendicitis, pensé en ella.

«¿Rita?», pregunté.

«No, querida, no es Rita, es tu madre.»

«¿Está muerta?», pregunté.

Mi primo me acarició la mano y me besó de nuevo.

Sólo atiné a decir: «¿Qué puedo hacer?» Pero, por más que oyera mi propia voz, sabía que era una pregunta tonta. Llamé a Ida a casa, aunque lloraba me dijo con aplomo: «Ven inmediatamente, está llegando el personal de la funeraria.»

Ida había ido a trabajar muy temprano y, al llegar, le dijo a mamá que le llevaría el desayuno inmediatamente.

«Tengo hambre —comentó mi madre—, y frío.»

«Aguarde un instante —dijo Ida—, mientras se calienta el hornillo.»

Entró acompañada de mi madre, que esperaría, cuando repentinamente, muy repentinamente, mamá se puso a vomitar sangre. Murió en los brazos de Ida.

Mi madre apenas pudo susurrar: «Gracias a Dios que Sister[40] no está», y con su último suspiro añadió: «Sería demasiado para ella.»

Fue demasiado, el límite casi. Pero mi dolor fue el punto de partida de una de las experiencias más felices y más ricas de mi vida: mi encuentro con la doctora Mary Mercer y mi amor por ella.

Es verdad: mi primo Boots[41] es un primo muy remoto. Reivindicamos el parentesco porque nos queremos, aunque el

vínculo familiar sea muy lejano. Mi madre lo adoraba y adoraba a su padre. Su padre[42] fue uno de los hombres más ingeniosos que yo haya conocido, dotado de un humor campechano para las anécdotas o historias más increíbles, y Boots ha heredado su talento. Posee uno de los apartamentos más bonitos que he visto, lleno de objetos pertenecientes a la familia, así como de sus propios «objetos *d'art*». Cada vez que deseo hacer un regalo especial a un amigo, llamo a Boots y él siempre lo compra para mí. Puedo confiar en su gusto. En un tiempo solía pasar los fines de semana con Boots, me encantaba, me quedaba en su apartamento y disfrutaba con su fabulosa colección de libros y discos. Tiene, creo, quince mil discos y los libros más raros que uno pueda imaginar. Me agradaba estar con él en la cocina mientras preparaba la cena. Es un cocinero de alto nivel y abierto a mi opinión y curiosidad.

Recuerdo una noche que invitó a cenar a una cantante de ópera wagneriana muy obesa y archiconocida.[43] Como a él le gusta comer tarde y se toma su tiempo para servir la comida, había preparado unos *hors d'oeuvres* magníficos. La cantante los miró entre burlona e impertinente.

«¿Qué es esto?», preguntó.

«Una cosita para picar antes de la cena.»

La cantante de ópera miraba el comedor: no estaba dispuesta a arruinar su cena con esas exquisiteces. De manera que esperó y esperó. Por fin, a eso de las once, Boots anunció la cena y la escoltó hasta la mesa. Aquella noche había preparado huevos benedict; pero, una vez que la hizo sentar y dio la vuelta para ocupar su lugar en la cabecera de la mesa, alzó la vista y horrorizado comprobó que la gran cantante había engullido toda la comida.

Me encanta que me cuenten las anécdotas dos y tres veces. Cuando Boots y yo estamos juntos me cuenta historias de Marshallville[44] y otras más serias, como su amistad con Margaret Mitchell y la tragedia que debió de ser para una mujer tan modesta y

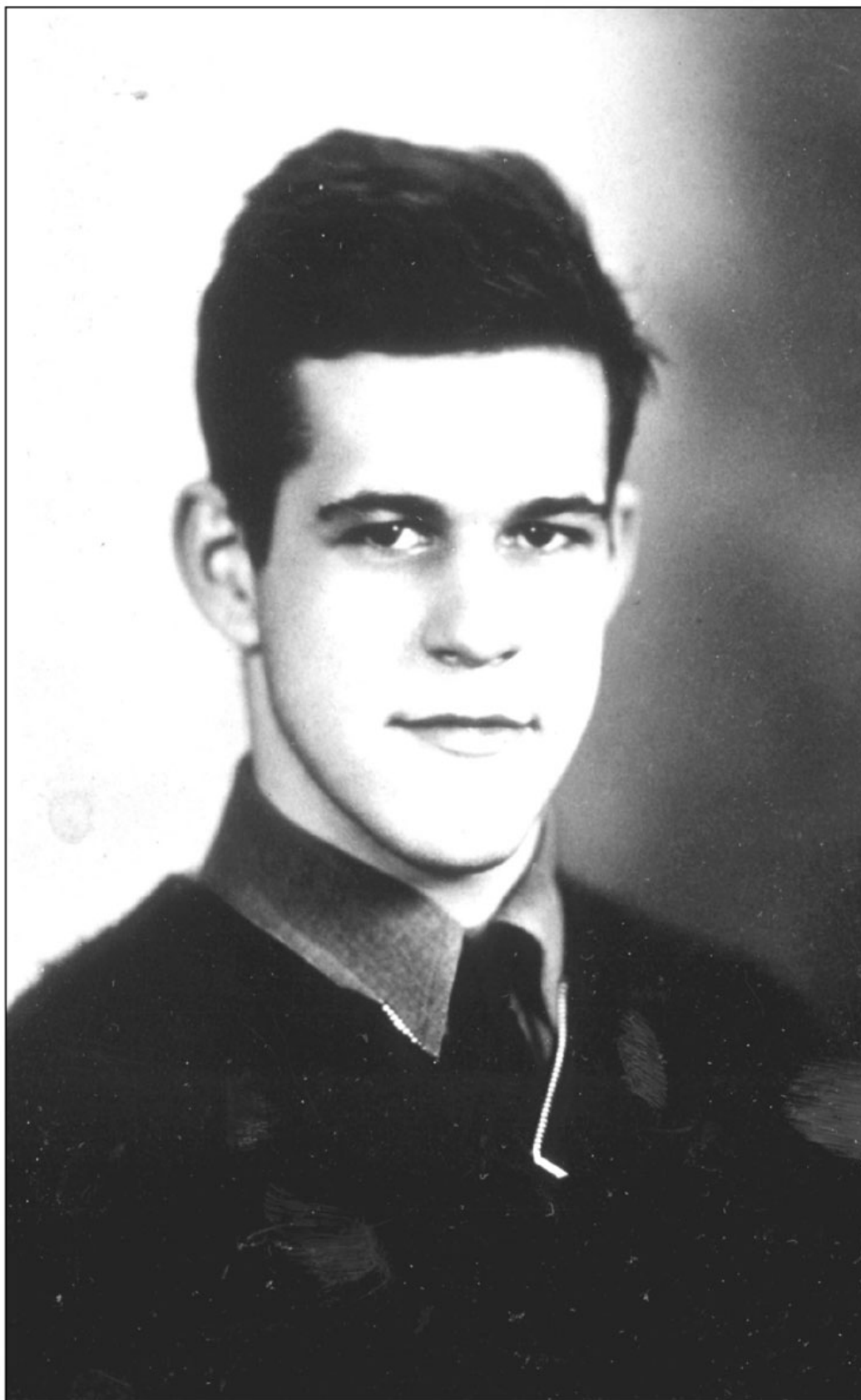
retraída el acoso de los cazadores de celebridades, como ella fue después de escribir *Lo que el viento se llevó*.

Añoré mi casa incluso siendo ya adulta. Mi familia siempre fue lo primero para mí, excepto mi trabajo. Añoraba especialmente a mis padres y vivía pegada como una lapa a mi familia. En la casa de Brooklyn Heights había una atmósfera familiar que era muy importante para mí. Mamá venía a visitarme de vez en cuando. W. H. Auden y mi madre, inglés él y sureña ella, tenían grandes dificultades para entenderse. Mamá, bendito sea su corazón, gritaba como si el problema de Wystan fuera auditivo en vez de lingüístico. Wystan es muy amable y comprensivo. En una ocasión, sin embargo, me horroricé cuando George Davis y él me llevaron al Bowery. El envilecimiento de esos dos desechos humanos me heló el alma, a tal punto que me fui corriendo desde el Bowery a Chinatown y allí tomé un taxi a Brooklyn. Cuando llegué, me senté en los escalones, con frío y sintiéndome muy desgraciada, hasta que ellos regresaron. Me acuerdo de este episodio porque acabo de leer en los periódicos que Dorothy Day,[\[45\]](#) que realiza una labor social en el Bowery, se quedó sorprendida un día que un hombre se acercó a ella y le dio un cheque. Según refirió a la prensa, pensó que se trataba de una pequeña donación por parte de un exvagabundo que quería retribuirle su generosidad. Mientras viajaba en el metro abrió el cheque y, para su gran sorpresa, pertenecía a W. H. Auden y lo acompañaba una nota felicitándola por su notable contribución a mejorar la situación de los marginados del Bowery.

Yo había huido ante la miseria, pero Wystan se había quedado y había hecho algo.

También añoraba muchísimo a mi hermano, que es una de las personas más compasivas que conozco. Ama enormemente la naturaleza y la belleza. Recuerdo que, cuando tuvimos escarlatina, él se escapaba de nuestra enfermera todo el tiempo y se sentaba en su

bacinilla para mirar la hermosura de los árboles a través de la ventana. De mayores, yo solía seguirlo a los «Primeros bosques y segundos bosques», un sitio muy arbolado que había cerca de casa. Cuando era jovencita, compuse canciones para él y él siempre las bailó para mí. Bailaba despreocupadamente mientras yo tocaba el piano. De joven, también escribí piezas de teatro o imitaciones de películas. Recuerdo haber plagiado *Rasputín*. La frase que ahora me viene a la memoria es una que pronunciaba Ethel Barrymore: *You're a very cruel man, Igor [Igor, eres un hombre muy cruel]*.^[46] Mi hermano, mi hermana y yo interpretamos juntos esta obra. Se suponía que mi hermana debía desmayarse, y, como era una niña algo gordita, mi madre se asustaba cada vez que ella caía desmayada con gran realismo sobre la frágil *chaise longue*.



«También añoraba muchísimo a mi hermano, que es una de las personas más compasivas que conozco.» Lamar Smith, hijo. *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*

A los catorce años, el gran amor de mi vida, y que repercutió en toda la familia, fue Isadora Duncan. Leí *My Life*, pero no sólo lo leí sino que lo prediqué. Mi padre, que al igual que mamá creía que un niño debía leer sin censura, estaba asombrado viéndome predicar «amor libre» a toda la familia y a todo el que quisiera escucharme. Un vecino entrometido criticó a mis padres por permitirme hablar tan precozmente de Isadora Duncan y de su vida amorosa. Puedo suponer lo que pensaban los demás vecinos. Le rogué a mi padre que me dejara escaparme a París, que allá podría bailar y mantener a toda la familia. Que escapara a París —y peor aún, que yo, torpe como era, fuera a mantener a la familia con la danza— superaba la de por sí frondosa imaginación de mi padre.

Pero se limitó a decirme con dulzura: «Corazón, cuando seas mayor lo comprenderás mejor.»

Era torpe, es cierto, pero era la mejor patinadora de todo el barrio. Siempre volvía a casa con las rodillas heridas o los brazos lastimados.

Mi hermano se llevó el primer premio de propensión a los accidentes. Bajaba por una ventana y ¡BUM! se rompía el brazo. Estábamos todo el tiempo trepando a los árboles y varias veces hubo que llamar a los bomberos para volver a bajarnos. La ternura nunca abandonó a mi hermano, como sucede a veces cuando un niño se hace mayor. Me acuerdo de una vez, durante la Depresión, cuando había taxis por diez centavos. Lucille, nuestra criada, que fue nuestra niñera más joven y una de las más cariñosas, tenía sólo catorce años y era una cocinera maravillosa, había llamado a un taxi para irse a su casa. Mi hermano y yo, que la observábamos mientras ella se iba, vimos que el taxista se negaba a llevarla.

«No voy a llevar a ningún maldito negro», vociferó.

Al ver la turbación de Lucille y sentir la fealdad de la injusticia, Lamar corrió debajo de la casa (debo explicar aquí que «debajo de la casa» es prácticamente una habitación aparte que va de la puerta principal a la parte central de la casa. Existe un olor especial a

«debajo de la casa». La suciedad es más negra, y el olor, acre y amargo). Mi hermano lloraba debajo de la casa, pero yo me retorció de furia y le gritaba al taxista, «Malvado, malvado». Luego fui adonde estaba mi hermano y nos tomamos de la mano para consolarnos, porque no había nada, nada que pudiéramos hacer. Lucille tuvo que caminar casi dos kilómetros de vuelta a su casa.

En aquella época, la gente, negra y blanca, hurgaba en los cubos de basura. Personas amables, dulces, personas que nos habían atendido y cuidado con tanta ternura, humilladas debido a su color. Ya no me pregunto, como solía preguntárselo mi padre, por qué yo, a los diecisiete años, creía tanto en el partido comunista, aunque nunca me afilié y llegué incluso a desencantarme con las acciones de los comunistas.

Estábamos excesivamente expuestos al espectáculo de la humillación y a la brutalidad, no me refiero a la brutalidad física, sino a la humillación brutal de la dignidad humana, que es aún peor. Lucille vuelve a mi memoria una y otra vez: alegre, encantadora Lucille. De pie junto a la ventana, cantaba una melodía de moda que decía «*tip toe to the window*». Alegre como era, los blues no le gustaban. Era extraordinaria preparando pequeños picnics imprevistos de cacao, y algo delicioso para mi hermano y para mí. No le parecía nada insólito llenar la cesta que nosotros subiríamos a nuestra casa del árbol. Nos decía solamente, y lo decía en un tono alegre: «¡Señor! ¡Chillun! ¡Os partiréis el cuello un día de éstos!»

En plena Depresión, mi madre pensó que podía hacer su trabajo y, además, cocinar. Dejó que Lucille se marchara de casa con las mejores recomendaciones. Tendría que haberse preocupado por saber para qué clase de familia trabajaría Lucille, porque eran unos anormales y la acusaron de querer envenenarlos. ¡A Lucille, que era una cocinera excelente! Atendiendo solamente a la declaración de los blancos, Lucille fue enviada a la penitenciaría. Trabajó como cocinera y aprendió a coser, y a leer y a escribir. Creo que allí recibió una educación bastante buena y liberal, y la experiencia no la perjudicó.

Mamá y papá atestiguaron a favor de su carácter y de sus habilidades culinarias; pero los otros insistieron, y como el cabeza de familia era concejal, Lucille tuvo que quedarse allí casi un año. Pero se dedicó a coser y a cocinar, y se aplicó a leer y a escribir. Nos escribió varias cartas y papá envió dinero para la cantina de la prisión. Cuando la liberaron, se fue a Chicago, donde conoció a un albañil estupendo y emprendedor, que ganaba un buen sueldo, y se casó con él. No hace mucho vino a visitarme. Había averiguado mi dirección en Nyack. Era una tarde de agosto, pero ella llevaba en el brazo un hermoso abrigo de zorro e iba espléndidamente vestida. Nos besamos y hablamos de los viejos tiempos y de su reciente prosperidad. También yo gozaba de un cierto bienestar, pues me ganaba la vida con lo que escribía, y eso enorgullecía a Lucille. Como ambas éramos personas adultas, no le serví cacao, sino gin-tonic, que le gustó muchísimo.

Lucille había tenido una hija a los catorce años, Johnny Mary, que era minúscula. Esta criatura había tenido un bebé ilegítimo siendo una adolescente, y ambos murieron en el parto.

Nunca olvidaré aquel funeral. El predicador estuvo horrible, yo le hubiera pegado. Se refirió a Johnny Mary como a la pecadora, y el texto de la oración fúnebre era «el salario del pecado es la muerte». Lucille y su familia estaban histéricos. El ataúd estaba abierto y el predicador fijaba la vista en la cara de Johnny Mary, luego todos desfilamos ante el féretro, con el bebé en brazos de su madre, y Lucille se puso aún más histérica.

Gritó: «¡Dios! ¡Tú cuida de ella, hice lo mejor que pude, ahora te toca a ti!»

Era una calurosa tarde de julio y los abanicadores tuvieron que trabajar después de hora. (Los abanicadores son los que abanican a los deudos.) Después, Lucille, sacando fuerzas de su propia fuerza, gritó: «Señor Dios, ahora son tuyos.»

Lucille siguió con su existencia hasta que conoció al albañil de Chicago, que se gana bien la vida y es muy bueno con ella.

Una vez al mes, o tal vez con menos frecuencia, papá y mamá nos llevaban a visitar a Sis Laura, que había sido la cocinera de mi abuela. Mamá no la quería mucho porque había sido mezquina con ella cuando era niña; pero, como era muy anciana y estaba débil, la visitábamos sin tenérselo en cuenta. Vivía en una casa, al fondo de la huerta del cura, y, antes de debilitarse tanto, era muy buena recitando plegarias y como «pregonera», y era el pilar de la Iglesia Metodista. Yo temía aquellas visitas a Sis Laura. En la habitación siempre había una bacinilla llena de orina, que despedía muy mal olor. Papá siempre le llevaba dinero, melocotones, peras o mandarinas, y los ojos de la vieja brillaban con glotonería. Sis Laura era muy vieja y se murió de noche mientras dormía.

Vannie era hermana de Lucille y cocinaba para nuestros vecinos. Una vez, para el día del cumpleaños de mi padre, le preparé una sorpresa. A las seis de la mañana, antes de que papá se fuera a trabajar, le serviría un pollo frito para desayunar. Vannie cocinó el pollo y Lucille preparó los panecillos. Le regalé a mi padre lo que yo sabía que más deseaba en el mundo: un bastón de ébano con mango de plata trabajada. Entre las tres lo envolvimos con mucho cuidado en un papel de seda y, a las seis en punto, la hora en que mi padre salía a trabajar, el pollo frito y la tarta de cumpleaños, que Lucille había preparado la noche anterior, fueron servidos con gran pompa para gran sorpresa de mi padre. Todos cantamos el «feliz cumpleaños» y, encantado, con su bastón, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Se había olvidado de que era su cumpleaños. Probó una copita y, antes de atacar su gran festín, convidó a Lucille y a Vannie. Usó su bastón toda la vida y, cuando murió, se lo dejó a mi hermano. Luego volvió a mí y ahora está en el paragüero de mi vestíbulo.

Entre los dos y los seis años de edad, tuve una niñera llamada Nursey^[47] que se casó y se fue a vivir a una granja con su marido. Mamá lloraba desconsoladamente. Llamó a la tienda para que papá la consolara, estaba tan histérica que papá cerró la tienda y se vino a

casa. Primero felicitó a Nursey por su boda y, después, le dijo a mi madre algo que no olvidaré nunca.

«Nada ni nadie es indispensable.»

Ecós de esta frase vuelven a mi mente cuando recuerdo las últimas palabras de Tolstói a su hija. «Sólo quiero aconsejarte que no olvides que hay mucha gente en el mundo aparte de Lev Tolstói, y tú sólo ves a este Lev.»

A Nursey la substituyó Cleo,[\[48\]](#) que era adorable, pero una tirana. La habitación de atrás era el cuarto de juegos. Cuando mi hermano escupía en su cacao para que hubiera más, como explicaba él, lo levantaba y le daba un buen sacudón: «No estás en condiciones de comer con Lula Carson y Helen Harvey, que son dos niñas muy dulces.» Yo era muy remilgada, mi madre se encargó de ello. Quería que fuera bonita e hizo todo lo que pudo para conseguirlo. Yo no era precisamente fea; pero, por mucho que se lo propusiera mi madre, tampoco era una belleza. Debía sentarme a la mesa de la cocina muy acicalada y arregladita. Como mi pelo era tieso como un atizador, mamá trató de hacerme ricitos y lo único que consiguió fue aplastármelo más. Todas las mañanas, antes de ir al colegio, me pedía que dijera *prunes* o *prisms* porque, según ella, en esa forma la boca se me pondría bonita y dulce. Mi abuela le dijo que yo era la niña más paciente del mundo. Yo detestaba todo esto, pero sabía que, pese a las protestas de mi abuela, mi madre se saldría con la suya. Me mandaron al oculista y mamá, que temía que yo llevara gafas, me soplaba las letras hasta que el médico se dio cuenta y la hizo salir del consultorio. Felizmente, mi vista era buena, a pesar de todo lo que leía. Mi primo librero observó una vez que yo no leía libros, sino bibliotecas. Es cierto que he tenido la nariz metida en un libro desde los diez años hasta el día de hoy.

Cerca de los once años, mi madre me pidió que fuera a la tienda de comestibles y yo, por supuesto, llevé un libro conmigo. Era uno de Katherine Mansfield. Empecé a leerlo por el camino y me fascinó tanto que lo leí a la luz del farol de la calle y seguí leyéndolo en la

tienda mientras pedía lo que me habían encargado para la cena. En mi familia se comía muy bien; los domingos comíamos el pollo de costumbre; a mitad de semana, cordero; pero, por algún motivo que ignoro, jamás comíamos postres. Quizá porque mamá sabía que todas las mañanas yo pasaba por la tienda de King y me compraba seis barras de chocolate antes de ir a la escuela. Me pasaba el día entero mordisqueándolas, y no recuerdo cuántas fueron las veces que me echaron por comer en clase.

Thomas Wolfe es otro autor que amo, entre otras cosas por su maravilloso gusto cuando describe las comidas.

Le sigue Dostoievski, posiblemente una de las más fuertes influencias en mi vida de lectora; Tolstói, claro, está en la cima.

A medida que me hice mayor, mi amor por Katherine Mansfield se fue extinguendo, ahora rara vez la leo; pero no quiero dejar de decir aquí que, como crítica, muchas veces tiene toda la razón. Recuerdo su crítica de *El idiota*, especialmente sus observaciones sobre Nastasia Filípovna. También a mí Nastasia me desconcertó siempre, y me preguntaba por qué una persona tan rígida recibía joyas de un hombre a quien apenas conocía. Esta obra tiene la cualidad maravillosa de una novelita barata. Uno es arrastrado de una escena increíble a otra escena increíble. La escena en que Nastasia prende el fuego en la chimenea para quemar los billetes delante de Gania es como un cuento de *True Story*; pero, a pesar de ello, la escena cobra realidad gracias a la intensidad de las emociones.

Tolstói está considerado por casi todos como el más grande novelista de todos los tiempos. También yo pienso que lo es. Desde su primer y hermoso libro sobre la guerra y Sebastopol, y durante toda su vida productiva, que fue larga y maravillosa, ocupa un lugar único como escritor.

Me interesa mucho reflexionar acerca del germen de sus relatos, sus «iluminaciones». *Anna Karenina* surgió cuando él oyó hablar de

una mujer que se había arrojado a un tren en marcha y había muerto. La magnificencia de *Guerra y paz*, una novela histórica, debió de ser producto de iluminaciones recibidas casi a diario. Era tan meticuloso como Proust en su realismo al describir los estilos y las modas de su época, y, también como Proust, trabajaba sobre un lienzo inmenso. Que los lienzos sean grandes no son mi único criterio para juzgar las obras de arte. Me gustan los libros pequeños y delicados como cuadros de Vermeer. Y ya que estamos con el tema de la pintura, debo decir que deploro mi falta de comprensión de las obras de arte visual. Creo que me llevo mejor con los modernos. Tengo una relación maravillosa con Henry Varnum Poor, que, dicho sea de paso, es mi vecino y me ha retratado varias veces. También me encantaría poseer determinados Epsteins,[\[49\]](#) pero no me los puedo comprar.

Otro autor a quien leo constantemente es E. M. Forster. Uno de los momentos que más disfruté en mi vida fue cuando Mary Mercer leyó *Where Angels Fear to Tread [Donde los ángeles no se aventuran]* en voz alta. Ambas nos desternillamos de risa. Debo añadir que cuando se trata de E. M. Forster, Katherine Mansfield es completamente ciega o no le gusta por algún motivo.

Yo soy ciega, completamente, con Virginia Woolf. Lo intento, pero no consigo que me interese de verdad. Es extraño, porque no sólo muchos amigos míos adoran a Virginia Woolf, sino que conozco personalmente a varios miembros del Grupo de Bloomsbury.

Elizabeth Bowen[\[50\]](#) es íntima amiga mía. He admirado su obra durante años y, cuando nos conocimos en Nueva York, me invitó a que fuera a Irlanda a visitarla. La casa de Bowen Court, su propiedad, no es bonita, pero es espaciosa y exquisita. Me contó que, antes de su éxito con *The Death of the Heart [La muerte del corazón]*, ella y sus invitados tuvieron que ir a casa de Jim Gates, el vecino, para bañarse; pero que, después de *La muerte del corazón*, pudo instalar baños en toda la casa. Me acuerdo que en la bañera que usé había un patito flotando. Además de Bowen Court, Elizabeth tenía un piso en Londres, y hace unos años vendió Bowen Court porque costear al

personal necesario para mantener la finca en condiciones resultaba demasiado caro para ella.

Me da pena la gente que ha tenido que vender su casa. No sólo Elizabeth, sino también mi buena amiga Lillian Hellman tuvo que vender la suya, para no hablar, en mi propio caso, de L'Ancienne Presbytere que tanto amé y que ahora, me han dicho, es una granja de productos lácteos. Acaso la pérdida más tremenda de todos estos amigos fue la de la granja de Isak Dinesen en África, que tuvo que ser vendida cuando los precios del café se vinieron abajo. Después de eso, ella vivió en Dinamarca en una casa en forma de L que había pertenecido al poeta Ewald.[51]

Cuando conocí a la baronesa Blixen, cuyo nombre de escritora es Isak Dinesen, yo era miembro de la Academia Americana de Artes y Letras y fui invitada a un banquete en su honor. La admiraba tanto que dudé en conocerla personalmente; tenía miedo que la realidad no casara con mi sueño, y dejé pasar mucho tiempo antes de aceptar la invitación. Cuando al fin fui al banquete de la Academia, le pregunté a Glenway Wescott[52] si me podían colocar en la misma mesa que ella. Glenway dijo que ella ya había solicitado que la sentaran a mi lado. Durante la comida manifestó su deseo de conocer a Marilyn Monroe. Como Arthur Miller estaba sentado a la mesa vecina, le dije que pensaba que sería muy sencillo. Le pedí al camarero que trajera a Arthur y se lo conté. Así fue como tuvo lugar un almuerzo entre Marilyn Monroe, Arthur Miller, Isak Dinesen y yo. Marilyn era muy tímida y me llamó tres o cuatro veces por teléfono para preguntarme por el vestido que debía ponerse, si debía ser escotado o no. Le dije que cualquier cosa luciría hermosa en ella. Llevó un vestido muy escotado que dejaba ver sus senos adorables. Marilyn se sentó y escuchó mientras Karen hablaba, y Karen era una *raconteur par excellence*. Habló de su época en África y de Denys Finch-Hatton.[53] Karen, o Tanya, como la llamaban sus amigos, tenía unos ojos negros que brillaban como joyas. Se ponía mucho kohl y abundante brillo en los labios. Su apariencia era más conscientemente artificial

de lo que yo esperaba, pero pronto me acostumbré y me quedé con una impresión de absoluta naturalidad y encanto. Hacia el final de su vida sólo comía ostras y bebía champán. Cuando Arthur le preguntó qué médico le había aconsejado semejante dieta, ella se encogió de hombros y le respondió, no sin desdén: «Ningún médico, yo misma opté por esta dieta. Va bien conmigo y, además, me encanta.» Cuando no era temporada de ostras, tenía que conformarse con espárragos. A los demás nos servía suflés.



«Así fue como tuvo lugar un almuerzo entre Marilyn Monroe, Arthur Miller, Isak Dinesen y yo.» *(Foto reproducida por cortesía de Jordan Masee.)*

Muchos de mis amigos eran gente bastante mayor. Karen, por esta época, tenía casi ochenta años. Recibí una invitación a la fiesta de cumpleaños de Edith Sitwell, que tendría lugar en Londres. Como,

por aquellas fechas, iba a estar en Europa, acepté. Me sentaron junto a mi viejo amigo Peter Pears; habíamos vivido juntos en Brooklyn. Benjamin Britten y Edith habían compuesto una canción muy bella. Edith la había titulado *Still Falls the Rain* y Peter la cantó antes de la comida. El banquete fue excelente, por cierto, y la lista de personas que estaban presentes para homenajearla era verdaderamente el «Quién es quién» internacional del mundo del arte.

Mi plan era llegar a Europa e ir a Dinamarca a visitar a Tanya, pero mientras me preparaba para el viaje me enteré de que había muerto. Clara Svendsen, su querida amiga y secretaria, me escribió para comunicarme su muerte y que estaba enterrada debajo de una hermosa haya, muy cerca del mar.

Pienso que su obra influyó en *Reflejos en un ojo dorado* de una forma muy sutil, que yo no puedo describir. Tal vez fue la belleza de su escritura y una cierta arbitrariedad lo que me permite verlo así.

Después de dos años de trabajar en *El corazón es un cazador solitario*, dos años de contemplación de ciertos aspectos del Sur que son repugnantes, como la forma en que los blancos tratan a los negros, me sentía dichosa como un pájaro debido al hecho de poder escribir sólo por amor a las palabras y a las imágenes. Coincidió con una visita que Reeves y yo hicimos a nuestros amigos Edwin Peacock y John Zeigler a Charleston, en Carolina del Sur. Ellos insistieron en que yo leyera un libro titulado *Out of Africa [Memorias de África]* y, como creí que trataba de cacerías, con idéntica insistencia les dije que no quería leerlo. Al final se salieron con la suya: cuando Reeves y yo ya estábamos en el coche, listos para salir a Fayetteville, me pusieron dos libros en la falda: *Memorias de África* y *Seven Gothic Tales [Siete cuentos góticos]*. Empecé *Memorias de África* en el coche y leí hasta la caída del sol. Nunca me había sentido tan maravillada. Después de años leyendo este libro, y lo he leído muchas veces, cada vez que lo empiezo sigo experimentando una sensación de consuelo y, a la vez, de libertad. Naturalmente, leí todos sus libros, pero estos dos son mis preferidos. Recuerdo que, en

la Academia Americana de Artes y Letras, una amiga me dijo que *Memorias de África* era un libro primordial para ella, y que juzgaba a sus nuevos amigos según cómo reaccionaban al leerlo.



«Coincidió con una visita que Reeves y yo hicimos a nuestros amigos Edwin Peacock y John Zeigler a Charleston, en Carolina del Sur. Ellos insistieron en que yo leyera un libro titulado *Out of Africa* [*Memorias de África*].» *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*

Otro escritor particularmente entrañable para mí es Richard Wright. Nada ofrecía un mayor contraste que el existente entre Tanya y Dick. Lo conocí en la casa de Brooklyn, cuando se mudó allí con su esposa y su bebé. Como siempre, no había lugares decentes para que vivieran los negros. Más tarde reanudamos nuestra amistad en París, donde vivió hasta que murió repentinamente. Su muerte me recuerda siempre la gran fragilidad de la vida humana. Dick, que estaba aparentemente bien, fue al médico para someterse a un chequeo de rutina. El médico no observó nada alarmante, pero aquella misma tarde Dick murió de un fallo cardíaco. Dick y yo conversábamos a menudo sobre el Sur. Su *Black Boy [Muchacho negro]* es uno de los libros más bellos escritos por un negro sureño. De mi trabajo decía que yo era el único escritor del Sur capaz de escribir con igual naturalidad sobre negros y blancos. Yo estaba tan consternada por la humillación que implicaba ser negro en el Sur que perdí de vista los grados de respetabilidad y de prestigio en el seno de la raza negra.

Cuando Reeves y yo vivíamos en París, en un apartamento horrible y cochambroso, sin retrete ni ninguna clase de comodidades, Dick, que vivía también en París y se estaba mudando a su propio apartamento y había pagado por la *clef* de otro muy elegante, nos propuso que nos mudáramos a su hermoso dúplex. La propietaria, que ocupaba otro piso, era drogadicta, y él no quería exponer a su hijito al espectáculo de la drogadicción, aunque fuera de manera indirecta. Nosotros, claro, nos mudamos. El lugar era realmente exquisito, con chimenea en la sala y el lujo que implica un comedor puesto. Tenía un jardín espléndido, con una fuente. Cuando los inodoros se rompieron, la dueña reparó primero la fuente.

Cuando sufrí el ataque que me paralizó el costado izquierdo, Dick, que se encontraba en Niza, alquiló un avión para visitarme en el Hospital americano y consolarme. Me contó que su madre había sufrido un ataque similar y, no obstante, crió a varios hijos.

Antes de hacernos amigos en Brooklyn, Dick se había hecho miembro del partido comunista. Un negro americano, extraordinariamente dotado para el lenguaje, y además intelectual, era ideal para ellos. No entendieron la dedicación completa de Dick al arte, ni su independencia, y cuando el partido empezó a dictarle lo que debía escribir, como si fueran tareas escolares, se puso furioso y dejó el partido.

Como todo el mundo sabe, no es fácil abandonar el partido comunista una vez que uno ha ingresado en él, y Dick padeció muchas noches de inquietud y días de miedo; es más sencillo afiliarse al partido que salir de él.

Yo nunca sentí deseos de afiliarme. Por un solo motivo: no soy de naturaleza gregaria. El único club al que pertenezco es la Academia Americana de Artes y Letras. La mayor parte de sus miembros son mayores que yo, pero todos son personas sumamente prestigiosas. No hay demasiada formalidad y me agrada acudir a sus reuniones cada vez que puedo. Al principio estaba totalmente de acuerdo con Marx y Engels, y cuando pienso en los disturbios de hoy, me da la impresión de que son pura aplicación del marxismo. Los comunistas han aprendido muy bien a explotar, exponer y debilitar socialmente ciertos sectores para sus propios fines. Personalmente, no me sorprendería que los disturbios estuvieran provocados por los comunistas. No cabe la menor duda de que los guetos deben ser abolidos y, en su lugar, edificar viviendas decentes. Es preciso que haya suficientes puestos de trabajo adecuados y que convengan a todos aquellos que estén capacitados para ocuparlos. Esto requiere educación, y los negros son cada vez más conscientes de ello; pero, desgraciadamente, llevará años de esfuerzo, y yo, como millones de negros, pienso que se está acabando el tiempo. Mi casa está completamente integrada y procuro vivir de acuerdo con las enseñanzas de Jesucristo.

Entre los grandes amigos que siempre recibo con placer están Janet Flanner y Natalia Murray, que dirige una editorial italiana que

publica mis libros. En realidad, mis libros han sido publicados en el mundo entero.

Janet es «Genet» en la revista *New Yorker*, y es una de las periodistas más informadas, y Natalia, una italiana versátil, es una buena contrapartida de Janet. Disfruto con sus visitas y su soberbia conversación cada vez que vienen a Nyack. Muchas personas que han leído mis libros en su propio idioma vienen a visitarme a Nyack. No hace mucho vino un profesor japonés; también un director de cine sueco; vienen ingleses, finlandeses y gente de todos los lugares donde se publican mis libros. Siempre estoy encantada de recibirlos. En esas ocasiones, Ida sirve bebidas y sándwiches. A menudo vienen periodistas y trato de hacerles preguntas mientras ellos me entrevistan. Mañana llega un hombre del *Atlanta Constitution* y le preguntaré acerca de los disturbios que me han preocupado tanto. Hay personas que vienen trayendo cuadros que han pintado ellos mismos y otros me escriben pidiéndome mi opinión sobre toda clase de cuestiones. A veces me pregunto si no me confundirán con Dorothy Dix. Pero la mayor parte de las cartas son inteligentes y perceptivas.

Tennessee Williams me visita cada vez que está en la ciudad de Nueva York. Con enorme placer puedo decir que en John Huston, el director de *Reflejos en un ojo dorado*, encontré a un amigo de verdad.

Cuando Ray Stark, el productor de *Reflejos en un ojo dorado*, llamó a Huston para que la dirigiera, John dijo: «Habría dos maneras de hacer esta película; una: la película de arte y ensayo con poco presupuesto; dos, una película con los mejores talentos actuales. No me interesa hacer cine de arte y ensayo con poquísimo dinero, y creo que a la señora McCullers tampoco. Sólo puedo dirigirla con los mejores actores.» Ray Stark estuvo de acuerdo y se redactaron los contratos. John sabía lo que decía cuando habló de los mejores talentos actuales: Marlon Brando, Julie Harris, Elizabeth Taylor, Brian Keith y Zorro David.^[54] Entonces John vino a verme y de inmediato advertí su seriedad, su encanto y su sentido del humor. Le di *carte*

blanche y nunca tuve la menor duda. Todo lo controlaba él y yo estaba contenta.

Cuanto más hablaba de su concepción de *Reflejos*, más segura estaba yo de que era el hombre indicado. No sólo era el director; él, Gladys Hill[55] y Chapman Mortimer[56] habían escrito un guión excelente ateniéndose fielmente a la novela.

Además, cuando nos vimos por primera vez, John me dijo: «¿Por qué no vienes a visitarme a Irlanda?»

Como yo hacía tres años que estaba en la cama, me pareció algo irrealizable, pero dije: «¿Hablas en serio?»

«Tan en serio como soy capaz de hablar yo. Tú sabes que los aviones existen.»

De manera que, en Navidad, John nos envió, a Ida y a mí, billetes de ida y vuelta a Irlanda en primera clase por Irish Airlines.

Antes de que el médico me autorizara a viajar a Irlanda, me ordenó ir a algún sitio durante un fin de semana para comprobar que yo podía aguantar el viaje. Ida y yo decidimos ir al Plaza. Fue todo un espectáculo. Hubo que llamar una ambulancia de la asistencia pública y prevenirles para que tuvieran lista una camilla especial para mi viaje. Al principio creyeron que el montacargas del Plaza podía ser un problema, pero plegaron la camilla y finalmente me subieron en una cama de hospital especialmente encargada para la ocasión.

Vi a viejos amigos, arreglé cuestiones profesionales, di entrevistas y la comida del Plaza estuvo a la altura de su reputación. Yo examino con detenimiento los menús, como otros estudian obras de arte. En fin, pasé la prueba del Plaza y el médico me dio permiso para ir a Irlanda.

John vive en Galway. Ama la caza y es el amo del coto local. Así fue como descubrió su casa, un día que salió a cazar zorros. (Los granjeros consideran que los zorros son una plaga y los envenenan, pues son muy destructivos.) John vio esa hermosa mansión, que era el esqueleto de una casa de campo. La compró y comenzó a edificar y transformar aquellas cuatro paredes en una finca magnífica. Hay

muchísimo ganado en los campos. Los caballos de John son magníficos y él no se pierde ninguna carrera. Apostamos juntos; la semana pasada me llamó para contarme que nuestro caballo, *Busted*, había llegado el primero y que habíamos ganado cincuenta libras.

Hubo un desfile incesante de visitantes y John es un «Gran Señor». Si no hay una criada a la vista, abre él mismo la puerta para recibir a sus invitados. Llegamos el mes de abril de 1967, en plena temporada de ostras, y comimos ostras del canal de Irlanda, que queda a apenas sesenta kilómetros de distancia. La señora Craigh nos sirvió platos magníficos. El pan que ella hace es el más delicioso que haya probado nunca.



«Me hicieron entrevistas para muchos periódicos y el *Irish Times* sacó una foto de John dándome un enorme abrazo al estilo irlandés.» (Tomada por Jack McManus y reproducida por cortesía de Irish Times.)

Como la pierna se me estaba saliendo un poco, tuve que quedarme en cama todo el tiempo, pero la gente venía constantemente a verme a mi habitación. Había otro invitado en la casa. Hacía un poco de frío y, a falta de un cuarto bien calefaccionado, la chimenea de mi dormitorio estaba encendida permanentemente.

Por la noche, todos venían a beber coñac y tomar el café conmigo. La conversación giraba en torno a la cacería de zorros, el arte, la política y, por supuesto, *Reflejos en un ojo dorado*.

Me hicieron entrevistas para muchos periódicos y el *Irish Times* sacó una foto de John dándome un enorme abrazo al estilo irlandés.

En mi dormitorio había una hermosa cabeza hecha por Epstein. Por la ventana se veía al rebaño pastando. A veces, las ovejitas, demasiado frágiles como para sostenerse sobre sus patitas, pasaban delante de la ventana con su madres que las vigilaban.

Las paredes de la casa de John tienen unas molduras bellísimas. Quise conseguir algunas para el dormitorio de mi casa, pero la gente del lugar me informó de que las molduras así trabajadas eran una artesanía que ya había desaparecido.

Mi cama, de madera finamente tallada, la había traído John de México. En mi habitación había, además, una pantalla japonesa muy bonita que trajo de Japón.

Cuando me operen y pueda volver a visitar a John, y pueda ir en mi silla de ruedas de una habitación a otra como hacen todos, me sentiré feliz. En la finca de John hay muchísimos criados. El propio John es muy fuerte. Ida siempre empuja mi silla y, cuando ya no tenga esta pierna, no tendrá que andar con tanto cuidado para no lastimarme.

He pensado muchas veces en Bernhardt y en otros que han perdido sus piernas; pero un amigo me contó acerca de un muchacho

que, en un raptó de desesperación, se tiró debajo de un tren. Perdió una pierna y un brazo. Yo no estoy desesperada y no deseo pensar en esa historia, prefiero pensar en Bernhardt, que en la Primera Guerra Mundial visitaba las trincheras y alentaba tanto a los soldados que el alto mando alemán prometió una enorme recompensa por su captura. Finalmente, el mando aliado, que temía que logran capturarla, la sacó de los sitios peligrosos.

Peter Freuchen[57] perdió su pierna y, sin embargo, ha vivido una vida plena. Escribió un hermoso libro aprovechando sus vastos conocimientos sobre los esquimales.

John Huston es una gran autoridad en arte azteca y, al despedirnos, me regaló una hermosa cabeza azteca.

Cole Porter perdió una pierna y siguió componiendo su deliciosa música. Creo que *Night and Day* fue escrita en el Pabellón Harkness, de donde fue paciente cuatro veces; las enfermeras cuentan que le oían cantar dicha composición una y otra vez.

Naturalmente, espero trabajar como siempre, y aspiro a poder viajar y a moverme con más facilidad.

No he escrito mucho sobre Marielle. Ella, amén de ser una de mis amigas más queridas, diseña todos mis camiones y mis batas. Trabaja en París la mitad del año y la otra mitad en Nueva York. Cuando está en París, la echo muchísimo de menos. También trabaja en las fábricas aldoneras del Sur, donde imprimen sus diseños.

Nueva York queda a unos sesenta kilómetros de Nyack y el único medio de transporte es el autobús. Fue en el autobús donde conocí a Marielle. Es una de mis amigas más encantadoras y pacientes. Es francesa, hija de padres rumanos que, después de casarse, se fueron a vivir a Francia. En ella se mezclan la loca extravagancia de los rumanos con el buen sentido y el buen paladar de los franceses. Pero fue muy tímida como para abordarme. Se sentó en la parte trasera del autobús y, justo cuando me disponía a bajar, viendo mi renquera, se ofreció a ayudarme. Nos preguntamos mutuamente adónde nos dirigíamos. Era en la época de *Square Roots of Wonderful* [1957] y yo

iba a Saint Subbers. Ella iba más lejos, al corazón del barrio de los modistos y las *boutiques*. Me dijo que éramos vecinas y la invité a que viniera a tomar algo, o lo que fuera, al día siguiente por la tarde. Por intuición, deduje que bebía solamente vino y afortunadamente había una botella de vino rosado en el frigorífico. Nuestra amistad fue creciendo y, prácticamente, no pasaba día sin que nos visitáramos.

Entonces, una noche sucedió algo terrible. Yo estaba durmiendo cuando entró Marielle y me sacudió para despertarme. Todavía medio dormida, la miré y vi que estaba descalza y que se había cortado los pies con el hielo.

«Levántate y ven a ver», me dijo.



«Fue en el autobús donde conocí a Marielle. Es una de mis amigas más encantadoras y pacientes.» Marielle Bancou. *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*

Miré por la ventana y vi que los apartamentos de Gray Court estaban en llamas. Fuimos a la ventana de la cocina para ver mejor y traté de que ella se fuera a la sala, de apartarla para que no viera aquel espectáculo. Mientras, los refugiados del incendio llegaban a mi

casa y Marielle les preparaba café y sándwiches. Luego llegó la policía y llamaron a cada uno por sus nombres. Repitieron tres nombres varias veces sin obtener respuesta. Se trataba de las tres personas que habían perecido en el incendio. Le rogué a Marielle que se acostara en el sofá del estudio y yo me acosté a su lado y la abracé, pero ella había visto quemarse su casa, su casa con los hermosos cuadros y la colección de libros antiguos. Aquel mismo día yo le había devuelto un volumen de Baudelaire, valorado en quinientos dólares, y la cruz de brillantes que me había prestado. Esos detalles me venían a la mente todo el tiempo. Si yo no le hubiera devuelto la cruz y el libro, se habrían salvado. Entre tanto, los bomberos mojaban mi casa para que no se prendiera fuego y nos ordenaron que fuéramos al comedor. Nadie supo nunca qué fue lo que provocó el incendio, pero se perdió todo. Marielle vivió conmigo hasta que pudo encontrar una nueva casa.

Nunca conocí gente más generosa con la ropa como la de este pueblo. Todo el mundo trajo ropa, incluso libros de bolsillo con pañuelos dentro. Pero Marielle pensaba en los cuadros y en sus maravillosas ediciones limitadas de Verlaine, de Baudelaire y de todos los poetas que había perdido. Ilustradas por André Girard, eran, en cierto modo, irremplazables.

Marielle era estoica, pero aun así a veces lloraba. Fuimos juntas a revolver las cenizas con la esperanza de encontrar su cruz de brillantes, pero nada, no había nada, tan sólo cenizas.

A comienzos de la primavera encontró un apartamento en Nueva York. Cuando se mudó, la eché muchísimo de menos; pero se las ingenió para venir a cenar los domingos. Nadie como ella para combinar restos de comida o servirlos con el *élan* que ella los servía. Me contó todo lo referente a su trabajo como diseñadora de telas y me mostró sus hermosos estampados.

Marielle no tardó mucho en ser la presidenta de su compañía que operaba en América y en Francia. El incendio no acabó con ella, ni siquiera menoscabó su energía. Graciosa, con una belleza de espíritu

que pocas veces encontré en alguien, divertida, ingeniosa y profunda, es mi amistad más vieja y, junto con Mary Mercer, la mejor de mis amigas.

Edwin Peacock y John Zeigler siguen siendo íntimos amigos míos. Viajan a Europa todos los veranos y siempre hacen escala en Nyack a la ida y a la vuelta.

Cuando estaba bien, solía ir a menudo a Charleston a visitarlos. Edwin y John son dueños de una librería maravillosa, The Book Basement, donde uno puede encontrar prácticamente todos los libros. Daban hermosas fiestas. En una ocasión, en una fiesta al aire libre (las fiestas en los jardines están muy de moda en Charleston) conocí a Robert y a Hilda Marks. La primera de esas fiestas fue para mí un desastre. Me molestaban los zapatos y, durante todo el tiempo que estuve de pie saludando a los invitados, me molestaban cada vez más y me dolían los pies. Fue justo en el momento que los pies más me dolían cuando me presentaron a los Marks. Yo sentía que el dolor me torcía la cara y mi amabilidad en aquel instante fue muy falsa. Hilda se llevó una pésima impresión. Luego, cuando esa fiesta interminable hubo acabado y pude echarme en un sofá, John de repente dijo: «¡Pero, querida, llevas los zapatos al revés!»

Volví a encontrar a los Marks en otra fiesta, esta vez con los zapatos bien puestos, y fue muy agradable. Hilda, Robert y yo nos hicimos amigos.

En Charleston, Edwin y John también me llevaron a ver las regiones de los pantanos con sus aves fantasmagóricas revoloteando por encima de nuestras cabezas y los magníficos jardines de azaleas.

Conocí a muchos amigos de Edwin y John. Uno de ellos, el hijo adoptivo de Isabel Whitney,[58] me regaló uno de los trajes de su madre, un atuendo japonés que me pongo a menudo. Me gustan los trajes chinos y japoneses, y los luzco en todas las reuniones oficiales. Tengo uno de dos mil años, que me dio mi primo Jordan Masee. En

la Antigüedad, sólo se usaba con ocasión de las visitas protocolares a la emperatriz viuda, y fue pasando de generación en generación. Acabó en San Francisco, donde Jordan lo compró. John Huston posee unos trajes antiguos bellísimos que ha comprado en sus viajes por todo el mundo.

Me fastidia muchísimo saber que no podré viajar más anónimamente y con comodidad. Cuando uno tiene que desplazarse de un lugar a otro en ambulancia y camilla, resulta muy embarazoso. Mis amigos siempre tienen que venir a verme, pero confío en que, después de la amputación, tendré más movilidad.

Esta semana he releído *Dubliners* [*Dublineses*]. Es como un milagro que semejante espasmo de poesía pudiera surgir de las calles mugrientas del Dublín de aquel entonces.

A Portrait of the Artist as a Young Man [*Retrato del artista adolescente*] lo leo casi todos los años.

Ulysses es más duro y no pertenece a la clase de libros que me gusta, aunque haya influido en tantos escritores.

Finnegans Wake está fuera de mi alcance y sólo disfruto con la parte de «Anna Livia Plurabelle» por su ritmo y su poesía, tan extraña.

James Joyce tenía una hija psicótica y, cuando estaban juntos, hablaban la misma lengua. Joyce fue casi ciego la mayor parte de su vida y murió en una mesa de operaciones. En el funeral, su hija observaba muy concentrada y atenta cómo bajaban a su padre a la sepultura y lo cubrían de tierra.

«Ahí está, en la tierra, bien tapado, y oyendo lo que todos decimos. Astuto, ¿verdad?», comentó después.

Cada vez que pienso en artistas que han tenido una vida dura, pienso en James Joyce. Pasó épocas infernales intentando ganarse la vida para mantener a su familia. *Dublineses* fue prohibido y creo que, una vez, incluso lo quemaron. *Ulysses* fue prohibido y luego

pirateado en todo el mundo. Como es de suponer, James Joyce jamás recibió un centavo del producto de esas piraterías. Ganó fama, solamente, y la grandeza de un espíritu noble.

Un sacerdote católico,[59] que es amigo de mi hermana, vino a verme y, al comprobar que estaba leyendo a Joyce, me dijo que la Iglesia había levantado la prohibición que pesaba sobre su obra. Como era mi invitado no pude decirle «llegáis tarde, como siempre», aunque ganas no me faltaron.

En París, Sylvia Beach[60] publicó a Joyce y atenuó las dificultades de su vida. Él y sus hijos pudieron vivir con comodidad.

Ojalá pudiera decir lo mismo de otro escritor, que es un escritor menor pero a quien quiero mucho. Scott Fitzgerald, siempre endeudado con su agente, con una esposa loca confinada en manicomios. Scott, extravagante, encantador, travieso e imposible. Se acrecentó su genio y escribió *Tender Is the Night [Suave es la noche]* sumido en una situación psicológica realmente atroz.

He estado leyendo a Papa Hemingway. Paso de un libro a otro. La estructura de los problemas psicológicos de Hemingway era ciertamente complicada, pero A. E. Hotchner hace un análisis muy lúcido. No soy una admiradora de Hemingway, pero por primera vez lo percibo como un hombre, como una persona viva y que sufre. Esencialmente, fue alegre, amante de diversiones, generoso y un amigo muy querido por todos. Ahora, después del libro de Hotchner, quiero volver a leer a Hemingway. También fue un explorador del lenguaje. Sus frases cortas, tersas, son la herencia que deja al prosista norteamericano. Pero deploro su sentimentalismo y su dureza fingida.

Leo de todo: libros sobre decoración de casas; catálogos de flores; libros de cocina, que me encantan, y, como dice el *New York Times*, todo lo que se pueda imprimir.

Ida Reeder es la columna vertebral de mi casa. Fue el ama de llaves de mi madre y se cuenta entre mis amigas más hermosas y fieles. Todo lo hace casi a la perfección, incluso los arreglos florales que mi madre le enseñó a hacer. Como en la casa tengo inquilinos, el trabajo requiere muchísimo tacto, tino y diplomacia. Gracias a Ida, jamás tuve un mal inquilino en todos estos años. Es una cocinera soberbia. John Huston acaba de llamar de Irlanda para decir que el día de su llegada quiere comer el pollo frito con ensalada de patatas que prepara Ida.

John y ella se entienden maravillosamente. El día que nos íbamos de Irlanda todos lloraban: John, Ida, todo el personal. Ida se granjeó el afecto de todos los irlandeses de Saint Clerans, como le ocurre siempre con la gente.

Desde que murió mi madre, ella ha ocupado su lugar y dice que soy su hija adoptiva.

Se preocupa por mí y, entre otras obligaciones, es mi secretaria en el plano social. Únicamente ella recuerda a la gente que entra y sale. Regula mis hábitos cotidianos, como leer y escribir. Otra gente viene y va, pero Ida siempre permanece, y eso es algo que le agradezco al Señor.

Es más que un ama de llaves, es una amiga muy querida, aunque, claro está, también es un ama de llaves estupenda. Yo sé que en todo momento, no importa dónde ella se encuentre, de día o de noche, si la necesito, vendrá.

Fui a la consulta de Mary Mercer porque estaba muy abatida. Mi madre había muerto, mi querido amigo John La Touche había muerto y yo estaba enferma y muy lisiada. Varios psiquiatras conocidos míos, como Ernst Hammerschlag,^[61] Hilda Bruck y otros, insistían para que fuera a ver a Mary Mercer. Yo me resistía; no sólo porque el horror que me inspiraba el Hospital Payne Whitney era aún muy reciente para mí (en ciertos momentos de angustia, aún hoy me

congratulo de no estar en Payne Whitney), sino porque me resistía a la psiquiatría, no admitía que fuera una ciencia médica. Lo único que me quedaba, les decía yo, era mi mente, y no iba a permitir que nadie jugara con ella.

Me informaron que la doctora Mercer vivía en el condado y era especialista en niños. Eso me descartaba entonces. Ida era mi aliada más firme. Sabía que mi hermana había seguido una terapia psiquiátrica durante más de doce años. Tennessee también, y estaba a favor. Así, entre Ida y Tennessee pasé muchas noches durmiendo poco, o nada.

Supuse que la doctora Mercer sería fea y mandona, y que trataría de invadir territorios particulares de mi alma. Hilda y Ernst me habían dicho que debía llamar por teléfono para pedir cita. Yo retrasaba esa llamada y sufría porque la retrasaba. Iba con mi muleta a la sala, levantaba el receptor, colgaba y hacía de todo salvo la llamada. Finalmente, llamé, y con voz suave, agradable, la doctora Mercer me dio cita.

El día antes me desperté a las tres de la mañana, y a las nueve ya estaba vestida para ir a una cita que era a las once. Ida lloraba: «Por qué eres tan loca, Sister, estás deprimida porque han ocurrido cosas espantosas estos últimos tiempos, nada más.»

Mucho antes de la hora fijada, yo aguardaba en el consultorio de la doctora Mercer. Pasar por la cortina de la puerta me resultó difícil y me di un golpe que casi me hizo caer. Jadeante, sin aliento, me encontré por fin frente a frente con la doctora Mercer. Era, y es, la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Tiene el cabello oscuro, los ojos grises y una piel muy blanca. Está siempre impecablemente vestida y su silueta delgada irradia salud y elegancia. Lleva puesto permanentemente un collar de una vuelta de perlas. Pero, lo más importante, su rostro refleja la belleza interior de su mente noble y entregada a su vocación.

La doctora Mercer no sólo me agradó, sino que la amé de inmediato y, lo que es más importante, supe que podía confiar en ella

con toda mi alma. No hubo dificultad alguna para hablar con ella. Le entregué toda la rebelión y frustración de mi vida porque sabía que ella sabía lo que estaba tocando. Cuando la sesión de cincuenta minutos hubo terminado, me preguntó si tenía algo que hacer.

«Írme a casa y pensar en estas cosas.»

«Es la hora de almorzar», me dijo y, para mi sorpresa y deleite sin límites, me preguntó: «¿Desea almorzar conmigo?»

No mencionamos la psiquiatría durante la comida. Hablamos de libros, pero la mayor parte del tiempo permanecemos calladas. En nuestra primera sesión de cincuenta minutos me había dicho: «Amo las palabras, pero le advierto, señora McCullers, que no me voy a dejar seducir por sus palabras. He visto su obra *Frankie y la boda*, pero no he leído ninguno de sus libros. Quiero que siga siendo así, no los leeré hasta que no hayamos terminado la terapia.» A partir de aquel día, y después de cada sesión, almorzamos juntas; era el mejor momento del día para mí, el momento de consuelo.

La terapia fue maravillosamente bien y, en menos de un año, me dio de alta como paciente. Hoy somos amigas devotas y no puedo imaginar vivir sin nuestro amor y nuestra amistad.

No había nada que no habláramos entre nosotras, incluso cosas tontas, como la época en que *Herman* quiso morderme en la cabeza. *Herman* era el mono de Gypsy Rose Lee. Gypsy me había prometido regalarme un mono y yo estaba feliz. Un día, pasaba yo el fin de semana con ella en su casa, cuando le pregunté:

«¿Dónde está el mono?»

«Con su cuidador», me dijo.

Eso debió alertarme; un mono con cuidador no era el monito simpático que yo había imaginado.

Me puse delante de la chimenea para secarme el pelo y, de repente, un mono grandote y sin cola entró en la habitación. Vio mi pelo, que se estaba secando, y se me abalanzó.

«¡Gypsy! —llamé espantada—, ¡quítame este animal de encima!»



«Fui a la consulta de Mary Mercer porque estaba muy abatida.» *(Foto reproducida por cortesía de la doctora Mary Mercer.)*

Gypsy llamó al cuidador, que vino con plátanos. El mono estaba aún babeando sobre mi cabeza, yo temía que me triturase los huesos del cráneo en cualquier momento. Finalmente, lo engañaron con los plátanos, se los comió y me dejó en paz. Así se acabó *Herman* y, en el otoño, me compré un cachorro de bóxer.

Más difícil fue hablar de Reeves; era duro vivir con él y más duro describirlo.

Mary, claro está, no tenía forma de ver el brillo y la belleza de Reeves cuando era joven, sólo yo podía recordarlos, y luego, cuando la belleza se convirtió en una corrupción que yo debía comprender claramente, sólo podía describirla, incapaz de hacer algo, salvo

aconsejarle que fuera a ver a un psiquiatra. Aquel hombre glorioso había ido descendiendo poco a poco al fraude, al robo y al intento de asesinato.

Mary entendió. No pensó que fue romántico cuando subrepticamente subió a bordo del *Queen Mary* y amenazó con saltar si yo no volvía con él. Sintió lo mismo que yo sabía: que estábamos tratando con un asesino en potencia que, además, era un hombre absolutamente deshonesto.

Hervey Cleckley^[62] ha escrito un libro que es una obra maestra titulado *The Mask of Sanity*, y en ese libro vi reflejado a Reeves como en un espejo. Los psicópatas son a menudo gente encantadora. Viven de su encanto, de su buen físico y de la debilidad de viudas o madres.

En la terapia comprendí cuál fue la primera vez que descubrí en él a un ladrón. Repetí a la doctora Mercer los episodios en torno a nuestra partida de Fayetteville, cuando nos mudamos a la ciudad de Nueva York, a causa de la inminente publicación de mi libro *El corazón es un cazador solitario*, y más tarde, *Reflejos en un ojo dorado*, que ya estaba escrito. Yo no podía menos que sentirme bien. Había luchado duramente y, por fin, mi trabajo estaba terminado y podía pensar en tomarme un mes de descanso.



Carson McCullers en 1967. *(La foto es de Patrick O'Higgins y se reproduce por cortesía de Harper's Bazaar.)*

Reeves vendió el coche que ya no necesitábamos, pues él pensaba conseguir un empleo en Nueva York. A la mañana siguiente le pregunté por el dinero de la venta y dijo que lo había guardado en la cómoda, que ésa era la última vez que lo había visto. Revolví la cómoda de arriba abajo, busqué en todos los cajones, pero no pude encontrarlo. Incluso fui a ver a la propietaria para preguntarle si sus criadas eran todas honradas, y me echó, gritando. De manera que la publicación de mis primeros libros quedó opacada por la deshonestidad de Reeves. Hacía cuatro años que estábamos casados y yo no podía creer que él fuera capaz de hacer nada malo.

Pero al cabo de unas semanas tuve que creerlo. Como le conté a ella, yo había ido a Yaddo a escribir, y mi padre me llamó para preguntarme si había advertido alguna irregularidad en mi cuenta bancaria. Perpleja, le dije que no. Luego mi padre me dijo que había un número importante de cheques firmados por mí y, como el banco sabía lo puntillosa que soy con el dinero, querían saber si existía la posibilidad de que alguien los hubiera falsificado. Aun cuando Reeves estaba ya muerto, sentí que debía referirle a la doctora Mercer estos hechos a fin de proporcionarle una clara comprensión de mí misma y de mi relación con Reeves.

«Pero, seguramente, hubo momentos felices», me dijo.

«Sí —contesté—, recuerdo una noche en que subimos al techo en mansarda de nuestra casa para ver la luna. Pasamos momentos muy agradables juntos y por eso todo fue más difícil. Si Reeves se hubiera portado mal todo el tiempo, hubiera sido un gran alivio, porque yo hubiera sido capaz de dejarlo sin tanto dolor. Y no lo olvide, él significó muchísimo para mí en la época que escribí *El corazón* y *Reflejos*. Yo estaba totalmente absorta en mi trabajo y, si la comida se quemaba, él nunca me regañaba. Y lo que era más importante aún, leía y criticaba cada capítulo una vez terminado. Una vez le pregunté si pensaba que *El corazón* era bueno. Reflexionó largo rato, luego dijo: «No, no es bueno, es extraordinario.»

**CORRESPONDENCIA DE
CARSON Y REEVES
MCCULLERS DURANTE
LA SEGUNDA GUERRA
MUNDIAL**

INTRODUCCIÓN A LA CORRESPONDENCIA

Entre los párrafos referentes a la partida de Reeves a Europa, en 1943, y la evocación de la muerte del padre de ella durante la Segunda Guerra Mundial, Carson indicó, con las palabras «Insertar las cartas de la guerra», dónde debían figurar en *Iluminación y fulgor nocturno* las cartas que intercambió con Reeves durante la guerra. Estas cartas, al igual que *Iluminación y fulgor nocturno*, forman parte de la Colección Carson McCullers del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom, en la Universidad de Texas, Austin. Son sesenta cartas y un telegrama que Reeves escribió a Carson entre febrero de 1943 y noviembre 1945, y treinta y cinco cartas y cuatro cablegramas que Carson escribió a Reeves entre mediados de noviembre de 1944 y comienzos de mayo de 1945. Hay también dos cablegramas del Ejército de Estados Unidos (uno de junio de 1944 y otro de diciembre de 1944) dirigidos a Carson para informarle del estado de salud de Reeves después de las dos heridas recibidas en combate. Las cartas que Carson escribió a Reeves con anterioridad al mes de noviembre de 1944 se perdieron ya en esa época, pues, como soldado de infantería del regimiento Ranger del Ejército de Estados Unidos, Reeves no estaba autorizado a llevar consigo objetos personales cuando salía a cumplir sus misiones. Como él mismo escribió antes de embarcarse rumbo a Europa: «Esta noche, en una breve y triste ceremonia, quemé tus cartas de los últimos nueve meses (no debemos llevar encima nada que pueda identificarnos como una unidad independiente).» Excepto algunas cartas escritas desde la colonia

de artistas Yaddo a Reeves cuando éste regresó de Europa, todas las cartas y los cablegramas de Carson fueron enviados desde Nyack.

Si bien las cartas de Reeves a Carson son, ante todo, la crónica de su entrenamiento para servir en la Segunda Guerra Mundial, son además un poderoso testimonio de la fortaleza de la pareja en cuanto al apoyo que se brindaban mutuamente, y de la naturaleza destructiva de la relación. Particularmente reveladora es, en las cartas de reconciliación de Reeves, la forma en que plantea la pareja la posibilidad de volver a casarse. Estas cartas revelan la complejidad de la constante interdependencia emocional entre ellos, pese a que se habían divorciado dos años antes. La reconciliación que desembocaría en un segundo matrimonio, en marzo de 1945, comenzó con una carta de febrero de 1943 escrita por Reeves desde Camp Forrest, en Tennessee, a Carson, quien se encontraba en casa de sus padres en Columbus, Georgia.

Dudo en escribir de nuevo, y sencillamente no sé qué decir, pero debo escribirte, tengo que hacerlo. Aun cuando la carta me sea devuelta sin abrir, como nunca sabré si la recibiste, anotar algunos pensamientos en un papel y enviártelos por correo, algo ayudará.

Han transcurrido casi dos años desde aquella tarde de lluvia, deprimente y horrible, cuando te vi por última vez. Muchas cosas nos han ocurrido y probablemente cada uno de nosotros haya cambiado un poco, pero no ha habido un solo día en que tu imagen no haya aparecido en mi mente. Tú siempre has sido lo primero en mi vida y sé que nadie tendrá nunca en mi vida la importancia que has tenido para mí. Puede que esta clase de conversación te resulte incómoda, de manera que no diré más.

Durante varios meses no he hablado con nadie ni escuchado a nadie que hubiera podido darme noticias tuyas. No sé dónde estás o qué haces, pero me concentro en ti y deseo tu bien, y confío en que hayas podido hacer algún ajuste en cuanto a los momentos que vivimos...

Si salgo entero de la guerra, me gustaría vivir en Europa durante algunos años, si puedo conseguir trabajo... Tengo la sensación de que Estados Unidos será deprimente, y entonces respirar un aire puro y libre otra vez, probablemente será posible en cualquier país. Sería bueno entonces poder sentarme contigo a tomar copas y conversar. Si nos volviéramos a encontrar, ¿no podríamos acaso conversar?

Esta carta no pide respuesta, no la espera, pero sí quiero pedirte que en algún rinconcito de tu mente desees mi bien. No soy religioso, pero eso puede ayudarme.

Una cosa más antes de despedirme. Me pregunto si estás bien de dinero. Gano más de lo que necesito, y estoy de acuerdo con mi coronel, que se asombra de las pocas cosas que hay para comprar en el campo de batalla. Si te puede ser útil el dinero, me agradecería reembolsarte algo de lo que te debo enviándote un poco todos los meses desde Washington. No hay nada detrás de esta oferta, y si tienes todo lo que necesitas, bien, y bueno...

La deuda mencionada por Reeves en el último párrafo es, quizá, el dinero que le quitó a Carson cuando falsificó los cheques de su cuenta bancaria, y que para Carson es la razón principal que la llevó a iniciar los trámites de divorcio contra él en el otoño de 1941.

Obviamente, Carson accedió al pedido de reconciliación de Reeves, puesto que él le escribió el 2 de abril de 1943, sin titubeos, declarando su afecto y agradeciéndole su generosidad por haberle respondido la carta.

Carson, querida, no puedes imaginarte lo que significa para mí saber lo que sucede en tu mundo. ¡Qué buena eres por escribirme! En el pasado, nuestra vida en común fue, en general, tan problemática, turbulenta e insegura, y, como ambos sabemos hoy, transitoria. Hemos recorrido un largo camino desde entonces y siento que finalmente he crecido. Diríase que estamos más cerca uno del otro y que nos entendemos mejor que en épocas pasadas. No permitiré que nada dañe o afecte el amor y la amistad que ha sobrevivido a nuestros momentos de infelicidad. Espero que nos escribiremos franca y libremente cada vez que así lo deseemos y compartiremos nuestras dificultades. Puedo ser una cantidad X en tu vida y también puedo ser tu serpiente de bronce. Soy fuerte y se puede contar conmigo.

Reeves se disculpa por sus errores pasados y hace hincapié en el apoyo mutuo de los aspectos positivos de la vida en pareja cuando estaban recién casados, en una carta de fines de abril de 1943:

La razón principal por la que escribí fue que sentí que yo había cambiado y que el tiempo y la expiación habían hecho de mí una persona mejor.

Íntimamente he cambiado, estoy seguro de mí y sé que soy una persona que podría agradarte.

A menos que tú estés segura de esto, no deberíamos vernos.

Reeves siguió escribiendo a Carson cuando fue transferido a Tennessee, en Florida, y a Nueva Jersey para completar su entrenamiento. A medida que se acercaba la fecha en que debía embarcarse a Europa, en el otoño de 1943, Carson y Reeves discutieron acerca de la posibilidad de volver a casarse.

Evidentemente, nuestra boda le otorgaría cierta «corrección» a nuestra situación, y en lo que a mí se refiere puede ser que daría coherencia a un montón de poderosas inclinaciones, ambiciones y planes que después de la guerra marcarían la diferencia entre el desencanto y el hecho de trabajar duro en lo que más deseo hacer. Aun cuando no hubiera tiempo suficiente para nuestra vida de casados, verte y los votos personales significarían prácticamente la misma cosa, aunque no sería lo mismo.

Tras una breve visita de Carson a Fort Dix, en Nueva Jersey, a finales de octubre de 1943, la pareja decidió finalmente no volver a casarse. Reeves escribió a Carson acerca de lo que pensaba en noviembre de 1943 sobre la decisión que habían tomado:

Recuerdo haber hablado largo tiempo para explicar por qué pensaba que nuestra decisión es la más sabia. Lo que tú dices en tu última carta acerca de nuestra integridad individual, duramente ganada, nuestra aceptación de una cierta soledad morosa (pero ahora la soledad debería incentivarlos), y la necesidad absoluta para cada uno de mantener una libertad totalmente aparte y bien definida con respecto a nuestros tipos de expresión, que son diferentes—tanto en nuestros amores personales como en nuestro trabajo individual—... todo eso, yo sé que es verdad. Ya he hablado y escrito antes sobre esto. Un vínculo doméstico o matrimonial no es para nosotros. Simplemente, no es necesario, y deseo que comprendas siempre que yo sé que no lo es. En los aspectos importantes, yo estoy más cerca de ti que lo que cualquier hombre haya podido estar de una esposa.

Nunca debes abrigar dudas acerca de nosotros, y, por favor, recuerda siempre cuáles son mis sentimientos por ti y créeme que te entiendo mejor que nadie.

Desde que te fuiste los días han sido tétricos, oscuros, y hasta ha llovido un poco. Hoy hace más frío y el cielo se ha despejado. A veces se oye el ruido

sordo de la artillería que llega de la zona de choque.

Hemos marchado casi cada día, pero el entrenamiento ha sido liviano y los hombres están engordando y apoltronándose.

Una vez más, Reeves mencionó la decisión de la pareja de no volver a casarse el 19 de febrero de 1944, en una carta escrita desde Inglaterra:

Contesté tus dos largas cartas acerca de nosotros y el matrimonio, pero aparentemente no las recibiste. Al parecer, no me entendiste bien en lo que se refiere a nuestra relación y el matrimonio. Mis planes no implicaban ningún tipo de posesión o algo semejante, en el sentido de que ninguno de los dos toleraría la posesión. Ésta es una de las razones por las cuales yo nunca encontraré la «pareja» que tú deseas para mí. Aunque nuestro matrimonio haya sido un desastre, de ninguna manera pienso que haya sido un desacierto habernos conocido y haber estado cerca uno del otro. Aún me siento cerca de ti. Cada día siento tu calor, tu gran inteligencia y tu ternura. Sé que me amas. Deseo que comprendas que yo te amo del único modo que importa: el amor grande y duradero que un ser humano siente por otro. No permitamos que nuevamente haya un malentendido entre nosotros. Tú estás en primer lugar en mis pensamientos y eres mi amiga más querida y más amada.

Desafortunadamente, no resulta claro cuáles, entre las más de trescientas páginas de cartas de la guerra, eran las que Carson se proponía incluir en su autobiografía. *Las que se ofrecen a continuación son aquellas que han sobrevivido de la correspondencia entre ambos, a partir de la que Reeves escribió a Carson el 10 de octubre de 1944 desde Luxemburgo.*

A fin de preservar los estilos y las idiosincrasias inherentes a la composición de estas cartas, son muy pocas las modificaciones — siempre de índole editorial— efectuadas. No obstante, como una ayuda al lector se incluyen notas entre corchetes y algunas notas a pie de página que amplían la información. Los textos entre corchetes pertenecen al editor de este libro. Algunos errores se

señalan con un [sic]. No se ha tratado de normalizar la puntuación o corregir errores mecánicos.

El primer grupo de cartas de Reeves fue escrito entre el 23 de febrero de 1943 y el 1 de septiembre de 1943, mientras Reeves se encontraba en Camp Forrest, Tennessee. Una carta fechada el 8 de septiembre de 1943 fue escrita mientras Reeves se entrenaba en Fort Pierce, Florida. Otro grupo de cartas, escritas entre el 5 de octubre de 1943 y el 12 de noviembre de 1943, corresponden a la estancia de Reeves en Fort Dix, Nueva Jersey. En el caso de una carta, del 13 de noviembre de 1943, el lugar desde donde fue escrita se identifica como «Este de Estados Unidos». Se desconoce el lugar donde se encontraba Reeves cuando escribió una carta del 15 de noviembre de 1943 y otra carta sin fecha de la época de su período de entrenamiento. Escribió una carta fechada el 5 de diciembre de 1943, mientras se encontraba destacado en Londres. Un grupo de cartas «V-mail»,[*] fotorreproducidas, fueron identificadas como escritas entre el 19 de febrero de 1944 y el 19 de marzo de 1944.

Reeves escribió a Carson dos cartas justo antes y después de la invasión del día D. Una fechada «Principio de junio de 1944» fue escrita a bordo del navío que aguardaba la invasión del 6 de junio, y otra, fechada el 10 de junio de 1944 (aparentemente una carta formulario con blancos dejados después de «Querida» y «Tu» para los saludos) fue escrita a bordo del *U.S.S. Texas*, después de la invasión de Normandía. Asimismo, Reeves escribió un mensaje en escritura corrida al dorso de la carta mecanografiada. Otras tres cartas «V-mail» fechadas el 20 de junio, 27 de junio y 10 de julio de 1944, fueron escritas mientras Reeves se encontraba en Francia, sirviendo «en el frente».

Otro grupo de cartas mecanografiadas y manuscritas, escritas por Reeves en Francia, corresponden al período entre el 9 de julio y el 13 de septiembre de 1944. Una carta de Reeves a Carson, escrita en Francia el 14 de julio de 1944, incluye un recorte de periódico titulado «No hubo obstáculos para la banda de Rangers», escrito por

Weldon James, y distribuido por la Associated Press, hace hincapié en una frase de Reeves sobre sus experiencias posteriores a la invasión de Normandía. Dos cartas del 5 de octubre de 1944 fueron escritas desde «algún lugar de Europa». Cinco cartas, entre el 10 de octubre de 1944 y el 8 de noviembre de 1944, fueron escritas desde Luxemburgo. Una carta fechada el 22 de noviembre de 1944 fue escrita en Alemania. Tres cartas —dos fechadas el 3 de diciembre y una el 4 de diciembre de 1944— fueron escritas en Bélgica. Una carta del 8 de diciembre de 1944 fue escrita en Alemania. Una carta «V-mail», del 12 de diciembre de 1944, fue escrita en París. Reeves escribió a Carson dos cartas, el 17 de diciembre y el 26 de diciembre de 1944, con papel de la Cruz Roja norteamericana desde su lecho de hospital, en donde se encontraba recuperándose de la herida sufrida en Alemania. En un cable de la Western Union, que Reeves envía a Carson el 24 de enero de 1945, le pide que le gire cien dólares y le dice que estará «tal vez pronto en casa». El resto de las cartas de Reeves a Carson fueron escritas con posterioridad a su regreso a Estados Unidos procedente de Inglaterra. Los sellos postales remiten al período entre el 16 de julio y el mes de noviembre de 1945. De estas nueve cartas, tres fueron escritas cuando Reeves ya estaba de vuelta en Nueva York y seis cuando se encontraba en Camp Wheeler, Georgia, en espera de ser licenciado del ejército.

[Reeves a Carson]

10 de octubre de 1944

Luxemburgo

Mi muy querida Carson:

Atardece y una densa capa de niebla llega del norte. Los pueblos y los campos son como en las descripciones de Alemania que leíamos, y que siempre quisimos visitar. En épocas normales, la vida de aquí es muy agradable, sin complicaciones. La gente sigue siendo más o menos la misma, con idénticas costumbres durante años y años.

Aunque dentro de veinticuatro horas haya muerto, hoy he pasado una tarde muy feliz. Estuvimos un rato recorriendo la zona, luego nos detuvimos en una posada muy acogedora, situada en un pueblo fronterizo. Era como las que Kay [Boyle] describe en *Avalancha*, en la frontera francesa. Limpia, fresca, con manteles blancos en las mesas. Los dueños eran viejos alemanes, transplantados a este país. Fue delicioso estar allí sentado, tranquilo, bebiendo Schnapps y cerveza, sin estar obligado a hablar con nadie, y contemplando las montañas a lo lejos. La hospitalidad no excluía la eficiencia y reinaba una calma hogareña. No sabes cómo me hubiera gustado que estuvieras allí.

Esta guerra maltrata mucho. De pronto, como un relámpago, aparece una tarde como ésta, que hace más llevadera la monotonía

de los demás momentos de terror y horror. ¡Qué placer estar solo una hora, o dos, y poder pensar en lo que uno quiera! Uno de los terrores del combate es que uno está forzado a tener las impresiones que tiene; no hay libertad para pensar ni tiempo para aceptar sus impresiones voluntariamente. Lo más horrible de todo son las noches, aunque no haya tiroteos.

Pero una horita como ésta lo refresca a uno; ahora estoy en condiciones de seguir otras dos semanas más.

Supongo que la guerra me está haciendo cambiar y operará otros cambios, pero no envejeceré demasiado. Como tú, yo también espero conservar la frescura y las esperanzas en la vida. Todo está allí, a nuestro alcance, por descubrir y experimentar. Jamás debemos ceder a la filosofía de la desesperación.

Debo dejarte, me quedan cosas por hacer antes que oscurezca.

Tuyo,

REEVES

[Reeves a Carson]

17 de octubre de 1944

Luxemburgo

Cariño:

¡Qué hermoso día! Daría todo lo que tengo a cambio de que estuvieras aquí conmigo. Estoy sentado en un café, pequeño y acogedor, en un pueblecito de Luxemburgo, bebiendo ponche de vino y mirando las montañas, hacia Alemania. Lo único que falta para que todo sea casi perfecto eres tú.

Volveremos a vernos, ¿verdad, queridísima? Ha transcurrido tanto, tanto tiempo desde la última vez que estuvimos juntos. Tenemos aún tantas horas agradables para pasar juntos charlando, tantas cosas para ver y hacer juntos. Cruza los dedos por nosotros, di que lo haremos.

Ha llovido mucho, hace un tiempo frío y brumoso, pero con algunos días muy diáfanos y espléndidos. Las colinas se ven hoy muy hermosas, con todos los colores del otoño. Alemania, al otro lado del valle, siempre igual. El vino del país es bueno y calienta el estómago.

Hay regiones de Europa que te gustarán mucho. Creo que este pequeño país donde me encuentro, te encantará. La gente es buena y muy trabajadora. Todavía no he visto familias pobres. Los habitantes de esta zona son robustos y saludables. Es increíble, pero muchos hablan inglés; en algunas partes, los niños van al colegio doce meses al año. Son inteligentes y agudos, no son pedigüños ni lloriquean (pero los niños franceses o ingleses tampoco).

En la casa donde tengo una habitación hay un adorable muchachito italiano. Es un refugiado, su madre trabaja en París. Es un Cameo precoz y hermoso, como el chico de *Muerte en Venecia*. Tiene trece años y habla cuatro idiomas. Me sigue a todas partes, y ya consiguió que le cuente todo lo que sé de América. Ojalá pudiera llevármelo a casa con nosotros.

En estos momentos mi unidad descansa, y rezamos para que el descanso dure lo más posible. Pero me temo que no va a ser así. Tengo la sensación de que habrá batallas horrendas, peores que las que ya se vieron en Europa. En general, todos presienten que el enemigo no se rendirá oficialmente, y que tendremos que despedazarlo. Y luego está Japón.

En una mesa vecina hay cuatro burgueses gordos jugando a las cartas y bebiendo cerveza. Una niña está sentada cerca de la estufa, estudiando. En un rincón, una pareja de ancianos bebe vino caliente y habla de dinero. Es una lástima que América no asimile instituciones como el pub inglés o el café continental.

La vida que llevamos aquí no es mala. Por ahora. Lo que más echamos de menos son los cigarrillos norteamericanos. No tendremos. Fumamos esa porquería que los lugareños sacan del

trasero de los caballos, secan, enrollan en papel y llaman cigarrillos. Pero he oído decir que la carestía también afecta a Estados Unidos. No he bebido una taza de café en cinco días; pero no importa, está muy bien así. Prefiero sobrellevar toda clase de privaciones a las explosiones de los 88, o los chirridos de los MG 42, o los eructos de las ametralladoras. No hay nada más agradable y fascinante que sentarse y recomponer con calma los restos de la propia mentalidad. La vida es buena, y dulce. No necesitamos tantas cosas como creemos.

Me pregunto todos los días cómo estarás, si ya te instalaste con Bebe [madre de Carson] en Nyack. Estoy totalmente en blanco con respecto a lo sucedido en estos dos últimos meses. Fue la última vez que tuve noticias tuyas. Sé que me has escrito y probablemente me has enviado un telegrama, pero yo no he recibido ni una palabra.

Escríbeme en cuanto recibas esta carta.

Con mi amor,

REEVES

[Reeves a Carson]

8 de noviembre de 1944

Luxemburgo

Mi muy querida Carson:

Ayer me ocurrió uno de los acontecimientos más importantes desde el día D. Recibí dieciocho cartas en total: son las primeras que recibo de Estados Unidos desde el 20 de agosto. La mayor parte eran tuyas, claro, la última está fechada el 22 de octubre. Había varias de mi madre, una de Tom, de [John] Vincent [Adams], de Kanto [Alfred Kantorowicz], un anuncio del *The Infantry Journal* y una solicitud para que me suscriba al *Common Sense*. Disfruté mucho leyéndolas todas.

Me fui a otra habitación para estar solo y leerlas, y abrí mi petaca de scotch, reservada para los momentos de necesidad extrema. (La petaca es un objeto exquisito que me regaló un luxemburgués en cuya casa nos alojamos hace un tiempo. En la primera ocasión que se presente, te la enviaré por correo para que la guardes, es para nosotros.)

Oh, Carson, tesoro, tus cartas me hicieron muchísimo bien. Las leí de cabo a rabo empezando por la primera. Me estaba volviendo loco sin noticias tuyas —aunque sé perfectamente que el motivo es porque estoy en otra unidad y nos hemos estado moviendo mucho todo el tiempo. Estaba seguro de que en esos momentos deprimentes y silenciosos, tú me estabas escribiendo.

No te he escrito tan a menudo como debía o quería. Estuvimos muy ocupados. No hace mucho que estamos en una zona más tranquila. Hoy es el primer día que logro cierta calma para escribir. No obstante, la artillería silba y retumba allá afuera. No voy a decirte que no haya peligro, porque el peligro siempre está presente y la muerte nos visita a diario. Por alguna razón matemática, mi suerte es buena y, en el día de hoy, 8 de noviembre, aún me cuento entre los vivos.

Carson, por el tono de algunas de tus últimas cartas —de ansiedad y suma preocupación—, tengo que decírtelo una vez más: debes acostumbrarte a la idea de que pueda ocurrirme algo. Debes comprender que el centro del infierno está localizado en un sector de 260 kilómetros cuadrados de Europa, y debes tener en cuenta las posibilidades de supervivencia. Detesto decir estas cosas, pero debo ser totalmente sincero contigo. Sé que me amas y *cómo* me amas, y mi sentimiento por ti jamás podría cambiar. Créeme, cuanto más cerca estoy de la muerte, cuanto más me acerco a ella, más amo la vida. Cuando puedo pensar en mí mismo, mis pensamientos saltan de inmediato a los días hermosos que hemos compartido y a las magníficas experiencias que nos depara el porvenir. Es lo único importante para mí en medio de toda esta locura, la única idea a la

que me puedo aferrar. Pero, Carson, en este preciso instante mi situación es distinta de la tuya. Tú tienes otras cosas a las que aferrarte y no debes perderlas.

Me están interrumpiendo a cada rato, pero escribiré tanto y tan largo como pueda. No estoy muy entusiasmado con la idea de que vengas a Europa. Es muy triste, pero me doy cuenta de que si vienes, las oportunidades de volver a vernos, una vez terminada la guerra de Hitler, son muy remotas. Sabes, pertenezco a la poco envidiable clasificación de «oficial de combate»; estos oficiales no tienen ni un día franco, ni sus seres queridos pueden visitarlos en el frente. No está en los libros, cariño. Pero verte nuevamente sería el único milagro que me devolvería la cordura.

Con respecto a tu otro motivo, no lo veo tan claro. Metido en este abismo de barro, mugre y sangre, uno ve la Europa de hoy como una completa locura revolucionaria. Sé que escribí varias cartitas hablando de la gente de este paraje paradisíaco. Este país sufrió menos que otros bajo los nazis, y lo que dije era cierto. Pero, ¡Dios santo!, el caos en los demás países. El amargo nihilismo resulta increíble. Ya sé que tú no piensas en un reducto de paz y seguridad para escribir, pero cuando vengas y observes a tu alrededor atentamente, sólo verás una fealdad que no figura ni en Dante ni en Goya. Mucha gente cree que falta mucho para que esta guerra termine y que, excepto parte de Francia, puede virar en cualquier dirección, destruyéndolo todo a su paso. La verdad es que, en Europa, muchísima gente así lo cree. Sólo una rendición incondicional y total les convencerá de que la muerte no los está buscando. Cuando el sistema nervioso anticipa el peligro y la muerte, el cuerpo y la mente dejan de ser normales y racionales.

Pero si realmente te las ingenias para conseguir ese trabajo (si tú lo deseas, también lo deseo yo), espero que tu destino sea el que tienes pensado y puedas hacer lo que te propones —*incluso* vernos en alguna parte—. En el caso de que vengas, es probable que tu primera etapa sea Londres. Envíame un telegrama. También los

nombres y las direcciones de los intermediarios en Londres y en París, y si, entonces, la guerra ha terminado, hallaremos la forma de encontrarnos.

No he sabido nada del AMG [Allied Military Government: Gobierno Militar Aliado (de los Territorios Ocupados)] y temo que mis papeles estén atascados en el fichero de alguna oficina. En los últimos dos meses no he tenido tiempo ni ocasión de rastrearlos. Cuando esto termine, y si no me consideran «esencial» en el Pacífico, mi nariz apuntará en dirección de la Estatua de la Libertad. Desembarcaré y compraré un billete a Nyack, o iré a buscarte a donde tú digas. Si llego a verte otra vez, tengo la certeza de que podré resolver sin dificultad todos los problemas que puedan presentarse en la vida.

Tesoro, si vienes, tendrás que cuidar mucho tu salud. Estar siempre bien abrigada. Tus intestinos no son como los míos, de manera que deberás vigilar lo que comas y bebas. En realidad, espero que consigas ese empleo y puedas venir a Europa, sé que es algo que deseas y necesitas. Siempre he confiado en tus decisiones. Ambos sabemos lo que significa volver a vernos. ¡Tenemos tantas cosas que decirnos!

Recibí carta de Kanto, me alegró saber de él. Quiero contestarle en seguida. Tiene cosas interesantes que decir y preguntas pertinentes que hacer acerca de esta guerra en Europa. Procuraré responderlas.

Vincent está viviendo en Orlando, ¡tiene tres hijos y es mayor en la Fuerza Aérea! Puede proponerse hacer más cosas que ninguna otra persona que yo conozca. Sin embargo, no estoy celoso de él, en absoluto, y me siento feliz de ser un teniente de infantería. Los únicos niños que deseo serían uno o dos que yo mismo pudiera elegir y adoptar. Me gustó recibir noticias de V. Si deseas enviarle unas líneas, su dirección es A. A. F. Board, Orlando, Florida.

Tom está ahora en California, listo para la escuela. Tiene un empleo en una cervecería y dice que trabaja mucho. Nunca se

enganchó lo suficiente con la maldita infantería.

Todos nuestros amigos de Nueva York están, al parecer, bastante bien establecidos; los únicos que no lo estamos somos tú, yo, y tal vez Kay. Ya nos llegará el día.

Es inútil que trate de decir algo sobre la guerra. Tú tienes noticias que a mí me llegan varios días después. A veces transcurre una semana sin que sepamos lo que está sucediendo fuera de aquí. Lo que ocurre a mil metros del frente es muchísimo más importante para nosotros, perros miserables, que lo que pueda pasar a tres kilómetros de distancia.

No tengo la menor idea de cuándo terminará la guerra. Todos los días nos mordemos las uñas esperando con ansias el día en que oigamos «Se acabó». Pero si le explicas a un agricultor de Virginia o a un metalúrgico de Penna esto de la rendición incondicional, y le preguntas si le gustaría otra cosa —poco importa que haya visto o no guerras, o que sepa cómo es la actual—, dirá, «m..., acabemos con esos bastardos». Hasta los pocos intelectuales de la compañía dirían algo por el estilo. Ese gran inocente de la política que es el soldado americano está aprendiendo, de la peor manera, las cosas que debieron haberle enseñado en la escuela y en la universidad.

Con los hombres que tengo ahora, llevo más de dos meses y hemos padecido juntos una pequeña parte del infierno occidental. Son hombres buenos y me siento orgulloso de ellos. Su sentido del humor me sostiene. A veces pienso que mi sistema nervioso se va a desintegrar, pero me basta mirarlos para darme cuenta de que ellos sufren una tensión igual o peor, y que soy capaz de hacer lo que nos han ordenado y un poco más. El amor y la preocupación que sienten unos por otros sigue pareciéndome uno de los milagros de la vida.

Ahora te dejo, queridísima mía. Estás siempre en mi corazón.

Como siempre,

REEVES

Más tarde:

Hay tiempo para una nota breve. No te preocupes por haber despachado las cajas de Navidad a mi anterior unidad: me las harán llegar. Gracias por pensar en mí. Aprovecharé bien tus regalos. Envié los calcetines y los jerseys porque en aquel momento estaba bien provisto. Desde entonces, casi todo lo que tengo está gastado por el uso, de manera que tus regalos son necesarios y bienvenidos. ¿Recuerdas aquel hermoso jersey azul que me diste la última vez que estuvimos juntos en Columbus? Me mantiene abrigado desde la tarde que partí de Inglaterra y lo uso todo el tiempo. El color original ha desaparecido, pero la lana todavía está en condiciones. Se ha convertido en algo así como un talismán.

Transmite mi más tierno cariño a nuestra Bebe. ¡Pienso tantas veces en nosotros compartiendo alegrías! Los té y las reuniones con los Poor, Kay y otra gente, me parecen algo muy remoto y civilizado. ¡Deseo tanto volver a estar con personas reales! Aunque algunos hayan muertos o desaparecido, aún me quedan amigos en Inglaterra, y espero que nos podamos encontrar algún día. En Francia, y en otros lugares donde estuve, no hubo tiempo más que para relaciones fugaces.

El joven Armando, el refugiado italiano, creo que te hablé de él en mis cartas anteriores, cautivó mi interés. Lo volví a ver hace diez días, más encantador que nunca. Hace poco, en Luxemburgo, conocí a un maestro que pudo escapar después de pasar varios meses en un campo de concentración, más allá de Berlín. Contó muchas anécdotas. Estaba muy deprimido, pero se recuperará, eso espero. Bebimos juntos una botella de coñac y hablamos durante horas. Lo convencí de que, a pesar de todo, tenía mucha suerte, ya que había podido volver a casa.

Ahora sí debo dejarte. Tengo que ir a controlar a los hombres. Ha caído la primera nieve, y cubre la tierra y los árboles. Es casi de noche y es hora de empezar el trabajo sucio. Algunos dirían que el

paisaje es hermoso, pero no lo es. No hay belleza en estos momentos, en ninguna parte.

Lamento terminar con una nota amarga. Queda la esperanza, queda el amor.

R[EEVES]

[Carson a Reeves]

Nyack, N. Y.

12 de noviembre [de 1944]

Reeves, tesoro:

Ayer el cartero trajo al fin una carta tuya; fechada el 10 de octubre: creo que debiste escribirme dos veces en el mismo día. Pero, cariño, cuando lo piensas, ¡un mes entero para llegar hasta aquí! Me aflige saber que mis cartas no te llegan. ¡Oh, confío en que a partir de ahora recibas mis noticias regularmente!

Los comunicados mencionan muy de vez en cuando las unidades de infantería. Hablan de la 29 combatiendo cerca de Aachen, y mencionaron seis divisiones a raíz del ataque de Patton, cerca de Metz. Leo línea por línea con la esperanza de dar con alguna noticia de la 28 —más que esperanza, con temor, pues significaría que estás combatiendo.

Es un domingo frío y radiante. Kathleen está pasando el fin de semana con nosotros y anoche fuimos todos a casa de los Poor. Bessie [Breuer] preparó ternera al horno y unos platos «sudistas»: albóndigas con batatas. Nos sentamos en torno al fuego, bebimos whisky y charlamos. Luego, hacia la medianoche, fuimos a casa de Anderson, donde celebraban una fiesta. Henry nos trajo en coche a casa hacia las dos de la madrugada. Y esta mañana estoy deshecha. Ya conoces esa sensación espantosa que le queda a uno después de haber bebido mucho, la culpa y un arrepentimiento inútil. El «remordisco» de la conciencia, como dice Joyce. Si

pudiéramos estar juntos al menos una hora, y pasear por el bosque y beber algunas cervezas, entonces esta horrible resaca desaparecería, lo sé.

Cariño, creo que el correo irá mejor de ahora en adelante, estoy segura. Tengo esperanzas de recibir otra carta mañana: una más reciente, en la que me digas que mis cartas llegan.

Hemos tenido gran revuelo en casa. En el piso de arriba vivía una joven maestra. El miércoles, al día siguiente de las elecciones, desapareció. Sin dejar rastros: tenía pocos amigos en Nyack y se había mudado en septiembre. La casa se puso azul de policías, y todo el mundo estaba muy nervioso. Su familia llegó, y fue muy triste porque acaban de perder al hijo mayor en la guerra. En fin, la muchacha estuvo desaparecida durante tres días, pero esta mañana han anunciado que la encontraron, pero no sabemos nada más.

Queridísimo Reeves, por favor, cuídate. Saldré a caminar un rato. Los árboles parece que se van a quebrar con tanto viento, y el río está muy gris y frío. Pensaré en ti, como siempre.

Tuya,
CARSON

[Carson a Reeves]

Nyack, N. Y.

21 de noviembre [de 1944]

Reeves, ángel:

Esta mañana ha caído la primera nieve del año. Los copos se arremolinan en la ventana, tenues, impetuosos; un velo cubre el río y, en la orilla, más sola que nunca, una casita abandonada, marrón, con dos chimeneas. He salido a la calle, pero la nieve no cuaja, y la calzada y las aceras húmedas tienen un aspecto desolador. Adorábamos esta época cuando estábamos juntos. ¿Te acuerdas, querido, de la primera nieve en el MacKethan —cómo se

amontonaba, suave y azul, afuera, en el porche— y bordeábamos a pie el cementerio, y luego salíamos en coche y bebíamos cerveza? Siempre festejamos la llegada de la primera nieve. Esta Primera Nieve sin ti es muy solitaria.

No he recibido carta. Me estoy enfermando de ansiedad. Aguardo, pero nada. La radio habla de la nueva ofensiva y busco alguna noticia de la 28 en todos los diarios. Quizá llegue una carta esta tarde.

Este fin de semana fui a la ciudad y volví el domingo, tarde. Tía Tieh aún no se había marchado. Me quedé a dormir en casa de Morris, y fuimos todos a una gran fiesta que daba Kay. Estaban Karen Michaelis, Kanto y Louis Ra[i]ner (te acuerdas de ella en *The Good Earth*), y James Laughlin de New Directions. Una reunión magnífica. Edita Morris llevó la comida, pues Kay está en pleno traslado a su nueva casa. Comimos langosta y especialidades suecas, había una bebida muy fuerte encima de la mesa, en unas jarras enormes. Nos sentamos a la mesa a las seis y no nos movimos, salvo para cambiar de asiento, hasta las dos o tres de la madrugada. Hacía años que no asistía a una fiesta semejante, reconozco que fue divertido, para variar. Pero seguí añorándote y deseando que estuvieras conmigo. Creo que te hubiera gustado. A la mañana siguiente regresé a casa de Kay, que estaba sola con los tres críos en la casa vacía. Me dio pena dejarla allí.

Pero no me conviene ir tan a menudo a la ciudad, rompe mi ritmo de trabajo. Y ya sabes que no soy muy partidaria de fiestas, salvo en poquísimas ocasiones y si mi trabajo está terminado.

La nieve es más fina. Hace frío y los tonos azules del cielo anuncian más frío. La nieve se vuelve agua en los cristales y el viento hace chirriar las bisagras. Si estuvieras aquí, beberíamos algo fuerte y jugaríamos al ajedrez. Tengo la sensación de que, en la próxima Primera Nieve, podremos estar juntos. Procuro no hacer caso de ésta. Estoy preocupada, y muy triste.

Cuídate, cariño.

Siempre tuya,
CARSON

[Reeves a Carson]

22 de noviembre de 1944

Alemania

Querida mía:

Es víspera del día de Acción de Gracias, hace frío, llueve, es triste. Ayer nevó, pero la nieve se convirtió en fango. ¡Qué felices eran antes los fines de semana de Acción de Gracias! ¿Te acuerdas? Cuando yo era niño, no había sólo montañas y montones de comida, sino también juegos especiales, y uno podía irse solo el viernes y el sábado de excursión al bosque. Diríase que hasta el clima era diferente en aquellos tiempos: los días eran diáfanos, fríos, radiantes.

Nosotros, pobres vestigios miserables de la humanidad, no tenemos mucho que agradecer aquí, salvo el mero hecho de seguir con vida. Pero incluso eso adquiere proporciones grotescas: es como un chiste sobre la artillería alemana. Resulta un poco extraño y cómico estar haciendo algo tan normal como escribir una carta, pues, al instante siguiente, puede que el cerebro y los huesos queden desparramados por el suelo debido a una descarga de acción retardada contra la bodega, que es donde hoy nos hemos refugiado. Ni nosotros ni los más veteranos hemos visto nunca algo más infernal que esto. El estruendo afuera es inimaginable: el fuego de las armas cortas crepita como gotas de lluvia. Los muertos de ambos ejércitos y de todas las naciones yacen desparramados por todas partes. No queda sitio donde no haya un agujero de metralla. En lo que fue un pueblo de cierto tamaño, sólo un edificio conserva aún sus paredes. Afuera, delante de la puerta, hace dos días que hay un alemán muerto, un gato come dos o tres veces al día de su

costado abierto. Luego se pasea por los escalones, tranquilamente, esperando que lo mimen. Esto irrita a los hombres. Más de uno tiene ganas de agarrarlo por la cola y arrojarlo lejos para que se vaya a chillar al infierno. En una ocasión, el gato volvió y se acurrucó bajo el brazo del alemán para dormir. Lleva una vida estupenda, probablemente vivirá más que cualquiera de los hombres que lo están observando desde hace cuarenta y ocho horas.

Y, de pronto, se produce un silencio sobrenatural que dura cinco, diez, veinte minutos. Luego aparece un jeep, o alguien, debajo de la trinchera, mueve o saca la cabeza, y todo el maldito ejército alemán abre fuego. Acto seguido, nuestra artillería abre fuego, y vuelta a empezar el 4 de julio.

Ésta es la fase de la guerra que, en el lenguaje de los estadistas, «arrebata la crema de los hombres de una nación». Todos los hombres de un condado, comuna o pueblo pueden ser barridos en diez minutos. Ésta es la guerra que alcanza a todos: se ven civiles y soldados muertos por los campos, junto a los caminos. Una casa con tejado es algo insólito. Recuerda los cuadros y dibujos de Goya sobre las guerras españolas.

No hay más que mugre, barro, frío y una fatiga extrema para todos. Todos tienen un miedo terrible. Para los más débiles, la muerte es un alivio. El más fuerte pelea y aguanta hasta que la mente ya no se comunica más con el cuerpo.

Hace unos días, el general Eisenhower hizo una declaración conmovedora. Escuchándola, podríamos permitirnos sentir la esperanza de que la guerra termine a principios de año. El ejército alemán está casi derrotado, y quedará aniquilado cuando cruce el Rin y pierda Praga. Incluso aquí, donde se supone que están las mejores tropas, la moral de los soldados es baja. El común de nuestros soldados no piensa en rendirse, a menos que tenga que sacrificar su vida o la de otros; incluso tiene terror a ser capturado. Pero el común de los alemanes busca la primera ocasión para

rendirse. Cruza las líneas todas las noches para venir a rendirse. No obstante, esto no quiere decir que no existan alemanes dispuestos a luchar hasta la muerte. Los civiles obligados a combatir y los chicos de diez o doce años que operan con morteros, no nos preocupan: es propaganda, pura mierda.

Me hizo bien ver a mi antigua unidad el otro día. Muchos de los hombres están vivos. Me echan de menos y hablan de mí. Es un poco irónico que, desde Brest, no hayan entrado en acción, mientras que nosotros estuvimos constantemente ocupados.

Los hombres a mi cargo son buenos y son soldados experimentados y valientes. De noche, muchos de nosotros estamos en los pozos de tiro; pero, de día, nos replegamos a la bodega de esto que una vez fue una casa. Ahora mismo, hay quienes duermen o descansan, otros que se rascan los pies unos a otros. (Existe el peligro de que se te congelen las manos o los pies y tengan que amputarte.) Otros están sentados a la mesa, en torno a una luz mortecina, junto a mí, que escribo esta carta, o comen sus raciones «K», refunfuñando, bromeando o chismeando. De vez en cuando, hay uno que cuenta un chiste muy gracioso, todos se detienen, miran suspicaces a su alrededor, y se ríen; entonces las bombas y el infierno de afuera importan un comino.

Carson, cariño, te escribo solamente sobre lo que sucede aquí, no puedo pensar en otra cosa; en estos momentos, para mí sólo existe esto.

No soy de los que escriben la «última carta» para que te la envíen si me matan. En primer lugar, ya te he dicho todo lo que importa decir en tal caso; en segundo lugar, no hay nadie aquí a quien dejar semejante carta: si me toca a mí, es probable que al otro también le toque. Estoy seguro de que esto de las «últimas cartas» pasa sólo en las novelas de la Primera Guerra Mundial y concierne únicamente a los oficiales y soldados británicos.

Las últimas palabras serían simples: te he conocido y te he amado tiernamente. Haberte conocido, haber estado contigo y

haberte amado, es lo más importante y hermoso de mi vida. No creo que haya existido otra persona como tú. Desearía pasar todos los días de mi vida junto a ti. Acaso tengamos por delante muchos más días que pasar juntos.

Pero ambos somos fuertes y podemos vivir dentro de nosotros mismos. Puede que sea éste el secreto de nuestra relación; nos echaremos muchísimo de menos durante cierto tiempo, pero luego vendrá la recuperación. Otros, amándose con un gran amor, pierden al ser amado y son valientes. Si nos llegara a ocurrir, seremos como ellos.

Sé buena y dulce, como eres siempre. Trata de ver y de crear toda la belleza posible en esta vida.

Te deseo una hermosa Navidad y que 1945 sea un año lleno de paz para todos nosotros. Como siempre,

REEVES

P. D.: Hay personas que conocemos a quienes me gustaría escribir, pero ahora no tengo tiempo, y, por otra parte, en este momento sólo puedo pensar en ti. Transmíteles mi afecto y diles que, en el futuro, si Dios quiere, conversaremos largamente.

R[EEVES]

[Carson a Reeves]

Nyack, N. Y.

Acción de Gracias [22 de noviembre de 1944]

¡Mi pequeño y querido Reeves!:

¡Qué feliz me siento hoy! El telegrama llegó ayer, justo cuando estaba a punto de enviar esa cartita tan triste sobre la primera nieve. Y, ahora, *dos* cartas, la última del 8 de noviembre. Dios mío, ¡qué alivio! Pero casi lloré cuando leí que durante dos meses no tuviste ni una sola carta mía. Y si, contando las de los demás, sólo recibiste

dieciocho cartas, entonces todas las que yo mando *no* te llegan. Es horroroso, enloquecedor, pensar que, a lo mejor, mis cartas se pierden, o las tiran antes de entregártelas.

Me encanta todo lo que escribes sobre Luxemburgo. Pero pienso en ese Infierno del frente de combate. No, no puedo ni podré «acostumbrarme» a la idea de que algo pueda ocurrirte. Mi mente es incapaz de funcionar así. No deberías pedirme eso. Tengo que *creer* en la vida (especialmente, en tu vida).

Henry tiene una teoría, derivada de sus experiencias en la última guerra mundial: que las oportunidades que tiene un hombre son proporcionales a su amor a la vida y a la esperanza en el futuro. Me habló de los hombres de su batallón, muchos de ellos chicos de los lugares más pobres y siniestros del Sur, con una pizca de ese fatalismo y pobreza de espíritu a lo Faulkner-Caldwell; Henry dice que, entre ellos, las bajas eran notoriamente elevadas. Por lo tanto, Reeves, si me guío por esta teoría, sé que sobrevivirás: tienes por delante mucha riqueza, muchas y variadas promesas para el futuro. Pero, aunque diga esto, vivo permanentemente bajo el peso de la tensión. Sólo Dios sabe cuándo terminará esta guerra. No, yo tampoco creo que los alemanes vayan a rendirse en bloque.

Reeves, debes prometerme que cuando esta guerra europea termine, y empiecen a embarcar hombres rumbo al Pacífico, sacarás ventaja de *todos* tus méritos en combate, etcétera. —No obstante, sé que no debo expresarlo así, como un ruego mío, no deseo influir en ninguna de tus decisiones vitales. Quiero que hagas las cosas por ti mismo; ya hemos hablado de esto. ¡Oh!, pero creer que volverás a casa antes del verano sería algo a lo que podría aferrarme... No voy a seguir con mis lloriqueos.

Hoy hace un día radiante y diáfano. Ha salido el sol, pero el aire es frío. Kanto y Friedel [Kantorowicz] vendrán a cenar con nosotros la noche de Acción de Gracias, y Louise Rainer los acompañará. Sé, mi tesoro, que estas reuniones y nuestros pequeños «tés con los Poor y Kay» que mencionaste, son algo muy remoto para ti.

También lo son para mí, Reeves. Te escribo acerca de todo esto porque quiero que estés al corriente de lo que hacemos. Por otra parte, sé que quieres mucho a Kanto, a Kay y a los Poor. Pero, volviendo al día de Acción de Gracias, hemos leído que hoy todos los soldados comerán pavo; pero no me lo creeré mientras tú no me lo cuentes por carta. Nosotros comeremos una enorme gallina rellena con ostras, capitán de campo (el plato nuevo del que te hablé), repollo relleno, y mamá está preparando un pastel de calabaza. Rita y mamá están en estos momentos ocupadas en la cocina. Todos repetimos incansablemente que a ti te habría gustado esta cena. Pero haremos otra, aún mejor, cuando vuelvas a casa. Pavo de verdad, quizá, o un buen *roast beef*.

Estoy ansiosa de que me digas algo sobre el poema de Kay. Ella cree que J. tendrá que partir pronto a otra misión.

Me sentiré aliviada cuando acabe este fin de semana y pueda volver a trabajar *todos* los días. Ya sabes, los placeres previamente organizados no son mi fuerte.

Mis probabilidades de llegar a Francia este invierno son, al parecer, más que improbables. Siento habértelo mencionado en mi carta.

Son casi las doce y debo escribir a Jessie [Jessie Lorane Winn McCullers, madre de Reeves], y luego ayudar a mi madre y a Rita en la cocina. Cariño —siempre la misma cantilena—, cuídate. ¡No puedes saber lo que han significado para mí tu telegrama y las dos cartas! Bendito seas, querido.

CARSON

[Carson a Reeves]

Nyack, N. Y.

3 de diciembre [de 1944]

Reeves, cariño:

Ésta ha sido una semana embarullada, improductiva. En primer lugar, hubo cuatro o cinco días en los que no me sentí bien: un poco de fiebre, etcétera. Luego apareció Martha Johnson y se quedó aquí el viernes y el sábado, y ya sabes lo nerviosa que me pone tener visitas en casa. Ahora que esa maldita fiebre se fue, estoy bien otra vez. Y todo está despejado de nuevo, como para trabajar.

Es domingo, atardece. El cielo tiene un color rosa desteñido muy bonito y el aire es muy frío. Hemos colocado contraventanas, las necesitábamos. Estoy preocupada por ti, constantemente; me imagino las condiciones miserables que debes de estar soportando actualmente. Aún no he tenido noticias de ti, pero mañana es lunes y espero, desesperadamente, recibir carta.

Tuve una gran decepción con los cigarrillos que quería enviarte. Por algún motivo no está permitido enviar paquetes, ahora que ya ha pasado el 15 de octubre. Se supone que, para enviar ahora un paquete a Francia, es preciso presentar una solicitud del receptor por escrito. Es extraño: no lo entiendo. No obstante, leí en el periódico que, en estos momentos, las tropas reciben cinco paquetes por semana. Y estoy segura de que, en tu compañía, debe haber no fumadores que podrían darte a ti un paquete más.

Esta tarde leí *A Handful of Dust* [*Un puñado de polvo*] de Evelyn Waugh: un libro brillante. Me pregunto cómo no lo leí antes.

Annie Poor espera viajar a China pronto. A veces me siento tan inquieta, tan aislada. Ansío estar en Francia, o en cualquier otra parte. Pero procuraré estar mejor y trabajar duro. A lo mejor, más tarde, alguien me dará un empleo como corresponsal.

Te he añorado mucho, especialmente hoy, como todos los domingos. Pienso en todas las cosas que podríamos hacer juntos: los libros que podríamos leer, nuestros paseos al caer la tarde, la cálida sensación de un domingo de invierno por la noche.

Cuídate, querido mío. Escíbeme pronto, por favor. Me preocupo mucho cuando las cartas se espacian demasiado.

Ya es la hora del noticiario de las seis de la tarde, me traslado a la otra habitación. Hasta luego, Reeves. Recuerda que te amo tiernamente,

CARSON

[Reeves a Carson]

3 de diciembre de 1944

Bélgica

Mi querida Carson:

Hace tres días (me parece que hace muchos años) recibí tus cartas del 30 de octubre, y del 5 y 7 de noviembre. Justo en medio de una descarga de artillería que duró treinta minutos, llegó el mensajero, arrastrándose como un gato hasta el borde de mi cueva, y me las echó encima. Yo estaba mareado y concentrado en lo que ocurría a mi alrededor. Justo hoy puedo leerlas y entender que alguien me ha escrito. No fueron cartas largas, pero me alimenté con cada palabra y cada renglón.

Durante doce días estuve en el jaleo del frente, con frío y mojado todo el tiempo. Un reumatismo, o algo parecido, empezó a afectarme las caderas, y el viejo me mandó de vuelta, a descansar uno o dos días. Ahora me siento mucho mejor, después de pasar la noche abrigado y descansando; mañana o pasado regresaré a mi puesto. No tuve nada grave en las caderas, ahora me siento bien. Estaré perfectamente cuando pueda dejar de pensar en la metralla y las balas alemanas.

Anoche (llegué aquí ayer por la tarde) me pareció irónico que me dijeran que debía permanecer en cama y que no podía ir a ver la película que pasaban en el hospital... ¡Lo siento! ¡Ja! Hoy el médico dijo que no anduviera caminando por ahí, que me quede junto a la estufa o en cama. El trato y los modales son maravillosos en este lugar. Me encuentro en un hospital situado justo al cruzar la frontera,

en Bélgica. Diríase que comprenden cómo se siente un hombre que viene de la batalla, y que basta con pocas cosas, simples y normales, para devolverle luz de vida a sus ojos y a su expresión.

Es penoso y descorazonador observar a los hombres que traen. Los casos de fatiga son, al parecer, más que los heridos de gravedad. Más que hombres, parecen zombis, aturdidos, con los reflejos entumecidos, como si acabaran de salir de sus tumbas y tuvieran pocas ganas de vivir. Pero se recuperan rápido con el tratamiento y el descanso. Así estaba yo anoche. Creo que controlo mis nervios y estoy decidido a regresar al infierno de donde he venido.

Aquí, lo más horrible, como una pesadilla, son los pabellones de cirugía. Todo aquel que se considere parte activa del Gobierno de Estados Unidos debería visitarlos. Y si lo han hecho, y no lo *olvidan*, entonces es posible que nunca más haya otra guerra. Es demasiado pedirles que comprendan cabalmente cómo es un campo de batalla en actividad día y noche, pero lo que albergan estos pabellones podrían llegar a entenderlo. Me parece que, a estas alturas, la posición de América es lo bastante poderosa como para bloquear la política mundial y hacer respetar la paz después de la guerra. Pero no es un asunto de guantes de terciopelo: hay que aplastar unas cuantas cabezas políticas. Si Rusia y América no sellan la paz y se dedican activamente a hacerla cumplir, entonces, el mundo, en los próximos treinta años, no será un sitio donde valga la pena vivir. Los cimientos de nuestra casa serán la tensión hirviente, los resortes de una tercera guerra mundial.

Cariño, lamento no poder escribirte a menudo: lo hago cada vez que puedo. Ayer, cuando llegué aquí, traté de enviar un telegrama, pero el servicio aún no ha sido restablecido. Recuerdo que hace una semana te escribí desde la bodega de una casa, donde nos habíamos refugiado en nuestra retirada. Vamos como locos estos días. Pienso en ti siempre, mi Amor. Tu imagen forma parte de mí y estás conmigo siempre, dondequiera que yo vaya y haga lo que

haga. Si no tienes noticias más tan seguido como me gustaría, por favor, comprende que no es por mi culpa.

Me escribes pidiendo más información, pero te cuento todo lo que hay, amor. Cuando el oficial superior se marchó, quedé al mando de la compañía, pero regresará pronto. Entonces, me haré cargo de mi antiguo pelotón, o lo que quede de él. La compañía es buena, una de las mejores del regimiento, quedan todavía algunos soldados, de los antiguos, y algunos buenos combatientes.

En la medida en que la lucha siga en Alemania... Bueno, tú lees los periódicos. La mayor parte dedica por lo menos una columna a la guerra estos días. Por alguna razón, inconcebible para los editores, la guerra aún sigue en Europa. La verdad es que, aquí, la lucha es la peor que se conoce hasta ahora. Los hombres que pelearon en el Pacífico me lo confirmaron. Es la más dura de todas las fases de esta guerra que se libra en Europa, y la lucha por el territorio es tan amarga como la que conocimos en la Primera Guerra Mundial.

Más tarde.

Acabo de cenar, ¡y qué comida estupenda! Ración completa «B» para GI,[*] sin imaginación, pero nutritiva y caliente. Costillas de cerdo, patatas al horno, maíz, ensalada de remolacha, pan *blanco* y café. Una falda de la Cruz Roja vino temprano con una ración de cigarrillos y chocolate. Luego derretiré mi chocolate en una lata y, antes de volver allá, me haré un cacao caliente.

No tiene sentido escribirte sobre todas las miserias y penurias acumuladas, y que resultan secundarias: la miseria y el sufrimiento son los mismos en todos los pueblos. Después de la guerra, si lo deseas, te contaré todo lo que quieras oír. No obstante, tengo la impresión de que sabes y entiendes muy bien cómo es todo aquí.

Sólo mencionaré una cosa, que me interesa y despierta mi curiosidad: el proceso mental del alemán medio que capturamos. En

mi mente, tengo diversas fotografías de distintos tipos de alemanes. He conocido y charlado con centenares de ellos, y creo conocerlos bien. Estos hijos de puta asesinarán norteamericanos hasta el último minuto; luego, en el momento más oportuno (para ellos) se rendirán y saldrán con las manos en alto. Al cabo de cinco minutos los verás sonriendo, fumando, encantados. Para ellos, vida y muerte son un negocio, un artículo que se puede comprar y vender. Esto impresiona a los norteamericanos y su sentido de la imparcialidad (los alemanes hubieran podido fácilmente ser los primeros en abandonar), pero a ellos no les importa. Para los norteamericanos —como para los rusos—, la muerte es más traumática. Si se da la oportunidad y el escenario apropiado, salen a lo grande. Bramando y peleando hasta el final, como haría cualquier buen soldado.

Me siento muy feliz al saber que tu trabajo avanza. Cuando leas esta carta, será en Navidad y, entonces, la «novela» que mencionas quizá esté terminada. Así lo espero, y que quedes satisfecha. Ansío sentarme y que me leas algunos capítulos, comprobar hasta dónde has llegado, cuánto has evolucionado.

Mi querida, no te sientas tan mal si fracasa el puesto en el exterior. Conozco tu inquietud, ya que en este momento es lo que más deseas, y también yo lo deseo para ti: pero, si fracasa, si puedes hacer el trabajo que has elegido, al final será lo mejor. Te prometo que, cuando todo esto acabe, viajaremos a donde más nos guste y volveremos a Europa. Una parte de nuestra vida está vinculada a Europa. Necesito entender muchas cosas sobre Europa. Después de la guerra, es posible que aún quede aquí algo de alegría y felicidad. Esos artículos no son caros en absoluto; América es el único lugar donde su fabricación exige una maquinaria complicada. Así pues, trata de trabajar, cariño. El futuro nos esperará.

Ahora debo dejarte, es hora de acostarse. Mañana, antes de irme, quizá pueda volver a escribirte.

Te adoro,

REEVES

[Reeves a Carson]

3 de diciembre de 1944

Bélgica

Queridísima:

Tengo tus cartas del 30 de octubre, 5 y 7 de noviembre y las he leído una y otra vez. Es alentador saber que vuelves a trabajar. Espero que hayas podido cumplir con tu plan de terminarlo para estas fechas. Supongo que recibirás esta carta después de Navidad.

Corazón mío, procura seguir trabajando durante este período. El trabajo es lo más importante. Ansío leer lo que has estado haciendo y hablar contigo. Ya llegará el momento, amor mío. Créeme, llegará.

Hoy te escribo otra carta, una de las dos te llegará por el medio más rápido. Desde aquí, es imposible enviar telegramas. Hace un par de días que estoy en la retaguardia, pero pronto regresaré al frente, a mi puesto. Parece que me estoy haciendo viejo, tengo un poco de reumatismo en las caderas. Estuve metido en el barro y el agua durante doce días. Fue el combate más duro que he visto. El frío, el terror, las penurias de todo orden, resultan casi increíbles; pero el viejo soldadito Johnny tiene aguante y no cede, y nosotros tampoco, hasta que el último *boche*^[1] se rinda.

Ten fe en nosotros y sé fuerte.

Mi amor y mi devoción por ti,

REEVES

[Reeves a Carson]

4 de diciembre de 1944

Bélgica

Cariño:

Los médicos me retienen aquí un día más para tratar mi sinusitis. Estar en un lugar seco y abrigado durante cuarenta y ocho horas ha sido óptimo para mis caderas y mi rodilla. Tengo la nariz despejada y hoy me siento mucho mejor de lo que me he sentido en muchas semanas. Mañana regresaré al frente.

«Barras y estrellas» de anoche, y los hombres que vienen del frente, oyeron buenas noticias. Lenta, gradualmente, estamos obligando a estos bastardos a replegarse hacia el Rin, y por ahora hemos parado en seco todos los contraataques.

Desde mi carta del 2 de diciembre, he estado descansando, haraganeando, leyendo, y escribiendo cartas a personas a quienes no había escrito desde que partí de Estados Unidos. Tú eres la única a quien he podido escribir.

Aquí no hay nadie con quien hablar y me he sentido solo. Debería odiar estar tanto tiempo en un hospital: nada más aburrido que las charlas, interminables, sobre la guerra, la guerra y la guerra. Cualquiera con quien te pongas a conversar, comenzará de inmediato a relatarte la cantidad de veces que ha salvado el pellejo de milagro. Luego empezará a hablar de su mamá, de su esposa, o de su novia, y, por último, de todo lo que hará y beberá cuando esto acabe. Es triste, porque muchos de ellos no volverán a hacer ninguna de estas cosas. Algunos se dan cuenta, otros, felizmente, no son conscientes.

Anoche soñé que la guerra había terminado. Caminábamos por una senda que atravesaba una arboleda de tilos. Había llovido y las hojas goteaban. Llevabas puesto un vestido rosa, con volantes, que a mí no me gustaba, y llevabas en la mano una linterna. Yo te pedía todo el rato que la apagaras. Hablábamos de la muerte y yo me empeñaba en saber todo sobre ese tema. Te detuviste y dijiste: «No, Reeves, tú no sabes, pero yo sí.» Aterrado por la forma en que lo dijiste, te pedí que me lo dijeras, pero tú me contestaste: «No, no puedo, te haría daño.» Luego giraste a la izquierda, entraste en una

casita y cerraste la puerta. Me quedé un momento allí y me di cuenta de que debía continuar solo en la oscuridad. Me aparté del sendero y me encaminé hacia la espesura de los árboles. Y me perdí.

No creo demasiado en los sueños, pero si averiguas qué significa éste, házmelo saber.

Hoy no he salido, de manera que no sé qué día hace: estamos debajo de una enorme carpa, en el interior de una fábrica sin ventanas. Mi atención se centra en una estufita que tengo cerca, porque puedo calentar mi cacao cuando me place.

Se está haciendo de noche. Probablemente estás cerrando tu máquina de escribir y te dirigirás a la sala a beber y, quizá, a tocar o a escuchar música. Tal vez salgas a caminar antes de cenar. Tal vez, más tarde, lleguen visitas y charléis un rato. Llevo encima las fotos que me mandas con tus cartas, y no sabes cómo me gustaría formar parte de ellas.

Vivo y gozo la vida sólo a medias, a menos que tú figures en alguna parte.

Pronto llamarán a cenar, tendré que dejarte.

Mis cariños a Bebe y a Rita. Me alegro muchísimo de que Frank haya conseguido ver a Rita.

Tuyo,

REEVES

[Carson a Reeves]

5 de diciembre [de 1944]

Reeves, tesoro:

Atardece y mi día ha transcurrido trabajando y estudiando. Trabajé en mi libro toda la mañana, hasta la una y media, y luego, por la tarde, estudié francés, las frases idiomáticas. Dentro de un rato, me gustaría salir a dar un largo paseo. Hoy hace menos frío, se

ven masas de nubes teñidas de un suave color madreperla. Mamá dice que nevará, pero me parece que hace demasiado calor.

Diríase que, en los países ocupados, la situación es cada día más inquietante. El problema de Grecia es especialmente alarmante. ¿Por qué no podrá Winston Churchill mantener su nariz reaccionaria fuera de los asuntos internos de otras naciones? El EAM[*] es más representativo del pueblo griego que el débil rey Jorge y el resto de su banda. ¿Por qué el Imperio británico tiene que imponer su voluntad sobre las naciones que desean, y necesitan, un gobierno democrático? En todas partes, siempre la misma lamentable historia de británicos (y norteamericanos —*sic* Darlan, Badoglio, etcétera) entrometiéndose. A veces me parece que, esta vez, la paz, si llega, no durará más que la anterior —si es que dura tanto—. Y la desconfianza que crea Gran Bretaña en estos momentos entre sus propios aliados con semejante comportamiento, justo lo que los nazis han estado esperando. No sigo con esto. Pero la situación es triste y trágica.

En el vestíbulo principal hay un piano con un sonido disonante, estremecedor. A veces, al caer la tarde, salgo y toco. Con ese piano desafinado, los preludios y las fugas de Bach suenan muy raras en el vestíbulo desierto. Añoro muchísimo mi piano.

Fui a la ciudad a ver la nueva exposición de Annie Poor: asombrosa. Esa misma tarde también fui a ver a Kay. Luego regresé a Nyack, temprano, en autobús. A Kay se le ha presentado la oportunidad de ir seis meses a Europa, en avión, en un viaje especial. (Es un secreto.) Pero le aterra dejar a sus críos y no sabe qué hacer. Creo que debe ir, pues estas oportunidades son muy escasas y hace tiempo que desea hacerlo. Te mantendré al tanto de su decisión.

Tu última carta está fechada el 8 de noviembre. La tensión nerviosa que supone la espera es muy difícil de soportar.

Cuídate, cariño, siempre. Recuerda que yo te amo.

Tiernamente,

CARSON

[Reeves a Carson]

8 de diciembre de 1944

Alemania

Querida, querida mía:

De vuelta otra vez. La tierra tiembla, truenos y rugidos, las escenas y el decorado son más o menos los mismos. Muchos viejos rostros han desaparecido y otros, nuevos, los sustituyen: una semana es demasiado tiempo para estar ausente de su unidad de combate. Ya me he acostumbrado a este asunto y ya no siento aquellos miedos tan intensos ni estoy sometido a aquella tensión nerviosa. Sólo me resta un frío desprecio por la muerte y un odio a los alemanes infinitamente superior a cualquier otra pasión. Pero eso no significa que no tenga cuidado, o que me arriesgue innecesariamente.

Cuando regresé, me esperaban un montón de cartas tuyas. ¡La última es del 29 de noviembre! Hace sólo nueve días que la escribiste. Ojalá mis cartas tardaran lo mismo en llegar.

La mejor noticia es que trabajas de nuevo. Cuando te sé trabajando y razonablemente tranquila, mis batallas me resultan más sencillas. En tal caso, tengo una razón para todo este horror y caos aparente. Procura que *nada* te impida hacer lo que tú deseas, y *debes* hacer.

Me conmovió mucho leer lo que me cuentas sobre tu sacrificio para enviarme un cartón de cigarrillos. Muy dulce y delicado de tu parte. Pero no tenías que hacerlo: por el momento, los cigarrillos no escasean por aquí. No obstante, si se pone mal otra vez, tendré de repuesto. De ahora en adelante, cariño, guarda para ti y Bebe los pocos cigarrillos que puedas conseguir. Los que estamos en el frente tenemos prioridad.

Dale las gracias a nuestra querida Bebe por el paquete que me llegó ayer. Cada una de las cosas que contenía me hacía mucha falta. Hubieras tenido que ver los ojos de mis hombres cuando dividí la Coca entre ellos. Semejante lujo parece increíble. Durante días y días sólo han recibido las raciones «K» y «C». Abraza y besa a Bebe de mi parte, mis hombres también le dan las gracias.

Circulan los rumores de siempre, pero llevo todo el día sintiendo que algo importante flota en el aire. No puedo describir la sensación, no puedo darme cuenta, pero algo pasa. Sin embargo, en términos generales, las noticias que llegan no son buenas. El PBI [Poor Bloody Infantry] suele ser el último en obtener noticias emocionantes. A nosotros nos llegan únicamente las desagradables o las órdenes de que debemos atacar a tal hora. ¿Seguirá el buen Señor olvidándose de la pobre infantería? Alguien dijo algo hace miles de años acerca de los mansos y los humildes, pero no veo que se haya hecho mucho por ellos. La vida nunca ha sido más miserable, o menos deseable, que lo que es la existencia de estos pobres desgraciados con quienes vivo, y a quienes combato.

Esta noche no dispongo de tiempo, de manera que sólo escribiré una nota. Se trata de una cuestión acerca de una patrulla, y hay que conseguir información sobre las posiciones enemigas. Prefiero hacer este trabajo repugnante por la noche, porque durante el día, por lo general, todo es muerte.

Se especula mucho, pero yo creo que los *boches* se rendirán cuando lleguemos al Rin. Eisenhower así lo supone, y yo creo que tiene razón. Aunque sé que el partido nazi detenta todavía el control absoluto, y algo me dice que no soltará las riendas de Alemania hasta que sus ejércitos sean destruidos. Las fuerzas alemanas no han sido destruidas, en absoluto. ¡Si el alto mando alemán acusara al menos algún golpe!

Queridísima mía, ten fe en mi regreso, en mí, en nosotros y en el futuro. Volveré a ti y pasaremos juntos muchas horas felices.

Gracias por enviarme el poema de Kay. No podré leerlo hasta dentro de unos días. No deseo arruinar la primera impresión de la lectura en medio de este infierno de estruendo y estiércol. Lo guardo en el bolsillo, con mis papeles personales, y ansío disponer de un día de calma para poder leerlo.

No cerraré esta carta hasta esta noche, cuando regrese.

Siempre,

REEVES

P. D.: La mañana siguiente. Misión cumplida, todo OK, nadie herido. Hace mucho frío, nevó anoche. Me esperan con una taza de café, hasta luego.

Cariños,

R[EEVES]

[Reeves a Carson]

12 de diciembre de 1944

París

Querida Carson:

Estaré aquí, en París, unos días y, luego, me trasladarán a Inglaterra. Hace tres días, resulté herido en un bombardeo, y una mano me quedó destrozada. No es grave, no perderé ningún miembro. Los médicos dicen que tendré que permanecer internado entre seis semanas y tres meses. No te preocupes por mí: *Estoy bien.*

Recurrí a este medio, porque dicen que es más rápido que un telegrama. Luego te escribiré más extensamente, estoy muy cansado y algo maltrecho: me duelen todos los huesos y los músculos.

Pero es bueno estar vivo esta mañana. Hace un día diáfano, soleado, y París es una ciudad muy hermosa. La exploraremos

juntos después de la guerra. Aquí el aire es más puro que en el frente, es reconfortante estar rodeado de vida.

Por favor, envía un telegrama a mi madre, o llámala por teléfono: no me siento con fuerzas como para seguir escribiendo, quiero descansar.

Cariños,
REEVES

[Carson a Reeves]

13 de diciembre [de 1944]

Reeves, tesoro:

El día ha sido largo y agotador. No hubo carta. Estoy ansiosa, no puedo evitarlo. Traté de trabajar, pero cuando hoy he leído la parte en la que ahora estoy trabajando, me di cuenta de que tendré que rehacerla. (Pero, antes, la terminaré y, después, veré si hace falta rehacer algo.) Me pregunto si recibiste las cartas que te escribí cuando llegaste la primera vez a la 28 de Infantería. Durante casi un mes escribí a la 28 de Infantería, pues no me habías enviado el número de tu compañía. ¿Podría ser que mis cartas nunca llegaran debido a que era esencial escribir Compañía I?

Ayer mamá y yo fuimos al cine, cerca de aquí. Era una tarde de intenso frío y de viento, y yo llevaba la gorra de lana de los GI[*] tapándome las orejas. Cuando salimos del cine, mamá me dio la gorra; pero, no sé cómo, en la confusión de los abrigos que había que ponerse para salir del teatro, la gorra se me cayó. Lo noté en el vestíbulo. El empleado entró en la sala y la buscó con una linterna, revisando la fila palmo a palmo. Buscamos por todas partes, pero alguien debió de recogerla y se la adueñó. En fin, me puse a llorar como una niña. Siempre tuve mucho cuidado con esa gorra que me diste, y me pareció horrible haberla perdido. Lloré durante todo el trayecto a casa y mamá estaba muy afligida. *Pero*, cuando

llegamos, descubrimos que la gorra perdida era la de Rita (yo la había cogido por error), la que Frank le dio cuando ella mencionó que le gustaba la mía. Y Rita, muy generosamente, me dijo que podía conservar la mía, la que tú me regalaste, que ella le escribiría a Frank para que le envíe otra.

Hoy, por algún motivo, no veo bien. Creo que he cogido frío en el ojo, porque el derecho está casi ciego. O es, tal vez, el ejemplar de *Vanity Fair* magníficamente impreso que he estado leyendo. Sea lo que fuere, hoy estoy tratando de que mis ojos descansen al máximo.

Aquí no hay noticias. La situación internacional parece empeorar cada día más; es muy descorazonador. La división capitalista de las esferas de poder sólo puede desembocar en otra guerra.

Querido, ¿necesitas calcetines de abrigo, jerseys, o algo que yo pueda enviarte? Si fuera así, escíbeme una carta oficial, pidiéndome lo que necesites para que yo pueda mostrarla en correos (al parecer, es necesario) pidiéndome lo que necesites. Estoy muy preocupada por ti debido al frío. Necesito recibir una carta tuya.

Cuídate, y recuerda que te amo.

Tiernamente,

CARSON

[Reeves a Carson]

17 de diciembre de 1944

Inglaterra

Querida:

Ha sido un domingo bastante agradable. Ha llovido y el viento ha soplado casi todo el día; pero, dentro del pabellón, se está caldeado y cómodo, uno puede calentarse junto al fuego, leer, o recostarse y fumar y pensar, y dejar de oír la cháchara de los fusiles y las ametralladoras, y la metralla que cae.

Mi última carta, desde París, debe de haberte llegado hace una semana. He tratado por todos los medios de enviarte un telegrama, pero no lo conseguí.

Me evacuaron en avión de París a Inglaterra anteayer, y, por fin, estoy instalado. Supongo que tendré que quedarme aquí hasta que me recupere. Es bastante agradable, un hospital general común y corriente. Yo esperaba que estaría más cerca de lugares donde tengo amigos. Pero no me quejo de *nada*. Estoy bien, contento de estar vivo.

Aún no me he adaptado completamente al gran cambio que significa haber pasado del frente a la seguridad. Aún me resulta raro dormir en una cama con sábanas, estar cerca de una estufa y comer comida caliente tres veces al día.

Al parecer, estaba más hecho polvo de lo que yo creía. Me ocurrió lo que suele ocurrir: hubo un bombardeo y yo estaba afuera, reuniendo a unos hombres que acababan de llegar como reemplazo. Oí una tanda y me tiré, buscando un refugio. Varios huesos de mi mano izquierda y mi muñeca quedaron destrozados y recibí algo de metralla en el trasero, que no me siguió lo suficientemente rápido al agujero. Fui evacuado al día siguiente, y más tarde supe que tenía los pies congelados y mi dedo gordo del pie derecho helado. Suena bonito, pero no lo es. Mis pies quedarán bien, y, poco a poco, recuperaré la sensibilidad del dedo gordo. Me extrajeron la metralla y tengo el brazo metido en un cómodo yeso. Sin embargo, descubro que no estoy tan bien de ánimo, pese a haber descansado durante los últimos días. Desde el día D trabajo a buen ritmo. Bajo fuerte tensión nerviosa, el cuerpo lo seguirá sintiendo por un tiempo. No obstante, ahora estoy bien instalado y mi estado mental es razonablemente bueno.

Un mayor nuevo miró hoy mis radiografías y dijo que la mano necesita de dos a tres meses para cicatrizar. De manera que, si eso te alivia, no volveré a pelear hasta el 15 de marzo, por lo menos. (Después de sesenta días de hospital, le dan a uno de tres a cuatro

semanas de rehabilitación.) No me da vergüenza descansar durante un tiempo, aunque sé que me pondré muy nervioso mucho antes. Pero, como me he estado ocupando de algunos de los hombres del Tío Sam durante cierto tiempo, ahora puedo recostarme y dejar que él me cuide un rato.

Hasta ahora no he dejado de recibir todo lo que necesito. A los pacientes les dan un paquete de cigarrillos al día. Hay muchos libros, como para dos meses.

Dentro de unas semanas, espero obtener una licencia por enfermedad y visitar a mis amigos en Southampton y la isla de Wight. Si Joseph, el de Kay, esta aún en Inglaterra, envíame su número APO [Army Post Office: Oficina Militar de Correos] para que podamos concertar una cita. Pienso escribir a Kay esta semana, cuando me sienta mejor. Más tarde, también le escribiré a mamá. Sinceramente, no deseo escribir a nadie más que a ti. Si aún no lo has hecho, por favor, dile a Jessie que estoy bien.

Las noticias de los últimos dos días son deprimentes. Acaban de anunciar por radio que los *boches* han conseguido tomar la zona de donde yo vengo, el bosque donde mi grupito peleó tanto y tantos murieron. El 7.º Ejército consigue equilibrar las cosas; pero ¡todo es tan penosamente lento!

Querida mía, no debes preocuparte por mí, estaré aquí, en Inglaterra, hasta el 15 de marzo. Trata de tranquilizarte, termina tu trabajo. Espero estar en casa a fines de la primavera y leer un manuscrito tuyo, bien grueso.

Cuida tu preciada persona, Carson.

Todo mi amor,

Reeves

Escribe a esta dirección:

Destacamento de Pacientes

U. S. Hospital, Planta N.º 4.109

APO N.º 316

c/o P. M., N. Y. C.

[Carson a Reeves]

18 de diciembre [de 1944]

Reeves, corazoncito, ¡ha llegado la carta V-mail[*] del 3 de diciembre! Significa todo para mí, y aún puedo esperar la otra que me escribiste ese mismo día.

La última contraofensiva alemana me ha aterrado. Pienso que debes de estar justo donde está ocurriendo lo peor. Estoy colgada de la radio, voy de un lado a otro de la habitación, espero, temo.

Reeves, precioso, *por favor*, no vuelvas al frente si tienes reumatismo en las caderas. Si estás dolorido, no puedes luchar en buenas condiciones. ¿Por qué el médico no te da de baja durante el tiempo necesario para que puedas recuperarte por completo? Pensar que estás tirado en el barro y en el agua me tiene abatida.

Perdóname por esta nota, extraña y abrupta. Durante los últimos días, he tenido problemas serios con los ojos y me han prohibido que mire una máquina de escribir o que lea, ni siquiera un titular. Parece que sólo se trata de un caso agudo de vista cansada, me estoy cuidando, uso gafas oscuras y me hago baños de ojos. Pero es muy molesto; no puedo trabajar, claro. Ahora escribo estas líneas con los ojos cerrados. No te preocupes por este problemita. Si no mejora pronto, iré a ver al mejor oculista de N. Y. Puedes confiar en que lo haré.

No puedo apartar mi mente de la ofensiva alemana. ¡Si al menos hubiera algún medio para que pudieras enviarme un telegrama o hacerme saber que estás bien! Pero sé que, allí donde te encuentras, no es posible, y tengo que esperar tan pacientemente como me sea posible.

Trata de cuidarte. Sabes cuánto te amo. Adiós por ahora, dulzura.

Tuya,
CARSON

[Carson a Reeves]

19 de diciembre [de 1944]

¡Oh, Reeves, querido!

¡Si al menos pudiera tener hoy una palabra tuya! Pero no me refiero a una carta escrita hace dos semanas, no, una palabra tuya ahora. Esta nueva ofensiva alemana me tiene en el mismo estado que me tuvo el día D. ¿Sabes?, sé que estás allí donde el combate es más duro. No puedo pensar en esta ofensiva con una perspectiva estratégica; todo el tiempo me acecha una imagen tuya, en una zanja en la línea del frente, cuando empieza el bombardeo alemán. Incluso podría suceder que, en el mismo momento en que te estoy escribiendo, te estén haciendo prisionero. Es casi más de lo que puedo soportar estos días hasta que pueda conocer más detalles.

Por razones de seguridad, no nos dan más detalles. Sólo sabemos que es una maniobra desesperada y que los nazis se lo juegan todo. Y sé que tú estás allí. ¿Sabes, querido?, antes siempre era capaz de decirme a mí misma que tú estabas en otro lugar del frente, en otro, no donde se libraban las luchas más encarnizadas.

El único hilo de consuelo que tengo es la débil esperanza de que el reumatismo del que me hablabas en la carta hubiera empeorado y no estuvieras en la línea del frente cuando se produjo el ataque; me aferro a estas fantasiosas esperanzas.

El combate ofensivo es muy diferente de una guerra defensiva. Estoy obsesionada pensando en los heridos durante la retirada, y en la probabilidad de tener que abandonar a muchos.

Reeves, escríbeme en el mismísimo instante en que recibas esta carta.

No puedo fijar mi mente en nada que no sean los combates que se están librando ahora. Mantengo la radio encendida, como con el día D.

Mis ojos han mejorado: no se trata de una enfermedad; sólo es un cansancio de vista grave. Anoche cayó la primera nevada de verdad, pero no pude disfrutarla.

Estoy escribiendo una carta V-mail, que espero te llegue más rápido que ésta. Así, escribiéndote, estaré ocupada.

Adiós, querido Reeves. Sabes que mi corazón y mi mente están contigo en todo momento.

CARSON

[Carson a Reeves]

19 de diciembre [de 1944]

Oh, mi precioso Reeves:

Acabo de escribirte otra carta, pero te envío también ésta con la esperanza de que llegue antes. Este nuevo ataque alemán me tiene muy aterrada. Sé que tú estás allí. Noche y día vivo presa de terror por ti. No he sentido tanto miedo desde el día D. Mantengo la radio encendida todo el tiempo; pero, por razones de seguridad, dan pocos detalles.

¡Si, al menos, pudiera verte en este instante y saber que estás bien! Me aferro a un hilito de esperanza, por lo del reumatismo en las caderas, y pienso que no estabas en primera línea del frente cuando cayeron las bombas. Pero no puedo consolarme con esto: el 3 de diciembre esperabas volver al frente al cabo de un par de días.

Este terror y esta incertidumbre angustian. Escríbeme en el mismo *instante* que recibas esta carta. Sé que enviar un telegrama es imposible. Pero escribe *inmediatamente* por el medio más rápido.

Recuerda que siempre estoy contigo con el corazón y la mente.

Tuya siempre,

CARSON

[Ejército de Estados Unidos a Carson]

20 de diciembre de 1944

Telegrama

Para: Carson McCullers

De: Ejército de Estados Unidos

Lamentamos informarle que el primer teniente James R. McCullers (hijo) resultó levemente herido en acción el 9 de diciembre, en Alemania. Usted será informada a medida que se reciban los informes sobre su estado.

[Carson a Reeves]

21 de diciembre [de 1944]

Queridísimo Reeves:

Después de esos días de suspenso y angustia, acaba de llegar el telegrama del Minist. de la Guerra. Sabiendo que si fuiste levemente herido el 9 de diciembre, no es probable que estuvieras de nuevo en combate cuando se produjo el ataque alemán. Estos últimos días, desde el domingo, han sido los peores que he conocido. No puedo evitar sentir alivio. Sin embargo, recuerdo que la última vez que estuviste «levemente herido», el 6 de junio, regresaste al combate casi inmediatamente. *Escríbeme inmediatamente.*

Tengo la terrible sensación de que mis cartas no te llegan. Durante largo tiempo escribí a la 28 de Infantería, porque tú no me habías dado la dirección completa.

Haz que los médicos revisen ese reumatismo de cadera mientras estás bajo tratamiento. No quiero que vuelvas a combatir demasiado pronto.

Estas noticias son aterradoras, pero debemos tener valor y esperanzas. Querido mío, hoy te escribo otra clase de carta, hoy, pero envío ésta por si te llega antes. *Escríbeme en cuanto la recibas.* Acuérdate siempre de que te amo tiernamente. ¡Oh, cuánto ansío estar junto a ti!

CARSON

[Carson a Reeves]

21 de diciembre [de 1944]

Reeves, ángel:

Acabo de escribirte una carta V-mail por si te llega antes que ésta. He estado muy preocupada por temor de que mis cartas no te lleguen. El telegrama del Minist. de la Guerra acaba de llegar. Después de estos últimos días espantosos, fue un alivio inexplicable saber que resultaste «levemente herido» el 9 de diciembre. Al mismo tiempo, recuerdo que la última vez que resultaste levemente herido regresaste en seguida al combate. Estoy ansiosa por saber más. Seguramente me escribirás desde el hospital, cartas largas. Traté de llamar a Jessie, pero no pude localizarla: le envié un telegrama.

Me domina tal agitación que apenas puedo escribir. Cuando llegó el telegrama mis ojos quedaron ciegos y, por un momento, después del «Lamentamos», no pude seguir leyendo. Cuando supe qué era, rompí a llorar y a reír al mismo tiempo.

Trato de imaginarte entre sábanas cálidas y limpias, con un buen libro y buenas comidas que te traen en una bandeja, y con una herida en el pie que no duele ni es grave, pero que *tardará una temporadita* en sanar.

Estoy algo preocupada por el temor de que el bombardeo alemán pueda haberte sorprendido en tu hospital. Así, pues, no dejes de escribirme *cuando recibas* esta carta.

Reeves, escúchame bien. Mientras estés en el hospital, consulta a los médicos acerca de tu reumatismo y los problemas de sinusitis que te han estado atormentando. Es muy importante.

Las noticias que se filtran a través del bloqueo de la seguridad son terribles. Pero en cierto modo creo que nosotros (¡Nosotros!) seremos capaces de aplastar a los nazis y transformar esta desesperación en algo positivo. No lo puedo evitar, creo que Eisenhower y los demás generales saben lo que están haciendo. Y previeron la posibilidad de este ataque. Es como en nuestras partidas de ajedrez —¿te acuerdas, cariño?—, cuando tú me tendías una trampita para atrapar a mi reina y yo la dejaba al descubierto sólo para que tú saltaras sobre ella con un alfil que yo no había visto aún. Pero sé que no es así exactamente. Este asunto es nefasto y arriesgado. Si no podemos con ello, la guerra seguirá indefinidamente.

No puedo decirte tantas veces que me *escribas inmediatamente*. Y, Reeves, cuando vuelvas al frente, trata de decirme más o menos dónde te encuentras y alguna indicación de los peligros que te acechan. Espero que no te envíen de vuelta al frente.

Mis ojos están mucho mejor: te escribí diciéndote que se trataba de un caso de vista cansada. Pero hoy tengo un resfriado y un dolor de garganta que va y viene. Bebo té caliente y no me muevo mucho. En realidad, hace diez días que no trabajo, y me falta muchísimo para terminar el libro. A veces caigo en el desaliento. Pero las próximas semanas, sabiendo que no estuviste en el primer ataque alemán, escribir será mucho más fácil.

Hasta luego, Reeves. Recuerda que te quiero mucho.

CARSON

[Carson a Reeves]

Navidad

Reeves, ángel:

Has estado con nosotros durante todo el día de hoy. Hemos encendido una vela de bérbero especial para ti y la hemos puesto encima de la mesa principal. La vela ha durado todo el día. Hemos bebido a tu salud, brindando muchísimas veces. ¡Oh, Reeves, te añoro tanto! Pero creo que la próxima Navidad estarás aquí de verdad. Hemos tenido muchos invitados durante todo el día. Bessie está enferma, de manera que los Poor no han podido venir. Pero han enviado muchos regalos, y muy hermosos: un cuadro de Henry (una naturaleza muerta exquisita), perfume, un candelabro magnífico (es el que ha sostenido tu vela), salvamanteles, jaleas raras y otras cosas más. Por la tarde temprano, Kanto y [Friedel] han aparecido con el álbum Lehman del *Dichterliebe* de Schumann. Me ha conmovido. Y los amigos del colegio de Rita vinieron todos juntos, con muchas cosas bonitas. Y, un toque supremo, los Morris con su dulce y hermoso hijo de dieciséis años, que es alférez naval y está aquí con cinco días de permiso: han aparecido con Louise Rainer. Han traído un pavo de veinte kilos ya preparado, unas botellas de whisky y un hermoso vaso de brandy de Suecia que a mamá le había gustado mucho cuando estuvo en su apartamento. Oh, Reeves, cariño, el día de hoy te habría encantado. Te he añorado muchísimo y, de vez en cuando, no podía evitar las lágrimas. Todos opinan lo mismo que yo: que es una suerte que estés levemente herido. Kanto cree que, cuando se produjo el ataque alemán, no podías estar allí. Hemos sacado unas fotografías tuyas y todos han reconocido lo buen mozo que eres (incluso en esas fotos del batallón Ranger). Seguro que te han ardido las orejas.

Ha sido un día muy completo. Me conmueve darme cuenta de lo buena que es la gente, y de cuánto nos quieren nuestros amigos. ¡Oh, Reeves, corazoncito, qué extraño y qué duro pensar que quizá

estás en un hospital (y *esperando* que así sea)! Seguro que la próxima Navidad estarás con nosotros y beberemos y comeremos pavo, y escucharemos música y estaremos juntos.

Espero ansiosamente una carta. Es difícil soportar esta incertidumbre. Si no hubiera tenido el telegrama del Minist. de la Guerra comunicándome que estabas levemente herido, no creo que hubiera podido aguantar la incertidumbre (sabiendo que tuvimos un feo contratiempo). Me pregunto si tu regimiento ha sufrido muchas bajas. Oh, querido, espero saber cómo y dónde estás herido. Ansío estar cerca de ti. ¿Hay *algo* que pueda enviarte? No puedo enviar paquetes, a menos que presente una solicitud escrita por ti reclamando artículos concretos. Bendito seas, Reeves, buenas noches por hoy.

Siempre tuya,
CARSON

[Reeves a Carson]

26 de diciembre de 1944

Inglaterra

Carson, querida:

Ahora sabes dónde estoy y cómo estoy, y me siento aliviado. Mi situación es más o menos la misma, pero he mejorado un poco. Me siento mucho mejor de lo que me sentía cuando te escribí. Mis pies y las heridas de metralla están ya bien y la mano lastimada no me duele tanto. Durante varios días los médicos dudaban entre enviarme de vuelta a Estados Unidos o retenerme en Inglaterra. Todo ese tiempo contuve la respiración y mantuve los dedos cruzados, pero no sirvió de nada. Decidieron que aquí me curaría. No obstante, si los huesos no se sueldan bien, será necesario operar y eso, probablemente, descarte el viaje a Estados Unidos. Pero no lo sabrán hasta dentro de dos meses aproximadamente. En

cualquier caso, al parecer, mis combates han quedado suspendidos hasta la ofensiva de la primavera.

Las noticias de las últimas dos semanas son todo lo negras y deprimentes que podían llegar a ser. Puede que sea un juego atrevido por parte de ellos; pero, aun si pierden la partida, todo lo que puedo prever es la prolongación de la guerra hasta muy entrada la primavera o principios del verano. No creo que la historia nos enseñe que la contraofensiva fue algo positivo para nosotros.

Como broche de oro, recibí noticias de que mi antiguo equipo fue casi completamente aniquilado en las cercanías de la zona de donde yo vine. Estaban cerca de nosotros todo el tiempo y yo no lo sabía.

Fue un golpe duro para mí. Especialmente lo es la muerte de mi antiguo sargento, un polaco de Rochester, que en cierto modo me cuidó durante casi tres años. Cuando yo tenía problemas y echaba un vistazo a mi alrededor, él estaba siempre allí. Al entrar en el día D, mi pie quedó atrapado debajo de un vehículo y, con las balas volando por todos lados, se metió en el barro y, sin pensar en protegerse, me salvó de ahogarme. En Brest me sacó de otro apuro cuando yo y tres hombres más estábamos irremediabilmente atrapados por el fuego de las ametralladoras. Se deslizó sin que lo advirtieran y él solo eliminó a toda la pandilla de alemanes. Tenía por costumbre velar para que J[ames] R[eeves] M[cCullers] siguiera vivo. Cuando me fui, insistió en que lo trasladaran conmigo, pero yo lo convencí de que no lo hiciera porque el trabajo que hacía donde estaba era importante. Ojalá no lo hubiera hecho.

Nos llegan pocas noticias, excepto esas cosas incomprensibles que dice la radio. El tiempo ha estado muy despejado durante varios días. Expresándolo en términos de las Fuerzas Aéreas: ¿está despejado allá arriba? ¿Podrán mantenerse arriba y ayudar a la infantería?

Este lugar donde estoy es tranquilo y plácido, pero no habrá paz ni descanso para mí hasta que esto se termine. Los pensamientos

sobre lo que está ocurriendo en el frente lo recorren a uno durante todo el día como una corriente eléctrica.

Como, camino un poco, trato de descansar y mis nervios se están calmando. Estoy bien.

No he recibido ninguna carta tuya desde el 8 de diciembre, pero sé que me has escrito y pronto las recibiré.

Cuídate, querida mía.

Cariños,

REEVES

[Carson a Reeves]

27 de diciembre [de 1944]

Reeves bendito:

La carta V-mail escrita en París acaba de llegar. ¡Oh, mi querido! Después de esta espantosa incertidumbre, es un bálsamo saber que estás a salvo, atendido y al abrigo en un hospital. Tu nota era bastante ambigua y estaré muy ansiosa hasta conocer con más precisión qué es lo que va mal. Dices que «fuiste herido y tu mano quedó destrozada en un bombardeo», la y parece implicar que hay otras heridas aparte de la mano. Ansío con toda mi alma estar ahora contigo. Y me obsesiona el temor de que mis cartas no te lleguen; la dirección no me resulta del todo clara. Confío en que me mandes la dirección del hospital, en Inglaterra, así podré escribirte directamente allí. No sé cómo voy a poder esperar hasta saber algo más. Mi corazón rebosa de ternura y tú tan lejos. ¡Oh, cómo me gustaría que te mandaran a casa! ¿Existe esta posibilidad? ¡Y si hubiera una forma de que yo pudiera llegar a Inglaterra! De seis semanas a tres meses es mucho tiempo para estar en un hospital. ¡Pobre corderito! ¿Te duele la mano, cariño? Escíbeme todo. No puedo soportar pensar que sufres. Sin embargo, Reeves, no es tan agónico como el pensamiento constante de los suplicios

espeluznantes de un campo de batalla, esa pesadilla del terror por tu propia vida. Ahora sé que estás protegido.

hoja siguiente [indica que esta carta continuará en otra hoja de V-mail]

[Carson a Reeves]

28 de diciembre [de 1944]

Continuación:

Hoy aún estoy en la cama, con este resfriado. Sigo ansiando que estés aquí, acostado junto a mí. Afuera hace un día claro y muy frío. El cielo es de un azul muy pálido, con un amarillo de frío invernal que cubre el horizonte. El río es gris plomo y hay hielo en la orilla. Pero aquí, en casa, se está caliente, y, encima de la cama, hay lo habitual: un par de volúmenes de Proust, varias cartas tuyas, *dos* hermosas cajas de bombones de Navidad, etcétera. Es justo la hora del atardecer, cuando se encienden las lámparas. Mamá y Rita escuchan la radio en la sala y yo tengo la mesa de juego con las patas plegadas encima de la cama, como soporte para la máquina de escribir. Aquí acostada me pregunto cómo estás, si estás cómodo, si tienes whisky y montones de cigarrillos. Espero que llegue una carta cualquier día de éstos. Piensa en hacer una lista de cosas que deba enviarte. Querrás muchos libros buenos que te mantengan ocupado y toda clase de cosas. ¿Necesitas dinero? ¿Te permiten usar tus propios pijamas, etcétera? Estoy ansiosa por saber de ti.

Mamá acaba de entrar para ponerme una cataplasma de mostaza en el pecho, voy a oler a sándwich de jamón toda la noche. Adiós por ahora, queridito mío,

siempre tuya,

CARSON

[Carson a Reeves]

28 de diciembre [de 1944]

Queridísimo mío:

La carta que me escribiste el día de Acción de Gracias, en la época de la espantosa lucha en Alemania, llegó esta tarde justo después de haberte escrito. Nunca leí una carta más terrible y conmovedora. No tengo nada que decir. Gracias a Dios que me llega ahora, cuando ya sé que estás lejos del frente; de lo contrario, me pregunto cómo hubiera podido soportarlo. Reeves, mi amor, si algo llegara a pasarte, la armonía de mi vida quedaría destruida para siempre. No escribiré más acerca de esto; sabes cuánto te amo.

Me doy cuenta de que las cartas que te estoy escribiendo tendrán que ir primero a Bélgica o a Alemania y, después, llegarán a Inglaterra. Estoy ansiosa por tener la dirección del hospital. Pronto debería recibir el informe médico del hospital. Y tus preciosas cartas. Las leo y las releo y ya están todas hechas una miseria. Kanto llamó por teléfono hace un rato para decirme que ha recibido carta tuya: la que le escribiste en el campamento de reposo el 4 de diciembre.

Las noticias, al parecer, son mejores hoy y ayer. Parece que los tanques de Patton nos están haciendo entrar cortando por el frente alemán. Pero dicen que hubo muchísimas bajas. Pienso en todas las esposas cuyos maridos han muerto. Sabe Dios cuánto tiempo más durará esto.

[no termina]

[Carson a Reeves]

28 de diciembre [de 1944]

Mi ángel Reeves:

Esta mañana llegó la carta que me escribiste en Bélgica el 4 de diciembre, antes de que te hirieran. ¡Oh, pequeño mío! Dices que detestarías tener que estar mucho tiempo en un hospital, y me temo que ahora deberás sufrir este percance. Pero, Reeves, yo no puedo sentir lo mismo. Sabiendo que tus heridas no serán permanentes, sólo puedo sentir sólo sentir *[sic]* un bendito alivio. Pienso en ti, en Inglaterra, a salvo y protegido. O bebo una copita y, entonces, de inmediato me embargan las fantasías más increíbles: imagino que te envían a casa conmigo. Pienso en un telegrama que llega de improviso, desde el hospital: te han puesto en un avión de regreso hacia casa. Me veo en el apuro de preparar la maleta y tomar el primer tren (o autobús a N. Y. y luego el tren). ¡Oh, querido mío!, me duele pensar que estés sufriendo, o que estés aburrido; pero ¡he pasado un miedo tan cruel por ti! ¡No puedes imaginarte lo que ha sido!

Ardo en deseos de recibir la dirección del hospital. El *capitán* Kay Boyle estará en Inglaterra dentro de una semana, después del primero. He de tener esa dirección para que ella pueda ir a verte. Dice que hará todo lo que esté al alcance de su mano para encontrarte, pero me temo que será muy difícil sin una dirección. ¡Oh, cómo me gustaría ser Kay!

Queridito, aquella noche de Bélgica fue un mal sueño. Tienes que saber que yo jamás entraría en una casa y cerraría la puerta, dejándote solo bajo la lluvia y los tilos. Debes saber cuánto te amo.

Siempre tuya,

CARSON

[Carson a Reeves]

[Fines de diciembre de 1944]

Mi amado Reeves:

Esta mañana, la señora Clay y el cartero llamaron a la puerta y me entregaron una carta. Es la primera vez, en varias semanas, que no estaba esperando el correo en el vestíbulo, y ellos estaban felices de entregarme la carta. Luego, cuando la abrí, se trataba de la hermosa carta del 3 de diciembre, escrita desde el campamento de reposo, detrás de las líneas de fuego. La he estado leyendo durante todo el día. Pero sigo sin saber dónde estás *actualmente*. A veces te imagino en un hospital inglés, sin cartas, sin las cajas que te mando, y lloro cuando pienso que la carta tendrá que ir primero a Bélgica o a Alemania y que después te la reexpedirán. Estoy segura de que muy pronto sabré dónde te encuentras. Estoy aún poseída, realmente poseída, por la fantasía de que tal vez estés en camino de regreso a casa. Cada vez que suena el teléfono, tiemblo de pies a cabeza y espero oír tu preciosa voz. Intento no estar así, pues probablemente me esté entregando sola a la más cruel de las decepciones. No hay modo de decir lo mucho que anhele tu presencia. Pero no sigo con esto porque sé que no hay nada que podamos hacer para remediarlo. Seguro que pronto tendré noticias tuyas. Pronto podrás responder a todas las preguntas que te he hecho por carta estas últimas semanas, desde que te hirieron.

Reeves, querido mío, leí muchos libros, cartas, relatos de guerra. Pero las cartas que me escribes son los textos más impresionantes y sugestivos que he leído sobre la guerra. He enseñado algunas, fragmentos, a otras personas, y han insinuado que deberían publicarse. Bessie (a quien leí algunos fragmentos) es quien más insiste. Dime qué opinas. Claro está, sé que no fueron escritas con esa intención, fueron escritas únicamente para mí y son mi tesoro más querido. Puede que no te agrade que lea fragmentos a otras personas, pero no creo que te enfades conmigo. Estos días, parece que no puedo abrir la boca si no es para hablar de ti, encarrilar la conversación de manera que vuelva a ti constantemente.

Sé que las cartas que te escribo a veces carecen de sentido. No son más que las cartas de una mujer desesperada y, a veces, un tanto desequilibrada por el miedo.

Querido corazón mío, otra vez hace un día resplandeciente y frío. Me encuentro bien y, por primera vez, ayer salí con mamá a dar un paseo. La orilla del río está congelada. Los amaneceres son especialmente encantadores y casi cada día nos levantamos a contemplarlos. A veces el cielo es de un color geranio puro y, *encima* del hielo, el sol es de color oro encendido.

Esta mañana he trabajado cuatro horas. No queda nada de esa serenidad interior, esencial para que yo pueda trabajar, la tranquilidad fructífera de los viejos tiempos, cuando vivía contigo, trabajaba y éramos felices. Nada de eso existe ahora, pero creo que, en el futuro, habrá otros tiempos como aquéllos. Entre tanto, en lugar de llorar de nervios, procuraré trabajar. En Navidad, casi terminé el relato, pero quizá esté hecho para mediados de marzo.

Queridísimo Reeves, todo lo que veo y siento está íntimamente relacionado contigo. La música que escucho y los libros que leo. Como regalo de Navidad, recibí un hermoso par de zapatillas de terciopelo, con una suave lana de cordero, muy bonitas y de abrigo. Creo que podrás usarlas, son tan suaves que aunque te queden un poco justas, no te harán daño. Como sé cómo te sientes cuando pisas un suelo frío, quiero que las tengas. Deseo cuidarte y malcriarte —y que tú me malcríes a mí un poquito—. ¡Oh, Reeves, te amo tan profundamente, tan tiernamente, y siento que nosotros, cada uno de nosotros, tiene tanto que hacer por el otro!

Son las cuatro y media de la tarde. He estado aquí, con la máquina de escribir, soñando y escribiendo, casi dos horas. Ahora debo ir con mamá e iniciar una de nuestras interminables conversaciones acerca de ti. Te adoro.

Tuya,
CARSON

[Carson a Reeves]

1 de enero de 1945

Mi amado:

Estos días de espera —hasta que llegue la dirección del hospital — son casi insoportables. Sé que mis cartas de los últimos días han de ir a Bélgica o a Alemania y que, luego, te las reexpedirán, lo cual puede tardar meses. Y tú, querido corazón mío, podrías pensar que no te escribo. Es verdad, no hay palabras para explicarte mi amor. La ternura me duele. Abrazarte, sentir mis brazos alrededor de tu cuerpo, no hay palabras para expresar mi deseo. Mi amado, mi esposo y amigo eterno, te necesito tanto. Después del sufrimiento de estos últimos meses espantosos, sé que no habrá ternura que pueda ser lo bastante generosa. Creo que debemos ser siempre amables y cariñosos el uno con el otro. Siempre.

Hay algunas cosas que debo saber lo antes posible. William [Mayer] vino a casa a pasar un rato con nosotros y parecía casi seguro de que te mandarían de vuelta a casa. Ya puedes imaginarte mi ardiente entusiasmo. No puedo estar quieta. Mañana habrá una acumulación de correo de varios días y espero tener una dirección más directa. No despacharé esta carta hasta que llegue una tuya. Ahora lamento haberme pasado la semana escribiéndote sobre determinadas cuestiones. Escúchame con atención. Primero, ¿crees que estarás curado desde un punto de vista médico? Segundo, ¿te repatriarán aquí, conmigo? Tercero, ¿no crees que te manden a combatir de nuevo, verdad? Hasta que no tenga las respuestas a estas preguntas no podré descansar.

[Escrito a mano al margen:] Ahora, 8 de enero, ¡la dirección del hospital acaba de llegar! Te escribo esta mañana otra vez. ¡Oh, ángel mío!

William dice que esa mano destrozada puede tardar tiempo, mucho tiempo en curarse y que, a menudo, los huesos y los

músculos quedan entumecidos o no funcionan. Puedes imaginar mi estado cuando me dijo que vendrías a casa. Como una muchacha loca. El alivio, tras estos meses indescriptibles, supera mi facultad para describirlo. Pero, ¡oh, si al menos te repatriaran!

Queridito, no sé qué escribir. Necesito tu dirección para enviarte las cajas con las cosas que necesitas. Y luego esta deslumbrante posibilidad de que puedas ser repatriado. Temo entusiasmarme con esto —pero tampoco puedo pensar en otra cosa—. Me imagino un telegrama que llega repentinamente de un hospital en este país: te han puesto en un avión de vuelta. Me veo lavándome el pelo, haciendo la maleta, corriendo a tomar el primer autobús a N. Y. y, de allí, un tren. Sé que no debo desear esto tan ardientemente, pero no puedo evitarlo. Y ya han pasado veintidós días desde que te hirieron. Y sólo he recibido el telegrama del Minist. de la Guerra y tu cartita V-mail desde París. Pero, en mis huesos, siento que mañana llegarán más noticias tuyas.

Éste es el primer día del Año Nuevo. Mi madre cocina judías pintas, pero no pudo conseguir jarrete de cerdo; al parecer, jamás oyeron hablar de eso por aquí. Pero comeremos las judías con carne blanca para la cena de Año Nuevo. Y, a cada judía que coma, pensaré en mi querido.

Es una mañana fantasmal, brumosa. Queda un poco de nieve porosa, triste de ver, en el suelo y en los techos de las casas. A partir de mañana haré un gran esfuerzo por trabajar. Mientras piense que te encuentras en el hospital no estoy tan paralizada de miedo y espanto. Debo escribir unos cuentos que hagan que te sientas orgulloso de mí. Incluso debo tratar de hacer algo de dinero, o al menos terminar lo que tengo que hacer y, luego, ver si puedo conseguir algo con lo que haya escrito. Tengo la sensación de deberte un montón de dinero. Pero lo principal es hacer un trabajo que yo sepa que es bueno. Creo que puedo. No deseo decepcionarte nunca.

Reeves, recuerda que has de escribir o enviar un telegrama *inmediatamente*.

Sabes que te amo.

Siempre tuya,

CARSON

[Carson a Reeves]

4 de enero [de 1945]

Reeves, queridísimo mío:

Sigo en este purgatorio agobiante, esperando y esperando noticias tuyas. Acecho el vestíbulo esperando la llegada del cartero o de un telegrama imprevisto. Por momentos, me embarga la sensación de que *estás camino hacia casa*. Han pasado ya veintiséis días desde que te hirieron y sólo he recibido la breve nota en V-mail desde París. Me aflige saber que mis cartas tienen que cruzar toda Francia y que después te las envían a Inglaterra; por eso no mando una carta larga que ya te he escrito, y no la mandaré hasta no poder hacerlo a una dirección más directa. Seguramente pronto sabré algo.

Hoy vuelve a hacer un día pálido y helado, atardece. Rita le dio a mamá una colección de siete novelas cortas de Henry James y las he estado leyendo. Demasiado inquieta como para ponerme a trabajar, pero estas obras de James son realmente buenas, valen la pena. Sobre todo, una que deseo compartir contigo. Pero, por buenas que sean, el instante en que suena el teléfono o llaman a la puerta, el corazón se me sube a la garganta. Tengo la sensación, fantástica quizá, pero inexpugnable, de que de repente abriré la puerta y estarás allí, o de que, de pronto, oiré tu voz procedente del vestíbulo. Estoy con los nervios de punta. Seguro que pronto oiré o *sucedará* algo.

Tú sabes, siempre, que te amo. Tuya,

CARSON

[Carson a Reeves]

6 de enero [de 1945]

Queridísimo mío:

Ahora, 6 de enero, llega tu primera carta, escrita el 17 de diciembre, desde el hospital inglés. Al fin, ¡oh, mi querido! Acabo de despachar tres cartas V-mail que no mandaba esperando recibir la dirección. Ayer escribí muchas páginas, pero las envié a la dirección antigua. ¿Ves, cariñito?, todas las cartas frenéticas con las que estuve desahogándome en ti desde que recibí el telegrama del Minist. de la Guerra, ahora han sido enviadas directamente a Bélgica y tardarán meses en llegarte. Pero tenía que escribirlas y enviártelas, como Noé enviaba sus palomas. (¿O fueron cuervos?) Pero ahora, por fin, sé dónde estás.

No quiero volverte loco con la insistencia de mis preguntas. Pero debo conocer las respuestas lo antes posible. 1) ¿Hay alguna posibilidad de que te repatrien? 2) ¿Es realmente probable que los médicos te licencien? Sé que, a menudo, sucede que determinados nervios o músculos quedan más o menos dañados permanentemente, aunque no gravemente incapacitados, de manera que un hombre no es apto para la actividad militar. 3) Dices que supones que no entrarás de nuevo en acción antes del 15 de marzo. Pero ¿estás seguro de que volverás a la acción? Si la mano de un hombre está agarrotada o débil, me parece que no está capacitada para manipular correctamente un fusil; por lo tanto, no pueden enviarlo al frente. Dime, Reeves mío, ¿no es probable que, una vez que tu mano esté bien, seas trasladado a otra unidad que no sea la de infantería de combate? Corazón mío, respóndeme a estas preguntas *inmediatamente*. Estas últimas semanas, desde que llegó el telegrama del Minist. de la Guerra, han sido tan

irreales... He vivido con la idea fantástica de que serías repatriado, que, en cualquier momento, oiría tu voz en el vestíbulo. O que me llamarías desde un hospital americano, y yo estaría contigo el mismo día. He vivido como una muchacha loca. Y ahora, con tu carta que por fin llegó, no puedo evitar sentirme algo defraudada. Sé, precioso mío, que debería ponerme de rodillas a cada minuto y quedarme así durante el tiempo que permanezcas en el hospital. Doy gracias a Dios; la bendición y el alivio de saber que estás a salvo en un hospital supera todo lo que yo pueda escribirte. Pero, al mismo tiempo, esta idea fantástica —que estabas de camino hacia casa— desapareció brutalmente esta mañana. ¿Por qué, en todo lo que te concierne, tengo exigencias tan monstruosas? De ti y de Dios siempre estoy pidiendo *más*, y nunca me siento satisfecha. ¿Por qué, cariño?

Es probable que, cuando recibas esta carta, Kay ya haya ido a verte. Como te he escrito ya tantas veces, es probable que el capitán Boyle te visite en el hospital en algún momento a mediados de este mes. ¡Oh, cómo la envidio! Te lleva el maravilloso y gran poema que nos ha dedicado.²[\[2\]](#) Ya te envié dos copias, pero tengo la espantosa sensación de que mis cartas nunca te llegan.

Esta mañana voy a ver si me las ingenio para enviarte un telegrama. Y, luego, te enviaré algunas cajas. Haz una lista de todo lo que necesitas para que yo pueda enviártelo. El problema es que me temo que mis cajas lleguen cuando estés casi a punto de dejar el hospital. Llora cuando pienso que estás allí desde hace más de tres semanas, sin cajas, sin cartas, sin nada.

Hace un día hermoso, radiante. Mamá y Rita han ido a la ciudad a comprarle un abrigo a Rita, y quise ir con ellas —pero, claro cuando llegó tu carta todo lo que fuera pensar en algo que no sean telegramas y cajas se me fue de la mente.

Oliver Smith ha *producido* un espectáculo llamado *On the Town*, que es la comedia que ha alcanzado más éxito en muchos años. Los críticos coinciden en decir que, en su género, es lo mejor que se

ha hecho en siglos, y, ahora, de pronto, está regodeándose en su riqueza. Hace dos semanas no podía pagarle a George [Davis] el alquiler. Espera venir a vernos este fin de semana. Pero está enfermo, con su viejo problema de oídos, y por teléfono parecía muy cansado.

Queridísimo mío, creo que, a veces, aunque pocas, existen aquellos que están hechos el uno para el otro. Creo que éste es nuestro caso. Nuestro amor es como una ley natural, independiente de nuestras voluntades, ni las circunstancias lo alteran. Adiós por esta mañana, Reeves. Ahora iré a averiguar lo del telegrama y las cajas.

Siempre tuya,
CARSON

[Carson a Reeves]

Nyack, N. Y.

7 de enero [de 1945]

Cariño:

Es una mañana de domingo tranquila y con nieve. Nos levantamos muy tarde para nosotros (las nueve) y tomamos un buen café caliente con panqueques y salchicha. Después, escuchamos un recital de Mozart por radio, y Bach. Más tarde, nos sentamos a charlar y a beber cerveza. En fin, esta mañana sólo faltabas *tú*.

Ayer pasé una tarde furiosa, después de escribirte durante casi toda la mañana —una tarde recorriendo las tiendas de Nyack, haciendo averiguaciones, intentando enviarte un telegrama—. Para mi gran decepción, la oficina de correos no admite la caja que te preparé; al parecer, sólo aceptan cajas de 225 gramos, a menos que me presente con una petición escrita por la persona que las recibe en el exterior. Así, pues, cariñito, debes mandarme por escrito una

lista de lo que necesitas, para que pueda mostrársela al empleado de correos.

Leo y releo tus cartas; las llevo conmigo dondequiera que vaya. Muy a menudo me he amargado pensando en esas mujeres que reciben la carta que sigue al telegrama de un Minist. de la Guerra diciéndoles que su amado ha muerto —las cartas, ¿sabes?, siguen llegando un mes, o más, después del telegrama que anuncia el fallecimiento—. ¿Cómo pueden soportarlo? O ¿acaso una hermana o una madre intercepta a veces al cartero y guarda las cartas hasta más tarde, cuando ella pueda soportarlo? ¡Que termine de una vez por todas vez esta guerra, estas tensiones y sufrimientos!

Ahora que sé que estás a salvo y en lugar seguro, después de estos meses indescriptibles, puedo decirte que casi pierdo la razón debido a la inquietud que he sufrido. Si hubiera sabido que en el mismo momento, el mismo instante, en que te herirían o te matarían, también yo caería herida y muerta —si eso fuera posible, entonces podría ser valiente—. Pero, tal como son las cosas, no puedo. Estos últimos meses me he sentido como si un loco me hubiera arrancado cada uno de mis nervios, los hubiera destrozado y vuelto a poner en su sitio. Pero, ahora, podré volver a estar en condiciones durante los próximos dos meses. Y, por supuesto, mi esperanza más secreta y deseada es que no vuelvan a mandarte al frente.

Deseo saberlo todo acerca del hospital: el horario, el tratamiento, etcétera. ¿Te dan algo de whisky? ¿Puedes conseguir cerveza, cariño? ¿Te duele la mano? Daría todo lo que tengo por estar cerca de ti.

Por la radio, un Bach encantador. Mamá está cocinando una gallinita, yo iré a «ayudarla» y a pellizcar algo. Ayer volvieron bastante tarde de la ciudad y Rita se compró un hermoso abrigo. Lo compró con el dinero que obtuvo con el cuento que vendió.³^[3] Es de lana negra con un forro de lana de cordero, de mucho abrigo y muy cómodo.

Confío en que pronto recibirás algunas de mis cartas. ¡Pensar en ti acostado en una cama de hospital sin cartas ni cajas ni nada! Llora cuando lo pienso. Pero, ¿sabes?, no es culpa mía. No obstante, me embarga una especie de exasperación impotente.

Esta mañana, mamá y Rita han estado hablando de comprar una casa aquí, en Nyack. Han oído hablar de un lugar que se vende cerca de aquí, y, esta tarde, con la nieve, todos saldremos a echarle un vistazo. Pero en cierto modo no deseo comprar nada sin antes escuchar tu consejo. Ninguna de nosotras sabe nada de «cimientos» y esas cosas. Todavía no han visto la casa y ya han estado hablando de las cortinas y de lo que cada persona tendrá en su habitación.

Kay te verá pronto. Me imagino vuestro encuentro y me desmayo casi de envidia. Reeves, el poema es hermosísimo. Ojalá pudiera ver tu cara mientras lo lees.

Querido mío, ahora iré a Mozart y a la sala. Sabes que te amo. Siempre tuya,

CARSON

[Carson a Reeves]

7 de enero de 1945

Western Union Telegram
James Reeves McCullers
Londres

Amado Reeves primera carta hospital inglés aquí al fin. Mis cartas en camino. Kay te visitará a mediados de enero.

Te adoro.

CARSON MCCULLERS

[Carson a Reeves]

8 de enero [de 1945]

Cariño:

Es un día de enero blanco y gris, deprimente, y yo he estado bebiendo una taza de té caliente tras otra, y leyendo a Henry James. No me había dado cuenta de lo realmente bueno que es. Uno está dispuesto a *tragarse* páginas de ambigüedades a cambio de esas sorpresivas, exquisitas líneas, esas revelaciones casi inesperadas. No me había dado cuenta de la profunda influencia que ha ejercido en los poetas de hoy: Eliot, Auden, etcétera. Deseo que leamos juntos *The Beast in the Jungle*.

Aún estoy en discusiones con la oficina de correos acerca del envío de tu caja. Tal como está, no aceptarán mi envío. Debes enviarme una petición por escrito para que yo pueda presentarla. ¡Estaba tan segura de poder enviarte los libros que sé que necesitas y otras cositas! A propósito, ¿necesitas dinero? Procura escribirme inmediatamente la lista de lo que debo enviar. Por otra parte, queridísimo, leímos en los periódicos que *un millón* de cajas de Navidad se perdieron en el correo, la mayor parte cuando los alemanes entraron en Bélgica. Al parecer, un envío importante llegó justo en aquel momento y los nazis lo requisaron. ¿Te llegaron las cajas que te enviamos? No soporto la idea de un nazi usando la gorra de combate que (se me ocurrió) también servirá para los días muy fríos de invierno, después de la guerra, cuando salgas en medio de la nieve a cortar leña para cocinar nuestra cena en la estufa o a trabajar en la granja que tal vez algún día tengamos. Tampoco me gusta pensar en nazis con tu pipa y otros regalos, de manera que escíbeme para decirme si las cajas te han llegado.

[Harwick Mosely] vendrá hoy a vernos. Llegará en el autobús de las doce y pasará la tarde con nosotros. Para almorzar, habrá suflé de salmón y ensalada de remolacha. Supongo que luego, por la tarde, saldremos a dar un paseo. En rigor, no me agrada mucho

tener visitas los días laborables, pero no veo a Harwick desde hace mucho tiempo y lo quiero mucho. Espero, sin embargo, que no se muestre demasiado curioso respecto a mi trabajo, pues tengo un gran sentimiento de culpa. Pero, Reeves, ahora que durante dos meses estarás a salvo en el hospital, pienso que esta ansiedad desesperada desaparecerá y tendré serenidad para trabajar.

Cariñito, pienso en ti todo el tiempo. Espero que ya estés más descansado y mejor de los nervios. ¿Cuánto pesas? Procura contestarme a esto, y a todas mis otras preguntas. Debes reconstituírte y fortalecerte, pero tengo esperanzas de que la mano quede permanentemente dañada. Es un mundo extraño éste en el que una mujer no puede tener paz a menos que sepa que su amado se encuentra en un hospital.

Debo darme prisa y vestirme, ya son las doce. Adiós por ahora, Reeves mío.

Siempre tuya,
CARSON

[Carson a Reeves]

9 de enero [de 1945]

Reeves queridísimo:

Tu telegrama llegó anoche, y es tal como me lo había temido: mis cartas ni siquiera han empezado a llegarte. Supongo que el servicio de correos ha quedado seriamente alterado debido al ataque alemán de diciembre, especialmente en la zona del frente donde tú estabas. Me temo que tampoco te hayan llegado nuestras cajas navideñas. Como te decía en el telegrama de anoche, me enferma el corazón pensar que estás allí, en cama, sin cartas, pese a que yo te he escrito cada día desde que llegó el telegrama del Minist. de la Guerra. Sin embargo, ahora deberías tener, al menos, el telegrama que te envié hace una semana. Hace exactamente un

mes que caíste herido. Y, durante este mes, son pocos los instantes en que no hayas estado en mi mente.

Hoy es el día más frío de lo que va de año. El termómetro marca dos grados bajo cero. Pero salió el sol, un pálido sol amarillo limón, y el cielo está despejado, azul frío. Ayer compré carne para hacer a la cacerola y la preparamos para la cena, la comeremos también esta noche. Así, hoy no tendremos que salir de casa. Las aceras están cubiertas de hielo y son peligrosas.

Sigo pensando en los hombres que luchan en Bélgica, con esas tormentas de nieve. Hay momentos en que, debido a una protección inconsciente del yo, la imaginación se embota y deja de funcionar. Yo estaba así durante aquellos días terribles, después del avance alemán, cuando creía que tú estabas allí. Escuchamos por la radio que los alemanes fusilaban a los prisioneros —¡oh, Reeves, fue espantoso!—, y me decía a mí misma que tú podías ser uno de esos prisioneros; pero no podía *darle verdadera cuenta* de nada. Sufrí por esas mujeres que aún no tenían noticias. Debe de ser insoportable. Pero no voy a escribir más sobre esto. Para mí, por ahora, se acabó.

He hecho un pacto conmigo misma para terminar este monstruoso cuento el 15 de marzo. Esta mañana he trabajado varias horas. Pero es uno de esos trabajos que el mínimo error puede arruinar. Algunos fragmentos los he escrito al menos veinte veces. Tengo que terminarlo pronto y sacármelo de encima; pero, al mismo tiempo, el resultado tiene que ser bello. Porque si así no fuera, como un poema, no tendría mucha razón de ser.

Henry James puede ser muy desalentador en este punto. Algunas de sus novelas cortas son de lo mejor que he leído nunca. Me quedo con la boca abierta, como un niño contemplando a la trapecista en el circo. Son realmente logros supremos.

Mamá acaba de entrar y me propuso que abriéramos una lata de camarones que tenemos guardada en la alacena. Parece que el almuerzo de hoy será un festín. Camarones, sopa y, quizá, una

deliciosa ensalada. Estos días puedo comer sin el horrible pensamiento de que tú tienes hambre.

No hay demasiadas novedades. Vivo tan tranquilamente, que no hay mucho que contar. Las cosas reales que me suceden tienen que ver contigo, o, en menor grado, con este libro. Cuando escribo «tú» incluyo a la guerra en general.

Aún no he logrado superar por completo la desilusión sufrida por el hecho de que no estés en camino de regreso a casa. Mi cerebro me aconseja mejor, pero ciertos reflejos siguen funcionando. Ayer oí una tos en el vestíbulo que parecía la tuya y, al instante, se me iluminó el corazón. Pero no corrí a abrir la puerta, como lo hubiera hecho hace una semana.

Como hoy no saldré, le daré la carta al cartero.

Esta tarde, después del almuerzo, leeré una hora más o menos, y, luego, intentaré trabajar por la tarde. Después, a la puesta del sol, bajaré la cortina e iré con mamá. Charlaremos un rato y yo beberé una copa. Nuestras conversaciones siempre giran en torno a ti. [Luego] más tarde quizá escuchemos un poco de música, y Rita regresará de la ciudad. Siempre nos trae ecos de los acontecimientos de la ciudad. Nos acostaremos temprano, a eso de las nueve y media.

Querido, ¿me escribirás contándome lo que haces?

Es hora de que llegue el cartero. Interrumpo aquí.

Mi amor, sabes que siempre estás en mi corazón.

Tuya,

CARSON

[Carson a Reeves]

10 de enero de 1945

Telegrama de Western Union

James Reeves McCullers

Londres

Mi ángel

Físicamente bien pero desesperada mis cartas no te llegan.

He escrito diariamente.

Sabes que te quiero.

Siempre tuya,

CARSON MCCULLERS

[Carson a Reeves]

10 de enero [de 1945]

Querido:

Cae la tarde, es un ocaso muy bello y calmo. En el cielo hay un resplandor lechoso y el hielo del río está cubierto de nieve. Esta tarde he leído más Henry James; si no lo hubiera hecho, el día hubiera resultado muy insatisfactorio. Ayer permanecí despierta casi toda la noche y hoy he estado mortalmente cansada y no he podido trabajar.

No obstante, sí dormí una o dos horas, y tuve un sueño. Soñé que me despertaba y que tú estabas acostado a mi lado. Eso fue todo: en mi sueño, no te vi ni te toqué; pero sabía que estabas allí; en el sueño, la guerra no existía, nada delataba su existencia, y el hecho de que tú estuvieras allí, no implicaba ninguna sorpresa, ¡era tan natural, tan hermoso! En el sueño yo sólo sentía satisfacción, sabiendo que tú estabas allí, y (en el sueño) me di vuelta y seguí durmiendo. Esta mañana, por supuesto, me propuse contarle antes del desayuno. Mañana se supone que voy a Nueva York. Pero me he vuelto tan ermitaña que pensar en ir a la ciudad y estar con gente (aun con amigos que quiero) me puede perturbar varios días antes. De manera que voy a cancelarlo.

Hoy no ha llegado ninguna carta, pero seguro que pronto empezarás a recibir las mías. Y puede que mañana tenga noticias

tuyas. Pienso en ti incesantemente, y con una ansiedad llena de la más intensa ternura. Pero ya no me domina aquella preocupación tan insoportable, como cuando estabas combatiendo en el frente.

Son las seis y voy a ducharme, cenaré algo ligero y en seguida a la cama. Tal vez escuchemos un poco de Schubert durante una o dos horas.

Éste es el tipo de cartita estúpida. Pero no creo haber estado nunca tan cansada, apenas puedo tenerme en la silla. Así, pues, adiós por hoy, querido. Sabes que te amo.

Siempre tuya,
CARSON

[Carson a Reeves]

Nyack, N. Y.

11 de enero [de 1945]

Reeves, cariño:

Es el atardecer y está nevando. Esta mañana he trabajado, pero no lo suficiente, y, en cierto modo, se me ha ido la tarde. Durante largo rato estuve sentada a la ventana, mirando la nieve; los copos son gruesos y ensortijados, caen empujados por el viento del este. Una parte de mí ansía estar afuera, y pienso que, si estuvieras aquí, nos cubriríamos bien y saldríamos a caminar juntos. Luego, cuando hubiera oscurecido, regresaríamos a casa y beberíamos unos tragos fuertes para calentarnos. Pero, tal como están las cosas, no me siento con ganas de caminar sola, de modo que me siento aquí, junto a la ventana, soñando y bebiendo té. Hace unos días llegó un paquete a mi nombre y, en el ángulo izquierdo, sellado Santa Claus, El Polo Norte. Era un cartón de Camel de parte de Edwin. Tiene un número APO de San Francisco, pero no estoy segura de dónde está. Como habíamos estado fumando los mejunjes más extraños, los Camel fueron como un premio. Estoy feliz de saber que tienes

montones de cigarrillos en el hospital. Me pregunto si puedes conseguir whisky y cerveza.

Sigo teniendo sólo la primera carta que me escribiste cuando llegaste a Inglaterra. Aguardo cada día más noticias, y las respuestas a mis preguntas. Me imagino que ya estarás en condiciones de caminar un poco, pero confío en que tengas que llevar el yeso bastante tiempo más. Las noticias de hoy fueron mejores de lo que han sido hasta ahora, pero parece como si los alemanes fueran capaces de retroceder detrás de su línea Sigfrido sin demasiadas bajas. ¡Si al menos el tiempo mejorara y permitiera a los aviones de caza prestar apoyo táctico! Pero es como si estuviéramos eternamente malditos con mal tiempo.

Mi madre acaba de entrar con una inmensa bolsa de víveres y vino, e incluso whisky. Ha tenido ocasión de ir de compras con la señora Clay, en su coche, y aprovechó para abastecerse con toda clase de cosas buenas. Hemos guardado las cosas y ahora se ha instalado para escuchar discos. Estos días, dependemos mucho de la música.

Esta tarde, no he ido a la ciudad, como era mi plan, pues sabía que me quedaría hasta tarde y mañana no estaría en forma. *Debo* trabajar. Cuando vengas a casa (quizá esta primavera, como escribiste) tengo que tener este libro listo para dártelo.

Pienso constantemente en tu llegada. Cuídate, precioso mío. Tú sabes cuánto te amo.

Siempre tuya,
CARSON

[Carson a Reeves]
Nyack, N. Y.
14 de enero de 1945

Querido:

Ha transcurrido otro domingo. Y, por alguna razón, parece que los domingos te añoro con especial intensidad. Durante todo el día me ha rondado la sensación de ausencia, de que tú no estás, y he sido incapaz de concentrarme en algo. Trato de imaginar lo que haces, qué has comido hoy para almorzar, qué estás leyendo. Seguramente has empezado a recibir mis cartas. Por mi parte, espero recibir una carta en el correo del lunes por la mañana.

Ayer me entusiasmé mucho con la noticia de que, por fin, la ofensiva rusa ha comenzado. Nevó casi todo el día de ayer y yo trabajé hasta alrededor de las cuatro de la tarde. Rita estaba en casa porque los sábados no tiene que trabajar. Entonces, cuando yo terminé, todos fuimos caminando a visitar a los Mion, nuestros amigos franceses. Nos sentamos en torno a un hermoso fuego, enorme, y bebimos un buen vino blanco. Los niños vinieron a enseñarnos sus regalos de Navidad. Ojalá hubieras podido ver a la pequeña Pauline (cuatro años) vestida con un uniforme de soldado, muy real en apariencia, con galones y un diminuto U.S. dorado en el hombro, haciendo ruidos de ametralladora y disparando con una muleta detrás de una barricada de sillas. Nos quedamos hasta bastante tarde, luego volvimos a casa andando por la nieve.

Esta mañana seguía nevando y no ha parado en todo el día. Los copos, leves y delicados, caen a ráfagas y las ventiscas son cada vez más fuertes. Claro, mamá adora esto y, esta mañana, apenas si ha podido esperar para salir. Tomamos un desayuno tardío, de domingo, y, luego, hemos sintonizado la WQXR. Hemos escuchado el concierto en mi menor de Mendelssohn y me he retrotraído a aquella tarde de domingo, hace mucho tiempo, cuando escuchamos a Yehudi Menuhin tocando el mismo concierto en Charlotte por la radio de Sell, ¿te acuerdas?

Kay ha partido, y confío en que pronto te irá a ver. Desde luego, podría resultar imposible; va con un *tour* organizado y su libertad es, hasta cierto punto, restringida. Quiero decir que tiene que llegar y partir con los demás, etcétera. Pero, si tú te encuentras a una

distancia razonable, estoy segura de que iré a verte. Entonces leerás finalmente el poema. Ya te envié dos copias (hace siglos), pero parece que mi correo no te llega.

Ya estoy recuperada de esa pequeña racha de gripe: estoy completamente bien. Y, tal como te dije por carta, establecí un pequeño pacto entre nosotros, tú y yo, para terminar el libro en marzo, espero que el 15; pero, en cualquier caso, antes del primero de abril. He de tener algo que enseñarte cuando vuelvas a casa.

Esta mañana he leído en el *Times* que mil trescientos soldados de combate han sido repatriados con permiso. ¿Crees que algo así podría ocurrirte a ti? Me he sentado a la mesa del desayuno leyendo cada palabra del artículo del periódico, imaginándome cómo debieron de haberse sentido sus familiares cuando súbitamente sonó el teléfono desde Camp Shanks o les llegó un telegrama diciéndoles que estaban llegando a casa.

Reeves, ¿sabes si te enviarán al Pacífico cuando termine la guerra en Europa? En cierto modo, intuyo que no. Te han herido dos veces, has combatido mucho y tienes más de treinta años. Si te envían al Pacífico, no creo que pueda soportarlo. Dímelo, precioso, si tienes modo de saberlo. Claro que, en Europa, la guerra dista mucho de acabar, pero ya sabes que yo, cuando algo te concierne, siempre miro ansiosa el futuro.

¡Aún no tengo respuesta a todas las otras preguntas! Te he estado escribiendo. Cabe la posibilidad de que te den de baja, si tu mano y tu muñeca no funcionan correctamente. O que te envíen a casa.

Está oscureciendo y no tengo lámpara para este escritorio. En realidad, en este apartamento, no tenemos ninguna buena lámpara para leer. Si estuvieras aquí, ya habrías improvisado algo.

Queridísimo mío, cuídate. Te adoro.

Tuya,

CARSON

[Carson a Reeves]

Nyack, N. Y.

15 de enero [de 1945]

Mi querido:

Había decidido no escribirte por las mañanas, sino obligarme a esperar haber terminado el trabajo del día. Pero hoy he vuelto a romper con mi programa. Después de estar tres horas sentada ante mi máquina de escribir, incapaz de apartar mis pensamientos de ti más de dos segundos seguidos, he quitado de la máquina la hoja con el cuento y aquí estoy escribiéndote. Esta mañana, lunes, llegó una carta. Llevaba la vieja dirección APO en un ángulo y, cuando la abrí, las primeras líneas que leí decían «misión cumplida». Por un instante horrible pensé que estabas de vuelta en el frente de combate; mi corazón dio un salto, como un conejo al que le han disparado, y, al ver mi cara, mi madre me quitó la carta. Luego, cuando leí la fecha —8 de diciembre, el día antes de que te hirieran—, todo volvió a estar bien. Pero durante toda la mañana he sido incapaz de pensar en algo que no fueras tú. Corazón mío querido, conozco todas tus cartas de memoria y siempre llevo una o dos conmigo.

Reeves, únicamente me siento natural cuando vivo cerca de ti. Cuando no estamos juntos me siento insegura, expuesta; como si viviera en una habitación sin paredes. ¿Comprendes? Es una sensación de terror por las cosas más simples. A veces temo cruzar la calle, o, también, cuando viajo en autobús, súbitamente sé que está perdiendo las ruedas traseras. William lo llamaría «neurosis de ansiedad». Pero tú sabes, querido, no es como la Carson de antes, la que solía vivir contigo. Cuando mamá se va a la tienda de comestibles, estoy inquieta hasta que regresa. Supongo que el terror de esta guerra, la preocupación por ti que es demasiado inmensa para poder sobrellevarla, mi mente transporta el miedo

esencial y lo divide entre un centenar de posibilidades insignificantes. Pero ahora, contigo en el hospital, me siento más próxima a mi antiguo estado mental de lo que me he sentido en mucho tiempo. Por primera vez en meses duermo sin tener pesadillas. Y, Reeves, he soñado dos veces que estabas durmiendo a mi lado.

Supongo que no debería escribirte acerca de estas rarezas neuróticas, y no lo haría si no fueran a desaparecer. Ansío el día en que podremos estar juntos. *Entonces*, sé que todo este gracioso asunto habrá terminado para siempre, y podremos vivir y trabajar sencillamente e incluso con algo de la dicha de antes.

Me imagino que, desde que estás en Inglaterra, has podido pensar en el futuro y hacer algunos planes acerca de lo que harás después de la guerra. Me gustaría que me los contaras.

Mi muy querido, no deseo que tengas la impresión de que no estoy bien. No es el caso, *en absoluto*. Es sólo que hace diez años empezaste a malcriarme y desde entonces no he aprendido a manejar esta vida sin ti. No necesito sentir que estamos viviendo en la misma casa, necesariamente (aunque eso es lo que querría). Pero *tengo* que saber que estás en alguna parte en el mundo y que siempre podremos encontrarnos.

Es casi la una. Tengo que trabajar. Estoy terminando un capítulo, pero parece que se ha «desmandado», y necesita muchísimo más trabajo. Después de este capítulo, pienso que el libro está navegando bastante bien; pero este capítulo ha de quedar bien, perfectamente ajustado.

Mi madre me llama para almorzar. Comeremos sopa de espárragos y sándwiches de ensalada y pollo. Desde que estás en el hospital, tengo hambre siempre.

Por favor, Dios, que con el correo de la tarde reciba una carta de Inglaterra. Quiero la petición escrita de todo lo que necesites para que me permitan enviarte las cajas. Entre otras cosas, tenía unos chocolates muy ricos de un lugar de Nueva York, pero el otro día, de

puro decepcionada, los abrí y convidé a Rita y a mamá. Pero, en cuanto tenga tu petición por escrito, podré enviarte de todo. Tienes que hacer la lista de lo que deseas.

Ahora, debo irme, querido. Le doy un beso a esta carta.

Tuya,

CARSON

[Carson a Reeves]

17 de enero [de 1945]

Querido mío, tu carta del 26 de diciembre llegó esta mañana, tardó veinticuatro largos días. Lo peor es que si mis cartas llegan a tardar lo mismo, *aún* no tienes ninguna noticia mía. Cuando lo pienso (y no me lo puedo sacar de la cabeza) deseo llorar y patear el suelo. Me pregunto si tendrás los dos telegramas.

Te escribo por la mañana y he vuelto a romper mi promesa. Pero, cuando tengo noticias tuyas, especialmente ahora que dudo de que mis cartas te lleguen, no me puedo poner a trabajar hasta que te haya escrito.

Puedes imaginar lo que sentí cuando decías que los médicos dudaron durante varios días en enviarte de vuelta a Estados Unidos. Ya te conté que, durante este mes pasado, he estado absolutamente poseída por esta expectativa. Cada vez que veo pasar un autobús, lo sigo hasta la esquina y observo a los pasajeros que se apean. Ahora dices que si los huesos no se sueldan bien, será necesario operarte y, en tal caso, es probable que te repatríen. Dices que no lo sabremos antes de dos meses —contando a partir del 26 de diciembre, sería la última semana de febrero—. Hasta entonces, estaré ocupada intentando echar un maleficio a tus pobres huesos. Huesos, no os soldéis, no os soldéis, no os soldéis. Querido, no dejes de enviarme un telegrama tan pronto como sepas

algo de este asunto. Me despertaré cada mañana con el pensamiento de que aún es posible que te envíen de vuelta a casa.

Ayer hubo una tormenta de nieve. Tenía cita con el dentista en Sparkill, y estuve fuera mucho rato. En las calles, cuando pasó la tormenta, reinaba una suerte de cordialidad a lo Brueghel. Las mejillas de los niños con sus trajes de nieve eran de un vivo color carmesí. Los obreros se afanaban despejando los caminos y, en algunas esquinas, había fuegucitos en cubos de la basura. Esta mañana he vuelto a salir, muy temprano, en cuanto han abierto las tiendas, a buscar cigarrillos. La tormenta ya ha cesado y el cielo es de un delicado azul plateado. En invierno, estos cielos del norte son, en cierto modo, más hermosos que los cielos del sur.

Hablando de cigarrillos, esta mañana he comprado un *enrollador* manual y un poco de Bull Durham. Así que me quedaré con Bull Durham si no se encuentra otra cosa. Sin embargo, normalmente no hemos tenido muchos problemas para conseguir cigarrillos. En realidad, experimento constantemente sentimiento de culpa por vivir en un país que no ha sufrido durante esta guerra, salvo, claro, la angustia horrorosa de aquellos (vale decir la mayoría de nosotros) que tienen a sus seres queridos en el extranjero. A veces pienso que sería más fácil soportar esta guerra si tuviéramos un poco más de sentido de las privaciones.

Querido mío, ahora dejo de escribir, intentaré trabajar. Pronto, estoy segura que muy pronto, tendrás noticias mías. Dios te bendiga.

Siempre tuya,
CARSON

[Carson a Reeves]
18 de enero [de 1945]

Reeves, tesoro mío:

La tarde toca a su fin y, para variar, he trabajado duro como una obrerita. Apenas si he escrito una página, pero no he parado de trabajar.

Ahora que ha comenzado la ofensiva rusa, tengo una constante sensación de esperanza. Ayer fue la caída de Moscú, el informe Lublin de la captura de Cracovia, un boletín de Stalin anunciando la caída de Chestakova. He escuchado la radio intermitentemente durante todo el día. Ahora comunican que los rusos están en la frontera de Silesia. Es muy posible que con esta inmensa campaña termine la guerra, si se puede coordinar un ataque desde Occidente.

Ojalá hubiéramos podido estar juntos ayer. Salí a dar un largo paseo a pie, a eso de las dos, y nunca había visto una tarde tan radiante. El cielo, de un color azul celeste perfecto; y la nieve, resplandeciente con el sol, era como azúcar... Anduve largo rato por el camino que bordea el río. También el Hudson estaba azul, pero más intenso que el cielo, un cobalto profundo. Cuando regresé, al llegar de la luminosidad exterior, durante uno o dos minutos tuve la impresión de que el vestíbulo y nuestro apartamento estaban a oscuras.

Ayer recibí carta de Jessie. Dice que, según parece, Tom trabaja muchísimo y se le ve feliz. Cuanto más conozco a Jessie, más la admiro y la amo. Ella también confiaba en que te repatriarían.

Me pregunto si Kay ha ido a visitarte. Repetidas veces he imaginado vuestro encuentro. Estoy muy contenta de saber que las heridas de metralla han cicatrizado y que ya puedes caminar. La mano ¿te duele mucho? Detesto pensar que algo te duele, pero temo el día en que se cure. Desde que llegó tu carta, mi mente se centra en mi maleficio: Huesos, no os soldéis, no os soldéis, no os soldéis. En cuanto te digan si será necesario operarte o no, házmelo saber en seguida.

Ojalá esta noche reciba un telegrama que diga que mis cartas empiezan a llegarte.

Oscurece, es hora de escuchar el informativo de la noche. He estado sentada a este escritorio desde las ocho de la mañana, y estoy muerta de cansancio. Descansa, lee y relájate, cariño. Dime cuánto pesas y cuídate. Sabes que te quiero.

Siempre tuya,
CARSON

[Carson a Reeves]

24 de enero [de 1945]

Nyack, N. Y.

Queridísimo Reeves:

Esta mañana ha llegado un telegrama de Kay diciendo que ha estado contigo y que todo estaba bien. No pudiendo saber si recibes mis cartas, la visita de Kay es lo mejor que puedo esperar: estoy aliviada.

Llevo cuatro días escribiendo —el lapso de tiempo más largo en varias semanas—. Pero una cosa por aquí y otra por allá, fuera de mi control, me han tenido bajo presión. El sábado fui a la ciudad, tomé varias copas y charlé con Oliver (hacía meses que no nos veíamos). Luego, lo llevé conmigo a visitar a Louise Ra[i]ner, a quien había prometido pasar a ver esa tarde. Tenía esperanzas de que se agradaran y pudieran sacar del encuentro un provecho mutuo, pues Louise es actriz y Oliver, productor; pero resultó que discutieron mucho y yo traté de aplacarlos. Luego, fui a cenar a casa de los Morris y me quedé allí a dormir. El domingo por la mañana fui a casa de Kay a ver a los niños y pasé la mañana con ellos. Están todos muy saludables y Bobby se las arregla extraordinariamente bien, así se lo dije a Kay en el telegrama que le envié. Como George estaba enfermo, por la tarde fui a Brooklyn. Desde que nos mudamos aquí, era la primera vez que iba al número 7 de la calle Middagh. Pasé la

tarde con él y, luego, regresé a casa completamente exhausta. Éste es el informe de los primeros dos días que no te escribí.

Al llegar a casa, encontré a mamá enferma con gripe, y parece que es mucho más fuerte que la que yo tuve. Rita tampoco se sentía bien y el apartamento se encontraba en un estado *deplorable*. La mezcla de desorden y enfermedad es algo que no puedo soportar. Así pues, después de atender a mamá para que estuviera más cómoda, me remangué y me puse a trabajar. Saqué afuera todas las alfombras, las sacudí y las barrí en el porche. Luego fregué el suelo, quité el polvo, limpié y ordené todo. Me llevó casi todo el día. Cuando hube terminado y preparado una cena ligera, ya estaba demasiado cansada como para escribir.

Esta mañana todo tiene mejor aspecto. Mi madre sigue enferma, claro; pero parece que es una gripe común. Yo la tuve en diciembre y justo ahora me estoy reponiendo. No te preocupes, pues se pondrá muy bien. La cuidaré especialmente. El médico le ha dejado unas pastillas y, para mí, un tónico. Muy pronto, pues, nos habremos robustecido. Hasta que ella no mejore, no creo que yo pueda trabajar demasiado. Mamá no da problemas, pero ya sabes lo que es hacer de enfermera: siempre hay algo que hacer.

Ansío recibir una carta tuya. La última es la fechada el 26 de diciembre, en aquellos días angustiosos, cuando parecía que los alemanes estaban a punto de romper el cerco. Ahora todo ha cambiado tanto. Hoy están combatiendo en Silesia, en Poznan, y Prusia oriental está completamente cercada. Aquí hay gran regocijo por los triunfos de los rusos. Pero los comentaristas profesionales son muy cautos a la hora de hacer predicciones, después de las frustradas esperanzas de agosto pasado.

Dentro de unos minutos debo ir a prepararle unas torrijas a mamá. Después, a esperar la llegada del cartero. Estoy casi segura de que esta tarde habrá carta. Deseo saber más acerca de ese hospital. Deseo saber las respuestas a las tres preguntas que te he hecho en todas las cartas.

Esta tarde, cuando el cartero haya pasado, leeré a Proust. Hoy he estado pensando en la inmensa deuda que tengo con Proust. No se trata de que haya «influido en mi estilo» o cosas de esta índole: es la rara buena suerte de tener siempre algo hacia donde volverme, un libro extraordinario que jamás pierde su brillo, que nunca es aburrido por mucho que uno lo conozca. Desde luego, una parte de esta cualidad perdurable se debe a la extensión; pero sólo una parte. Esta mañana he leído las partes sobre Swann y esas escenas adorables de Cambray, al principio. Los ejemplares, claro, son los que tú me diste hace muchos años. Son libros como éste los que deseo enviarte mientras te encuentras en el hospital.

Mi querido, pienso en ti constantemente. Lo sabes. Es un día extraño. El sol brilla durante una hora; luego, súbitamente, el cielo se oscurece y pesados copos de nieve borran el mundo de los cristales de la ventana. Luego, de pronto, deja de nevar y hay un silencio, y otra vez la belleza del sol.

Debo ir a preparar las torrijas. Adiós, por ahora.

Siempre tuya,

CARSON

[Reeves a Carson]

24 de enero de 1945

Western Union Cablegram

[Carson McCullers]

[Nyack, N. Y.]

Si no lo has hecho ya telegráfame cien dólares a APO 316. Quizá pronto en casa.

Cariños[,]

REEVES MCCULLERS

[Carson a reeves]

24 de enero de 1945

Western Union Cablegram

[James McCullers]

[Londres]

Envié dinero.

¿Necesitas algo más?

Esperándote a cada instante.

Cariños[,]

CARSON MCCULLERS

[Carson a Reeves]

27 de enero [de 1945]

Reeves, mi tesoro:

«¡Quizá pronto en casa!» Estas palabras resuenan en mi cabeza constantemente desde que llegó el telegrama. Estos días, desde hoy hasta que llegues, serán días de incertidumbre. ¿Cuán pronto significa «pronto»? ¿Funcionó mi maleficio? ¿No se soldaron los huesos? El «quizá» me inquieta. Preferiría que fuera un «seguro». ¿Qué probabilidades hay de que vengas? ¿Qué cambio se ha producido en tu estado de salud? Y ¿cuándo? Y, si regresas, ¿será debido a que estés de permiso o para quedarte? Si puedes, envíame un telegrama más concreto.

¿Te envié dinero suficiente? *Dime si necesitas más.*

¡Oh, cariño, estoy tan excitada! Mamá, Skeet [apodo de la hermana de Carson, Margarita Gachet Smith] y yo no hablamos de otra cosa. Leo el telegrama una y otra vez. Sabes que lo único que he hecho durante todo este tiempo es pensar que pronto estarás en casa.

Hoy estoy en cama; es sólo un resfriado, pero quiero asegurarme de estar en forma para cuando llegues. Me pregunto si vendrás en avión o en barco. No puedo hacer nada salvo imaginarme cómo serán los primeros días. Ya me veo cortando la carne en pedacitos para ti —o tan sólo mirándote, o tocándote apenas para comprobar que eres real—. Reeves, házmelo saber *inmediatamente*, en cuanto tengas todo más organizado. Hasta que no sepa más, me sentiré como alguien que flota en el aire. Disculpa esta carta loca; dadas las circunstancias, no puedo otra cosa.

Siempre tuya,
CARSON

[Carson a Reeves]

[4 de febrero de 1945]

Western Union Cablegram

[Nyack, N. Y.]

[James Reeves McCullers]

[Londres]

¿Llegan mis cartas?

¿Necesitas dinero?

¿Vendrás pronto?

Telegrafíame.

Cariños[,]

CARSON MCCULLERS

[Carson a Reeves]

8 de febrero [de 1945]

Queridísimo Reeves:

Desde tu «probablemente» del telegrama, no he sabido nada más de ti. Acecho la llegada del correo dos veces al día, estoy segura de que pronto recibiré una carta. Acecho tu llegada cada día, pero algo me dice que llegarás cerca de fin de mes. Por favor, Reeves, si fuera más tarde, por favor, querido, siéntate y escíbeme una carta bien detallada. Contéstame aquellas tres preguntas con las que te bombardeaba hace tiempo.

Son casi las seis, y estoy sentada a esta máquina desde las nueve de la mañana, con una única interrupción para almorzar e ir a la tienda. Ha estado nevando todo el día. Se forman montoncitos de nieve en la cerca, afuera, y en los huecos de los árboles. El cielo está oscuro.

No tengo nada que escribir. Trabajo y paso el resto del tiempo preguntándome cuándo llegarás. Cada noche, cuando bajo a la sala, mamá y yo jugamos un poco a suponer cómo será cuando llames a la puerta, o por teléfono, o envíes el telegrama.

Dios te bendiga, Reeves. Recuerda, si crees que será pasado el mes de febrero, avísame por carta, por favor. Pero quizá llegues dentro de una semana, o esta misma noche, ¿quién sabe? Éste es el mes más lento de mi vida.

Por ahora, adiós.

Siempre tuya,

CARSON

[Carson a Reeves]

Nyack, N. Y.

19 de febrero [de 1945]

Reeves, tesoro mío:

No te he escrito esta semana porque estoy casi segura de que estás en camino. Espero que podamos leer juntos esta carta. Cada

vez que salgo a la calle, espero verte; cada vez que llaman a la puerta, por un instante creo que has llegado.

Hoy, Jinny [Virginia Standard Smith, cuñada de Carson] nos ha telegrafiado diciendo que Brother [Lamar, hermano de Carson] está en San Francisco y estará en casa dentro de quince días. Mamá lloró de felicidad y, en estos momentos, está escribiendo a Jinny.

Hoy te espero con más confianza de la habitual, tal vez porque es mi cumpleaños. Además, he oído que un importante contingente de hombres heridos ha llegado por barco y se supone que acamparán aquí cerca. No me atrevo a alejarme del teléfono: me siento y lo *miro*, trato de obligarlo a que suene.

El otro día, nuestra lavandera llegó casi descontrolada por la emoción: su hijo, herido más o menos al mismo tiempo que tú, había cruzado el umbral de la puerta de su casa dos días antes. Por supuesto, la agoté a preguntas.

No hay mucho que escribir. Esta incertidumbre no me deja sosiego para otra cosa. No tengo noticias tuyas (excepto los dos telegramas) desde tu carta del 26 de diciembre. Estoy segura de que, si no estuvieras ya en camino, las habría recibido ya. Si algo ha ocurrido, si no vienes, *debes* escribirme e informarme detalladamente de lo que sucede y cuál es tu situación. Debes responder a las preguntas con las que te acosaba en mis cartas.

Hace un día diáfano, maravilloso. Ayer salí a caminar y descubrí los primeros brotes rojizos en los árboles. El río es azul ultramarino y la luz del sol, muy amarilla, primaveral. Un hermoso día para salir a caminar juntos.

Trato, sin conseguirlo, de trabajar, pero leo mucho. Me siento ante la máquina de escribir durante horas, haciendo ver que trabajo, pero mi mente divaga, va en pos de ti.

Querido mío, confío y espero que esta nota te sea entregada aquí. Pero la enviaré por si algo altera, o aplaza, tus planes de regreso.

Recuerda siempre cuánto te amo.

Siempre tuya,
CARSON

[Carson a Reeves]
2 de abril [de 1945]

Adorado mío:

Esta mañana me levanté al alba, preguntándome cómo habrá sido tu viaje de regreso. Temo que estés con un cansancio espantoso. Todo el día he estado contigo. Mi Reeves, ¿tienes *plena conciencia* de mi amor? Deseo que sientas a cada instante mi ternura por ti, que la sientas en cada nervio, cada músculo, cada hueso. Yo siento así tu amor por mí. Mi amor por ti que es mi seguridad: lo que me permite seguir. Deseamos vivir y trabajar, tranquilos y con cierta dosis de serenidad. ¡Tenemos tanto por delante, tanto que hacer!

Acabo de escribir una carta a Elizabeth [Ames] y pronto tendré noticias tuyas.

Henry acaba de llamar por teléfono para decirme que parte a leer capítulos de su libro a un amigo ciego y si deseo ir yo también. No, ni pensarlo. Pero es la clase de invitación a la que uno no puede rehusarse. Él está al llegar, y cenará con nosotras.

Mamá todavía está obsesionada por la idea de la casa. Henry dice que quiere estudiarlo con nosotras.

Reeves, bendito. No hay palabras lo bastante tiernas como para nombrarte. Cuídate. Bebe poco, yo me propongo hacer lo mismo; beber demasiado es muy malo para nosotros dos. Estudio y trabajo. Nuestro futuro, la oportunidad de que estemos juntos en estos próximos años, dependerá mucho de cuánto alemán y francés puedas aprender en estos meses.

Ésta es sólo una carta de amor. Por ahora, adiós.

Tuya,

CARSON

[Carson a Reeves]

8 de mayo de 1945

Reeves muy querido:

Unas líneas después de una mañana de trabajo. Escribí casi dos páginas y me propongo trabajar mucho más esta tarde.

Estás siempre conmigo. Ayer, después de escuchar los programas de la victoria, lo único que deseaba era que bebiéramos juntos una copa de vino. No puedo entender a los que pudieron apiñarse en Times Square para soplar cornetas y exaltarse. Yo no podía dejar de pensar en todos los hombres que jamás volverán. Pero tú has vuelto y nunca podré agradecerle a Dios lo suficiente.

Estoy contenta de que le hayas escrito a [John] Vincent [Adams] acerca de UNRA [United Nations Relief Agency]. Cuando vuelvas a escribirle, dale cariños míos. Pero me pregunto si los requisitos médicos para UNRA no serán más o menos los mismos que para AMG. Yo también estoy muy ansiosa por conocer las posibilidades que tienes de que te den de baja del ejército. Dímelo en seguida, tan pronto como ocurra algo. Estoy escribiendo por tu llamada telefónica acerca de tu muñeca. Querido mío, me estoy portando muy bien. Sólo dos medidas de whisky al día. Trabajo. Y saldré a caminar cada día.

El pueblo parece haber sido sometido a un saqueo de cigarrillos. Si puedes, y te sobran, ¿podrías enviarnos algunos paquetes? Mi esposo adorado, te echo de menos. Sabes cuánto te amo. No escribiré más, mi espalda está cansada.

Adiós, por el momento.

Siempre tuya,

CARSON

[Reeves a Carson]

[Julio de 1945]

Martes por la noche

Queridísima mía:

¡Me hizo tanto bien recibir hoy tu carta, y volver a hablar contigo el domingo y el lunes! Los días son bastante malos en esta penitenciaría, pero los fines de semana son particularmente infernales. No obstante, mi «etapa» en este lugar terminará pronto.

Lamento tener que repetir que la situación es exactamente la misma que la última vez que te vi. Pero mis documentos han de llegar de Washington cualquier día de éstos. Me he enterado, y caben dos posibilidades: un despacho o un trabajo administrativo en el ejército, donde sea que puedan necesitar me, o el retiro. Los oficiales con algún tipo de incapacidad, sea de la gravedad que sea, que hayan sufrido en cumplimiento del deber, no quedan inactivos. Un abogado de aquí me ha informado de que o trabajan o los pasan a retiro.

Cariño, te lo haré saber en cuanto conozca algo definitivo. Mientras, por favor, por favor, no estés nerviosa ni preocupada, sigue con tu libro, que casi está terminado.

Nuestras épocas difíciles quedaron atrás. Créeme. Hemos pagado por cierta paz y felicidad, y yo me propongo velar para que las conservemos.

Si por algún tiempo no podemos viajar o hacer *exactamente* lo que deseamos, al menos podemos estar tranquilos y disfrutar de nuestra ternura, alegría y compañía. Tenemos montones de cosas que hacer ahora mismo en casa.

Nunca me he sentido tan cerca de ti, nunca te he amado o añorado tanto como en este momento. Mantengo conversaciones imaginarias contigo y pienso en ti el día entero. Nunca me cansaré

de ti. ¡Oh!, mi Chica que yo quiero, cuán tierna y profundamente te amo.

Ahora que la guerra ya casi termina, y pasados ya todos nuestros grandes problemas, nuestra vida se encamina ahora hacia su pleno crecimiento y belleza. Lo crees, ¿verdad? ¡*Tienes que creerlo!*

Cuando puedo meterme en un lugar tranquilo, leo y estudio francés, y estoy refrescando un poco las matemáticas. Cuando haya leído un poco más a Henry James, me gustaría comentarlo contigo. Es muy fascinante. También leí hace poco un librito triste pero duro: *Diario y cartas* de Alan Seeger. Esta guerra no es muy diferente de la anterior, sólo que esta vez yo he participado en ella.

Por algún motivo llegué a un acuerdo conmigo mismo la semana pasada: no a la bebida hasta que no vuelva a verte. Bueno, la sinusitis, que ha sido terrorífica estas últimas dos semanas, mejora. Además, ahorro dinero.

Si antes surge algo, te llamaré; de lo contrario, te llamaré por teléfono el domingo a las 19.30 horas.

Te veré pronto, tesoro mío.

Todo mi amor,

R[EEVES]

[Reeves en Nyack, Nueva York, a Carson en la colonia de artistas Yaddo, en Saratoga Springs, Nueva York]

Domingo por la noche, tarde

Cariño mío:

Ha llovido todo el día, ahora ha parado y está fresco y agradable. He salido un momento al jardín a fumar un cigarrillo. Es una noche oscura como boca de lobo, quieta, y un perro ladra en la lejanía. Las noches y los días son mucho mejores que los del año pasado en esta misma época.

Hoy he tenido un día muy ocupado. Rita, Moe y yo hemos pintado, limpiado, etcétera, el sótano. Quedará muy confortable, una vez terminado. Dudo en seguir adelante con el ático, pues nunca logramos decidirnos por un color. Si regreso aquí pronto y me quedo un tiempo, te enviaré un muestrario de colores para que elijas. Entonces me pondré a pintar. De lo contrario, cuando tú regreses, el libro ya estará acabado, y nos divertiremos haciéndolo juntos, tú dándome órdenes.

Ayer, cuando vino Moe, trajo un *roast beef* enorme y Bebe lo preparó para comerlo hoy. Todos deseaban que estuvieras aquí para compartirlo con nosotros. Espero que allá tengas suficiente comida. Por favor, cuéntame en detalle los problemas que tuviste y si todo está ya resuelto.

La semana pasada llamé a Utica, y, dado que Washington no ha devuelto mis papeles, pedí una prolongación de mi licencia y regresaré aquí el 21, a menos que me envíen un telegrama reclamándome antes. Es posible que vaya a Washington el miércoles y te lo comunicaré inmediatamente si los resultados son positivos. El hospital me envió un formulario de *rutina* para completar con los datos de mi historial administrativo y militar. Me he enterado de que esto es habitual en todos los casos de servicio limitado permanente y no necesariamente significa la jubilación. En el preciso instante en que aparezca algo, te lo informaré, tesoro. 131 no es lo mismo sin ti. Nada es lo mismo para mí cuando estoy lejos de ti. Estás siempre en mis pensamientos y, a veces, cuando camino por la calle, me imagino que te voy a encontrar. Si llegamos a vivir cien años, nunca me cansaré de estar contigo. Eres una parte de mí, como mi cerebro o mi corazón.

No tengo nada más que decir acerca de mi destino inmediato hasta que no regrese a Utica. Detesto esta sensación de paréntesis, pero no se puede evitar, cariño. Sabremos algo pronto. En cualquier caso, no será nada equivalente a los horrores del pasado.

Estoy bien, saludable, y me cuido. Soy buen chico y seguiré así. Sé que tú te cuidas. Bebe y Rita están bien y te echan de menos. Rita piensa ir a Nueva Orleans la semana próxima; pero, después de una llamada telefónica, decidió esperar, pues a Nueva Orleans dijo que será él quien llegue dentro de dos o tres semanas. La vieja historia triangular de siempre. Rita se ha tomado unos días de permiso en la oficina, pero se reincorporará el lunes.

Si aún estoy en Utica cuando hayas terminado el libro y estés lista para salir de Yaddo, iré a buscarte y regresaremos juntos a Nyack hasta tener claros nuestros proyectos.

No podía decírtelo por teléfono porque había otras personas, pero sabes siempre, siempre, que te amo más de lo que se puede concebir en el universo de los conceptos matemáticos.

REEVES

[Reeves en Nyack, Nueva York, a Carson en la colonia de artistas Yaddo, en Saratoga Springs, Nueva York]

Martes por la noche

Nyack

Cariño:

Me puse muy contento al oírte esta noche, pero tu voz sonaba un poco cansada, hueca y decepcionada. No puedo culparte. Yo también me siento defraudado. En este instante estoy tan furioso, maldito sea, con el Ejército de Estados Unidos, que sólo puedo escupir fuego.

Cuando te llamé el lunes por la noche, sólo tenía órdenes de presentarme a Fort Dix para una misión nueva. Esta mañana llegaron las órdenes del Ministerio de la Guerra, directamente desde Washington destinándome a Camp Wheeler, Ga. La interpretación de estas órdenes es que iré allá únicamente para recibir un nuevo destino. Si pudieran pensar en un lugar peor que Wheeler (está en

Macon, Georgia), probablemente me enviarían allá. Si bien he tenido bastante experiencia en desembarco y entrenamiento, estoy seguro de que no se atreverían a enviarme a Florida, pues estaríamos cerca de la playa. No, no vaya a ser que nos resulte agradable y placentero.

Está el reverso del asunto, Carson. Soy un soldado de infantería avezado. Allá en el sur están intentando fabricar soldaditos de combate con dependientes de zapaterías y vendedores de lacitos, y me dicen que allá me necesitan desesperadamente. De acuerdo. Te he hablado acerca de los reemplazos que recibí en Hurtgen Forrest —chicos temblorosos, desmoralizados, que no sabían ni el abecé de una guerra, ni del enemigo, ni del combate— ni siquiera sabían nada acerca de la muerte. Odié y maldije a los oficiales que habían pretendido entrenar a esos hombres. Como sabes, la infantería es mi primer amor, vale decir, en lo que respecta al ejército, y realmente muy infeliz no me siento por tener que volver a estas obligaciones. No me gusta mandar a los hombres, pero en algo tan serio como es una guerra, me gusta hablarles, estar con ellos, dirigirlos en algo que conozco bien. Si me necesitan para la instrucción en infantería, de acuerdo, pero pienso que sería más útil en el AMG Europa, de manera que vuelvo a presentar mis papeles la semana que viene. Lo más probable es que consiga diez días más de licencia y entonces volveré a ver a la gente en Washington. También pienso en la oferta de Helena... sobre el Sen. Wagner y el Rep. Meade. La señora Flood, que es de Charlottesville, es amiga personal del general Cabe (director de la escuela AMG en la Universidad local), dice que lo llamará por teléfono para enchufarme. Si AMG no admite más oficiales para la ETO [European Theater of Operations], entonces lo hará JRM [James Reeves McCullers]. Te tendré al corriente por carta.

Mientras, arreglaré el ático, y el 9 de agosto viajaré al sur. Una vez me hayan confirmado un destino permanente, buscaré un alojamiento para nosotros, si todavía deseas venir. Me agradecería

que estuviéramos juntos, pero vuelvo a arrastrarte al sur un poco a regañadientes. Es posible que no sea por mucho tiempo.

Llegué de Utica justo cuando Bebe conseguía hablar contigo por teléfono. El lugar es el mismo, quizá más agradable y confortable que nunca. Hay una sensación de *hogar* en cada rincón de la casa. Bebe tenía muy buen aspecto. Tu carta la había aterrado con eso de fumar sólo ocho cigarrillos al día. Jura que hace dos semanas que no prueba una cerveza, y no he visto botellas vacías en la cocina. Comimos pollo frito, sémola y bizcochos, tras esperar a las nueve de la noche a que llegara Rita. Pusimos discos, hablamos un rato con los Flood, y Rita regresó hacia las nueve. Ahora cada una está en su cama y yo, una vez haya terminado esta carta, leeré un rato.

Amor mío, mi muy querida Carson, te añoro, pienso en ti cada hora de cada día. Algún día, pronto, estaremos realmente juntos y podremos sentarnos y mirarnos y contemplarnos uno al otro horas y horas. No creo que necesitemos vacaciones, sólo necesitamos vivir juntos cinco años seguidos. Sería estupendo si pudiéramos hacerlo en Europa, pero en los Estados Unidos también podemos, ¿no crees?

Esta noche llamé a Bessie, dice que Henry y ella están bien. Vendrá a visitarnos dentro de unos días. Annie está aún en California, aguardando un B-29 hacia el Pacífico. En Los Ángeles, vio a Muriel [Rukeyser], quien nos envió cariños. Supongo que Bebe te ha escrito para darte noticias de la familia. Todo bien. Lamar sigue en California.

Me alegra que la mecanografía avance, espero que pronto estará terminado. Ojalá pudiera estar allí para ayudarte.

Me quedaré aquí los próximos diez días. Escíbeme de vez en cuando. ILYMTIPTCIAMC[*]

REEVES

[Reeves a Carson]

Viernes por la noche
3 de agosto de 1945

Carson querida:

Por fin estoy aquí instalado: me han destinado a una unidad y mi labor para los próximos cuatro o cinco meses está prevista. Mi misión aquí es por un período indefinido.

Recuerdo la primera frase de *Reflections [Reflejos en un ojo dorado]*: en tiempos de paz todos los puestos militares son iguales. Son iguales también en tiempos de guerra. La única diferencia es la distancia que nos separa de la gente, o de la única persona que uno querría tener cerca. Fue horrible tener que regresar al sur; peor aún es estar separado de ti.

Mi deseo prioritario es protegernos, a ti y a mí. Quiero describir este sitio con adjetivos, cómo será la vida para nosotros en Macon, dentro de unos meses, y luego serás tú quien decida si será o no perjudicial para ti y para nosotros.

Prólogo: sabes cuánto te quiero, tanto, que puedo soportar nuestra separación si pienso que, en este momento, es mejor para cada uno de nosotros. Y no debes olvidar que tú eres la única a quien he querido y con quien me siento profundamente identificado en esta vida. Pero no es necesario que diga estas cosas; ya las sabes. Esta noche envié un telegrama diciéndote que esperaba que pudiéramos estar juntos en septiembre, pero hay que considerar todo lo que voy a decir.

I. En este lugar, las obligaciones de los oficiales jóvenes son un tanto infernales. La disciplina que se exige a los oficiales y a los hombres es más severa que en cualquier otro ejército que yo conozca. Con el calor que hace, y el intenso programa de la instrucción, el esfuerzo físico es tremendo. El esfuerzo mental es menor que cuando se combate, porque la muerte no es algo inminente. Puede que Gerald haya estado en IRTC [Infantry Reenlistment Training Centre], pero que me maldigan si, fuera de la

Legión Extranjera francesa, existe algo parecido a esto. *No son* todos iguales, ahora lo sé. En la atmósfera que aquí se respira, hay algo más, algo que no puedo describir bien en una carta; pero, si consigo verte pronto, te lo contaré. Pero, ¡mierda! Puedo aguantar todos los golpes que el Ejército de Estados Unidos quiera asestar. Puedo golpear también yo. Puedo sufrir esto durante meses y meses, *si* yo sé que tú estás bien, si eres capaz de trabajar y estar razonablemente en paz contigo misma.

II. Aquí estaremos solos. Ambos. Tú más que yo, porque durante el día, y los días son largos, estaré metido en mi trabajo, que tiene cierta importancia, pero no es interesante. No tendremos amigos, no veremos a nadie ni saldremos con nadie. Aquí no hay gente: ni en el Puesto ni en el pueblo. No sé si estás acostumbrada a tratar con los oficiales en tiempos de guerra o con sus esposas. He conocido a todos los oficiales y no hay ni uno que pueda parecernos interesante después de la segunda copa. Son buenos muchachos, están bien durante el día porque están haciendo algo que es importante y necesario. Pero después de las cinco de la tarde: *Nein!*

En el mejor de los casos, podré estar contigo sólo cuatro noches por semana, y dos o tres fines de semana por mes; de vez en cuando, durante una semana, tendré que estar en campaña. No estoy exagerando: ése es el programa. Será terriblemente solitario, cariño, y no habrá un piano, ni siquiera música.

Macon es un pueblo poblado de un ejército en tiempo de guerra, con miles de hombres y centenares de oficiales a la espera de embarcarse para cumplir con su misión en el extranjero, y que tratan de aprovechar al máximo los pocos días o semanas que les quedan con sus esposas y familiares. Hoy empecé las averiguaciones, pero no tengo la menor idea del tipo de apartamento que podré conseguir. Con suerte, es posible encontrar algo habitable.

III. Aquí, la vida de un oficial soltero es monacal. He llevado una vida de monje; de todos modos, si no estoy contigo, así es mi

vida. Es duro, pero no intolerable. Si supiera que puedes instalarte en Nyack para pasar el invierno, trabajar y no estar demasiado sola, podría sobrellevar bien mi vida aquí. Al fin y al cabo, Carson, te eché mucho de menos en junio de 1944, con la sangre saliéndome a chorros y el miedo en las tripas, tras los setos de Brest, metido en aquellos hoyos tras las trincheras en otras partes de Europa, en el barro y con frío. No podrá ser peor echarte de menos aquí.

IV. Estoy llegando, al fin, a lo que quiero decir. Nosotros sabemos que nos queremos. Debes saber que siento por ti absoluta devoción. Nunca hubo, ni habrá, otra persona en mi vida. No quiero que creas que esto es un ultimátum. Te he presentado el lado menos favorable de la situación. Tú sabes que juntos tendremos momentos de dicha, paz y felicidad, no importa el lugar donde nos toque vivir; pero, aquí, en los próximos meses, estarás más sola de lo que hayas podido estar alguna vez en tu vida, es decir, tú, en un cuarto de un pequeño apartamento, en el sur, sola la mayor parte del tiempo, y yo, en el Puesto, sin poder verte.

Es decir: *El miedo enorme* (el único miedo que queda en mi alma; los demás, los he destruido, o los han destruido por mí) *de que el amigo imaginario pueda llegar a interponerse entre nosotros hasta el extremo de destruirme.*

Para impedirlo, puedo soportar nuestra separación durante mucho, muchísimo tiempo.

Así pues, la decisión es tuya, querida. No soy débil; pero, en este caso, no puedo decir sí o no.

Espero que todo vaya bien con la mecanografía, me gustaría poder ayudarte. Envíaselo todo a Ann, regresa a Nyack y, si lo deseas, tómate tu tiempo antes de decidirte.

Tú eres mi Preciosa Carson, y no creo que exista alguien a quien hayan amado tanto como yo te amo a ti.

REEVES

41 Batallón, IRTC
Camp Wheeler, Ga.
Teléfono N.º 288.

Después de releer esta carta, te ruego sensatez y reflexión, y que tomes la decisión que tú creas correcta. La respetaré.

Te quiere,
R[EEVES]

[Reeves a Carson]

Domingo por la noche
5 de agosto [de 1945]
5 km al SE del Infierno Occidental

Cariño mío:

Cualquiera que nos hubiera oído por teléfono anoche, habría pensado, estoy seguro, que estamos malditos y condenados. Ambos estamos bastante hartos y hasta la coronilla, pero tendremos que tener paciencia. Recuerda, cariño, que ya somos veteranos y hemos pasado por cosas peores que esto. No durará mucho. Puede que la guerra termine antes de lo previsto.

Temía que mi carta anterior pudiera parecer un poco disparatada; pero, para decirte la verdad, estaba rendido de cansancio y llevaba algunas copas encima. No obstante, a la mañana siguiente, después de releer la carta, decidí enviártela. Espero no haber dicho nada malo o que pudiera herirte. Jamás diría o haría nada a sabiendas de que podría lastimarte. Tú lo sabes.

Aquí hace un calor infernal, es el mismo viejo sur, cruel, diabólico y fascista, del que me llevó más de veinte años escaparme. No me muevo del Puesto, haré mi trabajo lo mejor que pueda.

Sigo pensando que sería mejor que te quedaras en Nyack o en Yaddo este invierno. Para entonces quizá haya encontrado la forma

de salir de aquí. Repito que estaré bien. Puedo soportarlo, no beberé y trabajaré muchísimo. Cuanto más trabaje, mejor será para mí. Además, es probable que me den una licencia en Navidad, para reunirme contigo. Tesoro mío, pese a todas las dificultades, puedo resistir aquí.

Por si crees que debes venir, he intentado encontrar un sitio aquí para vivir, pero no conseguí nada. Hoy llamé por teléfono a Bessie Dunwoody, pero no se mostró optimista. Dispone únicamente de un cuarto amueblado en la casa de un amigo. No obstante, seguiré insistiendo.

Estoy muy deprimido, pero ya pasará. La semana que viene llegan los hombres nuevos y estaré ocupadísimo todo el tiempo. Durante el día y gran parte de la noche.

Algunos muchachos son simpáticos y me he hecho amigo de dos o tres. El coronel está bien. Es de Utica. Para ti, eso es el ejército.

No te preocupes, Carson, y trata de serenarte. Por nosotros y por nuestra felicidad futura, te ruego que no bebas demasiado. Decidirás acerca de lo que creas mejor y nos atenderemos a esa decisión.

Cariño mío, te adoro.

Tu

REEVES

X X X X X X X X X X X X

[Reeves a Carson]

Martes por la noche

7 de agosto [de 1945]

Querida:

Estoy muy cansado, pero quiero escribirte antes de acostarme. Son casi las diez. Nos levantamos a las cinco y media y la instrucción empieza una hora después. Los muchachos que viven

en la ciudad tienen que levantarse a las *cuatro y media* para poder llegar hasta aquí a tiempo. Si se retrasan, quedan arrestados en el Puesto durante una semana y multados con la mitad del sueldo mensual, esto último se aplica, en particular, a los oficiales.

Esta desagradable información es para que sepas que, en este lugar, la vida entre maridos y esposas no es demasiado buena.

Esta tarde cayó un chaparrón y esta noche hace un poco de frío. Incluso sopla una brisita. Pero no hará del mañana un día más agradable que el de hoy.

No tengo nada nuevo para contar. Trabajo once horas por día con la tropa y a veces tengo que cumplir misiones nocturnas. Por lo general, estoy tan cansado que caigo desplomado en la cama. Los pocos minutos de que dispongo los aprovecho para leer y estudiar matemáticas.

A veces estoy demasiado cansado como para sentirme solo. Presto rigurosa atención a mi trabajo, pero persiste la indignación y las ganas de despotricar contra lo que me ha sucedido. Temo parecer antisocial ante mis *confrères*, y no es ésa mi verdadera naturaleza. Pero me acostumbraré pronto y me volveré rutinario como los demás.

¿Quién sabe? Con los bombardeos atómicos, quizá la guerra se termine en un año.

Tengo 88 puntos, pero los oficiales de infantería necesitan 100 puntos para salir.

[John] Vincent [Adams] se ha puesto en contacto con AMG y me informará en cuanto se conozca el cupo para Europa. Pero no deseo Europa si el señor Truman no te permite viajar, y me temo que el tráfico de pasajeros civiles no se abrirá hasta dentro de un año.

De momento, nuestro futuro inmediato no es muy risueño, ¿verdad? Pero, créeme, cariño, el año pasado, para esta época, nuestro futuro era inexistente.

Librémonos de esta amargura y procuremos no entristecernos, ángel mío. Hemos vivido cosas mucho más duras que cinco o seis meses de separación en Estados Unidos. Podemos sobrellevarlo.

Este invierno, Bebe te necesita, y, al fin y al cabo, tenemos treinta o cuarenta años más para estar juntos.

El ciclo actual de instrucción finalizará la segunda semana de diciembre y no se me ocurre ninguna razón para no obtener dos semanas de licencia para pasar la Navidad en Nyack contigo. Será divertido, ¿no?

Me parece que ha transcurrido muchísimo tiempo desde que te oí o te vi la última vez. Escríbeme cuando dispongas de tiempo. Cuando acabes el libro, comunícamelo, te enviaré un par de hurras.

Cuídate, mi tesoro.

Tú eres mi Carson adorada, estoy loco por ti.

R[EEVES]

Mis cariños a Elizabeth [Ames].

[Reeves a Carson]

Jueves por la noche

9 de agosto [de 1945]

Querida mía:

Tu carta llegó esta mañana: excepto la llamada telefónica, son las primeras noticias que recibo en una semana.

Cuando te sientas demasiado cansada del libro, esto es, cuando estés terminándolo, acuérdate de aquellos que se cansan de cosas con las que han estado durante años. Estoy tan enfermo y harto de este maldito ejército, y todo lo que lo rodea, que tengo náuseas. Es como un cáncer que me bulle en el costado.

Quisiera estar allí para ayudarte: todo iría, quizá, mucho mejor. Juntos siempre podemos superar dificultades, y también el tedio.

Pero nuestra tentativa de estar juntos, agradablemente, aquí, en el sur y en pleno verano, exige un precio muy alto.

Desde el lunes hasta hoy he visitado dos «apartamentos» y un cuarto amueblado. Todos horribles y deprimentes, al cabo de una semana nos sentiríamos muy mal; peor, si añadimos el clima de este lugar y el régimen tipo Gestapo que el comandante general impone a los oficiales. No vale la pena, Carson.

Por el tono de tu carta, me parece que te has reconciliado con la idea de quedarte allí este invierno: en Yaddo o en Nyack. Después de pensarlo muchas veces, creo que será lo mejor. Soy reacio a correr riesgos respecto a lo que pueda sucedernos ahora, después de todo lo que hemos vivido. No permitiré que te veas expuesta a toda clase de privaciones como las que aquí padecerías.

Hazme saber cómo te sientes con esta decisión que casi has tomado. Quédate allí hasta la primavera. Pero si sucede algo imprevisto, y alguno de nosotros dos desespera, siempre puedes venir aquí conmigo. Estoy bastante seguro de que podré ir a pasar contigo la Navidad. Mi querida, dime qué opinas.

Un mayor del cuartel general me dijo ayer que apostaría una botella de whisky a que la mayoría de los hombres en disponibilidad limitada y *todos* los permanentes que están en disponibilidad limitada abandonarían el ejército a primeros de año. Sólo pude decir «Sandeces, mayor», pero ruego al cielo que tenga razón.

Aquí el tiempo ha cambiado un poco, debido a la bomba atómica y a la declaración de Rusia. Ayer por la tarde, cuando anunciamos las noticias por los altavoces, los hombres casi echaron abajo las barracas. En las últimas veinticuatro horas han empezado a creer que esto habrá acabado antes de que los envíen a Filipinas. ¡Eso no puede ocurrirles a ellos! En general, en el ambiente flota una tristeza difusa entre los reclutas, y también entre los nuevos y brillantes tenientes de Benning, que saben que están en la lista de los que pronto partirán, y tiemblan de miedo por dentro. Ninguno desea participar en eso. Ya es bastante insoportable estar en el ejército, en

el confín de ninguna parte, como es este lugar, pero no es agradable trabajar con gente que se siente como se sienten ellos. No es que los culpe por eso, pero si yo estuviera en su lugar, me lo tomaría con más filosofía.

No hay nada interesante que escribirte sobre lo que hago aquí. Un puñado de cuerpos vivientes entran vestidos de civil. Les damos ropa militar, les entregamos equipo y un fusil, y tratamos de transformarlos en soldados de infantería en dieciséis semanas. La instrucción es pura rutina: entrenamiento individual y con el pelotón. Aburridísimo.

Hoy no lo fue tanto. Atardece y he estado sentado en mi cuarto, mirando por la ventana y bebiendo un scotch. El cuartel se encuentra en medio de una vasta arboleda de pacanas. Bordeando el camino, al otro lado, hay algunos mirtos. Dos negros marchan silbando juntos por el camino hacia alguna parte.

No te preocupes por mí, tesoro. Pronto estaré bien. En cuanto me acostumbre a la rutina de esta raza de canallas que hay aquí, podré invertir mejor mi tiempo libre. Tengo montones de libros para leer y mucho que estudiar. El tiempo pasará muy deprisa para nosotros dos. Unos pocos meses más y estaremos juntos otra vez. Cuando ese momento llegue, sé que no querré que te apartes de mi vista por lo menos durante cinco años.

Me pregunto si te quedarás en Nyack o en Yaddo. Tú sabes qué será mejor para ti, y yo deseo que te quedes allí donde creas que trabajarás mejor, esto en caso de que tengas pensado algún otro proyecto de trabajo. Te diría que tienes derecho a tomarte vacaciones si así lo deseas.

Llevo una vida muy tranquila. Como no se puede beber mucho y, a la vez, hacer bien el trabajo, bebo muy poco. Mis gastos son mínimos: treinta dólares al mes en el casino de oficiales, entre treinta y cuarenta dólares en lavandería, limpieza, bebidas e imprevistos. Me sobra lo que me pagan. Usa lo que necesites del cheque que recibes, y, después de pagar a Bebe, deposita el resto

en el banco. Se acercan tiempos difíciles y debemos ahorrar. Supongo que tendrás algunos gastos en agosto, de modo que si necesitas más dinero, házmelo saber y te lo enviaré.

Cuídate, mi niña querida, y yo también me cuidaré.

Estás muy ocupada en estos momentos, no creas que debes escribirme muy seguido, pero *un poco* sí.

Estás siempre en mi corazón.

Tu

REEVES

Dentro de una semana te enviaré los monos de trabajo que te prometí. Conseguí unos que son casi de tu talla.

R[EEVES]

X X X X X X X X X X X X

[Reeves a Carson]

13 de agosto del 45

Lunes por la noche

Cariño:

¡Hola, hola! ¡Eh, escúchame! Buenas noticias. Este asunto ha estado cocinándose desde que estoy aquí, pero no me atreví a mencionarlo porque no deseaba truncar nuestras esperanzas.

Bueno, te cuento. El miércoles, o el jueves, parto a Camp Richie, en Maryland: Es el Centro de Formación en Inteligencia Militar, muy lujoso y muy moderno. Inteligencia táctica y estratégica en materia de combate. Pudo haber sido sumamente importante e interesante para mí hace tres años, cuando intenté seguir un curso. Pero ahora también me interesa: Richie queda a cuatro horas de Nueva York y a dos de Washington. Permaneceré allí seis semanas para asistir a un curso que empieza el 25 de agosto. Mis órdenes dicen que, una vez completado el curso, regresaré a mi guarnición «apropiada», es

decir, Camp Wheeler. Pero, para entonces, tal vez haya podido mover algunos hilos. La política de separación aplicada a los hombres en disponibilidad permanente limitada puede extenderse hasta el 15 de octubre, cuando ya haya terminado lo que debo hacer allá. En cualquier caso, puedo escapar del calor horroroso y del sur. Las primeras dos cosas en las que pensé cuando recibí mis órdenes fueron: estaré más cerca de ti y me iré del sur.

Este asunto no conduce muy lejos ahora que la guerra casi ha terminado; no me ofrece la alternativa de una misión en el exterior, a menos que me presente como voluntario; cosa que no he hecho. Tendría que haberme interesado mucho más en esto antes. Probablemente, Joseph fue a esa escuela.

En 1942, estuve en Richie siguiendo un curso de corta duración. Es un puesto muy agradable, si es el adjetivo apropiado para los puestos militares. Está situado en las proximidades de las montañas Pocono de Pennsylvania, y rodeado de lagos helados. No será como los puestos habituales, atestados de gente, y si deseas venir por una semana o dos, en septiembre, estoy plenamente de acuerdo. Conoceré la situación en cuanto llegue allí y te informaré. ¡Oh, querida Carson, me siento tan feliz!

Nos veremos *este* mes; me había resignado a cinco o seis meses de soledad espantosa sin ti. No puedes saber cuánto deseo mirarte y tenerte en mis brazos. Deben de haber pasado cien años ya desde que me alejé calle abajo diciéndote adiós con la mano.

En caso de que estés haciendo planes para quedarte en Yaddo este invierno —o parte de él—, te diría que no los canceles porque, tesoro, yo no puedo decirte aún dónde estaré, si dentro o fuera del ejército. El ejército es tan perverso como el destino.

Te llamaré por teléfono en cuanto llegue a Maryland y sepa algo. Espero que te sientas la mitad de lo feliz que me siento yo.

Tu

REEVES

[Reeves a Carson]

21 de noviembre de 1945

Miércoles por la noche

Carson, querida:

Me preguntó cómo está mi amor esta noche. Fue estupendo hablar contigo la otra noche y me complace saber que puedes sentarte junto al fuego.

Debí parecerte un memo por teléfono; pero, ¿sabes?, cogí la llamada en Secretaría y había un montón de gente alrededor.

No puedes imaginarte lo bien que me hace saber que estás muchísimo mejor (mencionaste que William dijo el 85 por ciento). Debes procurar no esforzarte demasiado y darte tiempo para restablecerte por completo. Cuando llegue, quiero verte rebosante de salud, gorda e impertinente. Lo celebraremos en forma, ¿verdad?

No han enviado aún mis papeles de vuelta, de manera que no podré embarcarme la semana que viene. No podré llegar antes del 6 o 7 de diciembre. El ayudante reconoce que este retraso inexplicable es ridículo, incluso para el ejército, y el viernes intentaré volver a hacer averiguaciones en Washington. Tengo la sensación de que enviaron a un tipo remando en canoa a Francia, para buscar la documentación que pudo haber quedado en el continente.

Tendremos que tener paciencia, tesoro. Pronto estaremos juntos. Sin embargo, la separación de estos últimos meses me parece más larga que cuando me encontraba fuera del país.

Mi rutina sigue siendo la misma y gozo de muy buena salud. El otro día leí un librito extraño, intrincado: *The Unquiet Grave* [La tumba sin sosiego], de Cyril Connolly; otro de Philip Wylie, lleno de pus, mordacidad y veneno: *Generation of Vipers* [Generación de víboras]. En este instante estoy releendo algunos libros de Virginia Woolf.

En este lugar, el campo está hermoso estos días. Es muy agradable salir a pasear. Hoy el tiempo ha sido lluvioso y nublado, y he pensado en ti, deseaba que estuviéramos juntos, sentados delante de la chimenea, charlando y bebiendo.

A última hora de la tarde me he deprimido y he ido caminando hasta el otro lado del río, a buscar algo de whisky, pero no beberé mucho. Todos se han ido de fin de semana a alguna parte y soy el único que se ha quedado.

Ya no llueve, se ha levantado viento. Llegan nubes negras, enfadadas, del sudoeste. Mañana hará un día frío y agradable.

No sé si viste el recorte adjunto del último *Sunday Times*. Por favor, no pienses que pueda estar entusiasmado o que fantasee con este tema de regresar a Alemania los próximos dos años. Por supuesto, si pudiera conseguir lo que quiero en Estados Unidos, en la gestión de fábricas, sería mucho mejor quedarme. Pero, en este momento, lograr lo que quiero es problemático. Este negocio que menciona el recorte es el medio más práctico que encuentro para llegar a Europa. Es probable que tú puedas ir por tu cuenta con más facilidad, pero deseo que estemos juntos. Te necesito. Confío en que pueda ofrecerte lo que necesitas. Siento que tenemos tantas cosas por delante; estamos en plena madurez y en el mejor momento de nuestras vidas. No obstante, no tengo la menor intención de permitir que nos transformemos en unos viejos. Tenemos mucho que ver, que vivir y que hacer. Y no hay nada que yo pueda hacer o sentir que sea bueno, a menos que pueda compartirlo contigo.

Sé buena contigo misma y procura no preocuparte por las cosas. Haz lo que te dicen tus mayores.

Hasta pronto, ángel mío,
todo mi amor,

R[EEVES]

X X X X X X X X X X X X X X X

CRONOLOGÍA

1917

19 de febrero Nacimiento de Lula Carson Smith, hija de Lamar y Vera Marguerite Waters Smith, en 423, 13th. Street, Columbus, Georgia.

1919

13 de mayo Nacimiento de Lamar Smith, hermano de Lula Carson.

1921

Septiembre Lula Carson empieza jardín de infancia en la Escuela de 16th. Street, en Columbus, Georgia.

1922

2 de agosto Nacimiento de Margarita Gachet Smith, hermana de Lula Carson.

1923

Febrero Lula Carson ingresa en primer grado.
21 de noviembre Fallecimiento de Lula Caroline Carson Waters, abuela materna de Lula Carson, con quien vive la familia Smith.

1925

Verano Lamar Smith (padre) compra un Whippet Coupé y traslada a la familia a una casa alquilada en 2417, Wynnton Rd., Columbus, Georgia.
Septiembre Lula Carson pasa a tercer grado en la Escuela de Wynnton.
21 de noviembre Lula Carson se adhiere a la Primera Iglesia Bautista de Columbus.

1926

Enero Lula Carson inicia sus clases de piano con la señora Kendrick Kierce.

La familia Smith compra una casa en 1519, Starke Avenue.

30 de mayo Bautismo de Lula Carson en la Primera Iglesia Bautista de Columbus.

1930

3 de febrero Lula Carson ingresa en octavo grado de la Escuela secundaria de Columbus.

Julio Lula Carson visita a su tío y a su tía, el matrimonio Elam Waters, en Cincinnati. Decide prescindir de Lula, su nombre de pila.

Agosto El coronel Albert S. J. y Mary Tucker (futura profesora de piano de Carson) se trasladan a Fort Benning.

Otoño Carson finaliza sus clases de piano con la señora Kierce.

Octubre Carson comienza a estudiar piano con Mary Tucker.

1931

Junio James Reeves McCullers, hijo (nacido el 11 de agosto de 1913), se gradúa en la Escuela secundaria de Wetumpka (Alabama).

3 de noviembre Reeves McCullers se alista en el ejército, en Fort Benning, Georgia.

1932

Invierno Carson, aquejada de fiebre reumática (diagnosticada incorrectamente), enferma durante varias semanas; confía a su amiga Helen Harvey su decisión de escribir y de renunciar a su plan de hacer una carrera de concertista.

1933

Carson lee vorazmente, escribe obras teatrales y «Sucker», su primer cuento.

Junio Carson se gradúa en la Escuela secundaria de Columbus.

1934

- Primavera Carson conoce a Edwin Peacock.
- Junio La familia Tucker es transferida a Fort Howard, en Maryland. Carson confía a Mary Tucker su decisión de escribir.
- Septiembre Carson, con diecisiete años de edad, realiza un viaje en barco desde Savannah a Nueva York.
- 2 de noviembre Reeves McCullers completa su período de tres años en el ejército y vuelve a alistarse por tres años más. Edwin Peacock presenta a Reeves a la familia Smith.

1935

- Febrero-junio Carson se inscribe en los cursos de creación literaria, a cargo de Dorothy Scarborough y Hellen Rose Hull, en la Universidad de Columbia.
- Mediados de junio Carson regresa a Columbus, en autobús. Edwin Peacock le presenta a Reeves McCullers. Peacock, Reeves y Carson visitan durante el verano a Max Goodley.
- Agosto Carson trabaja como reportera para el *Columbus Ledger*.
- Septiembre Carson regresa a Nueva York, se inscribe en el Washington Square College de la Universidad de Nueva York. Durante dos semestres asiste a los cursos de creación literaria que dicta la profesora Sylvia Chatfield Bates.
- Noviembre Un amigo de Reeves y Peacock, John Vincent Adams, se traslada a Nueva York e insta a Reeves para que deje el ejército, lo siga a Nueva York y se consagre a la tarea de escribir.

1936

- Enero Reeves hereda bonos del Alabama Harbor y compra su baja del ejército.
- Febrero-junio Carson prosigue sus estudios en la Universidad de Nueva York, con la profesora Sylvia Chatfield Bates.
- Junio Carson regresa a Columbus por un breve período de tiempo.
- Julio Carson retorna a Nueva York, a estudiar con Whit Burnett, en Columbia.
- Septiembre Reeves se inscribe en la Universidad de Columbia, en cursos de periodismo y antropología.
- Noviembre Carson enferma gravemente. Reeves abandona Columbia (12 de noviembre) y acompaña a Carson de vuelta a su casa, en Georgia.

- Invierno Carson, en cama durante el invierno, empieza a escribir la historia de un sordomudo, un relato titulado «The Mute» (más tarde *The Heart Is a Lonely Hunter* [*El corazón es un cazador solitario*]).
- Diciembre «Wunderkind» se publica en *Story*. Además, la revista *Story* compra «Like That», que permanecerá inédito en vida de McCullers.

1937

- En un viaje a Charleston, con Reeves, John Zeigler y Edwin Peacock inician a Carson en la lectura de Isak Dinesen.
- Marzo Carson pasa tres semanas y media con Reeves en Goldens Bridge, en el lago Katona, Nueva York, antes de regresar, enferma, a Columbus.
- Verano Carson dicta cursos de música en Columbus.
- 20 de septiembre Carson se casa con James Reeves McCullers, y se traslada a Charlotte, en Carolina del Norte, donde Reeves trabaja para una financiera. El primer apartamento de la pareja está situado en 311 East Boulevard.
- Otoño Carson y Reeves se trasladan a 806, Central Avenue, en Charlotte, Carolina del Norte.

1938

- Marzo Carson y Reeves se trasladan a Fayetteville, Carolina del Norte, a un apartamento en la calle Rowan, después de que Reeves es ascendido y recibe un aumento de sueldo. Carson trabaja en «The Mute».
- Abril Carson presenta una sinopsis de «The Mute» con la finalidad de participar en el concurso de narrativa organizado por Houghton Mifflin.
- Julio Visita de Carson a su familia en Columbus, Georgia.
- Otoño Carson y Reeves se trasladan a 119, North Cool Spring Street, en Fayetteville.

1939

- Primavera Carson termina «The Mute» (cuyo título es ahora *El corazón es un cazador solitario*) y escribe «Army Post» (publicado más tarde con el título de *Reflections in a Golden Eye* [*Reflejos en un ojo dorado*]).

Carson retorna dos veces a Columbus, sola, y trata, sin éxito, de publicar «Sucker» y «Court in the West Eighties».

Otoño Carson regresa a Columbus y concibe *The Member of the Wedding [Frankie y la boda]*.

1940

4 de junio Houghton Mifflin publica *El corazón es un cazador solitario*.

Mediados de junio Carson y Reeves abandonan Fayetteville y se instalan en un apartamento en 321 W. 11th. Street, en Greenwich Village, en la ciudad de Nueva York.

Julio Carson conoce a Klaus y Erika Mann, a W. H. Auden y a Annemarie Clarac-Schwarzenbach.

Agosto Carson vende *Reflejos en un ojo dorado* a *Harper's Bazaar*.

14 de agosto Carson asiste durante dos semanas a la Conferencia de Escritores de Bread Loaf y allí conoce a Louis Untermeyer y Eudora Welty.

29 de agosto Carson visita al editor Robert Linscott y las oficinas de Houghton Mifflin en Boston.

Septiembre Carson se separa de Reeves y se muda al número 7 de Middagh Street, en Brooklyn Heights, con George Davis y W. H. Auden.

Octubre-noviembre *Harper's Bazaar* publica *Reflejos en un ojo dorado*.

Acción de Gracias Siguiendo a un coche de bomberos en compañía de Gypsy Rose Lee, Carson se inspira para escribir *The Bride and Her Brother*, publicado más adelante como *The Member of the Wedding [Frankie y la boda]*.

Invierno Carson, enferma, regresa a Columbus para recuperarse. Una vez allí, debe afrontar las reacciones que provoca la publicación de *Reflejos en un ojo dorado*.

Noviembre Annemarie Clarac-Schwarzenbach es ingresada en un hospital con un diagnóstico de enfermedad mental. Clarac-Schwarzenbach se escapa del hospital y Carson vuelve a Nueva York.

Diciembre *Vogue* publica «Look Homeward, Americans».

1941

Carson se encuentra con su primo Jordan Masee y con Paul Bigelow, compañero de Masee.

1 de enero *Vogue* publica «Night Watch Over Freedom».

Febrero Carson sufre el primer ataque cerebral: daño irreparable de la vista

	y atroces dolores de cabeza. Pese a recuperar la vista, Carson permanece imposibilitada de moverse durante más de un mes.
14 de febrero	Houghton Mifflin publica <i>Reflejos en un ojo dorado</i> en forma de libro. Carson, de visita en Columbus, prosigue con sus proyectos de escritura.
Marzo	<i>Vogue</i> publica «Blooklyn Is My Neighborhood».
Abril	Reeves intenta reconciliarse y viaja a Columbus. Regresa en compañía de Carson a Nueva York, a un apartamento en W. 11th. Street. <i>Harper's Bazaar</i> publica «Books I Remember».
2 de mayo	Carson y Reeves conocen al compositor David Diamond. Se inicia entre los tres una complicada relación amorosa.
14 de junio-22 de agosto	Carson en la colonia de artistas Yaddo, en Saratoga Springs, Nueva York; conoce a Katherine Anne Porter y a Newton Arvin, y escribe <i>The Ballad of the Sad Café [La balada del café triste]</i> .
Julio-14 de noviembre	Reeves vive en Rochester, Nueva York, con David Diamond, y trabaja en la planta de productos químicos Samson United.
Julio	Reeves falsifica y emite cheques de la cuenta bancaria de Carson. Carson contempla la posibilidad de un divorcio. <i>Decision</i> publica «The Russian Realists and Southern Literature».
15 de julio	<i>Vogue</i> publica «We Carried Our Banners - We Were Pacifists Too».
22-30 de agosto	Carson acompaña a Newton Arvin y a Granville Hicks con su familia a Quebec. En el viaje de regreso, Carson visita Smith College con Newton Arvin, en Northampton, Massachusetts.
23 de agosto	«The Jockey» se publica en el <i>New Yorker</i> .
Fines del verano	Carson recibe una serie de cartas de Annemarie Clarac-Schwarzenbach.
4-30 de septiembre	Carson regresa a Nueva York procedente de Yaddo e inicia los trámites de divorcio.
Octubre	Diamond dedica el ballet <i>The Dream of Audubon</i> a Carson y a Reeves.
Mediados de octubre	Carson regresa a Columbus.
Noviembre-diciembre	«The Twisted Trinity», el primer poema de Carson, aparece en <i>Decision</i> ; David Diamond compone la música para el poema.
Diciembre-enero	Carson enferma gravemente: pleuresía, angina y neumonía doble.

Invierno Carson escribe los cuentos «Madame Zilensky and the King of Finland» y «Correspondence».

1942

Mediados de febrero Carson se recupera lo suficiente como para reanudar su trabajo con el manuscrito de «The Bride». Interrumpe «The Bride» para escribir «A Tree. A Rock. A Cloud» [«Un árbol. Una roca. Una nube»].

7 de febrero El cuento «Correspondence» se publica en *New Yorker*.

Marzo Carson comunica a David Diamond que el manuscrito de «The Bride» está terminado, pero de inmediato se da cuenta de que debe revisarlo antes de su publicación.

19 de marzo Reeves, ya divorciado, vuelve a alistarse en el ejército.

24 de marzo Carson recibe la notificación de que ha obtenido la beca Guggenheim.

Primavera Carson visita Columbus.

26 de abril Carson visita Warm Springs, en Georgia.

Fines de junio De Georgia, Carson viaja primero a Nueva York, y luego a Yaddo.

2 de julio-17 de enero Carson trabaja en Yaddo.

Noviembre Carson termina *La balada del café triste*. «Un árbol. Una roca. Una nube» se publica en *Harper's Bazaar* y es seleccionado por Herschel Brickell para ser incluido en la antología *O. Henry Memorial Prize Stories of 1942*.

5 de noviembre Carson se traslada al estudio Pine Tree, en Yaddo.

15 de noviembre Annemarie Clarac-Schwarzenbach muere en Sils, Suiza.

29 de noviembre Reeves recibe orden de cumplir misión militar en Camp Upton, Nueva York.

1 de diciembre Mientras se encuentra en Yaddo, Carson recibe la noticia de la muerte de Clarac-Schwarzenbach.

1943

Enero- febrero	Carson enferma con «un resfriado gripal maligno» y una infección debida a una fractura del hueso de la mandíbula (roto accidentalmente por el dentista durante la extracción de una muela).
Enero	Venta de <i>La balada del café triste</i> a <i>Harper's Bazaar</i> para su publicación en agosto.
17 de enero	Carson parte de Yaddo y se traslada nuevamente a 7, Middagh Street, en Brooklyn Heights.
Febrero	Marguerite Smith viaja desde Columbus a Middagh Street para cuidar a su hija y acompañarla de regreso a Columbus.
23 de febrero	Reeves escribe a Carson una carta de reconciliación desde Camp Forrest, Tennessee.
Abril	«Love's Not Time's Fool» se publica en <i>Mademoiselle</i> .
2 de abril	Reeves escribe a Carson desde Camp Forrest, Tennessee.
9 de abril	Carson recibe la noticia de que la Academia Americana de Artes y Letras y el Instituto Nacional de Artes y Letras le otorgarán una beca de mil dólares.
22 de abril	Carson regresa a Columbus.
25 de abril	Reeves escribe a Carson desde Camp Forrest, Tennessee.
3 de mayo	Reeves escribe a Carson desde Camp Forrest, Tennessee.
5 de mayo	Carson se reúne con Reeves en Atlanta. Una semana después, él viaja a Columbus y pasa con ella cinco días de licencia.
16 de mayo	Reeves escribe a Carson desde Camp Forrest, Tennessee.
31 de mayo	Reeves escribe a Carson desde Camp Forrest, Tennessee.
1 de junio	Carson regresa a 7, Middagh Street, por un breve período de tiempo.
8 de junio- 12 de agosto	Carson en Yaddo.
Agosto	<i>La balada del café triste</i> se publica en <i>Harper's Bazaar</i> .
15 de agosto- septiembre	Carson pasa unos días en la ciudad de Nueva York, visita a David Diamond, retorna a Columbus debido a la enfermedad de su padre.
1 de septiembre	Reeves escribe a Carson desde Camp Forrest, Tennessee.

8 de septiembre	Reeves escribe a Carson desde Fort Pierce, Florida.
5 de octubre	Reeves escribe a Carson desde Fort Dix, Nueva Jersey.
15 de octubre	Reeves escribe a Carson desde Fort Dix, Nueva Jersey.
16 de octubre	Reeves escribe a Carson desde Fort Dix, Nueva Jersey.
20 de octubre	Reeves escribe a Carson desde Fort Dix, Nueva Jersey.
21-30 de octubre	Carson vive con Reeves en Fort Dix. Consideran la posibilidad de volver a casarse, pero deciden no hacerlo.
2 de noviembre	Reeves escribe a Carson desde Fort Dix, Nueva Jersey.
13 de noviembre	Reeves escribe a Carson desde el «Este de Estados Unidos».
15 de noviembre	Reeves escribe a Carson.
16 de noviembre	Reeves escribe a Carson.
28 de noviembre	Reeves se embarca en Fort Dix rumbo a Europa.
5 de diciembre	Reeves escribe a Carson desde Inglaterra.
Invierno	Carson, en Columbus, empieza a referirse a su manuscrito «The Bride» como <i>The Member of the Wedding</i> .

1944

Enero-febrero	Carson enferma de gripe y pleuresía, sufre una crisis nerviosa aguda y teme por la vida de Reeves en combate.
19 de febrero	Reeves escribe a Carson.
Febrero	Carson se entera de que Reeves se ha fracturado la muñeca en un accidente de moto en Inglaterra.
4 de marzo	Reeves escribe a Carson desde Inglaterra.
9 de marzo	Reeves escribe a Carson.
27 de	Reeves escribe a Carson.

marzo	
Marzo	Rita Smith, hermana de Carson, se traslada a Nueva York a escribir y encuentra un empleo en el sector editorial.
Primavera	Carson intenta conseguir un puesto de corresponsal de guerra.
Junio	Rita Smith empieza a trabajar para George Davis en <i>Mademoiselle</i> .
1 de junio	Carson recibe un telegrama de Reeves, quien se encuentra en Inglaterra, entrenándose para la invasión de Normandía; es la primera noticia que recibe de Reeves en más de dos meses.
6 de junio	Reeves es herido en la invasión de Normandía.
10 de junio	Reeves escribe a Carson una carta formulario del extranjero a bordo del <i>U.S.S. Texas</i> .
15 de junio-2 de agosto	Carson en Yaddo.
20 de junio	Reeves escribe a Carson desde Francia.
24 de junio	El Ejército de Estados Unidos telegrafía a Carson informándole de las heridas de Reeves.
25 de junio	Carson recibe el telegrama en relación con las heridas de Reeves en Normandía.
27 de junio	Reeves escribe a Carson desde Francia.
9 de julio	Reeves escribe a Carson desde Francia.
10 de julio	Reeves escribe a Carson desde Francia.
14 de julio	Reeves escribe a Carson desde Francia, e incluye un recorte de periódico.
1 de agosto	El padre de Carson fallece en Columbus y ella regresa a Columbus para asistir al funeral.
5 de agosto	Reeves escribe a Carson desde Francia.
21 de agosto	Reeves escribe a Carson desde Francia.
4 de septiembre	Carson, Rita y su madre se trasladan a Nyack, Nueva York, y alquilan un apartamento en 127 South Broadway (Graycourt Apartments).
13 de septiembre	Reeves escribe a Carson desde Francia.
14 de septiembre	Reeves escribe a Carson desde Francia.

5 de octubre	Reeves escribe a Carson dos cartas desde «algún lugar de Europa».
10 de octubre	Reeves escribe a Carson dos cartas desde Luxemburgo.
17 de octubre	Reeves escribe a Carson desde Luxemburgo.
8 de noviembre	Reeves escribe a Carson desde Luxemburgo.
Primeros días de noviembre	Carson efectúa una breve visita a Yaddo para ver a Newton Arvin y Elizabeth Ames.
12 de noviembre	Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.
21 de noviembre	Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.
22 de noviembre	Reeves escribe a Carson desde Alemania.
	Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.
Diciembre	Carson padece fatiga ocular aguda. Le es imposible trabajar. <i>La balada del café triste</i> es incluida en <i>The Best American Short Stories of 1944</i> , de Martha Foley.
3 de diciembre	Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.
	Reeves escribe a Carson dos cartas desde Bélgica.
4 de diciembre	Reeves escribe a Carson desde Bélgica.
5 de diciembre	Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.
8 de diciembre	Reeves escribe a Carson desde Alemania.
9 de diciembre	Reeves es herido en Rotgen, Alemania.
12 de diciembre	Reeves escribe a Carson desde París.
13 de diciembre	Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.
15 de	Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.

diciembre
17 de diciembre Reeves escribe a Carson desde Inglaterra.
18 de diciembre Carson escribe a Reeves.
19 de diciembre Carson escribe a Reeves dos cartas.
20 de diciembre El Ejército de Estados Unidos telegrafía a Carson en relación con la herida de Reeves.
21 de diciembre Carson escribe a Reeves dos cartas.
25 de diciembre Carson, en Yaddo, escribe a Reeves.
26 de diciembre Reeves escribe a Carson desde Inglaterra.
27 de diciembre Carson escribe a Reeves.
28 de diciembre Carson escribe a Reeves dos cartas.
Fines de diciembre Carson, que está en Yaddo, regresa a Nyack.

1945

Enero Carson enferma con gripe durante casi todo el mes de enero.
1 de enero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.
6 de enero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York, después de recibir una carta de Reeves (la primera después de que fuera herido) desde Inglaterra.
7 de enero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.
Carson envía a Reeves un cable a Londres desde Nyack, Nueva York.
8 de enero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.
9 de enero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.
10 de enero Carson envía a Reeves un cable a Londres desde Nyack, Nueva York. Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.
11 de enero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.

14 de enero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.

17 de enero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.

18 de enero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.

24 de enero Carson envía a Reeves un cable a Londres desde Nyack, Nueva York. Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York. Reeves envía a Carson un cable diciendo «quizá pronto en casa».

27 de enero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.

4 de febrero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.

8 de febrero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.

10 de febrero Reeves parte de Inglaterra, en barco, rumbo a Estados Unidos.

15 de febrero Marguerite Smith recibe dinero de la herencia de su esposo y decide comprar una casa en Nyack.

19 de febrero Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.

24 de febrero Carson se encuentra con Reeves, a su regreso de Inglaterra, en la ciudad de Nueva York.

19 de marzo Carson y Reeves se vuelven a casar, en una ceremonia civil en New City, Nueva York.

2 de abril Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.

8 de mayo Carson escribe a Reeves desde Nyack, Nueva York.

15 de mayo La madre de Carson compra una casa en 131 South Broadway, Nyack, Nueva York.

Mediados de julio Reeves es recomendado para ser licenciado del ejército por razones médicas.

26 de junio-31 de agosto Carson trabaja en Yaddo en *Frankie y la boda*.

3 de agosto Reeves escribe a Carson desde Camp Wheeler, Georgia (cerca de Macon).

5 de agosto Reeves escribe a Carson desde Camp Wheeler, Georgia.

agosto
7 de agosto Reeves escribe a Carson desde Camp Wheeler, Georgia.
9 de agosto Reeves escribe a Carson desde Camp Wheeler, Georgia.
13 de agosto Reeves escribe a Carson desde Camp Wheeler, Georgia.
31 de agosto Carson termina en Yaddo *Frankie y la boda* y regresa a Nyack.
Noviembre «Our Heads Are Bowed» se publica en *Mademoiselle*.
21 de noviembre Reeves escribe a Carson.
Navidad Reeves regresa a Nyack con una licencia de su misión en Camp Wheeler, Georgia.

1946

Enero La primera parte de *Frankie y la boda* se publica en *Harper's Bazaar*.
Febrero Reeves es promovido al grado de capitán.
19 de febrero La librería Book Basement, propiedad de John Zeigler y Edwin Peacock, abre en Charleston el día del cumpleaños de Carson.
16 de marzo El ejército otorga a Reeves licencia por incapacidad física.
19 de marzo Houghton Mifflin publica *Frankie y la boda*.
23 de marzo Carson regresa a Yaddo.
marzo-31
de mayo
15 de abril Carson obtiene una segunda beca Guggenheim. Reeves y Carson hacen planes para vivir en Francia.
Junio Carson pasa varias semanas en Nantucket en compañía de Tennessee Williams y comienza la adaptación teatral de *Frankie y la boda*.
29 de junio Carson, que se encuentra en Nantucket, realiza una breve visita a Nyack.
4 de julio Carson y Reeves retornan a Nantucket; Reeves se queda sólo unos días; Carson permanece hasta mediados del verano.

22 de noviembre Carson y Reeves embarcan rumbo a Europa a bordo del *Île de France*.

1947

Abril Carson parte en expedición de esquí al Tirol italiano y luego visita a Natalia Danesi Murray en Roma.

Mayo Acciones judiciales contra la versión teatral de *Frankie y la boda*. Carson proyecta viajar a Key West con Tennessee Williams. Carson conoce a la abogada Floria Lasky.

Fines del verano Carson y Reeves parten a París.

Agosto Carson sufre un ataque grave; es internada en el Hospital americano de París.

Noviembre En París, Carson sufre un segundo ataque grave: pérdida de la visión lateral de su ojo derecho y parálisis del costado izquierdo de su cuerpo; internada durante tres semanas en el Hospital americano de París, atendida por el doctor Robert Myers.

1 de diciembre Carson y Reeves regresan a Estados Unidos en avión, ambos en camilla: Reeves sufre delirium trémens; Carson, parálitica a causa del ataque sufrido.

1-25 de diciembre Carson es ingresada en el Instituto Neurológico del Hospital Presbiteriano de Columbia.

17 de diciembre La revista *Quick* nombra a Carson uno de los mejores escritores norteamericanos de posguerra.

1948

Enero Carson designada una de las diez mujeres más meritorias de América durante el año 1947 y recibe el Premio al Mérito de *Mademoiselle*.

Febrero Reeves se traslada de Nyack a la ciudad de Nueva York.

28 de febrero Carson escribe una carta a la Biblioteca Pública de Columbus en protesta por su política de segregación racial.

Marzo Carson intenta suicidarse; es internada brevemente en la clínica psiquiátrica Payne Whitney, en Manhattan.

Primavera-otoño Carson contrata a una secretaria a tiempo parcial para dictarle y revisar la versión teatral de *Frankie y la boda*.

Primavera Audrey Wood es la nueva agente de Carson, en reemplazo de Ann

Watkins.

- 19 de mayo Carson asiste a la Convención Psiquiátrica Nacional en Washington, D. C. y conoce a Hervey Cleckley.
- Agosto Carson y Reeves se reconcilian. La salud de Carson empeora.
- Septiembre «How I Began to Write» se publica en *Mademoiselle*. «The Mortgaged Heart» y «When We Are Lost» (poemas) se publican en la revista literaria *New Directions*.
- Octubre Carson apoya públicamente la candidatura de Harry Truman para presidente.

1949

- Enero Carson vive un mes con Reeves en un apartamento en 105 Thompson Street, en Manhattan.
- 13 de marzo Carson retorna a Georgia con su madre por dos semanas, primero a Columbus, luego a Macon (17 de marzo), a visitar a su primo Jordan Masee.
- 21 de marzo Carson regresa a la ciudad de Nueva York en razón de la controversia relacionada con Elizabeth Ames (directora de Yaddo) y el partido comunista. En el viaje de ida a Nueva York, Ralph McGill, del *Atlanta Constitution*, entrevista a Carson en Atlanta.
- 13 de mayo Carson y Reeves visitan a sus amigos Edwin Peacock y John Zeigler en Charleston, Carolina del Sur, prosiguiendo el viaje abortado de Carson al sur.
- Diciembre *Frankie y la boda* (versión teatral) se publica en *New Directions*; «Home for Christmas», en *Mademoiselle*.
- 19 de diciembre «Loneliness, an American Malady» se publica en «This Week Magazine» del *Herald Tribune* de Nueva York.
- 22 de diciembre *Frankie y la boda* se estrena en el Walnut Theatre de Filadelfia, anticipando su estreno en Broadway.

1950

- 5 de enero *Frankie y la boda* se estrena en Broadway. Recibe el Premio del Círculo de Críticos Teatrales y el Premio Donaldson.
- Primavera Carson y Reeves se mudan temporalmente al edificio Dakota, en 72nd. Street y Central Park West.
- Abril «The Vision Shared» se publica en *Theatre Arts*.
- 24 de abril Carson vuelve con su antigua profesora de piano, Mary Tucker.

Mayo «The Sejourner» [«El transeúnte»] se publica en *Mademoiselle*.
20 de Mayo Carson embarca rumbo a Irlanda a visitar a Elizabeth Bowen.
Principios de junio Reeves viaja a Londres por avión, a encontrarse con Carson.
Julio Carson y Reeves regresan a Bowen Court a visitar a Elizabeth Bowen.
2 de agosto Carson y Reeves regresan a Nueva York y se separan. Reeves alquila un apartamento y Carson se queda en casa de amigos, en la ciudad de Nueva York.
Verano-otoño Carson visita a la familia Tucker en Virginia.

1951

Marzo Venta de los derechos cinematográficos de *Frankie y la boda* a Stanley Kramer. Carson le compra a su madre la casa de Nyack.
17 de marzo La temporada de *Frankie y la boda* finaliza después de 501 representaciones.
24 de mayo Houghton Mifflin publica *The Ballad of the Sad Café and Other Works*.
28 de junio Carson (y Reeves como polizón) embarca en el *Queen Elizabeth* rumbo a Inglaterra.
Verano Carson visita a Edith Sitwell en Londres.
Octubre Carson regresa a América.
Otoño Carson comienza «The Pestle» (parte I de la novela *Clock Without Hands [Reloj sin manecillas]*).
Diciembre Carson termina el poema «The Dual Angel» en Nyack y prosigue con *Reloj sin manecillas*. Carson y Reeves viajan a Nueva Orleans.

1952

30 de enero Carson y Reeves embarcan rumbo a Nápoles, Italia, en el *Constitution*.
6 de febrero-abril Carson y Reeves permanecen en Roma.
Abril Carson y Reeves viajan en automóvil a París y compran una casa en Bachvillers, cerca de París.

28 de mayo	Carson nombrada <i>in absentia</i> miembro del Instituto Nacional de Artes y Letras.
Mediados del verano	Houghton Mifflin publica <i>The Ballad of the Sad Café and Collected Short Stories</i> .
Verano	Carson y Reeves regresan a Nyack a visitar a Marguerite Smith, quien sufrió un ataque al corazón y una caída.
Julio	«The Dual Angel: A Meditation on Origin and Choice» (poema), se publica en <i>Mademoiselle</i> .
Septiembre	Carson y Reeves viajan a Roma; Carson trabaja en el guión cinematográfico de <i>Terminal Station</i> , de David O. Selznick. «The Dual Angel» se publica en la revista literaria italiana <i>Botteghe Oscure</i> .
Finales del verano	Marguerite Smith enferma nuevamente. Carson regresa, sola, a Nyack.
Verano-otoño	Lamar Smith (hijo) se traslada de Florida a Columbus, Georgia. Marguerite Smith regresa a Columbus con su hijo y su familia. La casa de Nyack queda al cuidado de la madre y la hermana de Reeves.
Última quincena de octubre	Carson internada durante una semana en la clínica Salvador Mundi de Roma.
Noviembre	Carson y Reeves regresan a Bachvillers.
Acción de Gracias	Carson y Reeves reciben amigos del Hospital americano de París para la cena de Acción de Gracias en Bachvillers.
Navidad	Carson y Reeves invitados a pasar la Navidad con amigos en el Hospital americano.

1953

Julio	«The Pestle» (Parte I de <i>Reloj sin manecillas</i>) se publica simultáneamente en <i>Mademoiselle</i> y <i>Botteghe Oscure</i> .
Fines del verano	Reeves trata de convencer a Carson para que se suicide con él. Carson parte en avión a Estados Unidos. Marguerite Smith regresa a Nyack, de Columbus, para cuidar a Carson.
18 de noviembre	Reeves se suicida en París.
19 de noviembre	El cuerpo de Reeves es hallado en un hotel de París. Carson se entera de la muerte de Reeves durante su visita a la escritora Lillian

Smith en Clayton, Georgia.

21-25 de noviembre Carson visita al doctor Hervey Cleckley en Augusta, Alabama.

25 de noviembre Carson regresa a Nyack.

27 de noviembre El obituario de Reeves aparece en el *New York Times*.

3 de diciembre Carson regresa al sur.

15 de diciembre La tía preferida de Carson, Martha Waters Johnson, fallece en Columbus. Carson regresa a Nyack para acompañar a su madre.

27 de diciembre «The Invisible Wall», adaptación de «El transeúnte» para televisión, difundido en el programa *Omnibus* de Four Foundation.

1954

Febrero- mayo Carson da conferencias con Tennessee Williams.

17 de febrero Carson da una conferencia sobre narrativa y drama en Goucher College.

Fines de febrero Carson viaja a Charleston a visitar amigos.

Primavera Marguerite Smith se fractura la cadera. De Yaddo, Carson regresa a Nyack. Marguerite es admitida en una casa de reposo.

Fines de marzo Carson viaja a Charlotte, Carolina del Norte, a visitar a amigos.

19 de abril De Charlotte, Carson retorna a Yaddo.

8 de mayo Carson da una conferencia en el Centro de Poesía de la Asociación Hebrea de Jóvenes, en la ciudad de Nueva York.

20 de abril- 3 de julio En Yaddo, Carson termina el primer borrador de *The Square Root of Wonderful*.

Verano Carson conoce a Marilyn Monroe en la ciudad de Nueva York.

Otoño Carson pasa una temporada en la ciudad de Nueva York, en la casa de Robert e Hilda Marks. Marguerite Smith regresa a su casa de Nyack. Contratación de Ida Reeder como ama de llaves.

1955

Abril Carson toma vacaciones con Tennessee Williams en Key West;

trabaja en tres manuscritos: las versiones teatrales de *La balada del café triste*, *The Square Root of Wonderful*, y *Reloj sin manecillas*. Carson y Williams pasan un fin de semana en Cuba.

- 25 de mayo Finaliza «Who Has Seen the Wind?», versión de *The Square Root of Wonderful* en forma de cuento.
- 10 de junio Marguerite Waters Smith, la madre de Carson, fallece en Nyack.
- 13 de junio El obituario de Marguerite Waters Smith publicado en el *New York Times*.
- Noviembre «The Haunted Boy» se publica simultáneamente en *Mademoiselle* y *Botteghe Oscure*.

1956

Carson enferma durante casi todo el año. Aumento de los dolores en el brazo izquierdo paralizado.

Trabaja con Saint Subber en la revisión de la obra *The Square Root of Wonderful*.

- Septiembre «Who Has Seen the Wind?» se publica en *Mademoiselle*.

1957

- Febrero «Mick» se publica en *Literary Cavalcade*.
- 16 de febrero *Frankie y la boda* se estrena en el Royal Court Theatre en Londres.
- Julio El poema «Stone Is Not Stone» se publica en *Mademoiselle*.
- 2 de septiembre Ensayos de *The Square Root of Wonderful*.
- 10 de octubre Preestreno de diez días en el McCarter Theatre de Princeton, Nueva Jersey.
- 13 de octubre «Playwright Tells of Pangs» se publica en el *Philadelphia Inquirer*.
- 23 de octubre Se convoca a George Keathley para reemplazar a José Quintero en la producción de *The Square Root of Wonderful*.
- 30 de octubre *The Square Root of Wonderful* se estrena en Broadway, en el National Theatre.
- 7 de diciembre Tras 45 funciones, deja de representarse *The Square Root of Wonderful*.

1958

- Enero Carson sufre una depresión después del cierre de *The Square Root of Wonderful*.
- Febrero Carson comienza la terapia con la doctora Mary Mercer y se somete a varias operaciones del brazo izquierdo.
- Mayo Carson realiza grabaciones sonoras con Jean Stein Vanden Heuvel, tituladas «Carson McCullers lee partes de *Frankie y la boda* y otras obras».
- Julio Carson da conferencias en la Universidad de Columbia y escribe «A Personal Preface» [«Un prefacio personal»] a *The Square Root of Wonderful*.
- Agosto Carson trabaja en el manuscrito «Flowering Dream».
- 19 de agosto Carson participa en una mesa redonda sobre teatro en el programa de televisión «Lamp Unto My Feet».
- Diciembre *Frankie y la boda*, traducido por André Bay y William Hope, se presenta, en francés, en la Alliance Française, en París.

1959

- Carson sufre dos operaciones del brazo y la muñeca izquierdos. Están previstas dos operaciones más para el año siguiente. Incapacitada para trabajar en los manuscritos, escribe poemas para niños.
- 21 de enero Carson asiste a la comida de la Academia Americana de Artes y Letras y el Instituto Nacional de Artes y Letras y conoce a Isak Dinesen. Más tarde, Carson ofrece un banquete para Dinesen, Marilyn Monroe y Arthur Miller.
- Diciembre «The Flowering Dream: Notes on Writing» aparece en *Esquire*.

1960

- Abril La tercera solicitud de Carson de una beca Guggenheim le es denegada, pues ya había obtenido dos.
- Julio Edward Albee se comunica con Carson para proponerle la adaptación de *La balada del café triste* para el teatro.
- 1 de diciembre Carson termina *Reloj sin manecillas*, veinte años después de haberla comenzado.

1961

- Enero Thomas Ryan adquiere los derechos cinematográficos de *El corazón es un cazador solitario*.

- Febrero Carson corrige las pruebas de galera de *Reloj sin manecillas*.
- Mayo Kermit Bloomgarden adquiere los derechos de representación teatral de *Reloj sin manecillas*.
- Junio Carson se opera la mano izquierda en el pabellón Harkness de Nueva York.
- Julio «To Bear the Truth Alone» (Parte II de *Reloj sin manecillas*) se publica en *Harper's Bazaar*.
- 18 de septiembre Houghton Mifflin publica *Reloj sin manecillas*, dedicado a la doctora Mary Mercer.
- Diciembre «A Child's View of Christmas» se publica en *Redbook*.

1962

- Verano Carson, en compañía de Edward Albee, visita a Mary Tucker en Virginia.
- Fines del verano Carson y Mary Mercer visitan a Edward Albee en Fire Island. Carson y el mayor Simeon Smith conocen a William Faulkner en West Point.
- Septiembre Carson es sometida a una operación de pecho y otra de la mano en el pabellón Harkness de Nueva York.
- Octubre Carson asiste al Festival Cheltenham y a la celebración, en Inglaterra, de los setenta y cinco años de Edith Sitwell.

1963

- Enero «The Dark Brilliance of Edward Albee» se publica en *Harper's Bazaar*.
- 12 de abril Carson y Mary Mercer viajan a Charleston. Carson conoce a Gordon Langley Hall y en Charleston se inicia entre ellos una amistad.
- Septiembre El cuento «Sucker» se publica en el *Saturday Evening Post*.
- 30 de octubre La adaptación de *La balada del café triste*, realizada por Edward Albee, se estrena en Broadway, en el Martin Beck Theatre.

1964

- 15 de febrero *La balada del café triste* clausura su temporada después de 123 representaciones.
- Primavera Carson sufre una caída, se fractura la cadera derecha y se fisura el codo izquierdo.

- 25 de mayo La cadena de televisión NBC presenta la dramatización del cuento «El transeúnte».
- 1 de noviembre Houghton Mifflin publica *Sweet as a Pickle and Clean as a Pig*.
- 8 de noviembre Carson firma su última voluntad y su testamento.
- 1 de diciembre *Redbook* publica una selección de *Sweet as a Pickle and Clean as a Pig*.

1965

- Peter Owen publica en Londres *Carson McCullers: Her Life and Work*, primer libro dedicado al estudio de la obra de McCullers, escrito por Oliver Evans.
- 14 de julio Carson es sometida a una cirugía exploratoria y a la curación de su cadera fracturada. Permanece ingresada en el hospital tres meses.
- Septiembre Carson es sometida a una operación en la pierna.
- 7 de diciembre Carson realiza una visita a Nyack y muestra el manuscrito de *Illuminations Until Now* a Margaret Sue Sullivan.
- 18 de diciembre Carson obtiene el premio Joven Generación otorgado por *Die Welt*, periódico de Hamburgo, Alemania.

1966

- Carson trabaja con Mary Rodgers en la adaptación musical de *Frankie y la boda* y en un manuscrito relacionado con *Illumination and Night Glare [Iluminación y fulgor nocturno]*.
- Octubre Comienza el rodaje de la película *Reflejos en un ojo dorado*, en Mitchell Field, Long Island.
- Noviembre La Universidad de Misisipi concede a Carson una beca de Humanidades.

1967

- 19 de febrero Carson celebra sus cincuenta años con una fiesta que tiene lugar en el Hotel Plaza de Nueva York.
- Carson es entrevistada por Rex Reed.
- Marzo El cuento «The March» aparece en *Redbook*.
- 1 de abril Carson e Ida Reeder viajan a Irlanda a visitar a John Huston.
- 16 de abril Entrevista con Rex Reed, «Frankie Addams at 50». Es la última entrevista de Carson y se publica en el *New York Times*.

- 18 de abril Carson e Ida Reeder regresan de Irlanda. Carson prosigue dictando su autobiografía titulada *Iluminación y fulgor nocturno*.
- 30 de abril Carson obtiene el premio Henry Bellamann, 1966, dotado con mil dólares, en reconocimiento a su «extraordinaria contribución a la literatura».
- 31 de julio Carson escribe la última carta a John Huston.
- 15 de agosto Carson sufre un ataque que le provoca una hemorragia cerebral masiva. Permanece en coma durante cuarenta y cinco días.
- 19 de agosto Se le practica una traqueotomía en el Hospital de Nyack.
- 8 de septiembre Tennessee Williams visita a Carson en el hospital.
- 27 de septiembre Se presenta en función privada la adaptación cinematográfica de *Reflejos en un ojo dorado*.
- 29 de septiembre Carson fallece en el Hospital de Nyack.
- 30 de septiembre El obituario de Carson aparece en el *New York Times*.
- 2 de octubre Comienza el rodaje de la adaptación cinematográfica de *El corazón es un cazador solitario*.
- 3 de octubre Carson es enterrada en el cementerio Oak Hill, en Nyack, frente al río Hudson.
- 4 de octubre Un artículo relatando el funeral de Carson aparece en el *New York Times*.
- 11 de octubre Estreno de la película *Reflejos en un ojo dorado*.
- 15 de octubre (Fecha prevista para la amputación de la pierna.)
- Diciembre «A Hospital Christmas Eve» se publica en *Redbook*.

1968

Estreno de la versión cinematográfica de *El corazón es un cazador solitario*.

1971

Houghton Mifflin publica *The Mortgaged Heart [El corazón hipotecado]*, edición a cargo de Margarita G. Smith.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE CARSON MCCULLERS

- The Heart Is a Lonely Hunter [El corazón es un cazador solitario]*, Boston, Houghton Mifflin, 1940. (Edición castellana, Seix Barral, 1989, 2001.)
- Reflections in a Golden Eye [Reflejos en un ojo dorado]*, Boston, Houghton Mifflin, 1941. (Edición castellana, Seix Barral, 1988.)
- The Member of the Wedding [Frankie y la boda]*, Boston, Houghton Mifflin, 1946. (Edición castellana, Seix Barral, 1988, 1999.)
- The Ballad of the Sad Café: The Novels and Stories of Carson McCullers [La balada del café triste]*, Boston, Houghton Mifflin, 1951. (Edición castellana, Seix Barral, 1960.)
- The Member of the Wedding* (teatro), Nueva York, New Directions, 1951.
- The Square Root of Wonderful* (teatro), Boston, Houghton Mifflin, 1958.
- Collected Short Stories and the Novel «The Ballad of the Sad Café»*, Boston, Houghton Mifflin, 1961.
- Clock Without Hands [Reloj sin manecillas]*, Boston, Houghton Mifflin, 1961. (Edición castellana, Seix Barral, 1963.)
- Sweet as a Pickle and Clean as a Pig*, Boston, Houghton Mifflin, 1964.
- The Mortgaged Heart [El corazón hipotecado]*, edición e introducción de Margarita G. Smith, Boston, Houghton Mifflin, 1971.
- Collected Stories of Carson McCullers: Including «The Member of the Wedding» and «The Ballad of the Sad Café»*, introducción de Virginia Spencer Carr, Boston, Houghton Mifflin, 1987.

OBRAS ACERCA DE CARSON MCCULLERS

- Bloom, Harold (ed.), *Carson McCullers*, Modern Critical Views Ser., Nueva York, Chelsea House, 1986.
- Carr, Virginia Spencer, *The Lonely Hunter: A Biography of Carson McCullers*, Garden City, Doubleday, 1975.
- , *Understanding Carson McCullers*, Columbia, S. C., University of South Carolina Press, 1990.

- Cook, Richard, *Carson McCullers*, Nueva York, Ungar, 1975.
- Critical Essays on Carson McCullers*, Nueva York, G. K. Hall, 1996.
- Edmonds, Dale, *Carson McCullers*, Austin, Steck-Vaughn, 1969.
- Evans, Oliver, *The Ballad of Carson McCullers*, Nueva York, Coward-McCann, 1966.
- Graver, Lawrence, *Carson McCullers*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1969.
- James, Judith Giblin, *Wunderkind: The Reputation of Carson McCullers, 1940-1990*, Columbia, S. C., Camden House, 1995.
- Kiernan, Robert F., *Katherine Anne Porter and Carson McCullers: A Reference Guide*, Boston, G. K. Hall, 1976.
- McDowell, Margaret B., *Carson McCullers*, Boston, Twayne, 1980.
- Shapiro, Adrian M. y otros, *Carson McCullers: A Descriptive Listing and Annotated Bibliography*, Nueva York, Garland, 1980.
- Westling, Louise, *Sacred Groves and Ravaged Gardens: The Fiction of Eudora Welty, Carson McCullers, and Flannery O'Connor*, Athens, University of Georgia Press, 1985.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

[1]. Rex Reed, «Frankie Addams a los 50», *New York Times*, 16 de abril de 1967, D15.

[2]. Virginia Spencer Carr, *The Lonely Hunter: A Biography of Carson McCullers*, Garden City, Doubleday, 1975, p. 105.

[3]. Earl Shorris, «Books: Literary Life Among the Dinka», *Harper's Bazaar*, agosto de 1972, pp. 104-105.

[4]. Stuart Sherman, «Carson McCullers», *BOMB: Artists, Writers, Actors, Directors*, otoño de 1990, pp. 60-62.

[5]. Carr, *The lonely hunter*, p. 481.

[6]. Virginia Spencer Carr, «Introduction», *Collected Stories of Carson McCullers*, Boston, Houghton Mifflin, 1987, p. viii.

[7]. Virginia Spencer Carr, *Understanding Carson McCullers*, Columbia, S.C., University of South Carolina Press, 1990, p. 7.

ILUMINACIÓN Y FULGOR NOCTURNO

[*] La presente edición de la autobiografía inacabada de Carson McCullers está basada en dos copias mecanografiadas depositadas en el Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, en Austin. Se han hecho todos los esfuerzos necesarios por atenerse a los planes de McCullers en cuanto a la preparación de esta edición de su autobiografía, en la medida en que sus intenciones han podido dilucidarse.

[*] En la versión definitiva de la novela, «sacó una pistola del bolsillo [de la chaqueta] y se disparó una bala en el pecho». (*N. de la edic. española.*)

[1]. «Wunderkind», *Story*, volumen IX, N.º 53, diciembre de 1936.

[2]. Robert Linscott, el editor de McCullers en Houghton Mifflin, propuso el título de *The Heart Is a Lonely Hunter*, tomado de un poema, «The Lonely Hunter», de Fiona MacLeod, seudónimo de William Sharp.

[3]. Lula Caroline Carson Waters (1858-1923), abuela materna de McCullers.

[4]. Charles Thomas Waters (1860-1890).

[5]. Lamar Smith (1889-1944), padre de McCullers.

[6]. Lamar Smith (hijo), hermano de McCullers, nacido el 13 de mayo de 1919.

[7]. Margarita Gachet Smith, hermana de McCullers, nacida el 2 de agosto de 1922.

[8]. Martha Elba Waters Johnson (1885-1953), tía materna de McCullers.

[9]. Virginia Johnson, prima de McCullers, hija de Martha Elba Waters Johnson y C. Graham Johnson.

[10]. Vera Marguerite Waters (1890-1955), madre de McCullers, a quien la familia llamaba Bebe.

[11]. En la copia mecanografiada de la autobiografía falta la primera línea de esta página.

[12]. Helen (Alice) Kendrick Kierce.

[13]. Mary Tucker, esposa de Albert Sidney Johnston Tucker, coronel del Ejército de Estados Unidos.

[14]. James Reeves McCullers (1913-1952), nació el 11 de agosto de 1913 en Wetumpka, Alabama.

[15]. John Vincent Adams.

[16]. 4 de junio de 1940.

[17]. Erika Mann, primogénita de Thomas Mann.

[18]. Annemarie Clarac-Schwarzenbach, heredera suiza, periodista, exploradora, hija de Alfred Schwarzenbach, propietario de la más importante empresa suiza de tejidos de seda, y Maria Renée Schwarzenbach, hija del comandante general del ejército suizo durante la Segunda Guerra Mundial.

[19]. Greer Johnson.

[20]. McCullers indicó en la copia mecanografiada de la autobiografía que fueran incluidas aquí las cartas que Reeves McCullers y ella se enviaron durante la Segunda Guerra Mundial. Véase la correspondencia de la Segunda Guerra Mundial entre Carson y Reeves McCullers.

[21]. Probablemente, Carolyn Haeblerlin, compañera de Carson en el Three Arts Club.

[22]. Probablemente, Nancy Warren, otra compañera del Three Arts Club.

[23]. Se desconoce la identidad de Freddy.

[24]. John La Touche Treville (1917-1956), letrista y libretista estadounidense.

[25]. «Who Has Seen the Wind?», el cuento sobre el que se basó la obra *The Square Root of Wonderful*, fue publicado en *Mademoiselle*, en septiembre de 1956.

[26]. Sarah Marie-Henriette Bernhardt (1844-1923), actriz francesa.

[27]. Katherine Hammond Cohen, esposa de Dennis Cohen, de London's Cresset Press.

[28]. David Gascoyne (1916), poeta británico.

[29]. Sir Francis Osbert Saxeveverell Sitwell (1892-1969), poeta, escritor de ficción y de una autobiografía, hermano de Edith Sitwell.

[30]. Robert Whitehead (1916), nacido en Canadá, productor de Broadway y esposo de la actriz Zoe Caldwell.

[31]. Stanley Martineau, escultor y asistente de producción de *Frankie y la boda*.

[32]. Harold Edgar Clurman (1901-1980), actor norteamericano, productor y cofundador del Group Theatre.

[33]. Florence Martineau, esposa de Stanley Martineau, el asistente de producción.

[34]. Mary Rodgers (1931), escritora norteamericana de novelas y cuentos para niños y jóvenes, dramaturga, guionista, letrista y libretista.

[35]. Marshall Barer, letrista y colaborador con Mary Rodgers en el musical de Broadway *Once Upon a Mattress*.

[36]. Robert Lantz (1914), agente literario, más tarde nombrado, junto con Margarita Gachet Smith, albacea literario de McCullers.

[37]. Arnold Saint Subber (1918-1994), productor de Broadway de *Kiss Me Kate*, con Cole Porter, y productor de las primeras obras de Neil Simon.

[38]. Entre los directores de la obra estuvieron Albert Marre, Joseph Mankiewicz, José Quintero, George Keathley y, brevemente, la propia McCullers.

[39]. William Jordan Masee, hijo (1914).

[40]. Apodo familiar de Carson.

[41]. William Jordan Massee (hijo).

[42]. William Jordan Masee, padre (1873-1961).

[43]. Margaret Matzenauer.

[44]. Marshallville, en Georgia, ciudad cercana al desembarcadero de Masee, donde fue criado William Jordan Masee (padre).

[45]. Dorothy Day (1897-1980), activista social católica, escritora.

[46]. *Rasputin and the Empress*, 1932, film de la MGM, con John, Ethel y Lionel Barrymore.

[47]. La identidad de Nursey no se conoce.

[48]. Se desconoce la identidad de Cleo.

[49]. Sir Jacob Epstein (1880-1959), escultor estadounidense, más tarde súbdito británico, conocido por sus estatuas con desnudos, sus figuras religiosas y sus retratos en bronce.

[50]. Elizabeth Dorothea Cole Bowen (1899-1973), novelista y cuentista angloirlandesa.

[51]. Johannes Ewald, poeta danés del siglo XVIII.

[52]. Glenway Wescott (1901-1987), autor de Wisconsin.

[53]. Denys Finch-Hatton, amante de Isak Dinesen, que aparece caracterizado en su novela *Memorias de África*.

[54]. Zorro David, peluquero en Saks Fifth Avenue, en Nueva York, cuando hizo el papel de Anacleto.

[55]. Gladys Hill, durante largo tiempo ayudante de John Huston.

[56]. Chapman Mortimer, novelista británico.

[57]. Lorene Peter Elfred Freuchen (1886-1957), explorador danés.

[58]. Gordon Langley Hall (también conocido como Dawn Langley Simmons).

[59]. Probablemente Peter O'Brien, sacerdote jesuita, quien visitaba a McCullers en los últimos años de su vida.

[60]. Sylvia Beach (1887-1962), estadounidense expatriada cuya librería, Shakespeare and Co., en París, fue un centro de escritores expatriados.

[61]. El doctor Ernst Hammerschlag, psiquiatra y fotógrafo aficionado de Nueva York.

[62]. El doctor Hervey Cleckley, psiquiatra, autor de *The Three Faces of Eve*, profesor de medicina de la Facultad de Medicina de la Universidad de Georgia.

CORRESPONDENCIA

[*] Procedimiento de microfilmación adoptado durante la Segunda Guerra Mundial por Estados Unidos («V-mail») y Gran Bretaña («Airgraph») para enviar cartas hacia y desde el extranjero. (*N. de la edic. española.*)

[*] Término alusivo a los soldados norteamericanos que combatían en la Segunda Guerra Mundial. (*N. de la edic. española.*)

[1]. Vocablo francés, popular y despectivo, para referirse a los soldados alemanes.
Del francés *caboché*: «coco» (fam. por cabeza).

[*] Siglas de *Ellinikó apeleftherotikó Métopo*: Frente nacional de liberación, organización de la resistencia helénica contra la ocupación alemana en 1943. Se negó, en 1944, a reconocer el nuevo gobierno griego, apoyado por los británicos. (N. de la edic. española.)

[*] Véase nota en (*) en [Reeves a Carson] 3 de diciembre de 1944 Bélgica.

[*] Véase nota en (*) «Procedimiento de microfilmación adoptado durante la Segunda Guerra Mundial...».

[2]. Se trata, quizá, del poema de Kay Boyle titulado «American citizen naturalized in Headville, Colorado».

[3]. Posiblemente el cuento de Rita Smith «White for the Living», que apareció en *Mademoiselle* en 1942 y ganó el premio O. Henry Memorial en 1943.

[*] Posible código secreto entre Reeves y Carson. (*N. de la edic. española.*)

Iluminación y fulgor nocturno
Carson McCullers

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Illumination & Night Glare. The Unfinished Autobiography of Carson McCullers*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Sara Morante

© The Estate of Carson McCullers and Columbus State University's Carson McCullers Center for Writers and Musicians, 1999

© de la traducción, Ana M.^a Moix y Ana Becciu, 2001

© edición e introducción, Carlos L. Dews

© del prólogo, Elena Poniatowska, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-322-3275-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!

